Karl Bjarnhof

Las estrellas palidecen

Karl Bjarnhof nació en 1898, en la pequeña ciudad de Vejle, Dinamarca, La mala situación económica de su familia impidió que pudiese disponer de los necesarios cuidados médicos cuando, en su infancia, empezó a quedarse ciego. Lleva ya muchos años en este estado. Desde niño reveló un gran talento musical, y estudió música en el Real Instituto para Ciegos, en Copenhague, y en París, convirtiéndose en uno de los mejores violoncelistas daneses. Ya no toca en público, pero ha dado numerosos conciertos por Europa. Bjarnhof es muy conocido por sus entrevistas en la radio, por su labor de director de periódicos, por sus cuentos y ensayos. Pero su gran triunfo literario se produce con *Las estrellas palidecen*, la novela de un niño condenado a perder la vista. No es un libro folletinesco, sino una narración de exquisita calidad, que intenta librarnos de esa avalancha insistente y agobiante de la literatura tremendista, para deleitarnos con unas páginas llenas de ternura, esperanza y sensibilidad.

Karl Bjarnhof

Las estrellas palidecen

Áncora & Delfín - 188

ePub r1.0
Titivillus 05.05.2023

Título original: *Stjernerne Blegner*
Karl Bjarnhof, 1956
Traducción: Rafael Vázquez Zamora
Diseñador de la cubierta: Erwin Bechtold

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

I

En la esquina el primer castaño agitaba ya una verde mano de hojas. Los castaños me acompañaban todo el camino hasta la escuela. Cada uno de ellos me pasaba al otro. Brillaban en la primavera y luego gemían con el viento del verano hasta que, en el otoño, se despojaban de su follaje. Sus hojas flotaban por el aire, ladeadas, como pájaros amarillos o con manchas marrones e iban a posarse en las aceras o en la calzada.

Primero había que cruzar la puerta de la verja y luego la vía del tren. Después el cementerio; y por fin se llegaba al Hogar Pode para Ciegas. Había algo de sorprendente en todo aquello y aunque unas veces se extrañaba uno más que otras, era imposible que estos detalles pasaran inadvertidos. Por ejemplo, el Hogar de las Ciegas tenía un instrumento de cuerda sobre la puerta principal y sonaba cada vez que abrían o cerraban la puerta. La vibración se prolongaba unos momentos en el aire. Y uno recibía la extraña impresión de que por allí se entraba en un mundo completamente distinto al conocido.

Detrás de las altas cristaleras que daban a Langelinje, solía haber dos o tres pálidos óvalos, los rostros de las muchachas ciegas que hacían punto sentadas tras las ventanas. Siempre estaban haciendo punto. No puedo recordar alguna ocasión en que no las viera dedicadas a esta labor y la lana era siempre gris. Gris y larga. Hacían punto con la eternidad.

No había flores en los alféizares de las ventanas. Sólo una o dos cestas llenas con pelotas de lana. Y detrás de las caras, un amplio y oscuro espacio, una habitación que parecía estar totalmente vacía. Oscura y vacía como un enorme bostezo.

Se podía uno quedar allí fuera, junto a las ventanas, y

contemplar a las muchachas que hacían punto. Podía uno mirarlas como si fueran fotografías. Lo hacía mucha gente; no era yo el único. Era como mirar la cara de un retrato. Nada ocurría.

De vez en cuando, se cruzaba uno por la calle con las ciegas. Nunca iban solas sino por parejas y a veces eran tres y la de en medio conducía a las otras dos. Se dirigían hacia el bosque o volvían de él. La cuestión era pasar el tiempo. Las mayores iban al cementerio. El bosque de Norre no estaba lejos del Hogar de las Ciegas pero el cementerio se hallaba más cerca. En cierto modo, éste era el jardín de las ciegas. Paseaban por él con frecuencia y siempre con una leve sonrisa, una sonrisa marchita, quizá a sonrisa que alguien había olvidado quitarles y enterrarla.

Me preocupaba el Hogar Pode para Ciegas. Me obsesionaban aquellos rostros tras las grandes cristaleras y con la gran habitación oscura a sus espaldas; y también me obsesionaba el instrumento de cuerda con su vibrante *paannng*. Solía quedarme en la esquina para escuchar su prolongada vibración.

La callejuela terminaba en el campo y se continuaba por un ondulado sendero que conducía al horno de cal. En el verano, este sendero estaba cubierto de polvo gris y cortaba un verde prado en el que abundaban las margaritas y las primaveras. En el invierno, la hierba se secaba y el sendero se oscurecía pero brillaban en él algunos charquitos.

Una bravía llama salía por la alta y fina chimenea del horno de cal, amarilla por abajo y luego de color azufre para acabar en un rojo vivo coronado por el humo negro que flotaba luego muy lentamente hacia el puerto y desaparecía por entre los mástiles de los barcos. Algunas veces olía a madera fresca que descargaban los barcos o del almacén de maderas. Pero a lo que olía casi siempre era al fango de las zanjas del prado y del *fjord*.

Me quedaba en la esquina mirando el prado y escuchando la vibración de las cuerdas. Pero nunca se me ocurrió pensar que yo mismo pudiera entrar por aquella puerta. Ni por un momento pude imaginar que algo me haría penetrar algún día en aquellas espaciosas y sombrías habitaciones. Y si alguien me hubiera dicho que había de convertirme yo también en una fotografía detrás de otras cristaleras, no me habría asustado en absoluto. Al contrario, me habría interesado mucho. Pero nadie me lo dijo. Ni siquiera

pensó nadie en ello. Ni yo mismo.

II

RECUERDO cuando mi madre era enfermera nocturna. Todas las tardes a las siete se ataba un pañuelo en torno a la cabeza, se colgaba al brazo la cesta de la compra y se marchaba al hospital. Al salir invocaba siempre el nombre de Jesús. Se ataba el pañuelo, metía en la cesta un ovillo de lana, unas medias viejas y las agujas de hacer punto y decía: «Bueno, me voy, en el nombre de Jesús».

Y no lo decía por fórmula sino que estas palabras entrañaban para ella un profundo sentido. Se iba sólo de compras o a alguna visita, no hacía más que marcharse. Pero si su ausencia había de ser tan larga como para tener que cerrar con llave y dejarla debajo de la esterilla, siempre invocaba a Jesús. Y también lo hacía al oscurecer cuando encendía la lámpara, y cuando la apagaba al acostarse.

Al regresar a casa por las mañanas se traía en la cesta el pan que los enfermos no habían podido comerse. Lo ocultaba muy bien bajo su labor de punto y a veces con un periódico atrasado. Nadie debía saber que la enfermera del turno de noche se llevaba el pan a su casa. Se daba por cierto que todo el pan sobrante iba a parar al cubo donde echaban los restos de comida para los cerdos. Pero nosotros nos alimentábamos frecuentemente sólo con aquel sobrante. Muchos días, apenas disponíamos de otra cosa para comer. Y en las buenas temporadas en que nosotros no necesitábamos aquel pan, había otros que lo cogían. De todos modos, los cerdos no llegaban a verlo. El pan es sagrado y no puede ser arrojado a los cerdos. Había que comerlo en nombre de Jesús. Los que desperdiciaban el pan acabarían arrepintiéndose. Cualquier día podrían necesitarlo para no morirse de hambre. Tal era la maldición del pan, una maldición que podía y debía evitarse.

En casa hablábamos muy poco. Como con todos los demás, ahorrábamos las palabras, evitábamos que se estropeasen con el uso. Si uno de nosotros hacía una pregunta, la respuesta era *sí* o *no*; muy raras veces empleábamos más palabras. El silencio llegaba a ser opresivo pero no siempre. Con frecuencia resultaba muy natural. No se notaba en mucho tiempo o sólo, por contraste, cuando llegaba alguien: quizás una mujer que pedía algo prestado, una caja de fósforos, una gota de parafina o un poco de café. O alguien que sólo quería charlar. Y cuando esa persona se marchaba, ninguno de nosotros hablaba. Volvía el silencio absoluto, un silencio que salía de todos los rincones, que lo invadía todo. Incluso las paredes rezumaban silencio. Pero también podían surgir conversaciones como esta:

—¿Está ya descargado el barco de Hamburgo? —preguntaba mi madre.

—Sí —decía mi padre.

—De modo que no tienes ya trabajo para esta semana.

—No.

—Otros hombres se las ingenian para encontrar trabajo —le reprochaba mi madre.

Silencio.

El viento contra nuestra ventana; un viento muy frío; y la lluvia resbalaba por el cristal. El viento venía de los montes que rodeaban la ciudad, de los bosques y del *fjord*. Se colaba gimiendo por las rendijas de la puerta y subía por las escaleras, silbaba por el agujero de la cerradura y barría el suelo. Pero nada podía alterar la absoluta quietud de la casa.

Mamá solo dejaba de trabajar mientras dormía. No sabía lo que era permanecer sentada con las manos ociosas sobre el regazo. Siempre tenía que estar haciendo algo. Después de dormir sólo unas pocas horas por la mañana, después de su servicio en el hospital, se levantaba y se ponía a hacer engrudo y a confeccionar bolsas para la fábrica de papel. Un hombre traía grandes montones de papel cortado a máquina. Era un hombrecillo de cara colorada, completamente calvo. Tenía cejas, pero no pestañas y todo lo que decía resultaba muy divertido pues no le quedaba ni un diente. Sus encías estaban mondas como las de un bebé.

Los trenes nos servían de reloj. Sabíamos a la hora en que

pasaban todos, vinieran del norte o de la estación. A veces se detenían antes de llegar a la estación y pitaban. Era que las señales les prohibían el paso. Nos podíamos sentar junto a la ventana para verlos pasar: larguísimos trenes de mercancías con filas de cabeza de caballos asomando por los lados. Todos ellos parecían tristes. Y también había vacas. Los trenes desaparecían por un recodo y se dirigían hacia la estación.

—¿Era ese el exprés? —preguntaba mi madre—. Es raro, con lo tarde que es ya.

Cuando trabajábamos, me hablaba mi madre como si yo fuese una persona mayor. Decían que eso me haría precoz, pero mi madre sólo me tenía a mí para desahogarse y, de todos modos, únicamente conversábamos cuando estábamos solos haciendo bolsas de papel. Casi siempre de día.

Por las tardes, a última hora, cuando mi padre se encontraba en casa, se sentaba con nosotros. Se quedaba mirando al vacío jugueteando con una caja de fósforos y fumando en pipa. Miraba sin ver y sólo oía el silencio que nos zumbaba a los tres en los oídos. Se hallaba a la vez ausente y presente. Estaba allí sentado recordándolo todo y olvidándolo todo. De repente, se levantaba, cogía la Biblia y volvía a sentarse para leerla. Leía el Libro de Job y el Libro de los Jueces, el Eclesiastés y la Revelación. Y después de haber leído un rato, entrelazaba sus manos sobre el libro y permanecía inmóvil mirando al vacío sin ver ni oír nada. Si le hablábamos entonces no nos respondía o sólo al cabo de mucho tiempo, cuando ya habíamos olvidado de qué se trataba. Pero casi siempre seguía callado, con una profunda e invencible resistencia a pronunciar ni una sola palabra, a emitir ni el más leve sonido.

En la habitación, una calma sólo turbada por el ruidito de las bolsas de papel, el pincel para extender el engrudo o quizá algún carro que pasaba por la calle o unos pasos sobre el pavimento de piedra.

Algunas noches, mi madre no tenía que ir al hospital. No la necesitaban allí; podía quedarse en casa. Y aquellos días hacíamos la vida normal de las demás gentes. Nuestra vida no podía ser más rara. Mi padre hablaba en sueco y la gente no podía muchas veces entenderlo. Algunos incluso le tomaban el pelo por eso. Era muy molesto tener un padre que hablaba siempre en sueco. Y con

frecuencia estaba sin trabajo. Por otra parte, mi madre trabajaba durante toda la noche y tenía que dormir de día. En fin, nadie vivía así.

De vez en cuando podía quedarse en casa pero casi todas las tardes, hacia las siete, cogía la cesta, se ponía en la cabeza el pañuelo, y marchaba «en el nombre de Jesús». Si mi padre no se había ido al muelle y hacía buen tiempo, la acompañábamos. En la calle de la Madera, la gente se sentaba en los escalones de sus puertas y algunos sacaban sillas. Las mujeres hacían punto y charlaban mientras los hombres fumaban y hablaban de sus cosas. También había niños pero yo no conocía a ninguno. Acompañábamos a mamá hasta la puerta del hospital. Allí nos parábamos y la veíamos desaparecer después de subir unos escalones de madera y cruzar una galería abierta. Una puerta se cerraba tras ella. Entonces dábamos la vuelta y regresábamos a casa. Casi siempre íbamos, por el Camino de los Enamorados a lo largo del pie del monte Pilke y luego seguíamos por el bosque. Los árboles se inclinaban sobre el sendero y a veces sacaban unas traidoras raíces retorcidas. Teníamos que poner mucho cuidado para no tropezar y caernos.

Una vez en casa, mi padre se sentaba a leer su libro. Era un libro encuadernado en tela roja. Se llamaba «Novela» y mi madre pronunciaba esta palabra de tal manera que en seguida se comprendía que era una cosa mala. Ese debía de ser el motivo de que mi padre sólo leyese el libro cuando estaba solo o conmigo. Pero lo leía entero muchas veces. Lo leía de cabo a rabo una y otra vez y nunca acababa con él. Quizás creyese que la gente que salía en aquellas páginas, fuera hacer cosas distintas cuando las leyera de nuevo y otras cosas a la vez siguiente, y así siempre. No se le podía meter en la cabeza que la acción terminaba cuando él cerraba el libro después de leer la última página. Por eso lo escondía con gran cuidado en una cómoda pintada de amarillo.

—Pero ¿es verdad lo que dice el libro? —le preguntaba yo.

—Hombre, verdad… —decía mi padre encogiéndose de hombros. Era menos taciturno cuando estaba sólo conmigo, lo mismo que le sucedía a mi madre—. Por lo menos, el hombre que me lo vendió me aseguró que todo esto era cierto.

Empezó pues a leer de nuevo la novela esperando que aquella

vez les pasarían cosas diferentes a los personajes, que todo les iría mejor que la vez anterior. Porque era un libro triste. Tenía ante él la pequeña lámpara de la cocina con el depósito de cristal verde y la pantalla de hojalata brillante como una placa de oro. La luz caía directamente sobre el libro. Se abstraía tanto en la lectura que era inútil hablarle. No existía en el lugar donde se hallaba sentado, sino en otro mundo.

Mi madre, despierta toda la noche y con sólo unas horas de sueño durante el día, dedicada a la monótona tarea de hacer bolsas de papel toda la tarde, iba a descansar antes de lo que nadie esperaba.

Una mañana, cuando las enfermeras del turno de noche regresaban a casa, encontraron al nuevo inspector esperándoles en la puerta del hospital. Quería registrarles las cestas sólo para cerciorarse de que todo estaba como debía estar. Mi madre salió la primera de modo que fue ella la que primero registró el inspector. Debajo de su labor de punto y de un periódico atrasado, descubrió un poco de pan.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Pan —respondió mi madre.

—¿Lo trajo usted anoche?

—No —confesó mi madre.

(«Ni siquiera intenté mentir», nos explicó luego. «Ni robo ni miento».)

—Entonces me veo obligado a quitárselo —dijo el nuevo inspector—. Y le comunico que ya no la necesitamos.

Cogió el pan y lo arrojó tras un seto. Los pájaros se lo comerían.

—También los pájaros han de vivir —explicó el inspector—. En fin, esto ha sido solamente una prueba y lo dejaremos por hoy. Pero advierto a las demás que tengan cuidado porque no saben ustedes cuándo me voy a presentar otra vez para sorprenderlas.

Mi madre tuvo que acompañarle a las oficinas del hospital. Allí le pagaron lo que le correspondía. Cuando salió, la esperaban las otras mujeres.

—Oye, ¿no nos has metido en este lío? —le preguntaron—. Porque nosotras no nos hemos llevado nada.

—No —respondió mi madre—. Les he hecho creer que yo era la única.

—¡Ah! ¿de manera que la señora les ha hecho creer que no somos ladronas? Bueno, quizá no seas tú la única otros días, pero hoy sí.

—Mi cesta podía haberla registrado, que nada había de encontrar —dijo una.

—Y la mía —terció otra—. Por eso tendrás que pechar tú sólita con las consecuencias.

Mi madre las dejó con la palabra en la boca. Pero al llegar a casa lloró. Se arrodilló en el sofá verde del dormitorio y rezó llorando. Le dijo a Dios que Él debía ayudarla a borrar aquella mancha.

—A este paso creerá la gente que estamos coleccionando manchas —dijo.

Pero yo creía que precisamente así nos pareceríamos más a la demás gente.

III

No me dejaban jugar con ellos. Decían que era demasiado tonto.

—Si eres tan tonto que no ves una pelota cuando la tienes debajo de la nariz —me decían— no queremos que vengas con nosotros.

Intentaba explicarles que veía perfectamente una pelota roja. Claro que podía verla, pero sólo si fijaba la vista en ella.

—Ante, vete por ahí —me decía Rudolf, el hijo del cervecero—. No queremos jugar con un chico que ni siquiera sabe por dónde va la pelota roja.

Era una tarde de sábado, a mediados de mayo. Sé que era sábado porque había mucha gente en el patio. Casi todos los que vivían en la casa estaban allí. Formaban grupos; charlaban y se reían, Olía a amoníaco por el estercolero que había en la esquina y por la cuadra, dentro de la cual, en la penumbra, se veían las ancas entre doradas y marrones de un caballo, así como su negra cola. Coceaba contra el suelo de piedra y a veces hacía brotar en la semioscuridad chispas que olían a azufre y a hierro. En todas las ventanas había telarañas muy espesas y aún más en el techo de la cuadra o cochera.

En la cochera estaban la furgoneta de Klyver y su landó. Éste tenía bajada la capota; una capota con reborde de paño azul. Encima de la cochera había un palomar vacío.

Las niñas jugaban a los tejos. Habían trazado unas líneas en el suelo. Lydia, Gertrud y Else.

Lydia me llamó. Decía que les faltaba una persona para el juego. Lydia tenía ojos azules y los brazos desnudos. Me tiro de la blusa.

—Ven, nos falta uno.

Era la chica que más me gustaba. En todo el mundo no había

una chica que me gustase más.

Le di en los dedos para que me soltase. Y le dije:

—¡Suéltame! No juego con las niñas.

Los ojos de Lydia se oscurecieron y le tembló la boca. Tenía una boca pequeñita y preciosa.

—¡Déjalo! —gritó Gertrud—. Es tonto; no sirve para jugar. Es tan tonto que pisa las rayas y nos da pisotones y se tropieza con una cuando menos se espera. Que se vaya a jugar con el tonto Anders.

Anders también se hallaba en el patio. Tenía en las manos sus riendas rojas y miraba idiotamente a las niñas.

—¿Quieres jugar a los caballos conmigo? —me preguntó. Anders, mayor que nosotros, tenía catorce o quince años. Él mismo no lo sabía exactamente. Solíamos divertirnos preguntándole la edad que tenía.

—Todavía no lo he aprendido —nos respondía, como si se tratase de una lección.

—Márchate, Anders —le dijo Marie, que era la hermana de Else —. Márchate a hacer el idiota a otro sitio.

Siempre se estaban metiendo con él.

—Vete por ahí, que nos da asco verte.

—¿De verdad? —decía Anders.

—Sí, sí…

Las riendas rojas arrastraban por el suelo. Anders las sujetaba con aquellas manazas de hombre, unas manos grandes, blancas y cartilaginosas. Todo le colgaba: la blusa, los pantalones… Toda la ropa le estaba grande.

—Bueno, me iré —decía por fin Anders, pero seguía quieto como esperando a que alguien le pidiera que se quedase. Nadie se lo pedía.

—Bueno, entonces me iré —repitió al cabo de un rato, y se marchó. Alejose despacio y su trasero parecía el de un elefante.

Al otro lado de la valla del jardín del tendero había un cerezo: una cúpula de capullos blancos. Por entre las ramas y por encima de ellas, se veía el cielo, aquel cielo color lila del atardecer, hacia poniente. En una de las casas que había más allá, la madre de Lydia gritaba y agitaba los brazos. Pero nadie la escuchaba porque todos sabíamos que si gritaba y gesticulaba así era porque estaba borracha. Lydia fingía no oírla y nosotros, por consideración a

nuestra amiga, hacíamos también como si no la oyésemos. Ni siquiera mirábamos hacia la ventana. Mirábamos a hurtadillas. Christensen, el ebanista, riéndose bajo su negra barba, fue a reunirse con el carretero Klyver y con Ravn.

—A ver si te vas de una vez —me dijo Else.

—Vete a jugar a los caballos con Anders —añadió Marie.

Luz de sábado en el almacén; y también en la panadería, y en la lechería. Luz amarillenta en todos los escaparates de las tiendas a pesar de que aún no había oscurecido dél todo. Desde la entrada del patio se podía oler la carne de la carnicería. Y de la panadería llegaba un olor a pan de Viena, pan caliente con una corteza crujiente y relleno de crema. Y olor a café, especias, cera y bacalao, que venía de la tienda. Y además, olía a polvo porque unos barrenderos estaban barriendo la calle, a pesar de la hora. Barrían el pavimento, y las aceras y los canalillos llenos de boñiga seca, colillas y pedazos de papel.

Algunas personas se hallaban sentadas a la puerta de su casa. Otras charlaban asomadas a las ventanas. Pasó un landó ocupado por una señora. Pasó un viajante de comercio. Y luego una muchacha que trabajaba en el molino.

—¿Qué estás haciendo ahí como un pasmarote? —me dijo Christensen el ebanista—. Vete al patio con los demás y si no sirves para jugar como todos los niños, anda a casa y que te acueste tu mamá.

Permanecí donde estaba, a la salida del patío. No quería volver todavía a casa.

—¿Por qué te quedas aquí? —insistió.

—Estoy mirando. Nada más —le respondí.

—¿Nada más, eh? —repitió con una risita.

Cuando volví a casa, mi madre me preguntó por qué no había estado jugando con los demás. Me había observado desde la ventana.

—No quería —le contesté.

—Procura no ser tan raro, hijo.

—No soy raro.

—Procura ser como los demás. ¿Por qué no juegas con Rudolf y con Aage? ¿O con Lydia?

No le respondí. Aquello se relacionaba con una pelota roja que

yo no podía ver si no concentraba en ella la mirada, pero me resultaba demasiado difícil explicarlo.

—Bueno, siéntate ahí con tus juguetes.

Mis juguetes eran una caja de cigarros y, dentro, un botón, un pedazo de una madera muy extraña, parte de una herradura y un trozo de cuerda. Eran cosas que mi padre se había encontrado y por eso tenían que gustarme.

—O, si no —dijo mi madre— puedes ayudarme a contar las bolsas.

Desde la ventana se podía ver la parte trasera de las casas de la calle Freden y los patios también, con sus cacharros de la basura, los retretes y chatarra mohosa. Además, se veían desde allí los trenes y las señales de la estación. Más allá, en lo alto de la colina, el molino de viento. Aquella tarde estaban girando las aspas.

—Te dije que podías ayudarme a contar las bolsas. Hasta que regrese tu padre y te vayas a la cama.

Giraban las aspas del molino y el cielo, tras ellas, aparecía de un color rojizo o malva. Y las señales de la estación cambiaban de rojo a blanco aunque yo ignoraba el significado.

—Es un cansancio, hijo, que no hagas lo que puedes hacer y que siempre quieras hacer lo que no puedes —dijo mi madre.

Poco a poco se tranquilizó el patio. Ya no jugaban a la pelota. Ni las niñas a los tejos. Los iban llamando a todos de sus casas.

—Ya hay que encender la lámpara —dijo mamá—. ¿Cómo no habrá venido todavía tu padre? Gracias a Dios que no tengo que irme al hospital y pasarme allí toda la noche. —Mi madre siempre encontraba algo para consolarse.

Poco después oímos el ruido de los zuecos. Sólo un par; un hombre. Los demás pasos eran de zapatos. Pero había un hombre que venía de lejos con zuecos: mi padre. Caminaba despacio y pesadamente. Siempre parecía cansado. Incluso por las mañanas cuando se marchaba al trabajo. Reconocí el ruido de los zuecos de mi padre porque era diferente a todos los demás, y lo reconocía aunque viniese entre muchos otros trabajadores, todos ellos con zuecos. Le oíamos acercarse. Ahora pasaba ante la tienda. Ahora subía los escalones de abajo y entraba por el corredor. Se quitaba ya los zuecos. Toda la gente de la casa dejaba los zuecos debajo de la

escalera, en el portal. Allí estaban todos, los pequeños y los grandes, unos junto a otros o revueltos, nuevos y viejos, brillantes y polvorientos. Y con frecuencia era difícil encontrar los suyos porque alguien los había apartado de un puntapié y estaban cada uno por un lado. Pero al final aparecían siempre pues todos los pares eran muy diferentes. No sólo porque unos eran viejos y otros nuevos, ni porque unos fuesen grandes y otros pequeños sino debido a que acababan pareciéndose a la persona que los usaba.

Mi padre se quitó los zuecos y empezó a subir las escaleras. Los escalones crujían. Primero los que conducían hasta el primer piso; luego los demás. Pero mi padre no subía rápidamente como los demás sino que se paraba mucho tiempo en los descansillos. Por fin lo oímos llegar ante nuestra puerta. Pero se detuvo allí un rato, escuchando. Solía detenerse a escuchar, sin entrar en casa. Era algo que le sucedía por dentro a veces.

Mi madre había levantado la cabeza.

—Es preferible que te acuestes —me dijo, y dejó de extender el engrudo—. Anda, date prisa. Ya oyes como viene hoy tu padre, ¿no?

Mi padre entró en la cocina. Sin pronunciar ni una palabra, se estuvo inmóvil en la oscuridad.

—¿Eres tú? Vienes muy tarde.

—¿Quién iba a ser sino yo? ¿Esperaba a otra persona, acaso?

Me fui al dormitorio y empecé a desvestirme. Pero la puerta estaba entreabierta y podía escuchar todo lo que hablaban.

—¿Por qué estabas ahí fuera parado escuchando?

—No escuchaba —dijo mi padre—. Es que estaba pensando… Pensaba qué sombrero era ese que está colgado en el perchero.

—¿Un sombrero? No tengo idea de que haya un sombrero…

Un prolongado silencio.

—Claro, la señora no lo sabe… ¿Has tenido visita?

—Muchas visitas… ¿Qué te imaginas?

Mi madre se levantó y apartó la silla.

—¿De qué sombrero estás hablando, hombre? Vamos a ver.

Abrió la puerta de la escalera. En la pared exterior teníamos unas perchas donde solíamos colgar en el invierno las ropas de abrigo.

—Claro, es el sombrero de Ravn —dijo mi madre desde fuera.

—¿De modo que ha estado aquí *ése*?

Los Ravn eran nuestros vecinos. Vivían en la otra puerta de la última planta.

—¿Crees que si Ravn hubiera querido visitarme, habría traído sombrero para cruzar el descansillo? Lo has puesto ahí tú mismo para tener un motivo de enfadarte. Eso es lo que estabas haciendo antes, que tardabas tanto en entrar.

Mi padre cerró violentamente la puerta de la cocina. Se desprendió un poco de yeso de la pared.

Hubo un rato de silencio. Mi madre seguía en el pasillo y mi padre encerrado en la cocina, sin moverse. De la puerta del dormitorio a la de la cocina sólo había dos pasos y podía oírle jadear como si le faltase la respiración. No me atreví a moverme ni a hablar. Temía que mi padre notase que estaba yo allí y que la puerta no estaba cerrada. Cuando se ponía así me infundía mucho miedo porque no quería verme. No podía soportar mi presencia.

Entonces alguien empezó a hablar con mi madre en el pasillo. Era la señora Ravn.

Y la señora Ravn sonreía. Por el tono de su voz y por lo que decía se podía *oír* que sonreía.

Poco después entró mi madre y recogió sus cosas de la mesa. Luego limpió el hule con un paño mojado.

—Ahora me ocuparé de la cena. No sabía cuándo llegarías.

Desde la cama, oí a mi madre cortar pan en la cocina y hervir agua. También oí a mi padre sentarse a leer el periódico. Mamá puso las tazas en la mesa. Luego mi padre empezó a comer. Ninguno de los dos hablaba. Oí cómo masticaba y de vez en cuando rechinaba los dientes. Ruido de periódico y de mover la lámpara. Mis padres seguían callados. No era raro que se pasaran muchas horas sin decir ni una palabra.

La puerta del dormitorio continuaba entreabierta. Una franja de luz daba sobre el lavabo y en el suelo y luego subía por la pared. Por la claraboya podía ver el cielo. Y cuando me despertaba de noche, veía en la oscuridad dónde estaba la ventana. A veces había una estrella en uno de los cuatro cristales de la claraboya y, si estaba amaneciendo, veía flotar algunas nubes. O si había luna.

Mi madre sacó de nuevo sus cosas y reanudó su trabajo. La oía extender el engrudo sobre los bordes del papel de las bolsas.

También la oía hacer los pliegues y alisar el papel desde el centro hacia fuera. Lo hacía con un ritmo constante.

Por fin, habló:

—¿No crees qué debemos ir otra vez al médico?

Mi padre no respondió. Mucho después dejó el periódico sobre la mesa y cogió la Biblia. Por el sonido que produjo al poner el libro sobre la mesa, comprendí que era la Biblia. La abrió y empezó a leer como de costumbre. Yo sabía que tenía la lámpara de la cocina con la pantalla frente a él y que sus pesadas y terrosas manos reposaban sobre la mesa, una a cada lado del gran libro.

—Si quieres ir otra vez al médico —dijo al cabo de un buen rato — y te empeñas en contarle a alguien nuestras cosas, allá tú. Pero si traes a casa cualquier medicina, la tiraré por el vertedero; no lo olvides. Lo mismo que hice la otra vez.

Pasaba gente por la calle. Se oían los pasos antes de que doblaran la esquina. Luego pasó un carro con gran estrépito. A lo lejos, en el *fjord*, la sirena de un barco llamaba al piloto. Y luego sonaron las campanadas del reloj de la iglesia.

Mi madre seguía pegando bolsas con su invariable ritmo. Mi padre debía de continuar leyendo la Biblia o mirando la lampara. Ninguno de los dos hablaba. No dirían nada más en toda la noche, ni quizás en todo el día siguiente. El silencio absoluto podía muy bien durar varios días.

Yo me preguntaba si en las demás familias sucedería lo mismo. De todos modos, no quería que nadie supiera cómo vivíamos.

Pero quizá lo supieran ya; lo mismo que nosotros sabíamos que la madre de Lydia se emborrachaba.

Mi padre entró en el dormitorio. Supuso que yo estaba dormido y se desnudó en la oscuridad. Sus ropas olían a agrio, a sudor. Se asomó a la ventana y contempló el cielo para ver cómo estaría el tiempo a la mañana siguiente cuando fuese al trabajo. En el cuarto de estar proseguía mi madre su monótona tarea. Mi padre encontró su pipa y una colilla que deshizo en la cazuela. Oí el ruidito el tabaco seco aplastándose bajo sus dedos. A la luz del fósforo pude distinguir su rostro. No le noté nada especial; estaba como siempre. Se apagó la llamita y mi padre se sentó en el borde de la cama, donde permaneció unos minutos con la cabeza apoyada en las palmas de las manos. De vez en cuando suspiraba. Tardó un rato en

comenzar a fumar. Su pipa crujía cuando él le daba una chupada y también producía algo así como un leve ronquido.

—Síiii —dijo en una voz apagada, y después de una larga pausa —: Síiii —otra vez, y exhaló un suspiro.

Me adormilé un poco. Al despertarme, le vi sentado todavía en el borde de la cama, exactamente en la misma postura que antes. Horas después, aún de noche, volví a despertarme y vi que estaba tendido a mi lado sin dormir. Miraba fijamente a la ventana, con los ojos muy abiertos.

No había amanecido del todo cuando tuvo ya que levantarse. Aquel verano trabajaba en la fábrica de ladrillos y tenía que recorrer todas las mañanas más de tres quilómetros. Empezaba a trabajar muy temprano y regresaba muy tarde a casa. Según decía mi madre, aceptaba las colocaciones que nadie quería. En cambio, no servía para un trabajo fijo.

En la cocina, mamá cortaba el pan y vertía la leche en el tazón. De nuevo apareció la franja de luz amarilla por la puerta entreabierta, lo mismo que cuando me acosté. Mi padre se vistió cuidando mucho de no despertarme. No se hablaron, ni siquiera se dieron los buenos días. Mi padre, sentado en la cocina, comió el pan y bebió la leche. Comía ruidosamente. Mamá volvió a instalar las cosas de su trabajo y comenzó a hacer bolsas.

Entonces se marchó mi padre sin decir adiós. Las escaleras crujieron bajo sus pasos. En la casa y en la calle había una calma completa. Al llegar al portal, se puso los zuecos, que luego sonaron sobre el pavimento. Le seguí oyendo mucho tiempo. Me parecía que aún le oía cuando se encontraba ya a quilómetro y medio.

En el cuarto de estar, mi madre trabajaba sin cesar. Mantenía el mismo ritmo del día anterior; el de todos los días.

Poco después, el carretero Klyver empezó a trajinar en el patio. Tenía que darles el pienso a los caballos; y agua. Tenía que sacar los dos carros del cobertizo. Luego sonó la tos del cervecero, su tos de por la mañana temprano. Parecía que se iba a ahogar. Sonaron las sirenas de las fábricas; después, los cascos de los caballos en el empedrado. Klyver se marchaba con uno de sus carros. Había cada vez más gente en la calle, y la mayoría llevaba zuecos.

Me adormilé de nuevo y me dormí por fin profundamente hasta que mamá me despertó. En su rostro no había huella alguna de la

noche ni de lo que había sucedido con mi padre. Entraban por las ventanas los primeros rayos del sol.

—¿Estaba triste papá anoche? —le pregunté.

—No hablemos de eso, hijo. Ni ahora ni nunca.

Me estiró la blusa.

—Procura ser como los demás niños… ¡Qué facha tienes, hijo!… ¡Ahí pasa el tren!, tienes que irte en seguida a la escuela.

IV

Mi hermana llegó aquel verano. Venía en tren y fuimos a esperarla a la estación. Era una muchacha mayor; cinco años más que yo y más linda que todas las chicas que yo había visto. Incluso más bonita que Lydia. Pero no sabíamos qué decimos.

—No sé qué decirte, hermano, a pesar de que estaba deseando conocerte desde que supe que te tenía.

—No —dije sintiendo una gran ternura. Pero sólo me salía «No».

—¿No tenías algunas ganas de verme?

—No sabía que te tenía —le dije.

Nos sentamos en el sofá verde del cuarto del dormitorio y hablábamos muy bajito. A veces entraba mamá y nos acariciaba la cabeza, y también entraba papá y decía: —Vaya con Kirstine… pero, Kirstine, ¡cómo has crecido!

—Sí —decía ella muy seria. Tenía una mirada oscura, lenta y seria.

—¿Vivirás ya siempre conmigo? —le pregunté.

—No —respondió Kirstine vacilante—. No, no puedo. Prometí volver con papá y mamá…

—Pero, si eres mi hermana…

—Sí —intervino mi madre— Kirstine es tu hermana pero ha de volver con sus padres adoptivos. Por ahora no debemos pensar en eso.

—Me alegra mucho tener un hermano como tú —me decía acercándose a mí en el sofá—. Y tú, ¿no estás contento de ser mi hermano? Me miraba con sus ojos curiosos y me tenía cogida una mano.

—Kirstine, yo en tu lugar no bajaría al patio. Es mejor que no trates a esos chicos.

Esto le recomendaba mi madre pero ni Kirstine ni yo podíamos comprender el motivo. Mi padre intentó aclararlo:

—Es que los chicos se hacen unas ideas… Te pueden decir cualquier cosa… Otro día, quizá, pero hoy no conviene…

Me habría gustado muchísimo enseñarles inmediatamente a todos la hermana que me había aparecido, pero ya disfrutaba bastante con tenerla allí a mi lado mirándome y con mi mano cogida. Era lo mejor del mundo.

Mi madre no podía atender a su trabajo como siempre. Cada vez que terminaba un lote de veinticinco bolsas, interrumpía su labor para darse una vuelta por el dormitorio y ver qué hacíamos. Pero buscaba siempre una disculpa: algo que no lograba encontrar y que debía de estar en aquella habitación. Revolvía un poco en la cómoda y se marchaba otra vez a hacer bolsas hasta unos minutos después.

—Creí que estaba en el cajón de arriba —decía.

—Pero ¿qué es? —le preguntaba mi padre, que la seguía.

—Nada especial. Pero creí que lo tenía por aquí.

La vez siguiente era, por ejemplo, un plumero que necesitaba, o un pañuelo. Tenía los ojos húmedos cuando le dijo a Kirstine:

—¿Estás a gusto aquí? ¿No prefieres venir al otro cuarto con tu padre y conmigo?

—Quizá prefieran quedarse aquí —decía papá.

No había ido a trabajar aunque en este sentido era un día como los demás. Y nadie le decía nada porque no trabajase. No se sentaba ocioso con su pipa y su Biblia sino que andaba de un lado a otro muy atareado en su papel de padre aunque quizás estuviese preocupado. No se quedaba quieto en parte alguna. Pero sin decidirse a salir.

—¿Por qué no dais un paseo por el bosque? —nos propuso mamá—. Antes de la cena tenéis tiempo de llegar hasta la fuente.

—Es mejor que vaya yo con vosotros para vigilaros… —dijo mi padre.

—¿Para vigilarnos? —me extrañé.

—Quiero decir, para que no se pase la hora de volver.

Mi madre volvió de la cocina.

—Ahora es la ocasión. No hay nadie en las escaleras.

Pensé: «¿Qué puede importar que haya o no gente en las

escaleras?» Yo deseaba que nos vieran todos. Quería que conociesen a mi hermana. Pero nadie había. Sólo Rudolf y Else en la puerta. No pude saber a qué jugaban.

—Esta es mi hermana —dije.

Kirstine me miró azorada.

—¡Tu hermana! —se admiró Rudolf.

—¿De dónde te sacas ahora una hermana? —dijo Else, mirándonos por encima del hombro.

—Podías callarte la boca —me riñó mi padre—. No necesitabas haber dicho eso.

Mamá nos observaba desde una ventana abierta. No podía ver que desde las otras ventanas nos miraban las vecinas. Y en la tienda, en la panadería… Muchísima gente nos vio pasar a los tres. Pero caminábamos como los demás, como si tal cosa. Parecíamos personas como las demás.

Pasamos junto al campo de deportes, bordeado por dientes de león.

—Mira; allí abajo es donde se quemó el teatro de verano —le dije a Kirstine—. Y en aquella casa verde vive Stougard. Por las noches no, pero ahora quizá esté.

—Sí, Kirstine, fíjate bien en estos sitios —dijo mi padre— para que encuentres el camino si te dejan venir a vernos otra vez.

Antes de empezar el bosque había un gran estanque. Lo rodeaban muchas flores blancas y olía a miel. Yo solía ir mucho por allí pero nunca había notado que oliese a miel. Quizá no tuviera siempre ese aroma; sólo este día, a causa de mi hermana.

—Si subes por esa vereda, llegarás a un sitio donde quizá tengamos un huerto algún día —le dije.

—¿Sí? —se extrañó Kirstine.

—Son fantasías suyas —le explicó mi padre—. Aunque es cierto que alguna vez hemos hablado de eso.

—¿Ah, sí? —dijo mi hermana, pero daba la impresión de serle indiferente.

El *fjord* quedaba a nuestra derecha brillando al sol y cruzado por franjas de sombra. Y al otro lado del *fjord*, se hallaban los prados, el bosque de Sonder, y una casa roja entre los árboles.

—Dicen que esto es muy bonito —dijo mi padre—. No entiendo mucho de estas cosas. Pero los que entienden aseguran que es muy

bonito.

—Es encantador —exclamó Kirstine. Decía «encantador» como una señora mayor.

—Pero por aquí no hay montañas ni ríos —dijo papá.

—La señorita Nissen dice que el camino que sube por la colina Jelling es tan empinado como el de una montaña —intervine— y que muchas montañas no son más altas. También tenemos un río, aunque es pequeño.

Pero aquello no interesaba a mi hermana ni a mi padre. Caminaban juntos en silencio. De pronto, Kirstine me cogió por la muñeca y a mi padre por la chaqueta. Mi hermana hacía cosas como aquella. Me sujetaba con firmeza y los tres anduvimos al mismo paso, en silencio. Era agradable ir así callados los tres. Todo era agradable con Kirstine.

Los senderos del bosque zigzagueaban por las pendientes, por entre los árboles. El blando musgo cubría todo el suelo, abundaban las hojas secas, y había muchas flores. Pero yo desconocía sus nombres.

Todo era estupendo.

Largas noches: noches de calma. Mis padres dormían tranquilos. Cuando me despertaba los veía durmiendo con las manos sobre la almohada. Por la claraboya entraba un levísimo resplandor azul. Y en el sofá del cuarto de estar le hicieron una cama a mi hermana. Yo solía echarme abajo de la cama y mirar por una rendija de la puerta para verla dormir con el cabello suelto esparcido sobre la almohada y apoyando la mejilla en su brazo tan bien torneado.

—¡Cuidado! —me decía mamá—. Vas a despertar a Kirstine. ¿Qué haces ahí? ¿Por qué te has levantado?

—Buscaba el orinal —me disculpaba. Pero lo que yo quería era ver dormir a mi hermana. Necesitaba asegurarme de que aún seguía allí pues soñaba que ya se había marchado.

—¡Vuelve a la cama! —me ordenaba mi madre.

La obedecía y permanecía mucho tiempo con los ojos abiertos, mirando al cielo a través de la claraboya. Me llegaban los cantos de los pájaros que empezaban a animar el bosque y veía cómo palidecía el azul de la noche y aparecían manchas doradas. Y escuchaba las señales del paso a nivel, el traqueteo de los trenes y las campanadas del reloj de la iglesia. A cada momento aumentaba

el número de pájaros que cantaban.

Mi padre y mi madre seguían inmóviles en la cama. Y el manto rojo del cuadro de Jesús, con la corona de espinas, se hacía más rojo aún. Las flores del papel de las paredes se abrían y se llenaban de colores, y el sofá verde se ponía efectivamente verde. A lo lejos trotaba un caballo tirando de un carro. ¡Qué bien se oía el clip-clop, clip-clop, de los cascos! Tardaban mucho en apagarse.

Y yo tenía una hermana que dormía en la habitación de al lado.

—No debiste marcharte —le dije un día.

—No me marché. Es que me dieron a otras personas. Pero yo nada sé de todo eso, de manera que lo mismo da. Cuando papá se fue de soldado a Suecia, me entregaron a esas personas y nunca volví… Debes grabarte bien en la cabeza que soy hija ilegítima —añadió—. Y eso no tiene gracia en absoluto. Si no hubiese encontrado un padre y una madre, habría sido horrible. Pero ahora apenas hay alguien que lo sepa.

Siempre estaba muy seria. No la recuerdo riéndose. Siempre serena y seria, pero a veces sonreía un poco, sólo un poco, con una sonrisa que desaparecía apenas comenzaba, Y tenía los ojos oscuros, y aquellas manos, y su ternura.

—No quiero que vuelvas a marcharte —le dije—. Nunca hemos estado tan a gusto como desde que estás con nosotros.

—Pero es que yo no quiero quedarme aquí, porque no conozco a nadie… excepto a ti. Quizá cuando seamos mayores… —añadió.

Sentada junto a mí, sabía todas las cosas del mundo, hacía planes muy sensatos y lo comprendía todo. Pensaba tanto que se le formaba una pequeña arruga en el entrecejo y se le ponía cara de persona mayor.

—Desde que llegó tu hermana no te dejas ver… —me dijo Lydia, y luego, mirándome suspicaz, añadió—: Bueno, si es que de verdad es tu hermana.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo pronto, no es hermana tuya del todo. Lo dicen Else y Marie; lo saben por su madre. Dicen que no puede ser más que media hermana tuya.

No quise contestar a aquello. Era demasiado triste.

—¡Te has puesto colorado! —se burló Lydia.

—Quizá nos marchemos los dos de aquí. Aún no está decidido.

Pero te diré una cosa: ninguno de los dos queremos vivir aquí porque sois todos unos tontos y preferimos vivir en otro sitio.

—Pues que te diviertas —dijo Lydia—. Te deseo que lo pases muy bien, aquí no te vamos a echar de menos. De eso puedes estar seguro.

Y un día fuimos otra vez a la estación. Esta vez mi padre no pudo acompañarnos. Salimos de casa «en el nombre de Jesús», dejamos la llave debajo de la esterilla, y mamá llevó la caja donde guardaba Kirstine sus cosas. La gente que se cruzaba con nosotros decía: «Adiós, Kirstine», y «¿Volverás pronto, Kirstine?»

Mi hermana repetía: «Gracias», e inclinaba la cabeza. Kirstine hacía estos saludos con gran finura.

Llegamos a la estación demasiado pronto y tuvimos que sentarnos en un banco a esperar. Los raíles brillaban al sol. Los hombres que trabajaban en la estación iban y venían por entre los coches, silbando, y la máquina les respondía con sus pitidos. Pero todo esto no tenía que ver con nosotros. Sucedía casi en otro mundo. Estábamos allí sentados esperando el tren y mi hermana estaba a punto de marcharse, y el buen sol que hacía no mejoraba las cosas. Al contrario, las empeoraba.

—Te escribiré —me dijo Kirstine—. En Navidad te escribiré una larga carta y otra en tu cumpleaños.

—Sólo median cinco semanas entre estas dos fechas —dijo mi madre—. Tienes ya una letra muy buena, Kirstine, y estoy segura que tu hermano la podrá leer muy bien.

En el otro mundo sonaban pitidos y gritos y el sol brillaba sobre los raíles. Por fin llegó el tren.

Mi madre movía los dedos nerviosa. Le temblaba la boca y tuvo que morderse un carrillo. Pero la voz le sonaba como siempre.

—Escribes ya con muy buena letra —repitió.

Kirstine estaba callada y su cara parecía de una persona de más edad. Aún me tenía cogida la muñeca. Pero ya salía la gente de la sala de espera. Pasó un cartero empujando una carretilla. Le acompañaba el padre de Lydia. Nos miró sin saludarnos.

—Cuando están de servicio no pueden saludar —explicó mi madre—. Los que llevan uniforme no pueden decir: «Buenos días».

—Pero no va de uniforme —dijo Kirstine—. Sólo lleva una gorra.

Entonces entró el tren y hubo mucho movimiento en el andén. Mi hermana me dio en la mejilla un beso de seda. Sólo sentí su aliento y el roce de sus labios en mi piel. Una brisa de verano; un beso de seda. Pensé en Gertrud porque ésta solía decir que me ponía feísimo cuando lloraba.

—Si supieras lo feo que te pones cuando lloras, no volverías a hacerlo.

Kirstine se asomó a la ventanilla abierta de su compartimiento y me dirigió una mirada más oscura que de costumbre.

—¡Qué tengas buen viaje, Kirstine! —le dijo mamá—. Da recuerdos míos… y que les agradezco mucho que te hayan dejado venir.

—Sí, sí —respondió mi hermana. Parecía una santa enmarcada en la ventanilla—. Escribiré. ¡Adiós! —gritó cuando el tren se puso en marcha—. ¡Adiós, hermano!

Estuvo agitando su pañuelo bordado mientras tuvo a la vista el andén. Y allí estaba yo, terriblemente feo.

—Debemos irnos —dijo mi madre—. No podemos seguir aquí hasta la próxima vez que venga. Pero te tengo a ti. Estoy tan contenta de tenerte conmigo como si estuvieseis los dos. Lástima que no me he traído un pañuelo.

V

Me has decepcionado —dijo un día la señorita Nissen mientras me tenía cogida una oreja con su pequeña garra—. Empezaste bien, porque ya sabías mucho antes de venir; pero ahora, en cambio, no das una en el clavo.

Yo intentaba soltarme para irme con los otros.

—No, no te marcharás; te estarás conmigo un ratito.

Tenía el cabello gris, y la cara también gris. Toda su persona parecía rebozada en ceniza.

—No prestas atención en clase. No sigues la lección.

Casi todos se habían ido y yo había de permanecer junto a la señorita Nissen. Pensé que me había tocado el turno de que me castigaran, aunque en verdad nada había hecho. Pero siempre había alguno castigado en la clase de la señorita Nissen. Sentada detrás de su mesa, con los dientes apretados y una regla en la mano, nos miraba a través de sus lentes con sus ojos cenicientos. En aquella ocasión, cuando me soltó la oreja, se dirigió a dos compañeros míos, uno de los cuales se había quedado medio dormido y otro buscaba algo.

—¿Qué te pasa? ¿Y tú, qué tienes debajo de la mesa?

Ahora me tocaba a mí.

—Al principio, eras un buen alumno.

—¡Oh!

—¿Sólo sabes decir «Oh»?

—Es que nunca me había usted dicho…

—¿Qué? ¿Que eras un buen alumno al principio?

—Sí.

—Esas cosas no hay que decirlas.

La señorita Nissen empuñó la regla. Creí que iba a darme en los

dedos. Eso no me importaba porque se terminaba en seguida. Y así no tendría que explicarle nada.

—Quiero saber por qué no prestas atención. ¿Es por pereza o quizá porque eres tonto? —Levantaba la regla como para subrayar en el aire sus propias palabras—. He de saber por qué eres tan terco y estás siempre como rumiando algo y por qué andas siempre aislado, sin querer jugar con los otros.

—Es que debo de ser tonto —dije—. Era lo que todos decían en mi patio.

—No seas impertinente. Tengo que descubrir lo que te sucede. Es posible que hable con tu madre. Pero no estoy dispuesta a tolerar impertinencias.

—No.

—Eres muy raro. Cuando leemos, no sigues la lectura en tu libro, y no terminas las sumas. Lees, escribes y haces las cuentas peor que cuando entraste en la escuela.

Lydia jugaba a la entrada del patio con su pelota. También se encontraban allí todos los demás. Por eso llegaba yo tarde a casa.

—Dicen que te pasas todos los días mucho tiempo mirándome en la foto mía que tiene el fotógrafo en la calle —me dijo Lydia—. No lo consiento, ¿te enteras?

—No es cierto que te mire todos los días.

—De todos modos, no te lo consiento. No quiero que me mires.

—Seguramente, te crees bonita.

—No sé si soy o no bonita pero me revienta que te estés allí parado con la boca abierta mirando mi foto.

—Déjalo, chica. ¡Es tan tonto! —intervino Gertrud—. Además, es bizco. No lo puede remediar, Lydia. El pobre no lo hace con mala intención. Aunque, claro, es natural que no se lo permitas.

—Desde luego —dijo Lydia.

—Si no deja de pararse delante de la vitrina del fotógrafo, se lo decimos a Rudolf para que le dé una buena paliza —dijo Else—. Es que se ha puesto aún más tonto desde que le cayó esa hermana de repente.

—Si te miro es porque eres la chica más fea que he visto en mi vida. Y la que se da más importancia. Y la más tonta. Iré mañana a pararme delante de la vitrina del fotógrafo y diré: «¿Quién es esa

chica tan horrible que han puesto aquí?» Eso diré, para que te enteres. Y entonces el fotógrafo tendrá que quitarte de la vitrina porque nadie querrá mirarte. La gente volverá la cabeza al pasar para no ver una cara tan fea. Ya los he visto que vuelven la cabeza al ver tu foto. Figúrate lo fea que eres.

En el portal me quité los zuecos. El «perro muerto» del carnicero —un perro llamado Rolf— estaba tumbado en la esterilla de la entrada, enfermo. Le llamábamos el «perro muerto» porque siempre estaba tumbado y dormido y dormía tan profundamente que era muy fácil pisarlo en la oscuridad. Dormía como si estuviese muerto. Cuando llegué casi a nuestro piso, tuve que detenerme. Estaba a punto de llorar. No sabía por qué, pues no tenía motivos para llorar aparte de aquella discusión con Lydia. Me gustaba mucho Lydia y ahora que mi hermana se había marchado, me parecía que ella era la única persona con quien contaba allí. En cambio, Else no me importaba. ¿Qué había dicho Else? Que yo era bizco.

—¿No te han castigado? Vienes tan tarde —dijo mi madre.

—No, no me han retenido.

—Tienes cara de no decir la verdad. Espero que nunca te sorprenderé mintiéndole a tu madre.

—No.

Mis padres habían empezado a hablar de mí por las noches cuando me creían dormido. Porque ya no había en casa el silencio de antes. Y es que estaban preocupados. Siempre hubo en casa preocupaciones, pero esta vez eran por mi causa. La escuela. La señorita Nissen. ¿Cómo era posible que mamá hubiese hablado con la señorita Nissen a espaldas mías? Por lo visto se habían confabulado contra mí. Siempre estaban haciéndome preguntas y lo que le respondiese yo a una de ellas lo sabía en seguida la otra. Por eso, acabé por callarme a todo. No me sacarían ni una palabra de lo que tanto ansiaban saber.

—Anda siempre demasiado solo —decía mi madre.

—¿Solo? —decía mi padre—. ¿Y qué hay de malo en eso?

—Quiero decir que es demasiado distinto a los demás niños. La señorita Nissen también lo ha observado y le parece muy mal.

—Cuando yo era pequeño, los niños de edad más aproximada a la mía vivían a veinte quilómetros de distancia —dijo mi padre.

—Ahora es todo muy diferente.

—Sí, pero sólo es diferente aquí.

—¡Pues aquí es donde vivimos! —exclamó mi madre—. El niño ha de ser como los demás.

Tendido en la cama, los escuchaba, alegrándome de que mis padres hablasen. Era estupendo oír algo más que el pincel sobre las bolsas, oír voces y no sólo el silencio.

—Por ejemplo, puede ir con ese chico, Marentcius —dijo mi padre.

—Sí, Marentcius es un buen chico. Lo dice la señorita Nissen.

—También tiene a Lydia, y las niñas de Ravn.

—Pero no puede estar con niñas todo el tiempo.

Mi padre sacudió su pipa. Tardó un rato en seguir hablando.

—Debes dejarle más independencia. Hacer que se valga por sí mismo.

A la mañana siguiente, mamá me preguntó:

—¿Qué era eso de un ratón blanco que estabas pidiendo siempre?

—Marentcius no lo vende por menos de cinco *ore*.

—Pues tu padre y yo estuvimos hablando de que andas demasiado solo. Creemos que te convendría tener ese ratón. Te haría compañía.

—Sí —respondí—. Dice Marentcius que a ese ratoncito se le puede hablar. Entiende lo que uno dice. Claro que no todo. Pero se le pueden enseñar habilidades nuevas.

—Tu padre ha prometido hacerle una jaula. Podrías ponerla ahí, debajo de la ventana.

De modo que le compré a Marentcius el ratón por cinco *ore* y le hicimos una jaula con una caja de madera, y un enrejado de alambre por encima. El ratón llenó la habitación de un nuevo olor.

El animalito era tímido por naturaleza. Si alguien tocaba la jaula se asustaba tanto que empezaba a dar vueltas y llegaba a parecer un círculo blanco en el fondo de la caja. Pero era cierto que se le podía hablar. Si no se tocaba la jaula y sólo se le hablaba, bebía agua, comía un poco, olisqueaba y se portaba como un buen ratón. Mi padre solía sentarse a contemplarlo. Trataba de ponérselo por

dentro de la manga para que le corriese hacia arriba por el brazo y hacía con él otras muchas cosas divertidas. Pero sobre todo se quedaba mucho tiempo observándolo.

—¿Podemos ver tu ratón? —me preguntaban los demás en el patio. Y yo les permitía que subieran a verlo. Gracias a esto dejaron de decir que yo no servía para jugar. Ya tenía algo de interesante. Else y Marie también venían a casa y les divertía ver cómo mi padre se ponía el ratón dentro de la manga y lo hacía subir hasta que le asomaba por el cuello. Después me iba con ellas a su casa.

En casa de los Ravn vivía mucha gente. Else y Marie tenían dos hermanos mayores que dormían en una habitación de la buhardilla. Y también otra hermana que cosía. En casa de los Ravn no había silencio ni calma. Jugaban a la lotería, bebían café y charlaban mucho. El viejo Ravn estaba siempre sentado en una silla, muy derecho, y dormitaba. Llegaba muy cansado de la fundición donde trabajaba. Colocaba su silla de manera que no le diera la luz y cuando se dormía en serio, echaba hacia atrás la cabeza y roncaba con la boca muy abierta. Pero se despertaba en cuanto ponían las tazas sobre la mesa. Podíamos jugar alrededor de él y hablar todo lo que quisiéramos sin que se despertase pero en cuanto la señora Ravn o Birgitte ponían las tazas, este pequeño ruido le despabilaba por completo.

—¿Está ya el café? —decía desperezándose y bostezando—. ¿Es tarde, no?

Su voz era bronca como si tuviera llena de asperón la garganta.

La casa de los Ravn olía a café, a humo de la cocina y a paños sucios de secar los platos. Sin embargo, este olor resultaba agradable y confortable.

Cuando se hacía demasiado tarde, subía mi madre a buscarme, pero nunca se quedaba un rato de visita. Sólo iba a llevarme a casa para acostarme. Mi padre nunca aparecía por allí.

Y todo esto se lo debíamos al ratón. Por haberle comprado el ratón, Marentcius y yo jugábamos juntos en los descansos y a veces marchábamos a la escuela o volvíamos de ella juntos. Y también era el ratón la causa de que Rudolf subiese algunas veces a mi casa para que hiciera algo con él. Llegué a convertirme, gracias al ratón, en un niño casi como los demás. Pero el pobre bicho murió a finales de aquel invierno. Una mañana apareció tumbado en su jaula con el

hociquillo estirado y sus pequeñas pezuñas coloradas al aire. Poco tiempo tuvo que pasar para que me considerasen de nuevo un niño inútil y tonto.

—Bueno, ahora es culpa tuya —me dijo mamá—. Eres tan raro… Ya veremos si te portas mejor ahora que empezáis con un maestro los de tu grado.

Pero ya nos habíamos aficionado a tener algún animalito en casa. Sobre todo mi padre. Como estaba vacío el palomar de la cochera, mi padre trajo una tarde un par de palomas. La hembra era blanquísima y tenía el pico amarillo. El macho era azul con manchas de otro color y un círculo rojo en torno al pico. Al principio los tuvimos encerrados en el palomar para que no se escapasen y volvieran a la casa de su anterior dueño.

Nos pasábamos mucho tiempo debajo del palomar, en la cochera, entre el landó y un carro y esperábamos a que las palomas se arrullasen. Pero transcurrieron muchos días y no se arrullaban. Ni mi padre ni yo perdíamos la esperanza pensando que de un momento a otro iban a empezar. Permanecían inmóviles como figuras de porcelana y miraban fijamente con sus ojillos como cuentas y bordeados de rojo. No comían ni bebían. A veces picoteaban un poco los alambres para ver si podían escaparse.

—Los animales son como la gente —dijo mi padre—: sienten nostalgia. Es mala enfermedad porque dura mucho tiempo.

Aunque era muy agradable tener palomas, ¿para qué las quería si no se arrullaban ni volaban? No servían para hacerme interesante a los ojos de los demás niños.

—¡Palomas! —se burlaba Rudolf— ¡Y ratoncitos blancos! (Ya no recordaba lo mucho que se había divertido con mi ratón). Eso es para críos pequeñines. A mí dame víboras. Eso sí que es de chicos mayores.

—Pero es que sólo puedes tenerlas cuando están muertas y metidas en alcohol —le dije.

—¡Qué tontería! —me replicó—. ¿Acaso no conozco a muchos muchachos que tienen en sus casas víboras vivas y sueltas por las habitaciones? He pensado comprar una. Pero, ¡palomas!

Aquello me hizo un gran efecto. «Podéis arrullaros o no, a mí de todos modos no me interesáis ya», pensé. Rudolf era un mago con la

gran facultad de quitarle a todo su brillo y su atractivo.

—Es sólo envidia —me consolaba otro chico—. Le molesta que las palomas no sean suyas.

Pero esto no me consolaba.

Marentcius vino un día con una hermosa navaja, nueva y brillante. Tenía dos hojas y un sacacorchos.

—Déjame verla —le dijo Rudolf—. ¡Vaya cosa! —se burló mientras la tenía en la mano—. Esta clase de navajas no me interesan. A mí, dame una de esas grandes, de hombre. Y, como no me la puedo comprar…

Pero a Marentcius no le importaba que Rudolf se metiese con él. No vivía en nuestro patio y, si no quería, podía no ver a Rudolf. De todos modos, al cabo de unos días, me propuso comprarle la navaja por diez *ore*.

—Eso es mucho dinero —le dije.

—El ratón te costó cinco y esta navaja no se puede ni comparar con un ratón. Su verdadero precio es de cincuenta *ore*.

—No te digo que no, pero yo no los tengo.

—¿Ni siquiera puedes sacarle diez *ore* a tu madre?

—Me podría dar mucho más pero no quiero pedirle dinero.

Durante nuestra conversación, tuve la navaja en mis manos, deseándola, pero Marentcius me la quitó y la tiró por encima de una valla, al jardín de un vecino.

—No la quiero —dijo—. Ya que no tengo una buena navaja, prefiero no tener ninguna.

—Podías habérmela dado ya que no la querías —me quejé.

—No soy tan tonto como para regalar una navaja nuevecita —me contestó—. Prefiero que se ponga mohosa en ese jardín.

Miré a Marentcius esperando que se hubiera convertido en un Marentcius diferente pero me asombró ver que tenía la misma cara.

—Bueno, vamos al monte Pilke —dijo, como si nada.

Y pasamos todo el día jugando. Pero yo no podía olvidar la navaja. Me dolía que se estuviese oxidando en aquel jardín y no porque se hubiera perdido sino porque Marentcius no me la había querido dar. Aquella noche me desperté pensando en la navaja. Era una pena, con lo nueva que estaba.

A la mañana siguiente fui con la intención de recuperarla y de quedarme con ella sin que Marentcius lo supiera. Di la vuelta por

un sendero, entré en un patio desconocido e hice como que estaba, acostumbrado a entrar allí para que los vecinos no se extrañasen. Así, paseé por el jardín con toda naturalidad.

—¿Que andas buscando? —dijo una voz desde la ventana de una cocina.

—Es que ayer se me perdió por aquí una navaja.

—¿Una navaja? Entonces será la que se llevó Marentcius.

Me marché y nadie supo que había estado allí.

Mucho después volvió a enseñarme Marentcius la navaja.

—¿No es la misma que tiraste por encima de la valla? —le pregunté—. Aquella que pensabas dejar oxidándose.

—No; es otra —respondió Marentcius enrojeciendo.

—Déjame verla. Es la misma; te digo que es la misma.

—Es que tú no entiendes. No es exactamente aquella. Y, de todos modos, todavía no tienes edad para poder llevar navaja.

Me quedó la sensación de haber triunfado sobre Marentcius. Pero me guardó por esto un resentimiento imborrable y ya no íbamos tanto juntos.

Un día, el palomo y la paloma empezaron a arrullarse. Era estupendo oírlos. No se arrullaban como las demás palomas que yo había oído. Sus ruiditos eran especiales.

—Son mis palomas que se están arrullando —le dije a Lydia.

—Vaya.

—¿No distingues, al oído, que son las mías?

—Yo no puedo notar la diferencia.

—Cuando la hembra ponga huevos y empiece a incubarlos, podremos dejarlas en libertad. A las palomas es posible adiestrarlas para que se sienten en nuestros hombros o se nos pongan en la cabeza —le expliqué.

—¡Qué asco! —exclamó Lydia con una mueca.

Estaba visto que las palomas no servían para hacerme interesante a los demás.

Mi padre se pasaba tanto tiempo observándolas que mi madre le dijo:

—Ya podrías encontrar otra ocupación mejor… El año próximo tendremos una parcela de terreno en Norremarken.

—Me conviene —dijo papá—. Pero creo que nos vendría mejor

tenerla en seguida.

Las palomas se las arreglaban muy bien sin mí. Tuvieron crías y las dejamos libres y también empezaron a volar las crías. Un buen día llegó una pareja desconocida y se instaló en el palomar.

—Ahora podríamos matar las viejas —dijo mi madre—. Si las dejamos demasiado tiempo se ponen duras.

Pocos días después volvió a plantear la cuestión.

—¿Nos comeremos las palomas el domingo?

Mi padre dejó el periódico, reflexionó un poco y respondió:

—No sé si el domingo es el día más apropiado.

—Ha de ser el domingo —insistió mamá— pues, ¿quién va a comer palomas un día corriente de la semana?

Los trenes seguían yendo y viniendo. La señal del paso a nivel sonaba como siempre y las luces cambiaban de color. Había señales rojas, amarillas, verdes y blancas y cuando se miraba hacia la estación siguiendo los raíles, hacía muy bonito ver tanta iluminación. La vida proseguía. Todo continuaba su camino.

—Nos comeremos las palomas —dijo mamá.

Sabíamos que, al decirlo en aquel tono, sería lo que ella quisiera. Se le notaba en la voz cuando había tomado una decisión irrevocable. Mi madre había probado ya carne de paloma y no lo había olvidado. Se le hacía la boca agua pensando en su sabor. Pero también era que les tenía manía porque mi padre se pasaba las horas muertas contemplándolas y charlando con ellas en la cuadra de Klyver. Cuando mamá se empeñaba en que algo fuese como ella quería, no había manera de impedirlo. No es que hablase mucho de sus propósitos. Apenas unas palabras de vez en cuando. Pero persistía queriendo aquello con todas sus fuerzas. Se notaba que su espíritu no cesaba ni un sólo momento de desearlo. Y al final, tenía uno que ceder y hacer lo que ella quería, o bien lo hacía ella misma. Por ejemplo, si se le metía en la cabeza comprar una docena de tazas que había visto en la tienda, acababa comprándolas.

—Tienen unas rosas muy bonitas y unos bordes dorados preciosos —comentaba un día de paso.

—¿Y para qué necesitamos tantas tazas? —preguntaba mi padre aunque ella ni siquiera había propuesto comprarlas.

—Hombre, no las tendría en la cocina. Las pondría en la alacena… Y en cuanto a necesitarlas, supón que los Nielsen, los de

la calle de la Cruz, vinieran de visita cualquier tarde, o Abeline, o quién sabe…

—Vanidades —censuraba mi padre.

Y mamá seguía pasando el pincel con el engrudo sobre el papel de las bolsas y su deseo de las tazas continuaba su camino, inexorable. Había tomado su decisión. Se callaba pero la procesión iba por dentro.

Y un día estaban allí las tazas y, además, unas cucharillas de plata. Papá se ocultaba detrás del periódico o volvía la espalda; era incapaz de mirar ninguna de estas cosas. Y lo mismo sucedió cuando aparecieron las dos sillas de felpa. Papá daba vueltas en torno a ellas e incluso tropezó con una, pero no las veía. Es más, no llegó a descubrir su presencia hasta que la señora Ravn entró y batiendo palmas de admiración, exclamó:

—¡Magnífico! ¡Qué preciosas estas sillas nuevas! ¡Cómo se ve quién tiene dinero!

—¿Conque sillas nuevas, eh? —se extrañó mi padre—. Ya había oído algo de comprar sillas pero no me había fijado en ellas hasta ahora.

—Else y Marie contaron en casa algo de unas tazas nuevas. Y cucharillas —sonsacó la señora Ravn.

—No es un secreto —dijo mi madre—. Se las voy a enseñar.

—Esta mujer mía no hace más que pedir que bajen las cosas del cielo —dijo mi padre— y lo grande es que acaba saliéndose siempre con la suya.

—No bajan del cielo sino que las consigo con el dinero de mi trabajo. Sí, con pincel, engrudo y papel. No soy de las que se pasan el día contemplando unas palomas, sin tener ni siquiera el valor de sacrificarlas.

—N-no —dijo mi padre, desconcertado—. N-no. —Y suspiró—. Tienes razón… Vanidad de vanidades.

Y una tarde de sábado, comprendiendo que ya no tenía escape, bajó al palomar. A mamá, que todo lo recordaba, se le había olvidado aquel día comprar nada para la comida del domingo.

Mi padre volvió con la paloma blanca sosteniéndola por las alas y las patas. La pobre guiñaba sus redondos ojillos con la luz de la lámpara y movía la cabecita con violentas sacudidas.

—Dudl-dudl-dudl… —decía mi padre.

—¿Sabes hacerlo? Debías haberla matado abajo —le dijo mamá.

—El carnicero me dijo que en estos huecos que tienen debajo de las alas…

—De todos modos, debiste hacerlo abajo. Bueno, ¿y el macho?

—El palomo azul, tan hermoso… Sí, pero hay que empezar con uno.

Fue a la cocina y cerró la puerta.

Mi madre seguía su monótono trabajo, doblando y pegando el papel como una máquina. Pero sus dedos se movían con más rapidez que de costumbre.

—Debías irte a casa de los Ravn, hijo. O quizá fuera mejor que te acostases.

Me estaba costando un gran esfuerzo contener el llanto.

—¿No tenemos más remedio que almorzar mañana? —pregunté con voz temblona.

—No nos moriríamos si no comiéramos un día, pero…

No venía ruido alguno de la cocina. Una calma mortal. Nadie habría dicho que mi padre estaba allí y mucho menos que tenía en las manos una paloma para matarla.

—Entretente con algo —me ordenó mamá. Y busqué algo que hacer.

Mucho después oímos a mi padre bajando las escaleras. Seguramente, iba en busca del macho, aquella hermosa ave con plumas blancas entre las azules y un poco de rojo en torno al pico. Pasaban los trenes. Pero esto era normal a esa hora. El express de Copenhague. Las señales luminosas cambiaron para indicar vía libre y una campanilla anunció que también se acercaba, procedente del norte, un tren de mercancías.

Mi padre subió de nuevo y entró en la cocina. No le oíamos ni respirar. Después de un largo intervalo, me dijeron que abriese la puerta. Lo hice con un gran cuidado, como temiendo algo. Mi padre estaba sentado sobre la apagada estufa y miraba por la ventana de la cocina. No vi sobre la mesa paloma alguna, como esperaba. Nada de aves muertas con la cabeza colgando y las alas inmovilizadas para siempre.

—¡Cómo! —exclamó mi madre, detrás de mí—. ¿Dónde están las palomas?

Mi padre seguía inmóvil. Por la abertura de la puerta

entreabierta pasaba un triángulo de luz amarillenta que caía sobre el suelo y sobre la mesa de la cocina, pero en ésta no había luz encendida.

Permanecimos allí un rato, contemplando a mi padre y sin decir ni una palabra.

—¿No pudiste encontrar el sitio que te dijeron, bajo las alas?

Una larga pausa. El triángulo de luz que daba sobre el suelo y los platos de la mesa, tampoco se movía.

—Sí —dijo mi padre lentamente—. No fue por eso. Encontré el sitio, pero cuando se tiene la cabeza llena de himnos y del Cantar de los Cantares, no hay manera de matar a una paloma. Era tan blanca… La llevé al palomar.

—Entonces, es que estaba de Dios —dijo mi madre—. En el nombre de Jesús, que sigan viviendo.

Fue un momento de infinito alivio.

—Tienes un buen padre —dijo mamá mirándome un buen rato. Me puso una mano sobre la cabeza y la otra sobre la derecha de mi padre—. Tienes un padre muy bueno —repitió y me siguió mirando de un modo muy curioso.

Así que, cuando llegó el momento, mi padre había sido incapaz de matar la paloma. Pero la había asustado. Ahora nos tendría miedo y no se atrevería a acercársenos.

Había algo, perdido en un nebuloso pasado, algo relacionado con ese miedo, que yo conocía y los demás no.

—Bueno, no hablaremos más de esto —dijo mi madre. Y lo dijo con esa voz que empleamos cuando volvemos de un remoto lugar adonde nos había llevado el pensamiento.

—No hablaremos más de esto —repitió.

VI

TENÍAMOS un nuevo maestro que se llamaba Vesterstrom. Nos daba clase de matemáticas y también de historia. Sabía mucho de historia. Y yo también. Escribía nombres en la pizarra y nos explicaba todo lo referente a ellos. Lo hacía tan claro y bien que luego no nos veíamos obligados a estudiar en casa. Pero este maestro era muy severo. No toleraba que hablásemos en clase por muy bajo que lo hiciéramos. Se daba cuenta en seguida. Ni tampoco nos dejaba movernos. El silencio y la inmovilidad habían de ser absolutos. Exigía aún más atención que la señorita Nissen. Era un fastidio tener que esforzarse tanto.

Aquel día el maestro había escrito unas sumas en la pizarra. Le dije a Paulus, en un murmullo, que no las distinguía. No me respondió.

—No puedo ver los números —insistí—. Dime lo que ha puesto en la pizarra.

—Eso es porque eres, tonto —dijo Paulus—. Eres tan tonto que pronto no verás ni lo que tienes delante de las narices.

—Silencio —gritó el maestro golpeando la mesa con la regla.

Nos callamos.

Paulus sumaba. Yo no hacía nada.

—Me podías decir lo que es —murmuré al cabo de unos momentos—. Si me dices los números, los sumaré muy pronto.

Paulus no me respondió. Siguió sumando sin hacerme ni el menor caso. En seguida tendríamos que enseñar las cuentas y el señor Vesterstrom vería que yo no había hecho ninguna.

Me moví intranquilo en mi asiento. Volví a hablarle a Paulus pero él se hacía el sordo.

—Monitor, tráigame la vara por favor —dijo el maestro.

El chico que hacía de monitor trajo una vara de la clase de al lado. El señor Vesterstrom me llamó.

—Venga aquí inmediatamente. Le voy a enseñar a estarse callado en clase.

Me acerqué a él con un miedo horrible. Me asustaba muchísimo la vara. No me hubiera importado que me tirase de las orejas pero nunca me habían pegado con un palo. Decían que era terrible si no tenía uno tiempo para meterse algo bajo la parte de atrás de los pantalones. Lo decían todos menos Wesly a quien iban a encerrar en un reformatorio en cuanto hubiera una plaza libre. A Wesly no le importaba que le zurrasen con un palo.

—Doble usted el cuerpo —me ordenó el maestro.

Ni siquiera me preguntó por qué había hablado. No le interesaba saber lo que le dije a Paulus; y éste no se lo contó.

—Se acordará usted de los tres varazos que va a llevar. Nunca le pego a un alumno más de una vez. Lo hago de manera que nunca lo olvida.

El señor Vesterstrom me cogió el cuello con la mano izquierda para hacerme inclinar más. Yo tenía un miedo espantoso. No sé qué me figuraba que me iba a suceder. A muchos otros les habían castigado a palos. Pero nunca me preocupé por ellos, ni siquiera pensé que debían ser compadecidos. Y después no se les notaba que les hubiesen pegado. No querían reconocer que aquello dolía. La mayoría de ellos decían: «Ni siquiera sabe pegar».

Pero la verdad es que Vesterstrom pegaba con toda su fuerza. Ya antes de que descargase el primer varazo, me mojé los pantalones de puro miedo. No sé si los demás se dieron cuenta pero yo sí que sentía el chorrito de líquido caliente por los muslos abajo.

—Muy bien —dijo el maestro—. Monitor, lleve la vara a la otra clase y dé las gracias por habérnosla prestado. Ya nos ha hecho el servicio. ¿Verdad? —me preguntó—. Usted y yo, jovencito, nos entenderemos muy bien a partir de ahora. Se quedará a hacer las cuentas después de las clases y de aquí en adelante no abrirá la boca en clase si yo no le pregunto. ¿Entendido?

—Sí —dije.

—¿Sí qué?

—Sí, gracias.

—Muy bien.

Me horrorizaba la idea de que alguien pudiera notar que me había hecho pis.

—¡Te vi apretar las piernas! —se burló Paulus—. ¿Crees que no te vi? —dijo. Pero no habló de que efectivamente me lo hubiera hecho encima. No lo había notado. Nadie lo vio. Y ni siquiera hablaron de la paliza, lo cual era decepcionante para mí; pero la mayoría de ellos estaban tan acostumbrados que no le daban importancia. Yo era el único al que no le habían pegado hasta entonces. Y ahora no me parecía tan malo; lo peor era antes de empezar. Tendría que habituarme a que me sacudiera el señor Vesterstrom en la clase de aritmética. ¿Cómo iba a enterarme de lo que escribía en la pizarra si no me lo decía Paulus o algún otro? Esto me obligaba a hablar en clase y de ahí el castigo.

Fuera de las ventanas rumoreaban los castaños. Siempre se les oía cuando hacía aquel viento, y con un poco de suerte se podía entrevar alguna castaña por entre las hojas, una bola pinchante y verde. Todo estaba igual que antes de que me vapuleara el maestro. En los alféizares de las ventanas de las casitas de enfrente, lucían las mismas flores. Los escalones de las puertas estaban tan limpios como siempre y las cortinas tan blancas. El mundo no había cambiado ni en lo más insignificante, como si nada hubiera sucedido. Como si el señor Vesterstrom no me hubiese pegado. ¿Cómo era posible?

Las sumas eran fáciles. Cuando los demás se marcharon y me quedé solo en la clase, me acerqué a la pizarra para aprenderme de memoria las cantidades a sumar. Esto me era muy fácil. Las retenía en la cabeza sin confundirme ni en un solo número. Pero seguía mojado y me desabroché para ver cómo estaba aquello. Por abajo, el líquido me había desteñido las ligas rojas que llevaba.

El señor Vesterstrom se me acercó para mirar las sumas.

—Muy bien —me dijo—. Ya puedes irte a casa.

Cuando ya estaba en la puerta, me llamó.

—¿Por qué hablas en clase?

—No sé.

—Pero sabes muy bien que no lo tolero.

—Sí.

—Entonces, ¿no podrás estarte callado de ahora en adelante?

—No, señor.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—No sé. No se lo podía explicar.

—¿De qué estabas hablando?

—Preguntaba qué había escrito usted en la pizarra.

—¿Es que no lo puedes ver?

—A veces no. A veces no puedo fijar los ojos en una cosa.

—Entonces debes decírmelo.

—Sí —le respondí, pero no quería hacerlo, no quería que los otros se rieran de mí al oírme preguntarle al maestro qué había en la pizarra.

—¿Prometido?

—Sí, señor.

No le pude explicar a mi madre por qué me habían retenido en clase. Estuvo tratando de sacármelo y cuando me dijo si no me había sabido la lección quise responderle que si pero después habría sido muy difícil. ¿Si me sabía la lección, por qué me habían castigado? Preferí decir que no me la sabía.

—Claro, debes estudiar más —dijo mi madre—. Siempre te lo he dicho.

—Pero si no lo necesito. El señor Vesterstrom nos lo explica todo y yo lo recuerdo perfectamente. Nos dice mucho más de lo que trae el libro.

—De todos modos, tienes que estudiar —insistió mi madre—. De aquí en adelante, no pasarás ningún día sin repasar tus libros.

Cuando me desnudé aquella noche, mi madre se dio cuenta de que me había mojado, porque se me había desteñido algo.

—¡Por Dios, hijo! ¿Será posible que te hayas hecho pis? ¡Un chico que está ya en el tercer curso!

Preferí confesarlo pues cualquier otra explicación habría sido demasiado complicada. Pero esto me hacía detestar a mi madre en aquellos momentos. Odiaba a todo el mundo. A Vesterstrom, a Paulus, a los demás. Los odiaba a todos. Incluso a mi madre.

En el patio estaban jugando. Oía las risas de Lydia y de Rudolf. También se encontraba allí Gertrud. Y el tonto Anders pedía que alguien jugase con él a los caballos pero nadie quería. Y yo me tuve que acostar porque había sido castigado en la escuela.

—¿Qué diría Lydia si se enterase? —preguntó mi madre.

En aquel momento decidí odiar a todo el mundo hasta la hora de mi muerte. También estaba dispuesto a odiar a mi madre. Y entonces no era difícil. Lo difícil habría sido no odiarla. Incluso me creía capaz de matar, de ser un matricida. Y mataría al señor Vesterstrom. Y si no llegaba a matarlos, por lo menos los odiaría a todos ferozmente. Para que no se me olvidara, me diría a mí mismo todas las mañanas al despertarme: «Hoy debo recordar que odio a todos… excepto a Lydia».

Mi padre regresó de su trabajo. Oí a mi madre decirle que me habían castigado en la escuela y que me había hecho eso en los pantalones.

—Vaya, vaya —comentó mi padre.

Y nada más. Cenó y no volvió a pensar en el asunto. Esto era seguro. Comió en silencio y luego cogió el libro de las pastas rojas. Comprendí que era la novela y no la Biblia en cuanto lo puso sobre la mesa, por la diferencia del pequeño ruido.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó mi madre.

—¿De qué?

—Del niño, hombre.

Mi padre se sumergió en la lectura para ver qué les había ocurrido a los personajes desde la vez anterior. En cambio, no le preocupaba lo que hubiera de hacerse conmigo. Decidí no odiar a mi padre.

—¿No crees que podrías hacer algo mejor que leer novelas? —protestó mi madre.

Un largo silencio.

—Por ejemplo, componerme los zapatos.

Mi madre confeccionaba bolsas incesantemente y ni siquiera se interrumpía cuando hablaba.

—Pronto estaré impresentable.

Mi padre no le hacía caso. Volvió una hoja del libro.

—¿Cómo te hiciste ese chichón? —me preguntó el señor Vesterstrom.

—No sé. Me tropecé con algo.

Había sido contra una ventana abierta que no vi a tiempo. Pasaba por la acera, muy cerca de los muros, y me di contra aquella ventana.

—Te pregunto que cómo fue.

—No sé. De pronto me di el golpe.

No quería decirle que no había visto la ventana pues el maestro me habría reñido por andar tan despistado sin fijarme en las cosas. La verdad es que siempre me fijaba por dónde iba, pero a veces no podía ver las cosas hasta que tropezaba con ellas, o hasta que alguien me las señalaba. Era algo que no podía explicar.

—¿Por qué no miras por dónde andas? —me dijo mi madre en cuanto llegué a casa.

Y, jugando a la pelota con Lydia, ésta se había enfadado conmigo:

—¿Por qué eres tan tonto? Estás ahí como un idiota sin coger la pelota. ¿Dónde tienes los ojos?

Si miraba la pelota, la veía, pero lo malo era que mis ojos miraban hacia otra parte y no sabía dónde tenía que mirar para ver la pelota. Por esa misma razón me había tropezado con la ventana.

—¿Cuando hablabas ayer con Paulus, era porque no podías distinguir lo que había en la pizarra? —me preguntó el maestro.

—No lo podía ver desde mi sitio —dije— pero después lo distinguí muy bien.

—¿Qué quieres decir con «después»?

—Después, cuando me acerqué a la pizarra.

Vesterstrom me miró con mucha atención. Por fin, dijo:

—Me parece que bizqueas un poco.

En el recreo todos me llamaban «¡Bizco, bizco!» y me pellizcaban el trasero. Me quitaron la gorra y la tiraron a lo alto del castaño. Pero eso no me importaba, pues aunque no podía fijar mis ojos en la gorra, sabía que estaba allí.

—¡Qué bizco se pone! —gritaban.

Uno de ellos se me acercó y me chilló al oído:

—¡Eres el bizco más bizco que he visto en mi vida!

Esto me hizo odiar aún más al señor Vesterstrom. Los odiaba a todos.

Durante el recreo siguiente, me refugié en los retretes. El maestro de turno me descubrió.

—¿Por qué no sales de ahí?

—Es que tengo la barriga mala.

Eso me parecía normal. Se podía estar mal de la barriga pero no bizquear. Ser bizco era una vergüenza.

—Bueno, pues date prisa y sal de ahí —me ordenó el maestro—. Pronto va a tocar la campana.

—Sí, señor.

Estaba sentado con los pantalones subidos.

Era estupendo estar allí sentado. Había descubierto aquello y lo haría todos los días. No me hubiera importado pasarme la vida sentado en el retrete. Siempre había en el retrete próximo alguno de los chicos y le oía hablar con el que estaba más allá. Y también podía oír a los que jugaban fuera. No me pesaba en absoluto no jugar. Al contrario, no quería estar con ellos. Qué tranquilidad estarme allí sentado sin que se pudieran meter conmigo.

Al empezar la clase de aritmética, me dijo Vesterstrom:

—¿No quieres venir a mi mesa y copiar aquí los problemas?

—No.

—Por lo menos, podrías decir gracias.

—No, gracias. —Y me quedé donde estaba. Pero al final de la clase no tenía hecha ni una sola de las sumas.

—Eso le pasa por ser tan bizco —le dijo Paulus al maestro.

—Además —dijo Marentcius— es tan cobarde que se encierra en el retrete todo el recreo.

—¡Oh! —exclamó el señor Vesterstrom, pero no habló de castigos. Y yo estaba tan seguro de que iba a pedir otra vez la vara que casi me sentí decepcionado. En cuanto llegó el siguiente recreo, me encerré de nuevo en el retrete.

Así continuaron las cosas durante días o quizá semanas, no sé. Pero fue mucho tiempo.

Una tarde, cuando regresé de la escuela, me dijo mi madre:

—¡Estoy ya cansada de todo este lío tuyo en la escuela!

—En la escuela no hay ningún lío por mi culpa —repliqué.

—¿Y qué me dices de la aritmética?

—Puedo hacer las cuentas y los problemas tan bien como cualquier otro.

—¿Ah, sí? Entonces, ¿quieres decirme por qué no los haces?

No respondí.

—¿Acaso tienes mal el vientre?

—No. No me pasa nada.

—Por lo menos, ponte a hacer tus deberes. Comprenderás que me sienta muy mal que seas el último de la clase.

—Es que no lo soy.

—Pero haces cosas muy raras y tu comportamiento llama la atención.

Me puse a estudiar junto a la ventana.

Allá lejos, el molino giraba lentamente sus aspas sobre el fondo de un cielo crepuscular. Las señales luminosas cambiaban del blanco al rojo y del rojo al verde para ponerse otra vez blancas. Pronto llegaría el tren de las diez. Y pronto volvería mi padre de su trabajo. Mi madre hacía bolsas de papel sin parar.

—¿Por qué no sigues leyendo? —me preguntó.

No podía saber si mamá estaba enfadada conmigo o sólo triste por algo. A veces me parecía que ponía la misma cara para las dos cosas. Creía uno que estaba triste y resultaba que se había enfadado. O cuando la creía uno enfadada, es que estaba triste. Cuando algo salía mal, se le ponía la cara más pequeña y se le juntaban más los ojos. Apretaba la boca y la nariz se le afilaba. Pero también ponía esta cara si se enfadaba.

Pasó el tren y cambiaron las señales. El cielo se oscureció aún más. No podía ver ya si las aspas del molino se movían o estaban quietas. En la calle Freden se fueron escondiendo las luces, primero en una ventana, luego en otra… Lucecitas amarillas. El carretero Klyver cerró su cochera. El jardín que se hallaba detrás de la cochera, estaba oscuro y me pareció oír el murmullo de los árboles en la oscuridad.

Mi madre suspiró y encendió la lámpara. Volvió a suspirar y se sentó de nuevo para pegar las bolsas con engrudo. Por fin llegó papá y empezó a comer en la cocina. Mientras comía, le contó mi madre que en la escuela había habido aún más historias por mi causa. Le dijo que un maestro estuvo en casa para hablar con ella. Le explicó que yo no hacía las sumas a pesar de que sabía sumar muy bien. Sencillamente, me negaba a hacerlas.

—¡Vaya! —exclamó mi padre, y siguió comiendo.

—Tendremos que hacer algo —dijo mi madre.

Él no respondió.

—No hay más remedio que consultar al médico —dijo mamá.

—¿Otra vez al médico?

—Te aseguro que este niño no se comporta de un modo normal. Los demás no son así.

Mi padre callaba.

—Es muy posible que le esté pasando algo que no sepamos.

Mi padre persistía en su silencio.

Me senté a la mesa y puse el libro bajo la lámpara, exactamente donde solía leer mi padre su Biblia o su novela. Yo no había leído nada aún pues sabía que no lo necesitaba. Hacía como que leía. Estaba convencido de que sabía más de lo que traía el libro. De todos modos, lo abrí más adelante, adonde todavía no habíamos llegado en la escuela.

Entraron ambos en la salita y mi madre se instaló para reanudar su trabajo. Mi padre se quedó de pie mirándome fijamente, lo cual me dio algún miedo. Nada decía sino que me observaba continuamente para saber si estaba leyendo o no. No me atrevía a levantar los ojos del libro.

Tampoco me atrevía a preguntar. Me llegaba el olor a tabaco de la ropa de mi padre. Y del sudor que se le había secado en la piel. La proximidad de mi padre me impedía leer. Estaba tan asustado que no podía prestar atención a lo que decía el libro.

De pronto, mi padre me dio una bofetada.

—¡Deja ya de hacer visajes! —gritó—. ¡No te permito que imites a las muchachas ciegas!

—No hay necesidad de pegarle —intervino mi madre—. Es inútil tratarlo así mientras no sepamos qué le ocurre.

—Eso nada tiene que ver con su desfachatez burlándose de las ciegas.

—Bueno, pero no quiero que le pegues hasta que no lo haya visto el médico y sepamos qué tiene. ¿Oyes?

Entonces me dijo mi madre que le ayudase a contar bolsas y que luego podía acostarme. Yo no había llorado ni hecho nada que pudiera llamar la atención. No quería contar bolsas.

—Pues, entonces, acuéstate ahora mismo —me dijo mi madre—. Ya nos has disgustado hoy bastante. Vete a acostar y cierra la puerta.

—Sí, madre.

—No olvides rezar tus oraciones.

—Bueno. —Pero no quería rezar.

—Este hijo se nos está endureciendo —dijo mi padre—. Está saliendo a ti y por eso es tan duro. Pero no le toleraré que haga muecas imitando a las ciegas del Hogar Pode.

Mamá no le replicó esta vez.

Cerré la puerta del dormitorio. Sabía que mis padres iban a hablar de mí y que yo no debía escucharlos. Me desvestí en la oscuridad y me acosté. No recé. No importaba, nada importaba. Sí, me estaba endureciendo; les demostraría a todos hasta qué punto era capaz de ser duro. Duro como una piedra.

Una estrella brillaba en el cristal de la claraboya.

VII

DIJO el médico que no me encontraba nada. Me abrió —primero un ojo y luego el otro. Levantaba el párpado con el dedo pulgar y miraba un buen rato cada ojo.

—No —dijo por fin—. ¿Qué puede pasarle?

—No sé —le respondió mi madre—. Parece que no distingue las cosas aunque las tenga ante las narices.

—Entonces, que ponga más cuidado y se fije en lo que hace —dijo el médico.

—Y a veces se tropieza con las cosas —dijo mi madre.

—A los chicos les viene bien hacerse algún chichón. Así aprenden. ¿Te peleas mucho con tus compañeros en la escuela?

—No. —Y era verdad.

—Quizá te hayan mimado más de lo conveniente —dijo el médico—. Los niños deben llevarse algunos golpes y aprender a llevar los ojos bien abiertos. A éste no le vendrá mal —añadió dirigiéndose a mi madre— que le den algún coscorrón, para que aprenda a mirar por dónde anda. Pero si están ustedes preocupados, pueden llevarle a Kolding. Allí hay un especialista, un buen oculista… Aunque yo no le encuentro absolutamente nada.

No fuimos a Kolding. No podíamos ir sólo porque mis padres estuviesen preocupados. Para haber ido, tendría que haberme sucedido algo. Y como el médico decía que no me encontraba nada…

Mi madre dio gracias a Dios de que no tuviese yo nada malo. Se arrodilló junto al sofá verde del dormitorio y rezó.

—Estoy muy contenta de que no le pase nada a mi hijo y Te doy gracias, Dios mío. Pero me resignaré a todo lo que quieras enviarme. Lo soportaré porque sé que me darás también fuerzas

para sobrellevarlo y porque sé que el dolor que me tengas reservado servirá para purificarme y hacer de mí un templo.

Eso fue lo que le dijo mi madre a Dios cuando volvió a casa. Y yo mientras, esculpía un pedazo de madera con una navaja que mi padre había encontrado. Mi padre encontraba muchas cosas. Yo me preguntaba qué querría decir mamá con aquello del dolor que le podía enviar Dios y la resignación y las fuerzas para sobrellevarlo.

—¿No crees que debías darle también gracias a Dios? —me preguntó al entrar en la salita-comedor. Traía los ojos enrojecidos. Había estado llorando.

—¿Yo? —me extrañé—. ¿Por qué?

—Porque no tienes nada malo.

—No —dije secamente y seguí esculpiendo la madera—. Quiero sacar de esto una muchacha. Pero necesitaré una lima.

—De sobra sabes que no eres capaz de hacer eso. Ven a contar bolsas —dijo mi madre—. Para ser escultor hay que aprender.

Me habían dado una guitarra que yo no había pedido y que no quería. Me la regaló Wedell. Algunos domingos por la tarde, hablaba Wedell en las reuniones de los Amigos, que se celebraban en la calle Tonnes. La había traído de Copenhague y tenía las cuerdas según el sistema que él había inventado.

—El sistema del Siete —nos dijo—. El número divino: el Siete.

El barón Wedell me miró y dijo:

—Dios se ha propuesto hacer alguien de este niño. Lo sé sólo con mirarle a la frente. Es una frente radiante.

Y la vez siguiente que acudió a la reunión de los Amigos, me llevó la guitarra. Pero lo que a mí me hubiera gustado era tener una frente como todos los demás niños. ¿Para qué la quería radiante?

Mamá quería que fuese a casa de Abeline para que me enseñara a tocar la guitarra, que fuera allí todas las tardes después del colegio para practicar y que me sentara junto a ella en el salón de la calle Tonnes y les acompañase en las canciones que cantaban. Pero a mí no me atraía en absoluto la guitarra. Quería tocar el violín. Quería un violín de diez coronas, sin funda.

—¿Y qué ibas a hacer con él? —me preguntaba mi madre.

—Tocarlo.

—¡Pero si no sabes!

—Deja, algún día tendré un violín.

Y me senté a contar bolsas de papel. En el patio jugaban los niños de la vecindad. Oía sus voces alegres. Y por el ruido seguía perfectamente sus juegos.

—En cuanto hayas contado otro centenar te irás a jugar con ellos —me prometió mi madre.

Pero había demasiados chicos y chicas allí abajo para que me apeteciese jugar con ellos. Y luego, cuando mamá creía que yo estaba jugando en el patio me quedé sentado en la escalera dibujando con tiza en los escalones. Entonces pasó junto a mí la mujer de Christensen y me dijo que no debía dibujar en los escalones; que lo borrase y me fuese a jugar. Así lo hice. Pero tanto esta vez como las demás, lo único que hacía, en todo caso, era hablar un poco con el tonto Anders.

—Si te empeñas en ser tan raro y no jugar con los demás niños —me reñía luego mi madre— más te valdrá pasear por el bosque.

Y acabé por darme un paseo a esas horas. Pero sólo llegaba al lindero, donde estaba la fábrica de cerveza. Allí había tres estanques de cuya agua cortaban el hielo en el invierno. Les llamábamos los estanques del hielo. Cuando se formaba éste, lo cortaban en grandes bloques y se lo llevaban en carros. Cerca había una casa de madera pintada de verde en la cual guardaban unas grandes artesas y cubas cuyo uso desconocía yo. Pero vivía allí —sólo durante el día— un hombre llamado Stougard encargado de vigilar para que no se las llevaran. Además, era también el guarda de los estanques y de todo lo perteneciente a la fábrica de cerveza. Por las mañanas compraba en la tienda dos botellas de *braendevin* y se llevaba una en cada bolsillo de su chaquetón. Decía que así mantenía el equilibrio. Se alimentaba sólo de *braendevin* y patatas que asaba en un hornillo que tenía. Las asaba sin pelar y las metía enteras en el tarro de la sal.

—Puedes comerte una si quieres —me dijo—. Primero la metes en la sal y luego bebes *braendevin* y cerveza. Así la echarás para abajo.

Probé una patata y me gustó. Sabía a quemado. Y terriblemente salada. Pero me gustó.

—Ahora, bebe un poco de *braendevin* —me ofreció Stougard—.

Tómalo directamente de la botella. Sólo la cantidad que te quepa en un buche.

—No podía tragar el buche que tenía en la boca.

—Ya aprenderás —me dijo Stougard—. Tú eres de los que pueden aprender cuanto se propongan. Y luego, a fuerza de beber, entra cada vez más sed. No sé por qué, pero cierto es que los pobres son los que tienen más sed. Siempre están sedientos. Su sed es la misma de sus padres y de sus abuelos y nunca llegan a satisfacerla. Cuando un nombre es pobre, lleva la sed en los huesos. Ya aprenderás, chico. Eres de los que aprenden en seguida.

—Eso es porque Dios se ha propuesto hacer de mí alguien —le dije repitiendo las palabras del barón Wedell—. Tengo la frente radiante.

—¿Qué dices? —se extrañó Stougard dejando de masticar la patata—. ¿Quién diantre te ha enseñado esa tontería?

—Me lo dijo el barón Wedell, el que me regaló la guitarra.

—Claro, alguien así tenía que ser. Desde luego, Dios quiere hacer alguien de los barones y condes y demás gente rica pero no se interesa por el porvenir de nosotros, los que somos como tú y yo. ¿No comprendes, cabeza de chorlito?

Stougard bebió otra vez de la botella. Luego empezó a cantar. Siempre cantaba himnos religiosos.

—«Quién sabe cuándo me llegará el fin…».

Cantaba de un modo tan raro que al principio parecía estar cantando en un idioma extranjero, pero poco a poco se le iba entendiendo y al final resultaba muy claro todo lo que decía.

—Esas cosas no son para ti ni para mí, cabeza de chorlito (no me importaba que me llamara esto). Y como eres muy listo, podrías venir aquí a ser el guarda de los estanques y de todo esto cuando yo me muera.

Soplaba un viento muy fuerte, el viento crudo y húmedo del *fjord*. Pero la fogata que tenía encendida Stougard le quitaba a uno el frío. Se estaba muy bien allí. Más allá, bastante cerca, empezaba el bosque donde mi madre me suponía creyendo que estos paseos me pondrían rosadas las mejillas. Le daba mucha importancia a esto de tener las mejillas rosadas. Me llené tanto de patatas que cuando regresé a casa no tenía hambre alguna.

También me había dicho Stougard:

—Una guitarra… No sé de qué va a servirte tocar la guitarra como no entres en el Ejército de Salvación. ¿Por qué no le pides a tu papá que te compre un acordeón?

Tampoco me gustaba el acordeón.

—Es que así podrías tocar en los bailes.

—No; lo que yo quiero es un violín.

—Sí —dijo Stougard— tampoco está mal el violín. Podrías tocarlo en los bailes, hacerle una funda y llevarlo a la espalda. Irías de pueblo en pueblo y todas las muchachas acudirían a recibirte con flores en la cabeza deseando empezar la danza. Sí, llevas razón, más te valdrá tener un violín. Pídeselo a tu papá. Insiste hasta que te lo compre.

Hipó y bebió unos cuantos tragos seguidos de cerveza para quitarse el hipo.

—Sí, sí, que te compren un violín. Aunque tú eres capaz de aprender a tocar cualquier instrumento de música. Eres de los que todo lo aprenden.

El cielo estaba gris y bajo y empezaba a llover. La hierba que rodeaba a los estanques se marchitaba. Debía de haber paseado por el bosque para que se me pusieran rosadas las mejillas pero estaba allí, junto a Stougard pasándolo bien.

Cuando llegué a casa, encontré allí al señor Vesterstrom y la señorita Nissen tomando café. Así que se complicaban las cosas. Mamá estaba muy seria.

—Vete a jugar un poco —me dijo el maestro—. La señorita Nissen y yo tenemos que hablar con tu madre.

Salí de nuevo. Anochecía y no había niños en el patio. Entré en la cochera de Klyver. Estaba allí el landó. Me subí en él y cerré la portezuela. Era casi como una habitación y por cierto muy bonita. Pensé lo que podrían estar hablando los maestros con mi madre pero no me preocupaba demasiado porque estaba muy a gusto dentro del coche. Me gustaba casi tanto como estar con Stougard. ¿Por qué no habría un landó en la escuela para meterme en él durante los recreos? Sería estupendo refugiarme allí en vez de en los retretes. Desde que me riñeron por encerrarme solía quedarme junto a Marentcius que andaba casi siempre apartado de los demás porque era muy listo. Le acompañaba y a veces me agarraba a su

brazo.

—Déjame. No me toques —me decía—. No quiero que te cuelgues de mi blusa.

Si le cogía del brazo o de la blusa era porque así veía mejor. Podía fijar mejor la mirada en las cosas.

—Si no eres capaz de moverte tú solito, es preferible que te encierres en el retrete —me decía.

—Muy bien.

Y acabé teniendo que apartarme de él y encerrándome de nuevo en los retretes porque si andaba suelto había siempre algún chico que me pellizcaba o me quitaba lo que tuviese yo en la mano sin que le viese llegar.

¡Si por lo menos hubiera estado allí Lydia! ¡Y si por lo menos hubiesen dejado ya de preocuparse por mí los maestros!

No pude comprender por qué estaban tan asustados cuando me encontraron dormido en el landó. Me había enfriado un poco, pero no me ocurría nada.

—Sabes muy bien que no quiero que subáis los chicos en mi landó —me riñó Klyver. Mi madre lloraba y me reñía a la vez.

—¡Qué cosas haces! ¿Por qué no serás como los demás niños?

¿Cómo podía yo saberlo? Pero, de todos modos, me fastidiaba tanto como a mi madre. También yo estaba harto de aquella historia de mi rareza.

—Te hemos buscado por todas partes. Tu padre anda ahora por el bosque. Pensamos que pudieras haber vuelto allí.

A mí todo aquello me parecía una exageración e incluso me divertía. Volvimos a casa.

—Mañana iremos a Kolding para que te vea el especialista.

¡Ah, de modo que otra vez estábamos preocupados! Porque lo de Kolding sólo era en caso de preocupación. El caso era que yo no estaba preocupado, pero un viaje a Kolding tenía su encanto.

En la calle Freden habían encendido las luces. Las luces parpadeaban porque llovía. Las señales luminosas de la estación hacían sus guiños verdes, rojos y amarillos.

—Acuéstate en seguida porque mañana mismo vamos a Kolding y debes dormir bastante —me dijo mi madre.

Yo me hallaba aún despierto cuando entró mi padre en el

dormitorio. No estaba enfadado. Me dijo, con naturalidad:

—De modo que mañana te vas de viaje, ¿eh?

—Sí —le respondí.

—Conque de viaje…

—Sí.

—Pero no debes asustarte.

—Claro que no. —No me había pasado por la cabeza que hubiese algún motivo para asustarse.

Mi padre se inclinó sobre la cama. Olía a tabaco. Me dio unas palmaditas en el cabello.

—Nada has de temer —repitió—. Sólo es un viaje.

—Sí —dije. Y me dormí tranquilo.

Así que fuimos a Kolding. Mi madre me lavó concienzudamente aunque mi padre decía que no veía la necesidad.

—El especialista no va a mirarle al chico el cuello, ni la espalda, ni las piernas.

Además nos pusimos la mejor ropa que teníamos. Y mi madre preparó unos emparedados atándolos después con un gran pañuelo.

Llegamos a Kolding demasiado pronto y no conocíamos a nadie allí. Anduvimos sin rumbo por las calles mirando las casas. Había una en ruinas. Yo nunca había visto hasta entonces una casa en ruinas. Se había incendiado. Por muchos huecos de ventanas se veía el cielo.

Cuando preguntamos por el especialista, aún era demasiado temprano. La señora que nos abrió la puerta nos dijo que el doctor estaba almorzando. Pero podíamos esperarlo porque volvería pronto.

Nos sentamos. Se estaba allí mejor que recorriendo las calles.

Mi madre parecía intranquila pero yo sólo estaba aburrido. Eramos los únicos que esperaban en la consulta y la señora nos dijo que ya no vendría nadie más a aquella hora.

—Nunca hay tanta gente en la consulta de un especialista como en la de un médico corriente —explicó la señora.

Ya lo comprendíamos. Habíamos estado otras veces en la consulta de un médico de verdad pero esta era la primera vez que veníamos a casa de uno de esos que llamaban especialistas.

—¿Es por el niño? —preguntó la mujer.

—Sí —dijo mi madre.

—No parece que le pase nada de particular. Pero también podría estar ciego antes de que termine el año. En estas cosas, nunca se sabe.

—No me gusta oírle decir eso —le replicó mi madre, enfadada.

A mí me daba igual.

—Esperen, porque si no viene pronto le telefonearé al club donde come.

No había muchas cosas en la sala del especialista. Un par de sillas; una mesa sobre la cual habían puesto una caja llena de cristales de gafas; una lámpara muy divertida; un cartón con letras de todos los tamaños colgado en la pared, la primera de las cuales era una gran B… Yo distinguía ésta y la siguiente, y también la otra de al lado. Me acerqué al cartón y estuve leyendo todas las letras, hasta las pequeñitas de abajo.

—Estate quieto, niño —me dijo mi madre.

—Que se entretenga si quiere —intervino la señora—. Nada hay aquí que pueda romper a no ser los cristales y la lámpara. Que mire, el pobre, que mire las cosas mientras pueda.

—Sí —dijo mi madre, que sin duda se estaría preguntando lo que quería decir aquella señora tan sombría.

—Porque los niños —insistió— aunque parezca que no les pasa nada, vaya usted a saber…

Yo seguía leyendo el cartel de las letras lo mismo que solía hacer con lo que el maestro escribía en la pizarra. Ya me permitía subir al entarimado y leer el planteamiento de los problemas. Luego volvía a mi sitio y, con los datos en la cabeza, los resolvía. Retenía en la memoria cantidades de muchas cifras. Era asombroso cómo podía acordarme de tantos números sin equivocarme nunca.

—Será mejor que telefonee al club —dijo la señora.

—Podemos esperar —dijo mi madre—. De todos modos, tendremos que esperar luego hasta que salga nuestro tren.

—Es que debo llamarlo porque si no sabe que hay alguien en la consulta, se estará demasiado tiempo y beberá más de la cuenta. Y luego vendría adormilado e irritable. A los hombres hay que cuidarlos como a los niños. Desde luego, el doctor lo necesita.

Pensé que quizás el especialista fuera como mi tío Antón, que se emborrachaba en Copenhague.

La oímos telefonear en la habitación de al lado. No podíamos entender lo que decía, pero sonaba a riña. Mi madre dijo: «Vaya regañina que le está echando al especialista.»

Me imaginaba a éste como un hombrecillo pelirrojo con el cuello de la camisa abierta. Estaría pelado casi al rape y llevaría deshilachados los puños de su vieja chaqueta. Debía de ser como el tío Antón.

La señora volvió al cabo de unos momentos y nos dijo que el especialista llegaría minutos después.

—Mientras, les prepararé a ustedes café —añadió.

—No, por favor, no se moleste —protestó mi madre.

—Claro que sí. Han de tomar ustedes un poco de café mientras esperan.

Cuando ella se marchó, mi madre me dijo:

—Estoy segura de que nos cobrarán mucho por estas tazas de café.

Miré por la ventana y vi las fachadas de unas casas desconocidas para mí. Luego curioseé en la caja de cristales para gafas.

—No toques —me dijo mamá.

—No estoy tocando sino sólo mirando.

—Está bien —y bostezó. Se había pasado casi toda la noche confeccionando bolsas.

La señora entró con una bandeja en la que traía tres tazas de café, dos para nosotros y una para ella.

—¿Y a qué vas a dedicarte cuando seas mayor? —me preguntó.

—Seré violinista —le respondí.

—¿De veras? —parecía admirada—. Muy bien, es una gran cosa que los niños sepan claramente lo que quieren. La mayoría no lo saben.

—No le haga usted caso —terció mi madre—. Es una fantasía suya. Ni siquiera sabe tocar el violín.

—De todos modos, no es mala idea —dijo la otra.

—Quizás. Pero no es para gente como nosotros. Todavía no hemos pensado a qué se dedicará.

—Claro, hay tiempo sobrado. Y nunca se sabe —dijo la mujer.

—No, nunca se sabe —repitió mamá.

Entonces llegó el especialista. Era un hombre corpulento y no se parecía en absoluto al tío Antón. Tenía la cara muy colorada, se le

veían las venas por debajo de la piel, una tupida red de canalillos sanguíneos. Esto lo observé cuando me sujetó entre sus rodillas diciéndome que iba a echarme un vistazo.

—Quíteme el sombrero y cuélguelo ahí fuera, señorita Poulsen —dijo.

Así que no era señora sino señorita y se apellidaba Poulsen. Le quitó el sombrero al especialista y salió un instante con él. Al doctor le caía por el chaleco la ceniza del cigarro. Resoplaba y su aliento me recordaba al de Stougard, el hombre de los estanques helados. Me abría bien los ojos con los pulgares, lo mismo que había hecho el otro medico. —Date la vuelta— me dijo de pronto —y mira lo que hay en ese cartel. Vamos a ver hasta dónde puedes leer—. Lo leí todo sin parar, desde la gran *B* de arriba hasta la diminuta *z* del extremo inferior derecha.

—¿Y por qué demonios creen que a este niño le ocurre algo? —preguntó—. Tiene una vista de lince.

—No sé —se disculpó mi madre—. Es que los maestros de su escuela dicen…

—Los maestros no entienden de esto. ¿Y qué dicen?

—Creen que tiene algo mal en la vista y que no puede ver bien.

—Usted misma lo ha presenciado. Lo lee todo, de cabo a rabo.

—Sí —dijo mi madre.

No sabían que me había aprendido de memoria todo el cartel. Por eso pude repetir las letras por el mismo orden y de carretilla, sin fallar una. No sabían que estaba acostumbrado a hacer lo mismo en la escuela con los números de la pizarra.

El especialista me volvió de nuevo hacia él y me apretó los ojos a través de los párpados. Luego cerró las persianas y encendió aquella lámpara tan rara. Sacó de un cajón una lente muy gruesa y me miró los ojos. La lámpara se reflejaba en el cristal.

—Quizá haya un defecto estructural en el ojo derecho —dijo entrecerrando sus ojos para ver mejor—. Pero eso es de nacimiento. Si empeora, basta con que lleve gafas. Que venga dentro de un año y le recetaré algo. Ahora es pronto aún. Pero si se trata sólo de que es perezoso y que no se fija en las cosas, las gafas no le servirán.

—No creo que sea perezoso, doctor —dijo mi madre—. Pero desde luego, nunca mira por dónde va.

—Entonces, lo primero que ha de hacer es prestar atención a lo

que hace.

Costó dos coronas.

—Con qué facilidad las ha ganado —dijo mamá cuando salimos a la calle—. Ya quisiera yo que tu padre ganase el dinero así.

—Es verdad —asentí, pensando en que mi padre necesitaba trabajar por lo menos todo un día para ganar dos coronas.

—Sin embargo, habría dado no ya dos sino cinco coronas por oír lo que nos ha dicho.

—¿Por qué? —pregunté extrañado.

Llovía. Por todas partes había hojas caídas, incluso donde no había árboles. Fuimos hasta la casa en ruinas cerca de la cual estaba la entrada a un parque y en él se hallaba un pequeño estanque. Nos sentamos en un banco y comimos los bocadillos que mamá había llevado.

—Debemos dar gracias a Dios antes de comer —dijo mi madre.

—¿Crees que debemos hacerlo?

—Desde luego. Primero, dar gracias a Dios.

Nos arrodillamos en el banco. Esto no estaba bien. Debíamos habernos arrodillado en el suelo pero estaba mojado. Mi madre apoyó las manos juntas, y yo las mías, en el respaldo del banco y dimos gracias a Dios porque el especialista había dicho que era sólo un defecto estructural, aunque ignorábamos lo que esto pudiese significar. Mi madre le agradecía a Dios que le hubiese dado un hijo normal que, en todo caso, sólo tenía que ponerse gafas si empeoraba.

—Pero no olvides que las gafas no te servirán si eres perezoso y no haces un esfuerzo por fijarte en las cosas —me advirtió.

—Ya sabes que no lo soy.

—Sí, ya lo sé.

Estábamos rodeados de hojas caídas y nuestros bocadillos se habían empapado de lluvia. Por los huecos de las ventanas de la casa en ruinas se veía el plomizo cielo. Los muros eran rojizos.

—Hemos sido tontos —dijo mi madre—. Podíamos haber ido directamente a la estación y sentarnos en la sala de espera.

—Entonces no hubiéramos podido rezar.

—Rezar se puede en todas partes. Recuérdalo, dondequiera que estés puedes rezar.

—Sí.

Compramos un cenicero para mi padre. Era de cristal y tenía pegada en el fondo una fotografía de las ruinas con las palabras «Recuerdo de Kolding». Nunca habíamos tenido un cenicero y lo desempaquetamos dos veces en el tren, camino de casa, para admirarlo. Nos parecía precioso. Lo pondríamos en la mejor habitación, la salita-comedor, en el centro de la mesa ovalada para que todos pudieran verlo en cuanto entrasen.

—De modo que la consulta ha sido inútil —elijo mi padre.

—Sí, inútil —dijo mamá—. Pero ya no nos hemos de preocupar más.

—En fin, te saliste con la tuya.

Y ya no hablaron más del especialista ni de lo que me estuviese ocurriendo a mí. Aumentamos el número diario de bolsas para recuperar el dinero que había costado la consulta. Mi padre desde principios de aquel verano, contaba con una colocación casi fija. Sólo «casi», pues los días que no había trabajo no le pagaban. Su tarea consistía en llevar caballos a la estación y acarrear estiércol. Le pagaban poco y trabajaba doce horas al día. De todos modos, era un ingreso y había que dar gracias a Dios.

Un día trajeron a mi padre en un coche. Era el del dueño de las cuadras. Papá venía muy pálido y con el brazo izquierdo vendado. El cochero le ayudó a bajar y mi padre devolvió en la acera.

—Es la anestesia —dijo el cochero—. No hay que preocuparse: no está borracho. —Hablaba con la gente que se había parado en la calle y con los que se asomaban a las ventanas. —No, no está borracho. Es por la anestesia.

Mi padre se había cogido una mano en la cuchilla de la cortadora de forraje. Tumbado ya en la cama, de espaldas, nos contó cómo había sucedido. Estaba empujando la paja con la mano izquierda cuando se le vino encima la cuchilla. No le dolió. No sintió nada en absoluto.

—Fue así —e imitó con la mano derecha el movimiento de la máquina—. Sólo eso y ya se me había llevado el dedo. —Le salió sangre pero no tanta que no pudiera contenérsela apretando el muñón contra su blusa de trabajo. Lo condujeron a un hospital en el coche que luego lo había traído a casa.

—Ahora cobraré el seguro —añadió—. Todos me dicen que

podré cobrarlo.

Fueron llegando los vecinos para enterarse de lo ocurrido. Entre ellos el ebanista Christensen, Klyver y Ravn.

—En cierto modo, has tenido suerte —dijo Ravn—. Han de pagarte el seguro. A Mortensen le dieron tanto que pudo comprar un estanco. Claro que él perdió tres dedos. Tú, por uno solo, no podrás sacar demasiado. Y lo malo es que haya sido la mano izquierda porque eso lo tienen muy en cuenta. Pero mucho o poco no tienen más remedio que pagarte.

Ravn estaba a los pies de la cama con su ropa de trabajo tan sucia. Calculaba lo que podría obtener mi padre.

—Por la mano derecha te habrían dado más —insistió. Mi padre estuvo en casa muchos días y le pagaban el jornal como si estuviese trabajando. De haber sido verano, podría haberse buscado algún trabajo provisional, algo que hubiese podido hacer con la mano derecho sólo. Pero como no era verano, se quedaba en casa leyendo la Biblia. Y tanto leer lo ponía raro.

—Está extraño —le dijo mi madre al maestro de obras Laursen un domingo en el salón de la calle Tonnes— sí, es extraño que un hombre se vuelva tan raro a fuerza de leer la palabra de Dios.

—Quizá sea demasiado fuerte para él —dijo Laursen—. Si tiene uno el alma sin piel, no resiste el fuego sagrado. —Laursen repetía lo que oía en los sermones de aquella sociedad religiosa.

Pero a mí me impresionó mucho saber que el alma de mi padre no tenía piel.

—Recomiéndele usted que se salte la Revelación —aconsejaba Laursen a mi madre. Y lo decía como si se tratara de *braendevin* o de alguna otra bebida fuerte, o quizá de un veneno.

—Pues precisamente es lo que más le preocupa —le dijo mi madre.

—Yo mismo estuve leyendo la Revelación y no la pude resistir. Me puse raro —confesó Laursen—. Veía jinetes en caballos negros y caballos blancos con bridas doradas y arrojando fuego por el hocico. Y las estrellas del cielo se me convertían en imágenes brillantes y una noche vi una cruz de oro, deslumbrante, que se elevaba sobre el mar y llegaba hasta la Vía Láctea. Por entonces vivía yo en Esbjerg —añadió, para justificar que hubiese mar.

—No, a mi marido no le pasa eso —dijo mi madre.

Mi padre se marchó al poco tiempo. Se había quedado al fondo del salón, muy apartado de nosotros y en cuanto empezaron los himnos se fue. Pero no a casa sino a encerrarse en un retrete como hacía yo en la escuela. Sin embargo, lo suyo era más extraño que lo mío pues él no tenía que temer que le riñeran ni huir de los compañeros. Solía meterse allí a fumar y muchos domingos se pasaba en aquel encierro todo el tiempo que duraban los himnos y el sermón en la sociedad de los Amigos. A veces veíamos salir el humo de su cigarrillo por entre las tablas mal ensambladas.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó mi madre cuando marchábamos los tres hacia casa.

No respondió.

—Seguro que te pasa algo; estás muy raro —insistió mamá.

Seguía callado. Como de costumbre, caminaba un poco detrás de mi madre y yo. Al llegar a casa, permaneció junto a la puerta del patio y nos dejó subir. Un rato después, bajé a decirle que la cena estaba lista. Pero no se encontraba allí, ni dentro del patio, ni en la cochera, ni en el jardín tras la cochera.

—Es posible que tu papá haya ido a dar un paseo por el bosque —me dijo Klyver—. Por lo menos, iba en esa dirección. No le pudo ver pero le oí porque iba rezongando. No entendí lo que decía.

Había anochecido ya del todo. Los vecinos habían encendido las lámparas. Llegué hasta el lindero del bosque pero mi padre no estaba por allí. Me detuve al comienzo del sendero que se adentraba en las tinieblas del bosque y escuchaba el silbido del viento y los crujidos de las ramas. Le llamé —«¡Padre!»— pero no obtuve respuesta.

Hubo un momento en que me pareció oler a tabaco; su tabaco. Pensé si estaría escondido detrás de un tronco sin querer responderme. Mi padre solía hacer esas cosas. Pero me daba tanto miedo la oscuridad que no me atreví a continuar allí ni a llamarle más —me asustaba la resonancia de mi voz en la soledad— y regresé a casa. Por el camino noté algo muy curioso: alrededor de las luces se formaba un cerco de colores, como un arco iris redondo. Si fijaba la mirada en una luz, la veía descomponerse en tres círculos: uno rojo, otro verde y otro amarillo. Me acordé de lo que Laursen decía haber visto después de leer el Libro de la Revelación. Pero yo nunca lo había leído. De todos modos, era indudable que

todas las luces se me convertían en círculos de colores.

Quise explicarle a mi madre aquel extraño fenómeno pero no me quiso escuchar. Lo que le interesaba era saber de mi padre. Le dije que Klyver suponía que andaba por el bosque.

—Así que lo ha hecho otra vez —fue el comentario de mamá—. Temo que hayamos empezado de nuevo con lo mismo —añadió en voz muy baja, como si «lo mismo» fuera un gran secreto.

VIII

Mi madre me facilitaba continuamente motivos para salir de casa. ¿Por qué no iba en busca de Marentcius?

¿O a charlar con Stougard? ¿Había dado la vuelta completa al bosque? Quizá Lydia quisiera acompañarme. ¿Y si fuese a ver el órgano de Valborg, yo que era tan aficionado a la música?

No me daba tiempo a responderle a una de sus proposiciones cuando ya me estaba haciendo otra.

La verdad era que mi padre no podía soportar mi presencia. Pero al mismo tiempo no podía tolerar que me marchase de casa. Se pasaba todo el día sentado muy derecho en una silla mirando al vacío y sin hablar en absoluto. Miraba con los ojos muy abiertos pero nada veía. Lo más que hacía era acercar la silla a la ventana, subirla sobre la plataforma que había debajo y apoyar los codos en el alféizar. Allí permanecía horas enteras esperando el paso de los trenes. Estaba inmóvil con la barbilla en la mano.

Mi madre hacía el engrudo y pegaba las bolsas de papel tan silenciosa como mi padre. Si entraba yo, volvía la cabeza, me miraba y proseguía su tarea. Nunca me decía, delante de papá, que me debía marchar de nuevo.

—¿Quieres jugar a los caballos? —me preguntó el tonto Anders.

—Muy bien —le respondí, y jugamos a los caballos.

—Mirad a esos dos idiotas —gritó Else—. ¡Qué ocurrencia, jugar a los caballos!

—El otro no es idiota; está loco, que es mucho peor —dijo Rudolf.

—Puedes venir conmigo a mi casa si quieres —me propuso luego Lydia—. Te enseñaré unas fotos.

Así que fuimos a casa de Lydia, No tenía fotos, sino unas revistas

ilustradas. Pero no las miramos mucho tiempo. Nos pusimos a charlar.

—No debes hacerme caso cuando me meto contigo —dijo Lydia.

—No me importa.

—Quiero decir cuando hablo de tu padre.

—A mi padre no le pasa nada.

—Claro, ya lo sé.

Una pausa.

—A mí también me dicen cosas de mi madre.

Miré hacia otro lado. Me gustaba Lydia, sobre todo cuando estábamos juntos y solos, pero no quería hablar con ella de mi padre. Y si me contaba cosas de su madre, me sentía muy a disgusto. No sabía qué responderle.

—No debías jugar con Anders —me aconsejó— porque luego se burlan de ti.

—Que se burlen cuanto quieran. No me importa.

La madre de Lydia cantaba en la cocina. Cantaba a gritos y con frecuencia se le quebraba la voz. De vez en cuando interrumpía el canto y se ponía a hablar sola.

—No escuches —me dijo Lydia—. No debemos escuchar.

—No estoy escuchando.

Las habitaciones de aquella casa eran muy diferentes de las nuestras: mayores y mucho mejor amuebladas. Había alfombras y, en medio de la mesa, unas plantas de adorno. Olía a humo de cigarro y a flores. Sí, olía a flores a pesar de que estábamos en invierno. El padre de Lydia era empleado de Correos.

Entró la madre de Lydia. El vestido, que era bueno, lo traía desabrochado por la espalda y por debajo le asomaba la combinación. Tenía la cara enrojecida.

—¿Están arrullándose los tortolitos? —dijo con una mueca.

—Vete a tu habitación, mamá, no queremos que estés aquí.

—Ajá, de manera que los tortolitos no quieren mi compañía.

Se inclinó sobre mí. Olía a *braendevin*. Me besó de pronto en la frente. Fue un beso salivoso y prolongado.

—Vete a tu habitación —repitió Lydia. Pero lo dijo con más energía que antes.

—Ya voy, ya voy. Veo que estorbo.

Nos estuvo mirando unos momentos con aquellos ojos acuosos.

Se tambaleó un poco y por fin, dando bruscamente la vuelta, se marchó.

—Ya has visto borracha a mi madre. Ahora me eres antipático.

Aquellas palabras de Lydia me parecían tontas porque yo había visto muchas veces borracha a su madre aunque quizás ella no lo recordase. Dentro de la casa no, pero sí asomada a la ventana. Todos la veíamos con frecuencia.

—Bueno, me iré —dije.

—Sí, vete.

Pero cuando me estaba poniendo la gorra en el vestíbulo, se me acercó Lydia para decirme:

—Sólo me eres antipático hoy, ¿comprendes?

—¡Ah!

—Y sólo si se lo cuentas a los demás. Si se lo contaras a alguien, te odiaría toda la vida.

—Comprendo —y en efecto, lo comprendía muy bien—. Pero descuida, no se lo diré a nadie.

Lydia me miró un momento. Luego me besó en una mejilla. Me resultaba muy extraña esta costumbre que tenían de besar en aquella casa. Pero me alegró mucho que me besara Lydia.

Bajé las escaleras y en la misma puerta de la calle me encontré al padre de Lydia que volvía de su oficina de Correos.

—¿De dónde vienes? —me preguntó.

—De estar con Lydia.

—Ya me lo figuraba. Pues bien, no vuelvas a hacerlo.

—Fue Lydia la que me invitó a que subiera con ella.

—Pues aunque te lo pida ella, no subas. No eres buena compañía para mi hija.

Me apartó con un brazo y subió a su casa.

Estuve contemplando el molinillo de café que había en el escaparate de una tienda. Fui hasta los estanques por si estaba allí Stougard pero no lo encontré, así que me dirigí hacia la casa de Marentcius. Por el camino encontré la madre de Anders.

—A mi hijo le gusta mucho jugar contigo —me dijo—. Eso debían hacer todos, ser un poco más amables con el pobrecillo. —Ocultaba las manos bajo su delantal a cuadros azules—. Todos debían jugar con él de vez en cuando. Él lo agradece mucho.

—Sí.

La madre de Marentcius me preguntó:

—¿No quieren que estés en tu casa, verdad? —sonreía de un modo que no me gustaba.

—Me dijeron que podía venir a jugar con Marentcius.

—Claro, ya me figuro. Pero es que mi hijo tiene que hacer sus deberes. De todos modos, podéis iros un rato al desván y jugar con su teatrito, siempre que no rompáis nada.

Pero me aburrí en seguida y me fui a casa de Valborg para ver el órgano.

Valborg y su madre acudían a las reuniones religiosas de los domingos. Vivían en una villa en lo alto de una colina próxima al bosque. Para no molestar al padre de ella, un profesor del Instituto, había que pasar por la cocina. Aquel señor solía dar clases particulares en su casa y el tiempo que le sobraba lo empleaba leyendo.

—Valborg y su hermana están tocando el piano a cuatro manos. Ya lo oyes desde aquí —me dijo la señora Thomsen que estaba friendo algo sobre la estufa. Lo hacía sentada porque padecía de reumatismo—. Entra si quieres.

Yo nunca había oído tocar el piano a cuatro manos y me gustó mucho. Sobre todo, hacía muy bonito ver a dos niñas juntas al teclado.

—Estamos interpretando a Beethoven —dijo Valborg.

—¡Ah! —pero no sabía qué podría ser Beethoven.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Valborg mientras su hermana ordenaba, en silencio, unos papeles de música. Poco después, aburrida, salió de la sala.

—No le hagas caso —dijo Valborg.

Desde allí se oía la voz profesoral del padre dando clase.

—¿Está usted seguro de que ha comprendido? Porque si no, no podremos pasar al siguiente.

Yo, oía perfectamente el ruido de la tiza mientras el profesor escribía sobre la pizarra.

—Mi padre está ahí con un alumno particular. Es un maestro de tu escuela. Creo que se llama Vesterstrom. ¿Quieres ver el órgano?

—Sí, por favor —y pensaba que ahora sabía yo algo sobre Vesterstrom que los demás ignoraban.

Valborg me enseñó el órgano de cámara. Me explicó cómo

funciona.

—Si quieres, te enseño las notas.

—Nunca llegaría a aprenderlas.

—Claro que podrías.

Por supuesto, yo me creía capaz de aprender a tocar el órgano.

Valborg empezó a buscar un libro y dijo:

—Podríamos empezar en seguida.

Tenía doce o trece años y no se parecía a ninguna otra chica. Era más bonita y menos niña que todas las demás. Era diferente.

Mientras ella me estaba explicando algo que decía el libro de música, sin poderme contener, le pregunté de pronto:

—Oye, ¿qué es Beethoven?

—¿Beethoven? Hombre, eso lo tienes que saber porque lo sabe todo el mundo.

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me lo preguntas?

—Por si tú me lo explicabas de otro modo.

—Lo único que puedo decirte es que fue un gran compositor.

—Claro, claro —pero yo ignoraba lo que pudiera ser un compositor y no me atreví a preguntárselo.

Aquella tarde aprendí las notas sin dificultad y también había descubierto algo sobre el señor Vesterstrom, algo que nadie sabía. Pensé que si lo hubiese descubierto antes no le habría dejado que me azotara. Le habría dicho que sabía una cosa de él.

Cuando volví a casa era ya de noche, y las lámparas de la calle estaban encendidas. Brillaban convertidas en círculos de colores en torno al centro amarillo de la luz. Al principio los colores parecían el arco iris pero a medida que fui andando vi cómo se formaban los tres círculos. Yo se lo había contado ya a mi madre pero creyó que era una tontería mía. Y pensé que si era una tontería, también lo sería lo que Laursen había dicho de sus caballos blancos y los caballos negros y la cruz de oro plantada en medio del mar. Tenía que ser una mentira aunque él hubiese vivido en Esbjerg.

—¿Dónde has estado? —me preguntó mamá cuando entré en casa.

Sin hablarle de mis visitas a casa de Lydia y a la de Marentcius, le dije que había estado viendo el órgano de los Thomsen y que Valborg me había enseñado las notas.

Mi padre dormía en el sofá y hablábamos bajito para no despertarlo.

—¿Qué dijo la señora Thomsen?

—Nada.

—¿Y Valborg?

—Interpretó a Beethoven con su hermana, a cuatro manos.

—¿Qué es eso de Beethoven? —se extrañó mi madre.

—Todo el mundo lo sabe.

Olía a engrudo y a colillas y a todas las porquerías que solíamos quemar en la estufa.

—¿Has hecho tus deberes? —me preguntó mamá.

—Sí —no los había hecho pero no necesitaba hacerlos.

Comimos solos; mi padre seguía durmiendo en el sofá. Roncaba. De vez en cuando se movía y murmuraba algo que no entendíamos. Mi madre no había quitado de la mesa las cosas con que trabajaba de modo que comimos en un pico sobre un periódico viejo. Cuando casi habíamos terminado se despertó mi padre bruscamente.

—Es raro que me duerma aquí mientras coméis tan cerca.

—Estabas muy cansado —le dijo mamá—. Y es natural que duermas ahora puesto que de noche no puedes dormir.

—No sé… no sé si me habrás echado algo en la comida para que me entre este sueño tan pesado.

—¿Echarte algo en la comida?

—Es que no es natural que duerma así.

—No sé cómo duermes.

—Mientras preparabas las gachas en la cocina, te vi hacer algo.

—¿Algo? Claro, las gachas. Es lo que estaba haciendo.

Mi padre nos miró a los dos duramente.

—Con vosotros no hay manera. Estáis unidos contra mí.

—Estás enfermo y por eso no te lo tengo en cuenta —dijo mamá —. Si no estuviera segura de que estás enfermo, hace ya tiempo que me habría indignado.

—¡No hagas muecas! —me gritó mi padre furioso y, de un manotazo que dio sobre la mesa hizo retemblar la pantalla de la lámpara y el bote de engrudo.

—Es mejor que te acuestes —me dijo mi madre.

—¿Ya?

—¡Vete a la cama! ¿Voy a tener que decírtelo todo dos veces

para que lo entiendas?

Me fui al dormitorio y cerré la puerta. Pero no me acosté. Sentado en el borde de la cama, pensé que a aquella hora quizá estuvieran tocando el piano a cuatro manos en casa de Valborg. Y me dije que viviendo como aquella gente, era fácil ser bueno. También pensé en Lydia, pero ésta tenía que soportar a su madre y yo no era buena compañía para ella, según había dicho su padre, aunque yo no entendía por qué.

Oía a mi madre pegar las bolsas con engrudo. A veces me llegaba un suspiro de mi padre. Pero no se hablaban. Fuera llovía mucho y el viento batía la claraboya. En el piso de abajo, reían los Christensen. Aquella familia siempre se estaba riendo. Nosotros, nunca.

Algunas de las visitas aconsejaban a mi madre que llevase a mi padre al hospital. Creían que esto era lo mejor para nosotros tres.

—Si yo no hubiera trabajado allí de enfermera, es posible que lo creyese. Sé, por lo que he visto, que lo peor que puede sucederle a alguien es que lo lleven al hospital.

Nos había contado muchas veces que les ponían a los enfermos camisas de fuerza y que los enfermeros les pegaban cruelmente para apaciguarlos.

—Yo no enviaría allí ni a mi peor enemigo —concluyó mi madre.

En casa de los Christensen seguían riendo y la lluvia y el viento no amainaban. Pero en la habitación de al lado, mis padres estaban en el más completo silencio.

Por fin, decidí desvestirme y acostarme. Después de mirar mucho tiempo en la oscuridad, me quedé dormido. Me desperté avanzada la noche. No sé por qué, pues nada había oído. Sencillamente, me encontré despierto. Vi algo voluminoso al pie de mi cama. Una persona. Mi padre.

Le oía respirar y noté que se inclinaba hacia delante. Mi madre yacía dormida a mi lado.

—Padre —dije.

No me respondió.

—Padre, ¿estás enfadado conmigo?

El bulto oscuro a los pies de la cama no se movió. Era mi padre; pero no se movió.

—Padre —insistí—, tengo mucho miedo.

—Si yo fuera de verdad tu padre —dijo por fin con un hilo de voz— te lo diría la sangre y no te asustarías.

Mamá se despertó.

—¿Por qué has apagado la lamparilla de noche? —preguntó mientras buscaba fósforos—. ¿Y por qué has cogido fósforos?

Mi padre no le respondió. Seguía inmóvil a los pies de la cama. Mi madre se quería levantar para buscar los fósforos y encender otra vez la lamparilla.

—No es necesario —dijo él—. Ahora mismo me acuesto.

Así lo hizo. Aún llevaba el brazo izquierdo en cabestrillo. Iba de vez en cuando al médico para que le cambiase el vendaje. Pero nunca hablábamos de que pudiese padecer algo peor.

Se acostó Suspirando, echándose lentamente de espaldas para acomodar el brazo izquierdo. Noté que no cerraba los ojos. Mi madre también permaneció despierta mirando a la oscuridad. Ninguno de nosotros se atrevía a dormir y así continuamos el resto de la noche. Así estábamos aún cuando Klyver empezó a hacer ruido en el patio dándole de comer a sus caballos y sacándolos de la cuadra. Sonó la sirena de la fábrica —las seis— y todavía no nos habíamos dormido.

IX

ABELINE venía algunas tardes para enseñarme a tocar la guitarra. Ella se traía su guitarra, que tenía para cada cuerda un enganche de madreperla y estaba adornada con unas florecitas pintadas y una cinta verde bordada con la cual se la colgaba al cuello. Más que un instrumento musical, era como algo que la hiciese más importante cuando se la ponía, como un vestido muy bueno. Mi padre se sentaba cerca de nosotros y se pasaba todo el tiempo inmóvil mirándonos y escuchándonos, y mi madre prestaba tanta atención que incluso interrumpía el ritmo de su trabajo con las bolsas de papel. A los dos se les animaba mucho la cara al oír la música de Abeline. Se alegraban en cuanto ella aparecía en casa y sacaba la hermosa guitarra de su funda impermeable.

—Creo que no se le da mal esto —comentaba mi padre al ver cómo Abeline me colocaba los dedos en las cuerdas—. Yo no podría aprender tan rápidamente como él —añadía moviendo los dedos en el aire—. Tengo ya los dedos muy duros para estas cosas.

—Suena precioso —decía mi madre—. Parece una orquesta de cuerda.

—Está aprendiendo muy bien —aprobaba Abeline—. Pronto tendré que pasarlo a otra persona que le enseñe cosas más difíciles.

—Nadie le puede enseñar tan bien como usted, Abeline —protestaba mi padre—. No creo que haya en el mundo nadie capaz de tocar la guitarra mejor que usted.

—Hay gente que lo hace así, con la mano suelta sobre las cuerdas. Y suena como un arpa —Abeline demostró lo que quería decir.

Pero aquello requería un acompañamiento de canto. Teníamos que cantar nosotros mismos.

—A nosotros no se nos da muy bien esto del canto —se disculpó mi padre. Mamá cogió el libro de himnos que utilizábamos los domingos y nos pusimos a cantar. Mi madre tenía que interrumpir su tarea para cantar y papá cantaba marcando mucho las erres con una voz que no parecía suya. Olvidé seguir los dedos de Abeline porque toda mi atención se concentraba en mi padre y mi madre. Se me hacía muy extraño verlos allí, junto a nuestra mesa de siempre, cantando juntos.

—Así debe de sonar en el cielo —dijo mi padre—. Allí todo será alegría y cantos de júbilo.

—Las Escrituras dicen que en el Cielo habrá arpas —dijo Abeline —. Yo nunca he visto un arpa.

—¿Han vuelto a hacerlas desde los tiempos del rey David? —preguntó mi padre.

—No he oído decir que las haya —dijo Abeline.

—Si las hubiera —terció mi madre— no podría ser su música más hermosa que la de dos guitarras juntas.

Tomamos café en nuestras tazas nuevas, las de las rosas y los bordes dorados, y con las cucharillas de plata.

—Ahora comprendo en qué estabas pensando cuando las compraste —dijo mi padre—. Pero ¿cómo podía yo figurármelo entonces? Además, compraremos una lámpara nueva de mayor tamaño. Ya la tendremos para la próxima vez que usted venga, Abeline. Esta luz tan mala no le conviene. A nosotros nos basta, pero usted tiene que fijarse en donde pone los dedos y a la vez mirar el libro. Compraremos una lámpara con mucha luz, Abeline, para que no tenga usted que ponerse esos lentes que no la favorecen.

Mi madre callaba. Seguro que estaría tomando alguna de sus decisiones. Antes de que mi padre se hiciera aquella herida, ya habíamos pensado comprar una lámpara nueva. Habíamos hablado de muchas cosas que podrían comprarse cuando pagaran el dinero del seguro. Pero me daba ahora la impresión de que mi madre estaba decidiendo otra cosa.

Ahora no había dificultades conmigo en la escuela. Yo no sabía por qué no se quejaba ya nadie de mí, pero estaba muy contento. Teníamos otro maestro nuevo. Llevaba gafas oscuras. Se llamaba

Christensen. A Marentcius no le resultaba simpático.

—Nunca se sabe lo que está pensando —decía Marentcius— porque no se le ven los ojos detrás de esas gafas oscuras.

A mí, en cambio, me parecía entender perfectamente lo que pensaba el maestro.

El otro, o sea Vesterstrom, me ponía en mi pupitre un libro de aritmética para que no tuviera que acercarme a la pizarra a copiar el planteamiento de los problemas. Esto me facilitaba, tanto la tarea que ya resolvía más problemas de los que me correspondían. Y el nuevo maestro, Christensen, en la clase de gramática danesa, no quería que leyese en voz alta como los demás sino que me limitase a seguir el texto en el libro mientras los demás leían en alto por turno, lo cual era muy cómodo para mí.

Lo único molesto era cuando había canto, pero esto no me importaba mucho. Con frecuencia me salía del coro por mi afán de hacer «adornos».

—¿Quién está bramando por ahí? —preguntó aquel día el maestro de canto.

Se llamaba Herskind y siempre estaba furioso. Tenía la piel muy cetrina como la de un mulato y el pelo rizado y crespo pero no era mulato. Era de Holbaek.

—¿Quién brama por ahí? —volvió a preguntar.

Marentcius se puso en pie y dijo que era yo.

—No quiero acusar a nadie, pero es que éste tiene una voz horrible y ruge junto a mi oído y por su culpa lo hago mal yo también.

Me dijo entonces el maestro que me estuviese callado escuchando a los demás. Pero yo no podía contenerme y cantaba lo más bajo que podía.

Marentcius volvió a levantarse y pidió permiso para marcharse.

—No, no es usted el que ha de irse porque tiene mucho sentido musical —dijo Herskind—. Tiene usted voz de ángel.

Me ordenó que me sentase en el banco reservado para los que «berreaban» con objeto de que no le hiciese perder el compás a Marentcius ni a los otros. Pero todo aquello no me afectaba mucho. Lo del canto carecía de importancia.

—Es divertido esto de ser un «berreador», ¿verdad? —dijo un chico llamado Oluf, el único que ocupaba el banco antes de llegar

yo.

—Pues no sé.

—Es que ahora somos dos y lo pasaremos bien.

—¿Por qué?

—¿Te parece poco estarse aquí tan tranquilos mientras los demás tienen que cantar?

De todos modos, yo no podía contenerme y me estaba todo el tiempo haciendo el acompañamiento aunque nadie me podía oír, ni siquiera Oluf, que estaba a mi lado. Y menos Marentcius, a pesar de que me miraba de vez en cuando a la boca para ver si cantaba por lo bajo. Pero yo no movía los labios. De todos modos, el señor Herskind no me habría oído pues se paseaba por entre los pupitres tocando el violín tan mal que a veces rechinaba. O bien se quedaba en el estrado llevando el compás con su bastón. Cuando pasó a mi lado con el violín me dio con el arco en la cabeza pero con suavidad:

—Es una lástima, que berrees —me dijo—, pero no tiene remedio.

—No.

—No te preocupes. Un muchacho puede ser buena persona e instruida aunque no sirva para la música. Además, tú no pareces tan tonto como Oluf.

A Oluf no le importó que el maestro dijera esto. A ninguno de los dos nos importaba la clase de música. Un día, el maestro Christensen me dijo que me quedase cuando los demás se marcharan a casa. Lo que deseaba saber era si me habían llevado a un oculista.

—No.

—¿Nunca te ha examinado un oculista?

—No. Me llevaron a que me viera un especialista.

—Y, ¿no te dijo que debías llevar gafas?

—No. Lo que dijo fue que era un defecto estructural.

Entonces me preguntó cuánto tiempo hacía que tenía esos trastornos y si mis padres pensaban hacer que me examinase otro especialista. Me estaba figurando la intención del maestro: hacerme llevar gafas oscuras como él para que fuésemos dos y no se notara tanto su rareza. Yo no estaba dispuesto a consentirlo.

—Durante los recreos —me dijo— puedes quedarte en la clase o

irte a la calle o jugar con los demás en el patio, como quieras.

—Muchas gracias, creí que íbamos a tener más complicaciones por mi culpa.

—No te preocupes, pero de todos modos, tendremos que hablar con tus padres para aconsejarles que te lleven a otro especialista.

No me pareció mal esa idea e incluso estaba dispuesto a llevar gafas oscuras si no quería él ser el único en ponérselas.

—¡Vaya una señorita que estás hecho! —se burló Marentcius—. Sólo porque eres bizco te dejan estar en clase durante los recreos. Pero, descuida, ya nos recuperaremos cuando vayas hacia tu casa.

Nevaba. Ante las ventanas, la nieve formaba como una cortina blanca. Oluf estaba castigado así que me quedé con él para ayudarle a hacer las cuentas.

—Me gustaría hacerlas como tú —me dijo. El pobre no entendía nada de cuentas. Le parecía que un número era igual que otro.

—Te ayudaré —le dije—. De ahora en adelante te haré todas las sumas.

Oluf era dos años mayor que todos nosotros. Se había pasado dos años en un sanatorio y por eso estaba tan atrasado.

A la salida nos gastamos en caramelos los cuatro ore que llevaba Oluf en el bolsillo.

—Espero que no haya más líos por tu causa —me dijo mi madre mirando el chichón que llevaba en la frente. Me había tropezado con un poste del alumbrado.

Se lo expliqué.

—Seguramente, suponías que el poste se iba a quitar de en medio para dejarte paso —dijo Gertrud, que estaba en mi casa porque había ido a pedir prestado no sé qué.

—Qué tonta eres.

—No tan tonta como para creer que los postes me van a dejar el paso libre.

—Bueno, bueno —intervino mamá—. Lo principal es que no tengamos más complicaciones contigo.

Mi padre no llevaba ya la mano vendada. Sólo un dedil atado en el muñón del dedo. Tomando algunas precauciones podía ayudar a quitar y acarrear leña. Ya no me asustaba. Por las tardes se iba al bosque a coger ramas secas. Esto sólo se le permitía a la gente muy pobre. En realidad, ¿qué daño podía hacerse llevándose a casa lo

que estaba tirado por el suelo?… Cuando regresaba, se ponía a leer como siempre. Mi madre continuaba confeccionando bolsas de papel y yo a veces la ayudaba. Lo pasábamos bastante bien los tres. A ratos, mi padre me pedía que tocase la guitarra. ¿No sabía tal o cual canción? Pero yo, desde que me decían que era un «berreador»…

—Eres muy terco —decía mamá—. Nunca quieres hacer las cosas que sabes.

Mi padre jugueteaba con la caja de fósforos entre los dedos de su mano derecha. Y dijo:

—Estoy pensando que a lo mejor podemos hacernos con uno de esos instrumentos… violines. Sería mejor para el chico.

—¿De modo que en eso pensabas? —le replicó mamá.

Fue en aquel invierno cuando mi padre me fabricó un trineo. Lo hizo con unas tablas viejas que eran demasiado gruesas y no le puso nada de hierro. No servía para nada a no ser para tirar de él como los carros de juguete.

Lo tenía hecho un día en que mi madre y yo regresamos por la noche de Horsens adonde habíamos ido a ver a un nuevo especialista. Éste no creía que hubiese tal defecto estructural ni creía que pudiera llevar gafas, ni siquiera gafas oscuras. En cambio, me recetó unas gotas. Me las debían echar todas las noches antes de acostarme y quería verme al cabo de un mes.

—¿Lo han encontrado mejor esta vez? —preguntó mi padre.

—No sé —respondió mi madre—. Puede leer las mismas letras del cartel, pero el oculista dice que esto no se compagina con lo demás.

—Pues no deja de ser raro. En fin… —dijo mi padre, volviéndose a mí—: ¿No vas a jugar con tus amigos al patio?

—Ahora no hay niños abajo —dijo mamá.

—Es que debes tomar un poco de aire puro.

—¡Pero si acabamos de llegar de la estación!

—Puedo yo acompañarle —añadió como si no hubiera oído la protesta de mi madre.

Bajamos, pues. No sé por qué, pero no estaba asustado. Fuimos directamente hasta el sótano de la casa, donde teníamos reservado un sitio como carbonera. Allí estaba el trineo. Le vi a la luz de la

lámpara de la cuadra que mi padre salió a buscar. Parecía un trineo enorme, como si le hubieran hecho para transportar madera.

—Es tuyo —dijo mi padre.

Permanecí en silencio un buen rato.

Mi padre, extrañado, me dijo:

—Fíjate, es un buen trabajo. No se romperá aunque te tropieces con él contra lo que sea.

—Ya, ya…

—No se parece a esos trineos tan endebluchos que hacen por ahí.

—Pero a mí me hubiera gustado uno como esos que tienen los demás.

—Me he pasado todo el día trabajando para que lo tuvieras listo cuando regresases —lo cogió por la parte delantera y lo sostuvo en el aire—. Es muy sólido —y lo dejó caer para que yo pudiese ver que no se rompía.

—Bueno, aquí lo tienes. Es para ti. A ver si la nieve cuaja para que te puedas divertir con él en las colinas.

No dije lo que pensaba pero la verdad es que no me atraía en absoluto salir con aquel trineo tan raro, y la nieve no me apetecía mucho. Si no nevaba, mejor.

Cuando subimos a casa, me dijo mamá, al enterarse de lo del trineo:

—Tienes un padre muy bueno.

—Sí, pero el trineo no me sirve.

—¿Que no te sirve?

—No, porque no es como los otros.

—No hay manera de contentarte. Deberías estar orgulloso de tener algo que los demás no tienen.

—Está bien, pero cuando se trata de un trineo, me gusta que sea igual que los demás.

Estábamos en el dormitorio y mi padre no podía oírnos desde la otra habitación porque hablábamos muy bajo. Se había sentado a leer la Biblia en cuanto regresamos.

—De todos modos, has de darle a tu padre las gracias por habértelo hecho —me ordenó mamá—. Dale las gracias y dile que te ha gustado mucho.

—¿Aunque sea mentira?

—Sí, porque acabará siendo verdad. Quizá no esta noche ni mañana, pero algún día, cuando seas capaz de comprender las cosas, te gustará haberle agradecido su regalo.

No me entraba en la cabeza qué se podía comprender sobre un trineo que no le gustaba a uno. Si le regalaban a uno un trineo malo, que no se parecía a los verdaderos trineos, ¿a santo de qué tenía uno que dar las gracias y qué había de comprender sobre ello el día de mañana?

Aquella noche no pensé más en el trineo. En cambio, pensé mucho en el especialista, pues me había admirado que supiera, sin yo decírselo, que veía círculos con los colores del arco iris en torno a los faroles de la calle.

Me preguntó:

—¿No ves unos rendondeles de colores en torno a las lámparas por las noches?

Aquello me pareció extraordinario. Respondí que sí los veía.

—¿Nunca se lo ha dicho a usted, señora? —le preguntó a mamá.

—No creo. Es muy raro para sus cosas. No habla de lo que no quiere.

—Sí que te lo conté —le dije a mi madre.

—No lo recuerdo.

—¿Se tropieza mucho con las cosas? —preguntó el especialista.

—No mucho; sólo algunas veces. El otro especialista le advirtió que debía poner más cuidado para no tropezar por ahí.

—Si puede, ya lo evitará. El caso es que pueda —dijo el doctor, y añadió—: ¿Visión neblinosa? Como si tuvieras niebla ante los ojos.

Yo no sabía lo que era la visión neblinosa. Mi madre tampoco.

—De modo que no la tiene. Bueno, he de verlo otra vez y pronto. Me lo traerá usted por lo menos una vez al mes.

En la sala de espera mi madre había estado hablando con otras mujeres que habían ido para ellas o para sus hijos. Nunca había muchas; por lo general, dos o tres. El tema de la conversación era siempre lo caro que resultaba consultar a un especialista y de lo mal organizados que estaban los servicios de beneficencia, los cuales no ayudaban de verdad a la gente obrera.

Me eran antipáticas aquellas mujeres. Las encontraba demasiado

miserables. Me molestaban las mujeres que vivían en la miseria y conocía a muchas de ellas.

Me maravillaba que el especialista descubriese todas aquellas cosas y la vez siguiente que fuimos sacó un nuevo cartel con unos signos muy extraños. Nunca los había visto y no pude decir cuáles eran. En todo caso sólo alguno muy grande. Luego trajo el cartel que yo conocía, el de las letras. Las recité de corrido.

—¿Te lo sabes de memoria, verdad? —me preguntó.

—Sí —confesé.

De manera que también había adivinado aquello.

—Es peor de lo que yo creía —dijo pensativo.

—Además, tropieza más que antes —le informó mi madre—. Pronto tendrá la nariz completamente despellejada; y siempre está haciéndose chichones en la frente. Se da contra todo.

—Jum —hizo el especialista.

—Hasta que usted no le habló de eso no empezó a tropezar en serio contra todo.

El doctor miró a mi madre, pero no le replicó. Como si yo me diera golpes contra las cosas porque al especialista le hiciese gracia.

Algunas veces venía Oluf a vernos. No pedía permiso para estas visitas. Se presentaba por las buenas, se sentaba y andaba por mi casa como si fuera la suya.

—No es mal chico —dijo un día mi madre—, pero le encuentro falto de empuje. No es listo como Marentcius. Preferiría que fueses con Marentcius. De él podrías aprender. Debes procurar parecerte a él.

No le conté que precisamente por culpa de Marentcius me consideraban en la escuela como un «berreador». Tampoco le dije que él, más que ninguno, me tiraba bolas de nieve y se escondía para desconcertarme y que mis ojos no pudieran orientarse. Lo único que dije fue que Marentcius estudiaba tanto porque su madre le obligaba a ello. Siempre estaba estudiando cuando yo iba a su casa para preguntarle si quería salir a jugar conmigo.

—También tú serás pronto demasiado mayor para perder el tiempo en tonterías —me dijo aquel mismo día la madre de Marentcius—, y desde luego, mi hijo no está ya para esas chiquilladas. ¿Qué tal van las cosas por tu casa?

—Muy bien —respondí.

—¿No le pasa algo a tu padre?

—No.

—Pues, por lo menos, sé que perdió un dedo en su trabajo.

Pero yo sabía muy bien que no se refería a eso.

—Y, ¿no te ha llevado tu mamá al especialista?

—Sí, vamos algunas veces.

—¡Y dices que todo os va muy bien! Bueno, mi Marentcius tiene mucho trabajo y no puede salir hoy.

Bajé al patio y me entretuve viendo lo limpio y ordenado que estaba todo. Me quedé un rato en la puerta viendo pasar la gente por la calle y al poco tiempo llegó Marentcius.

—¿Qué haces ahí papando moscas? —me preguntó.

—Mirando.

—No quiero que mires desde mi puerta.

—Es que te estaba esperando por si querías jugar.

—No quiero jugar contigo. Eres demasiado tonto y demasiado bizco.

Marentcius pensaba de mí lo mismo que mi madre pensaba de Oluf: que era tonto y que se le inflamaban con mucha facilidad las «glándulas». Mi madre creía que me iba a contagiar. Decían que las glándulas podían dañar los ojos. A veces nos paraban a mi madre y a mí por pura curiosidad:

—Está así por las glándulas, ¿no?

—No; todavía no sabemos la causa.

—Pues algo tiene que ser.

—Claro que algo será. Pero no sabemos cómo se llama. El especialista nunca nos ha dicho el nombre.

—No hay derecho —simulaban indignarse—, pues bastantes preocupaciones tienen ya usted y su esposo.

—Es cierto —reconocía mi madre.

—Lo extraño es que un niño como éste viva, cuando tantos que son fuertes y saludables se mueren. Cogen la escarlatina, la difteria o cualquier otra enfermedad… En cambio, ya ve usted, un niño como éste sigue viviendo.

Mi madre les decía que sí a todo. Y luego me insistía en que las glándulas eran contagiosas y que, además, en la familia de Oluf padecían de sarna. Yo no sabía lo que pudiera ser la sarna.

—No niego que es buen chico —concluía mi madre—. Pero no me gusta verlo por aquí. No es un muchacho emprendedor como Marentcius.

Yo prefería jugar con Anders. Siempre estaba dispuesto a tirar de mi trineo yendo yo montado. Le encantaba jugar a todo lo que se relacionase con los caballos. También solía yo sacar de paseo al «perro muerto» del carnicero y así no tenía el pobre que estarse tantas horas dormido en la esterilla. Además, visitaba a Stougard y comía patatas con él.

Mi madre había empezado a trabajar como asistenta. Se levantaba muy temprano y pegaba bolsas; luego marchaba a casa del abogado a hacer la limpieza. Volvía después para prepararnos la comida y en seguida se ponía otra vez a hacer bolsas, ocupación en que seguía hasta la noche. Este aumento de trabajo era a causa de lo mucho que yo estaba costando. Tenían que vestirme decentemente para ir cada mes al especialista y mi padre estaba parado. A veces iba a los muelles por si encontraba alguna colocación, pero en el invierno apenas había nada que hacer allí. Algún día le encargaron que condujese un carro, pero no lograba ocuparse de un modo fijo ni medio fijo.

—Si tuvieras empuje —le reprochaba mi madre—, encontrarías algún trabajo seguido.

Mi padre no tenía empuje. Creía que estábamos bien así. Se hallaba completamente satisfecho.

—Por ejemplo, me gustaría un sofá nuevo en la salita —decía mamá—. Y un reloj, y la nueva lámpara de que le hablaste a Abeline.

—Vanidad de vanidades —replicaba mi padre—. Está escrito… —y citaba algo de la Biblia.

A veces, iba yo a casa de Valborg y ésta me dejaba tocar el órgano. Ya sabía las notas. Valborg me enseñaba a poner bien los dedos. Aprendí una canción de un libro. Primero tenía dos voces y luego tres. Y a veces me gustaba tanto una parte de la melodía que no salía de ella negándome a continuar. Una parte, sobre todo, que me gustaba tanto que la esperaba con gran ilusión. A veces me detenía antes de llegar a ella porque no quería «gastarla».

—Si vinieras con más frecuencia y practicases más —me decía

Valborg—, llegarías a dominar el órgano.

Lo bueno que tenía el órgano era que no se me notaba que fuese un «berreador».

—Pero, hombre, has de mirar la música —me reprendía Valborg —, y no tener la vista fija en tus dedos.

Es que miraba la música escrita cuando Valborg no estaba en la habitación y me la aprendía de memoria. Es como si viera las notas dentro de mi cabeza.

—No olvides de darle al pedal —me advertía ella—, para que el aire salga con regularidad.

Pero el sonido me encantaba de tal forma que olvidaba pedalear. A veces sonaba exactamente como yo esperaba y, otras, de un modo totalmente distinto.

—Vuelve mañana. Ven todos los días —me decía Valborg.

Sin embargo, tardaba mucho en volver. No quería que Marentcius se enterase de aquello, ni que lo supiera Oluf. Nunca hablaba con nadie de mis visitas a aquella casa y sólo iba muy de tarde en tarde, cuando no tenía ningún otro sitio adonde ir, cuando Stougard no estaba en su casa, o cuando no tenía ganas de jugar a los caballos con Anders ni de pasear con el «perro muerto» del carnicero.

—No te veo usar mucho el trineo —me dijo mi padre—. Lo hice para ti y es un trabajo sólido, de los que se ven pocos.

—No sirve para deslizarse por una pendiente abajo —repliqué— y no hay manera de tirar de él.

—Con ese trineo, no importa que tropieces. Lo hice muy fuerte para que no te pudiera pasar nada malo —insistió mi padre—. Si quieres, podemos probarlo.

No quería, pero dije que sí. Y lo probamos. Mi padre tiró de él conmigo dentro. Había anochecido ya y las luces de la calle tenían sus círculos de colores. En algunos sitios no había nieve pero mi padre tiraba de mí lo mismo. Anders estaba a la puerta de su casa.

—¿Puedo jugar yo también a los caballos? —nos preguntó. Pero mi padre no le respondió ni yo me atreví a decir nada.

Nos dirigimos hacia el bosque. Subimos por la empinada senda hasta los jardines de la municipalidad. No era posible deslizarse por aquel camino ya que la nieve estaba demasiado blanda y la

pendiente era excesiva. Pero en cuanto llegamos a lo más alto de la colina mi padre se sentó en el trineo detrás de mí y me dijo:

—Ahora verás cómo lo hacíamos en Suecia, —e intentó ponerlo en marcha—. Nos sentábamos así y empujábamos con los pies.

No conseguía poner en movimiento el trineo. Algunas persona que paseaban por allí se detuvieron a vernos.

—Tienes que ponerle unos deslizadores de hierro —le dijo un hombre que le conocía.

—En Suecia lo hacíamos sin hierro. Claro que allí teníamos montañas.

Por fin, nos movimos pero nos paramos en seguida. El hombre aquel se echó a reír. Resaltaba la blancura de la nieve y por entre las ramas titilaban las estrellas. Había gente patinando en el *fjord*.

—Tiraré un poco —dijo mi padre, echándose abajo—, pero antes he de abrigarte.

Se quitó la chaqueta y me tapó con ella. Luego se enganchó al trineo y tiró de él. Descendimos desde aquella altura por el sendero de la otra vertiente. Pasamos por delante del banco donde solía sentarse mi padre en el verano cuando los árboles jóvenes tenían todo su follaje. Ahora sólo había una esquelética red de ramas. Pasamos ante el gran roble y la cabaña del guardabosque. A nuestra izquierda quedaban los jardines barridos por el viento y cubiertos de nieve. Luego nos adentramos en lo denso y oscuro del bosque. Mi padre callaba. No hacía más que tirar del trineo y de vez en cuando le veía yo su manaza agarrando la cuerda aunque la mayor parte del tiempo no veía absolutamente nada aparte de las estrellas en el cielo. Muchas estrellas. Estrellas pálidas. Y la nieve crujía bajo las pisadas de mi padre y bajo el peso del trineo. Y a veces pisaba un trozo de hielo que se rompía como un cristal y otras veces era una ramita en el suelo la que se quebraba con un ruido seco. Y aunque cesó de pronto el viento, el bosque murmuraba. Era como una profunda respiración. Mi padre caminaba sin cesar y no hablaba ni una palabra. Iba por caminos que yo no conocía y llegaba a sitios que nunca había visto yo. Aunque, de haberlos visto alguna vez, ahora no los habría reconocido puesto que la oscuridad era completa, y porque no había más que nieve y estrellas. Me daba la impresión de que mi padre ni siquiera notaba que iba tirando del trineo. Pensaba. Me llevaba a mí detrás en el trineo y seguro que no

se acordaba ya. Caminaba como si fuera solo.

Seguíamos el lindero del bosque, por la parte de allá. A la izquierda se extendía la tierra llana y desnuda como una estepa. Empecé a preocuparme qué haría si nos atacasen los lobos. Pero no vinieron lobos, aunque les oí aullar a lo lejos. O quizá fueran perros. Desde luego, no se nos acercó lobo alguno. El sendero doblaba hacia la derecha y se perdía en la profundidad del bosque donde nada se podía ver, y mi padre seguía callado. Recordé la historia de Abraham e Isaac y me pregunté si mi padre no se propondría también sacrificarme ya que siempre estaba a vueltas con la Biblia, pero no se había llevado cuchillo; por lo menos que yo supiera. Además tendría que encender una fogata para ofrecerle a Dios el sacrificio. Yo no sabía qué clase de fuego sería el de Abraham aunque quizá fuese de una clase especial que no necesitara fósforos para encenderlo.

—Padre, ¿vas a sacrificarme? —le pregunté—. ¿Me sacrificarás como Abraham a Isaac?

Ni siquiera me oyó. Caminaba tirando del trineo conmigo dentro y nada oía. Andaba igual que cuando paseaba solo.

Se detuvo un momento para encender la pipa. Oí cómo se la sacaba del bolsillo, cómo estrujaba el tabaco entre los dedos y llenaba con él la pipa. Y vi la llamita que él protegía con sus manos y luego el rojo relumbre cada vez que le daba una chupada. Pero no decíamos nada ni él ni yo. Oía los ruidos del bosque, del campo lejano, y del *fjord*. El *fjord* estaba helado hasta su desembocadura y, por encima, las estrellas brillaban como en una noche ártica.

Mi padre avanzaba quilómetro tras quilómetro tirando del trineo. Por lo menos yo tenía la sensación de que dábamos un interminable paseo de muchísimos quilómetros. Estábamos solos mi padre y yo en el mundo. Todos los demás habían perecido helados. No encontrábamos ni a un alma. Estaban todos enterrados bajo montañas de nieve. Muertos. De vez en cuando me adormilaba y volvía a despertarme sobresaltado para ver que no sabía donde me encontraba. Extrañado, cerraba de nuevo los ojos. No recuerdo haber pasado frío. Ni haber tenido miedo. Llegué a la convicción de que aquella era la manera de ser mi padre, la auténtica, y que deseaba hacérmela conocer. Y no me pareció un mal camino el de mi padre aunque demasiado largo y muy difícil de encontrar para

mí. No sabía cómo se las arreglaba él para no extraviarse, pero me sentía completamente seguro. No temía en absoluto que pudiésemos perdernos.

Mi madre nos esperaba intranquilísima. A la entrada de nuestro patio, miraba desconcertada a un lado y a otro. Había estado hasta muy tarde en casa del abogado porque daban allí una fiesta y tuvo que echar una mano. Pero luego nos esperó mucho tiempo y estaba enfadadísima. Le parecía terrible que mi padre me hubiese llevado por el bosque a aquellas horas de la noche. Y también le irritaba haber tenido que estarse allí de plantón para que la vieran todos los vecinos y le preguntasen a quién esperaba. No sólo los vecinos sino cuantos pasaban por la calle.

—Mujer, es que se me ocurrió que podíamos probar el trineo —se disculpó mi padre.

—¿Y no podíais haberlo hecho de día? Los demás hombres llevan de paseo a sus hijos los domingos. Pero tú te pasas el domingo durmiendo.

—Sí, menos el tiempo que estamos oyendo los sermones —dijo mi padre—. Me pareció una buena idea que viese el bosque de noche.

—¿A estas horas?

—¿A qué tú no lo has visto de noche?

—Tengo otras cosas más importantes que hacer —se indignó mi madre—. Y tampoco puedo perder el tiempo esperando ahí en la puerta para ver si te has caído al agua con el chico, o qué…

Guardamos el trineo en la carbonera y subimos a casa. El «perro muerto» del carnicero dormía en la esterilla, húmeda con la nieve derretida.

Cuando estuve ya acostado, me dijo mamá.

—No vuelvas a hacer una cosa así.

—No —prometí.

—Me dirás siempre a dónde vas y cuánto tiempo estarás fuera.

Mi padre se había sentado a leer. Le oía volver las hojas para encontrar el sitio donde había quedado la vez anterior. Abajo sonaban las voces de los vecinos. Sobre la claraboya se habían formado gruesas flores de hielo. Pero no sentía frío. Al contrario, me encontraba muy a gusto. Me llegaba el agradable rumor de las conversaciones en los otros pisos y también resultaba agradable el

ambiente de mi casa con mi madre haciendo bolsas de papel y mi padre leyendo. La puerta estaba entreabierta y la franja de luz amarillenta llegaba hasta el lavabo, que nunca usábamos, y cruzaba por encima del sofá verde. Luego trepaba por la pared hasta la ventana completamente tapada con flores de hielo.

—Ha sido una gran noche la que hemos pasado —dijo mi padre en voz baja. Me creía dormido—. Hasta las estrellas estaban heladas. ¡Qué noche! La nieve crujía bajo mis pies, y todo en una calma absoluta.

—Veintidós… Veintitrés… Veinticuatro… Veinticinco… —contaba mi madre.

En cada paquete debía haber veinticinco bolsas. Mi madre las comprobaba.

—Me pareció una buena idea que el chico viera el bosque, la nieve, y las estrellas.

—¿Acaso no podía ver todo eso de día?

—¿De día? —se asombró mi padre—. ¿Cómo iba a ver de día las estrellas?

X

El especialista había preguntado si yo tropezaba mucho con las cosas. Sí, pero sólo de vez en cuando. Quizá anduviese un poco despistado pero había mucha gente que se golpeaba la cabeza contra las puertas o no veía una escalera apoyada contra una pared o se enganchaba por descuido en una cuerda de tender la ropa. Esto solía ocurrirle a la gente que andaba por ahí medio dormida. Y mi madre aseguró que yo también iba adormilado por este mundo. Por ejemplo, cuando la ayudaba a contar bolsas o cuando me sentaba con algo entre las manos que no necesitase mirar.

—Pero entonces no estoy dormido. Es que pienso —aclaré.

—Y, ¿se puede saber cuáles son esos grandes pensamientos que tienes? —preguntó mi madre.

—No sé.

Era muy difícil de explicar. Había muchas cosas dificilísimas de explicar. Era preferible decir en seguida «no sé» porque entonces, por regla general, no le preguntaban a uno nada más.

No sólo pensaba mucho dentro de casa sino en la calle. Y mi madre decía que esa era otra gran rareza mía. Los demás chicos iban fijándose en todo, dándose cuenta de todo y en cambio yo, con tanto darle vueltas a la cabeza, chocando contra todo, lo cual hubiera podido evitar sólo con prestar un poco de atención. Pero lo malo era que aquello no tuvo verdadera gravedad hasta que al especialista se le ocurrió preguntármelo.

—Cualquiera diría que el doctor te ha mandado que choques con todo y que tú le obedeces. ¿No comprendes que sólo has de andar más despacio para que fijes la mirada en lo que te encuentras por el camino? La culpa la tienes tú por ser tan alocado. Aunque la verdad es que no tienes término medio: o vas por ahí como una flecha o

andas medio dormido, pensando tonterías y olvidándote de adónde vas.

El especialista había preguntado algo sobre la visión neblinosa. No sabíamos lo que era eso de la visión con niebla. Pero un día caí en la cuenta de que a veces, cuando entraba en casa después de haberme pasado mucho tiempo jugando fuera, no podía ver nada. Todo perdía su perfil. Las cosas se fundían unas con otras. Los cuadros se difuminaban en la pared hasta desaparecer. Las bolsas de papel que había sobre la mesa se diluían en la tapa de ésta. Y tiraba las sillas porque ni siquiera sabía que me estorbaban al paso. Antes no podía concentrar la mirada en ellas. Ahora era peor: no las veía aunque mirase el sitio exacto donde estaban.

Pero no me parecía que mereciese la pena hablar de aquello.

—¿Por qué te has tropezado con la silla? —me preguntó mamá —. ¿Acaso no la viste?

—No, no la vi.

—¿No podías fijar la vista en ella?

—Sí, pero de todos modos no la veía.

Yo sabía dónde estaba todo en la casa. Dónde se hallaba mi ropa, que podía encontrar en plena oscuridad. Y podía contar las bolsas sin mirarlas. Por tanto, no había motivo para hablar de algo que se pasaba en seguida, en cuanto descansaba un rato.

—Creo que te sucede algo nuevo —dijo mi madre— porque antes te dabas contra las cosas pero nunca habías intentado coger lo que no está sobre la mesa ni habías dejado de ver el plato de comida que tuvieses delante de los ojos.

—Es que cuando vengo de la calle lo veo todo confuso —no dije «envuelto en niebla». Sólo «confuso».

—Es que estás fuera demasiado tiempo —dijo mi madre—. Probablemente te deslumbrará la nieve. Procura ser más sensato. Y no me hace mucha gracia que vayas al *fjord*.

Aquel invierno me dieron unos patines. Pero con la condición de no patinar en el *fjord*. Con tal de que me diesen los patines, hubiera estado dispuesto a no patinar con ellos en absoluto. Pero en cuanto los tuve en mi poder aprendí a patinar con ellos en el estanque de Stougard. Allí cortaban grandes trozos de hielo cada día y Klyver se los llevaba en sus carros. Pero helaba tanto y duraba tanto tiempo el hielo que siempre había una parte donde podía patinar sin el

peligro de caerse por uno de aquellos boquetes. Aunque no podía hablarse de peligro pues cuando efectivamente me caí, había tan escasa agua que apenas me mojé la ropa. Stougard se quedaba fuera indicándome con grandes movimientos de los brazos lo que debía hacer. Nunca pisaba el hielo del estanque. A los tres estanques los consideraba más peligrosos que alta mar.

—¡No te vayas tan lejos por ese lado! —me gritaba—. ¡Ahí hemos cortado hielo el miércoles pasado! ¡Por amor de Dios, que te vas a ahogar!

Era cierto que había cortado allí hielo el miércoles pasado pero se había formado una nueva capa tan sólida como la anterior. Además, me era muy difícil reducirme a un espacio tan pequeño como quería Stougard.

El lindero del bosque estaba espolvoreado de gris con la nieve. Los prados se habían convertido en blancas llanuras y donde terminaban, comenzaba el *fjord*, a lo largo del cual circulaba una negra corriente humana. Se entrecruzaban sin cesar por senderos de los que quitaban la nieve diariamente. Sobre el hielo de la bahía de Skyttehus había nacido una especie de pueblo provisional, con sus calles y su mercado y plazas rodeadas de nieve y con tanta gente como si hubiese fuego o estuviésemos en Navidad. Yo había estado allí con Marentcius, con Oluf y con Lydia, pero sólo a pie, sin llevar patines y así no se divertía uno. El rompehielo había abierto un canal por en medio del *fjord* y por él se acercaba alguna vez un barco carbonero o con forraje. Y también algún barco con maderos o con cal. Se podía uno acercar hasta los mismos bordes de este canal. Y se podía ver cómo daban vueltas los bloques de hielo ante la proa del barco y a lo largo de sus costados. Era divertido gritarles a los marinos que andaban por cubierta o que se acodaban a la amura. Y el sol brillaba en la superficie quebradiza del hielo y en la nieve y todo lanzaba destellos alrededor como si hubiera una infinidad de diamantes. Asaetaban el aire continuas flechas de luz. Era todo deslumbrante porque había nieve o hielo por doquier. No había que extrañarse pues de que tropezase uno con alguien.

—Eso es lo de menos —dijo Stougard—. ¿Qué importa tropezarse con una persona? Ni tú ni nadie se va a herir por un tropezón. Lo malo son los pescadores de anguilas. Esos malditos vienen todas las noches a abrir agujeros en el hielo, pescan con

antorchas y no piensan que al día siguiente algún chico atolondrado como tú puede venir a patinar y se puede caer por esos boquetes inesperados. Si te cayeras en alguno, tendrías que bucear mucho tiempo, porque los demás no te podríamos sacar. Por eso te digo que es una tontería llegar hasta allí cuando te basta con dar todas las vueltas que quieras por el estanque. Si das cien mil vueltas, es igual que si fueras patinando hasta el fin del mundo y lo mismo ibas a sacar en limpio.

Así que me contenté con dar vueltas por el estanque cien mil veces, patinando. Lo hacía de un modo sistemático y como quien cumple un deber, sin alegría. A cada diez vueltas, Stougard hacía una señal en la nieve. Cuando llegaba al centenar la señal era muy grande. Si alcanzaba el millar, hacía una cruz.

Del horno de cal se elevaba una columna de llamas y humo, que salía de la esbelta chimenea. Los trenes iban y venían: el de las tres, el de las tres treinta, y el de las cuatro treinta. Los coches llevaban las ventanillas iluminadas. Y el lindero del bosque, espolvoreado de gris, se oscurecía por momentos. Mientras, yo seguía dando vueltas, veloz gracias a mis patines, con la intención de llegar al fin del mundo. Pero Stougard se enfriaba de estarse allí a pesar de lo que se agitaba para darme consejos. Sentía ya ganas de comerse sus patatas, así que entró en su casita y encendió su lámpara de aceite que ahora se alimentaba con parafina.

Yo proseguía mi viaje circular al fin del mundo pero antes de que la total oscuridad viniera a detenerme, empezó la niebla. Venía del *fjord* pero también del bosque. Procedía de muy lejos y se acercaba sigilosamente. A cada momento estaba más cerca de mí. Luego empezó a brotar de la nieve que rodeaba a los estanques y cubría la superficie helada de éstos y por último parecía salir de mis propios ojos. Niebla. Una densa, impenetrable niebla por todas partes. El cielo, la tierra, todo desaparecía tragado por esa infinita masa gris y algodonosa.

Durante un buen rato me pude ir defendiendo a pesar de la niebla. A fuerza de dar tantas vueltas patinando, había cogido el ritmo y tomaba las curvas donde era preciso. Poseía un excelente sentido de la distancia. Sin embargo, era evidente que aquel día no podía llegar al fin del mundo, pues pronto empecé a tropezar contra los juncos y el reborde de la orilla, y me hundía en la nieve blanda

de fuera. Ya no estaba tan seguro de hacia dónde caía el *fjord*, ni la casa de Stougard, ni el bosque o el camino.

Me senté en el hielo y me quité los patines.

—Bueno —dijo Stougard—, me alegro de que te hayas cansado. Ya era tiempo.

—No me he cansado.

—Pero, chico, ya es de noche y tienes que pensar en volver a tu casa.

—No me importa la oscuridad. Lo malo es la niebla.

—¿Niebla? —dijo Stougard—. ¿Pero hay niebla? No puede ser mucha.

Y se asomó a la puerta para verlo. Había tanta niebla que yo había estado a punto de extraviarme buscando su casa.

—Quizá llegue a haberla en serio —dijo Stougard—. No es raro que la tengamos algunas mañanas o por las noches pero lo que es ahora mismo apenas hay.

Olía dentro de la casita a la comida que preparaba Stougard pero estaba todo tan lleno de niebla que al principio ni siquiera pude ver dónde se hallaba la lámpara. Un poco después pude localizarla. Era como un resplandor amarillento en lo gris de la niebla. Una mancha amarillenta sin contornos. Una cosa brillante que nadaba en la niebla.

Camino de casa, acompañado por Stougard, me cogía a su chaqueta suavemente como queriendo que no se diese cuenta. Sin embargo, lo notó y me dijo:

—¿Temes que pierda el equilibrio? No temas, chico, estoy muy sereno. Puedo andar más derecho que tú.

Subimos a mi casa. Stougard dijo en cuanto entró:

—A este chico le pasa una cosa rara. No sé qué es, pero no hace más que hablar de niebla. Dice que hay tanta niebla que no puede ver y que la niebla le sigue hasta dentro de la casa.

—Sí —dijo mi madre sin dejar de pegar bolsas—, ya hemos notado que tiene algo especial.

Mi padre dijo que me debía ir a la cama. Pero yo no quería acostarme, pues no estaba cansado ni enfermo y no era tarde.

—De todos modos, es preferible que te eches para que descanses un poco —dijo mi padre.

Así que me fui al dormitorio y me acosté. Me podía desvestir perfectamente en la oscuridad o con los ojos cerrados. Siempre he sabido hacerlo. Mientras me quitaba la ropa sentía que el mundo era muy malo y que tanto mi madre como mi padre eran también malos. Me acosté y permanecí con los ojos abiertos notando que la niebla desaparecía poco a poco y que la habitación se ponía normalmente oscura. En la otra habitación, Stougard hablaba con mi padre y mi madre. Hablaban de mí. Stougard les decía muchísimas cosas. Nunca hubiera pensado que aquel hombre pudiese inventar tantas mentiras.

La oscuridad era más agradable a cada momento con su negrura de siempre. Me llegaba hasta los ojos y ya no había niebla en absoluto. Y veía claramente la franja amarilla de la luz de la salita por debajo de la puerta. Me decía a mí mismo que ya no había motivo para hablar de nada. En la oscuridad podía ver la tenue luz de la claraboya con el hielo pegado a ella. No había motivo alguno para que me obligasen a estarme en la cama. Si yo me había acostado antes de tiempo era sólo porque mi madre y mi padre eran malos. Y Stougard. Y todo el mundo. El *fjord* y los prados se habían cubierto de niebla. A veces incluso el patio se llenaba de niebla. La cosa era normal. Y la niebla no desaparecía cuando yo entraba en casa. ¿Qué culpa tenía yo? ¿Era justo que me mandasen a la cama simplemente porque había niebla? Temía ya que me obligasen a acostarme cuando lloviese, o si tronaba o cuando en el verano el sol apretaba demasiado.

Continué mirando la luz amarilla bajo la puerta y la claraboya con su hielo como flores de cristal que a veces daban algún destello al reflejar la luz de la luna y de las estrellas, o no sé de qué. Seguía escuchando las voces de la otra habitación donde Stougard hablaba con mi madre y mi padre. Y las voces de la calle. Y las gentes en trineos, y un hombre que tosía… Pero ya no había niebla. Sólo oscuridad y lucecitas de diferentes colores encendiéndose y apagándose de vez en cuando en la oscuridad. Nada había pues que necesitase comentarios ni era justo que me tuviesen allí acostado.

Al día siguiente fuimos al especialista, a pesar de que no nos correspondía hasta quince días después. Mi madre hablaba de mi en el tren con nuestros compañeros de viaje. Preguntaron adónde

íbamos y ella lo dijo. Les explicó que yo veía círculos de colores en torno a la luz de los faroles de gas. Y les contó que el especialista había preguntado si yo tropezaba con las cosas y que había hablado de la «visión neblinosa» y ninguno de nosotros sabía qué era eso y que ahora también la tenía yo, lo mismo que pasó con los tropezones. Mientras ella hablaba yo me hacía lo más pequeño que podía, encogiéndome en el asiento y con ganas de desaparecer del todo. Hablaban de mí como si yo no estuviese presente o como si no pudiera verlos ni oírlos. Hablaban de mí como si yo fuera una cosa.

—Es curioso —dijo una mujer—. Parece como si el especialista hiciera que el chico padeciese de esos males cuando a él se le antojase.

Mi madre no lo había pensado con tal claridad.

—Es muy posible que ese especialista sea capaz de curar la visión neblinosa y los anillos de color —prosiguió la mujer—, y para poderlos curar hace primero que el chico los tenga.

—Ahí esta lo malo, que no puede curarlos —dijo mi madre.

—Pues si no puede curarse —sentenció la mujer—, más le valdría morirse antes de que se ponga demasiado mal y haya tenido usted que gastar demasiado dinero tratando de curarlo.

—Sí —dijo mi madre.

—Pero podía usted probar con otro especialista —dijo un hombre—. En Copenhague hay un profesor…

—Ir a Copenhague sale carísimo —dijo la mujer—. Casi cinco coronas. Además, ¿cuánto llevaría por la consulta? Una fortuna. Y sabe Dios si serviría para algo.

—Gracias a Dios, mi marido cree que debemos hacer cuanto podamos por el niño —replicó mi madre. Nunca decía «mi marido» sino «su padre» o «el padre del chico». Resultaba gracioso oírle decir «mi marido»—. Sí, mi marido quiere que hagamos por el niño cuanto esté en nuestra mano. ¡Sí por lo menos supiéramos cuál es el mejor y qué es lo más conveniente!

—Lo mejor sería ver al profesor de Copenhague, se lo aseguro —dijo el hombre—. Ningún especialista de verdadera importancia va a enterrarse en un sitio como Horsens. Me haré con la dirección y se la enviaré a usted.

—Gracias —dijo mi madre, pero comprendí que no creía que aquel hombre le llegase a mandar la dirección.

Por fin, estábamos en Horsens. La plaza con su fuente delante de la estación y luego la calle sombría donde se hallaba la casa del médico. Entramos en la sala de espera.

—¡Cómo, otra vez aquí! —exclamó al verme—. ¿No pueden ustedes soportar pasarse tanto tiempo sin verme?

A mi madre no le hacía gracia aquel tono desenvuelto.

—Usted nos habló la otra vez de la visión neblinosa, doctor —dijo— y entonces no sabíamos qué pudiera ser. Pero, por desgracia, creo que ya lo sabemos.

—¿No lo sabían ustedes? Debían habérmelo preguntado. De todos modos, el que la padece está seguro de que la tiene. Lo del nombre es lo de menos.

—Doctor, ¿no serán sus preguntas lo que hace que el niño padezca esas cosas?

—¿Qué quiere usted decir?

—Verá usted: primero nos preguntó si se tropezaba con las cosas. Antes nunca le había sucedido en serio pero después de preguntárselo usted, le pasó con mucha frecuencia. Luego, nos preguntó usted si tenía niebla en la vista y ni siquiera sabíamos qué era eso. Pues bien, en seguida se le ha presentado.

El especialista no hizo comentario alguno a las palabras de mi madre. Cerró las persianas para oscurecer por completo la habitación, encendió la extraña lámpara y sacó sus espejos. Tuve que mirar más allá de su oreja izquierda y luego más allá de su oreja derecha. Miré también arriba y abajo, y luego en dirección al pestillo de la puerta.

—Sí —dijo al cabo de unos momentos— no hay confusión posible. ¿Padeces con frecuencia de dolores de cabeza? —me preguntó—. No me refiero a dolores corrientes sino tan malos que no puedas soportarlos.

—Por favor, no le pregunte usted esas cosas —saltó mi madre angustiada—. Prefiero que no le pregunte usted nada, doctor, después de lo que ha sucedido.

El especialista no me hizo más preguntas. Me apretó un ojo y luego el otro. Me hizo leer, por turno, con cada ojo. Con el derecho no podía leer absolutamente nada.

—Ya está —dijo—. Ahora, ¿quieres esperar un poco ahí fuera? Quiero hablar unas palabras con tu mamá.

Así que me senté a esperar en la sala. También esperaba, junto a mí un anciano, pero no decía ni una palabra. Yo podía oír perfectamente lo que hablaba el médico y también, más confusamente, a mi madre, que parecía estar llorando.

—Sí, es muy grave —decía el especialista— pero ya me lo temía desde hace tiempo.

—¡Usted nunca dijo esa palabra! —dijo mi madre de pronto con voz muy alta y clara—. Si usted hubiese dicho la palabra antes, habríamos ido a Copenhague hace mucho tiempo.

—Copenhague, Copenhague —dijo el especialista—. Todos creen que basta con ir a Copenhague. Lo que necesitamos es un milagro.

Camino de la estación, mamá iba callada. Me llevaba cogido de la mano como hacía casi siempre. Cuando se enfadaba, solía callarse así.

—Yo no tengo la culpa —dije.

—No.

—Entonces, ¿por qué estás enfadada conmigo?

—No lo estoy.

—Es que no dices nada, como cuando te enfadas.

Estaba llorando.

—No es culpa mía.

—Ya lo sé —dijo mamá—. Si alguien tiene la culpa, soy yo. Los hijos padecen las consecuencias de los pecados cometidos por los padres.

—¡Pero tú no eres «los padres»!

—Esto no lo puedes entender tú.

—¿Por qué no me cuentas lo que te dijo el especialista mientras yo esperaba fuera?

—Dijo que tú… que quizá te volvieras… ciego —dijo mi madre con mucha dificultad.

—Ah, ¿y qué más?

—Nada más.

—¿Y por eso lloras?

—Claro, hijo.

—Además, hablabais de un milagro.

—No sé —dijo mi madre—. He de hablar con Laursen, el maestro de obras, sobre eso del milagro.

—¿Es que Laursen es el encargado de los milagros?

—Haces unas preguntas muy tontas algunas veces —me dijo mamá irritada.

Pero la prefería irritada a llorosa. Además, ¿qué motivo había para llorar? Cerré los ojos e intenté seguir andando con ellos cerrados. Me pareció una novedad muy interesante hasta que me resbalé en el bordillo de la acera.

—¡Otra vez sin mirar por dónde vas! ¿Cuándo aprenderás? —me riñó mamá—. Si no te hubiera estado sosteniendo te habrías caído.

Por lo cual dejé aquel bonito juego hasta que estuvimos en el tren. Desde mi asiento junto a la ventanilla cerraba los ojos y contaba hasta diez o veinte o aún más antes de volverlos a abrir. Había realizado aquel viaje tantas veces que me conocía de memoria el paisaje. El juego consistía en adivinar adonde habíamos llegado cada vez que abría los ojos. Pero siempre creía que estábamos pasando frente a un sitio más allá. Me resultaba distraidísimo jugar a los ciegos.

—¡No cierres los ojos! —me gritó mi madre.

No sabía que estaba jugando a los ciegos.

—No puedo soportar verte ahí con los ojos cerrados.

—¿No? —Me parecía muy curioso que a mamá le molestase aquello.

Desfilaban los campos, los bosquecillos, las granjas, las casetas de los pasos a nivel… y todo estaba cubierto de nieve. Los hilos de telégrafos bajaban y subían. Todo esto podía verlo yo cuando quería, y también el cielo y a veces algún pájaro que reposaba sobre un alambre telegráfico. En cuanto oscureciese, vería las lucecitas de las ventanas y las linternas a la entrada de las estaciones en que se detenía nuestro tren. Podría verlo todo. ¿Qué había pues que fuese motivo de irritación o de llanto hasta el punto de no poderlo soportar?

«Visión neblinosa»: las palabras tan tontas del especialista.

Porque la niebla sólo se presentaba cuando permanecía yo demasiado tiempo fuera de casa. Yo mismo lo había notado. Lo único que debía hacer para evitarlo era no estarme por ahí mucho tiempo. Jugaría en casa y en paz. No había motivo alguno para llorar.

A la tarde siguiente fuimos a visitar al maestro de obras Laursen para hablar con él de las probabilidades de un milagro. Mi padre y mi madre se habían pasado hablando de aquello toda la noche y todo el día siguiente. Mamá no se pudo acostar porque tenía mucho trabajo atrasado y estuvo la noche entera pegando bolsas. Creo que ninguno de los dos durmió ni siquiera un rato. Hablaban sin parar de milagros mientras ella hacía sus bolsas y él tenía delante la Biblia. Para visitar a Laursen nos habíamos puesto la ropa de los domingos y no era en honor de Laursen ni por su esposa sino porque no se puede hablar de milagros con la ropa de diario.

Había una buena distancia desde nuestra casa a la de Laursen. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, la temperatura era agradable. Hubo sol todo el día y mi padre había oído el pájaro carpintero.

—Cuando este pájaro empieza a trabajar, es porque el calor sube de la tierra. Entonces tienen la misma fuerza el fuego de la tierra y el del cielo. Desde luego, no sé si es verdad, pero eso dicen los más viejos en Suecia.

Goteaban los aleros de los tejados y el aire traía un olor diferente. Ya no olía a azufre, o quizás no fuera ese olor. Ahora olía sencillamente a agua y a hojas secas y un poco también a tierra. Pero aún había hielo en el río, en los jardines y en los caminos.

—Mañana oiremos también al pájaro carpintero —dijo mi padre.

—¿En eso venías pensando? —le preguntó desabrida mi madre —. ¿No te parece que deberíamos poner nuestros pensamientos, ahora, en algo muy diferente?

—Pienso en los pájaros y en otras cosas —respondió mi padre. Esta vez no iba detrás de nosotros como solía sino a nuestro lado y llevándome sujeto por la otra mano—. No perjudica a nadie que se hable del pájaro carpintero y de que a lo mejor no habrá ya más hielo este invierno.

Mi madre no habló ya más. Yo sabía que meditaba la mejor manera de plantearle la cuestión a Laursen. De pronto, el maestro de obras se había convertido en una persona tan importante como el especialista.

Yo había reanudado mi juego de los ciegos. Contaba y abría los ojos al cabo de un rato para ver si estábamos por donde yo suponía.

Al otro lado del río había un bosque y la colina también se

hallaba cubierta de árboles.

A la derecha terminaban las casas y empezaban los prados que bajaban hasta el río. A la izquierda había casitas y jardines. Por fin llegamos a las obras donde trabajaba Laursen.

Un año antes —o quizá dos— sólo había allí unos cobertizos de madera. Ahora, Laursen se había construido para él una casa y seguía construyendo.

Le encontramos vestido con sus ropas de faena. Su aspecto era el de un hombre corriente. Se veía en seguida que no era más que el maestro de obras Laursen, pero estaba muy orgulloso de su trabajo. Ni por un solo momento habló de Dios ni de bendiciones o cosa semejante. Su orgullo se basaba en él mismo y en su familia. Se jactaba de que sólo con el esfuerzo suyo, de sus hijos y el resto de la familia, habían logrado la prosperidad. Y en el verano, o en cuanto dejase de helar, pondría los cimientos de otra casa con dos pequeños pisos que pensaba alquilar.

Hablaron de la mejor manera de trabajar el cemento, pues mi padre entendía algo de eso, y éste sacó también a relucir el pájaro carpintero, y Laursen contó sus proyectos… pero no mencionaban a Dios para nada. Cualquiera hubiera dicho que Laursen no era más que un constructor sin relación alguna con los milagros. Si no hubiera sido por su imponente barba y su voz profunda…

Por fin mi madre planteó la cuestión.

—En realidad, hemos venido a verle a usted por un asunto bastante serio. Queremos pedirle consejo sobre algo…

Mi padre intervino:

—Para no andar con rodeos, le venimos a ver para preguntarle si hay posibilidad de un milagro.

Se produjo un silencio tan molesto como si mi padre hubiese dicho alguna inconveniencia.

Cuando entramos en la casa y nos sentamos en torno a la mesa, mi madre contó a Laursen lo que me sucedía. Laursen la escuchaba apoyando los codos sobre la mesa y con las manos juntas a la altura de su cara.

—Hemos pensado llevarle a Copenhague —prosiguió mamá— pero el especialista cree que no bastará con eso. Está convencido de que necesitamos un milagro.

Mi padre no decía ni una palabra. No escuchaba, ni yo tampoco.

Seguro que seguía pensando en su pájaro carpintero y que oía su martilleo dentro de la cabeza.

—Las cosas no son ya como en los días de Jesús —dijo Laursen —. Ahora contamos con médicos y especialistas que entonces no había.

—He leído no sé dónde que algunas personas tienen poderes especiales en sus manos —dijo mi padre— y me he preguntado si no serían de esos Ullnes o Staff.

Ullnes y Staff eran de Noruega. A veces acudían con el barón Wedell a las reuniones religiosas de los Amigos, en la calle Tonnes.

—Ullnes y Staff —repitió Laursen— sí, los dos son buenas personas. Buenos testigos de Dios. Pero no son más que Ullnes y Staff, tal como los hizo Dios, unos hombres.

Me pareció que mi padre había sido muy inteligente al citar a Ullnes y Staff pues si alguien había de hacer un milagro, era mucho más probable que lo hiciesen Ullnes y Staff que un vulgar danés como Laursen. Pero quizá le molestase quedar así postergado.

—No debemos olvidar —insistió Laursen— que las cosas han cambiado mucho desde los tiempos de Jesús.

Su mujer, Stinmai, preparaba el café en la cocina. La oíamos desde allí.

—Juum —hizo mi padre sin saber qué decir. Y mamá tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Luego empezó a mover un platillo que tenía delante.

—Estoy pensando que quizá nos dé Dios una señal —dijo Laursen—. Más de una vez me ha dado Dios una señal, sobre todo cuando vivíamos en Esbjerg.

—Si por lo menos recibiésemos una señal… —dijo mi madre.

Imaginaba frente a mí caballos blancos y caballos negros con bridas doradas y saliéndoles fuego por los hocicos, e inmensas cruces de fuego entre la tierra y el cielo. Pero no podía figurarme que esos prodigios pudieran realizarse en mi honor.

—Muchas veces no sabemos ver las pequeñas señales que nos hace Dios —dijo Laursen— y es posible que ya haya manifestado Dios su voluntad en este caso de ustedes.

—¿Cómo cree usted que lo habrá hecho? —preguntó mi madre —. ¿Cómo?

—Estaban ustedes diciendo que cuesta demasiado ir a

Copenhague —prosiguió Laursen—. Pues bien, supongamos que Dios haya pensado, en su Cielo, que la mejor manera de hacer hoy milagros sea esa y haya decidido costearles a ustedes el viaje…

—Entonces no habría duda de cuál es la voluntad de Dios —dijo mi padre.

—Nunca he oído decir que los billetes de ferrocarril lluevan del Cielo —replicó mi madre desabridamente. Sin duda creía que Laursen trataba de zafarse de aquello. Por lo visto, no le interesaba ocuparse de nuestro milagro.

Stinmai puso las tazas en la mesa y sirvió el café. Entonces cambiamos el tema de la conversación, lo cual fue un alivio.

—Veo que aún lleva usted un dedil en el muñón —le dijo Laursen a mi padre.

—Sí.

—No sé por qué —dijo Laursen— me parece que hay cierta relación entre el dedo de Dios y el de usted, ese que le segó la cortadora de forraje. Supongo que le habrán pagado ya a usted la indemnización.

—Todavía no —dijo mi padre— pero tenemos entendido que no tardará mucho.

Laursen se quedó pensativo, y su mirada era la que ponía los domingos en la iglesia.

—¡Qué ciegos son los hijos de los hombres! —exclamó—. Sí, porque nuestra fe es muy débil y no veremos hasta que Dios haga caer la costra que tapa nuestros ojos. Sólo entonces se nos aparecerá el dedo de Dios en todas las cosas.

—Sí —asintió mi madre sin comprender.

—Dios le privó a usted de ese dedo para que Su Voluntad pudiera cumplirse —explicó Laursen—. Es muy sencillo. Todo resulta clarísimo cuando Dios nos permite ver.

Pensé en el nuevo sofá que íbamos a comprar, y en la lámpara y en todas las cosas de que habíamos hablado. Pero todo ello se esfumaba mientras hablábamos del milagro con Laursen.

—Dios hace los milagros a su manera —dijo Laursen—. Nunca ocurren como esperamos. No vivimos ya en los tiempos de Jesús. En nuestros días, puede ser un milagro tomar el tren e ir a Copenhague para consultar a un famoso profesor. Pues ¿qué es un gran profesor sino el instrumento de Dios para realizar milagros? Es eso y nada

más aunque él mismo no lo sepa.

—¡Cuánto sabe este Laursen! —se admiró mi padre mientras regresábamos a casa—. Todo lo ve con una gran claridad. Siempre descubre los pensamientos más íntimos de Dios.

—Ojalá sea así —suspiró mi madre—. De todos modos, iremos a Copenhague en cuanto yo termine las bolsas de color. La semana próxima.

XI

—¿Por qué no me lo trajo usted antes? —dijo el profesor sin mirar a mi madre y sin interrumpir ni por un instante lo que hacía. Yo tenía delante todo el tiempo su blanca frente y su nevada cabellera y una de sus blancas manos se movía constantemente cogiendo lentes y aparatos. Después la mano se elevó y, tirando, de un cordón, encendió una lámpara.

—No vuelvas la cabeza —me dijo—. Mírame continuamente. ¿Por qué no lo trajo usted hace un par de años? Temo que ya sea demasiado tarde. Mírame: ¿cuántos dedos tengo levantados? ¿Y ahora? ¿Y ahora?

—Hace usted trampas —protesté, pues cuando yo decía dos resultaba que eran tres, y cuatro si decía tres—. No lo haré si sigue usted haciendo trampas.

Estiró los brazos. Por el movimiento de sus hombros pude colegir que estaba haciendo algo pero tardé un rato en ver sus manos tan blancas moviéndose arriba y abajo o en círculos, y juntándose un poco más cada vez.

—Ahora —dije.

—¿Antes no? —me preguntó el profesor—. Probaremos Otra vez.

Pero daba el mismo resultado mientras no volviese yo la cabeza, lo cual me estaba prohibido.

—Un campo de visión muy restringido —dijo el profesor—. Te cuesta un gran esfuerzo localizar las cosas. Sobre todo, las cosas pequeñas no las ves, ¿verdad? Por ejemplo, cuando estás jugando con una pelota, pero en cuanto entran en tu campo de visión las ves perfectamente.

Nada dije porque el profesor lo sabía todo. Estaba enterado de

todo lo que me sucedía.

—No puedo comprender por qué no me ha traído usted antes al niño —le dijo el profesor a mi madre.

Y siguieron, interminablemente, las pruebas de todas clases mientras mi madre pensaba que la gente que aguardaba fuera su turno estaría echándonos maldiciones. Si habíamos llegado tarde, ¿para qué abusar del tiempo del profesor?

—Siéntate en esta silla —me dijo. Y a mi madre—: ¿Quiere usted venir conmigo un momento? He de hablar con usted sola.

Lo mismo que el especialista de Horsens: también éste quería llevarse a mamá para hablar a solas con ella. Así que no habría milagro, pensé. Un milagro sería, seguramente, algo que se presentaría con toda facilidad, sin complicadas pruebas y sin causar dolor… Una o dos palabras bien dichas, y ya estaba el milagro. En cambio, el profesor me había hecho daño con tantas manipulaciones y con las muchas gotas que me había echado en los ojos. Me encontraba mal y devolví allí mismo, sentado.

—¿Por qué no me lo advertiste? —me dijo la enfermera mientras limpiaba aquella suciedad—. Al sentir deseos de vomitar, me debiste avisar.

El profesor volvió con mi madre. No pude verle a ésta la cara. Todo lo veía confuso, neblinoso, por culpa de las cosas que me había hecho el profesor en los ojos.

—Así que vuelva usted esta tarde —dijo el profesor—. Haré que lo hospitalicen en seguida, y entonces se podrá usted marchar si no puede quedarse en Copenhague.

Mi madre dijo que sí, casi inaudiblemente, pero me bastó ese «sí» para saber el aspecto que tenía su cara.

El profesor nos acompañó a la puerta.

—El siguiente, por favor.

Esperaba que mi madre me riñese por haber vomitado pero ni me riñó ni me dijo nada. Caminaba silenciosa llevándome de la mano.

—¿Por qué estás enfadada? —le pregunté.

No me respondió. Sólo me apretó más la mano.

Fuimos a casa de la tía Jane que tenía una lechería en la calle Marstal. No sólo íbamos a pie por tomar un poco de aire sino para

ahorrarnos los billetes del tranvía. Yo seguía con la visión neblinosa, pero esta vez con una niebla más densa que nunca. Ni siquiera se lo dije a mi madre sino que me dejaba conducir por ella como había visto que hacían las muchachas ciegas. Otra vez me sentí mal y vomité. Entonces decidió mamá que subiéramos a un tranvía. Fue una lástima, porque al fin nada ahorramos.

La tía Jane tenía una salita en la trastienda. Allí nos sentamos, tomamos café y comimos pan de Viena endurecido.

—Esto es cuanto puedo ofreceros —dijo mi tía—. Pero pan de Viena podéis comer todo el que os apetezca. Cuando terminéis con este, que es el de anteayer, podéis seguir con este otro, que es el de ayer.

No estaba con nosotros ni un minuto seguido porque sin cesar entraban clientes en la lechería o gente conocida suya con la que debía charlar. Pero en los momento libres, bajaba los escalones que separaban la tienda de la salita y nos disparaba unas preguntas:

—El profesor tiene razón. ¿Por qué lo habéis dejado hasta que ha sido demasiado tarde?

—¡Pero si hemos visto a un especialista muchas veces! —se defendió mi madre.

—¡Un especialista de provincias! —exclamó con gran desprecio mi tía—. Un especialista de esos es como un veterinario de aquí.

Pasaban los tranvías con su estruendoso traqueteo y la campanilla de la puerta sonaba cada vez que entraba o salía un cliente. Además, mi tía contaba con un gran adelanto: un teléfono. También sonaba con frecuencia el timbre de éste.

—¡Mis nervios no podrían soportar tantos ruidos y tanto movimiento! —dijo mi madre—. ¡Qué vida lleváis en la capital!

—¿Cuándo operarán al niño? —preguntó mi tía, la vez siguiente que tuvo un instante libre.

—Mañana por la mañana temprano.

Esto casi llegó a asustarme pues era la primera vez que oía decir que fuesen a operarme.

—¿No viene a almorzar Antón? —preguntó mi madre.

—Aquí nadie va a casa a almorzar. Eso no se hace más que en provincias y en el campo. Antón vendrá por la noche, y llegará borracho como de costumbre.

—No digas eso —le disculpó mi madre—. Antón fue siempre un

buen chico.

—No digo que sea malo sino que cuando la coge no la suelta.

—Entonces le será difícil dedicarse precisamente a vender vino —dijo mi madre.

—Lo difícil es que yo pueda seguir viviendo con él, y sin embargo me aguanto. Bueno, ¿por qué van a operar al chico si la operación no lo puede curar?

—No lo sé. El profesor lo quiere así y comprenderás que no es fácil discutir con un profesor. Lamento no haber encontrado a Antón.

Antón, Jane y mi madre eran hermanos.

Se me había pasado ya la niebla de los ojos y también las náuseas. Seguramente, esta mejoría se debía al pan de Viena. Pude ver a mi tía con su cara caballuna y sus manos rojizas, su mecedora americana, la estufa de porcelana y todas las cosas que tenía allí puestas a secar.

Entonces llegó el tío Antón. Había ido a la estación aquella mañana para darnos la bienvenida, pero llegó tarde. También estuvo en casa del profesor cuando ya habíamos salido nosotros.

—¡Vaya prisa que teníais, demonios!

Su rostro presentaba manchas rojizas; tenía desabrochado el cuello de la camisa y los puños deshilachados.

—Claro que me entretuve por el camino en algo que debía hacer sin falta, pero de todos modos os habría dado alcance si vosotros…

—¿Qué tenías tú que hacer sin falta, hombre? Ya sé muy bien donde te has entretenido —le dijo mi tía.

—Os veo muy tétricos —dijo el tío mirándonos a mi madre y a su otra hermana—. Parece como si tuvieseis cirrosis del hígado o cáncer de los riñones o al revés. Vente conmigo, chico. Dejemos a estas aves de mal agüero.

Me sorprendió que hablase con tanta desfachatez pero no me asustaba.

—Y ¿qué le han dado de comer a mi sobrino? —preguntó el tío Antón—. Claro: café y pan duro. Me lo llevaré para que coma por ahí algo decente. Lisbeth, si quieres puedes venir con nosotros; si no, yo sé de un sitio adonde sólo van hombres pero donde se come muy bien.

El tío Antón me cogió de la mano y nos pusimos en marcha.

—Lo tuyo es una vergüenza —me dijo—. Ya he charlado con la enfermera de la clínica. Una vergüenza, te lo digo yo. Así que han de meterte allí esta misma tarde. Es una lástima porque yo tenía pensado que pasáramos el día juntos, sólo nosotros dos. Pero no podremos estar más que este rato de la comida. Te prometo que cuando vuelvas a Copenhague, pues tendrás que volver, nos divertiremos bien un día. Nuestro día no hay quien nos lo quite.

Fuimos a un restaurante popular donde conocían a mi tío. Éste contó a todos los que allí había lo que me sucedía a mí y adónde me iban a llevar aquella misma tarde y lo que me harían. Y hablando con los dueños, les dijo:

—De manera que ya le podéis tratar lo mejor que podáis. Dadle lo mejor de lo mejor.

—Lástima que sea tan pequeño, pues, si no, le habríamos hecho tomar *schnapps*.

—Ya lo he probado en mi pueblo, con Stougard.

—¿Lo habéis oído? Menudo chico; este no se asusta de nada —dijo orgulloso mi tío—. ¡Pronto ha empezado!

En cierto modo, toda aquella gente era como mi amigo Stougard. Me gustaba encontrarme allí entre voces que no sonaban tristes. Y era estupendo que mi madre no estuviese con nosotros. No dejaba de pensar en la buena suerte que había tenido de que mi madre no estuviera allí.

Por la tarde volvimos a la clínica. Nos acompañó el tío Antón.

—Tú no tienes por qué venir con nosotros —le había dicho mi madre—. Hueles a *braendevin* y no quiero que nos acompañes.

—No sé por qué te ha de molestar que yo lleve en el cuerpo una pizca de *schnapps* —replicó mi tío—. Me encuentro mucho mejor cuando lo bebo.

—Lamento que seas así —le reprochó mi madre—. Imagínate lo que podrías haber sido si no bebieras tanto. Podrías ir siempre bien vestido.

—En eso tienes razón, Lisbeth. Vendré a recogerte dentro de un par de horas. Mientras, te buscaré un buen sitio para que te alojes. No puedes quedarte con Jane; te volverías loca. Yo soy el único lo bastante fuerte para resistirla.

Y emprendió la retirada. Pero en seguida se volvió:

—Espera, hijo, te prometí esto —y me metió una corona en el bolsillo de pecho de mi blusa de marinero.

—No te la gastes toda en beber —me aconsejó. Mi madre movió la cabeza. Esto lo adivinaba sin necesidad de mirarla, sólo por la presión de su mano. No necesitaba mirarla para saber las caras que ponía.

Yo compartía una habitación con un hombre que era cantero en Bomholm. Yacía en la cama con la cabeza vendada. Se le habían clavado unas astillas en los ojos. Astillas de piedra.

—Buenos días —le dije. Pero el hombre no hacía más que gruñir y no estaba de humor para darle a nadie los buenos días. Tenía la cara como piedra. Tanto el rostro de aquel hombre como sus manos eran grises como el granito.

—No podrás comer nada hasta mañana cuando todo haya terminado —me dijo la enfermera.

Mi madre me acostó. Permaneció allí hasta que la enfermera le dijo que debía marcharse y que fuera había un hombre esperándola. «Alguien a quien no he podido permitir la entrada más que hasta la sala de espera», explicó la mujer. Era, naturalmente, el tío Antón.

Voces desconocidas en el pasillo, en las otras habitaciones, en todas partes. Un ruido de platos rotos en la cocina. Ventanas que se abrían y cerraban. Las campanadas del reloj de una iglesia. Campanadas de abandono y añoranza. El cantero se quejaba.

Apagaron la luz. La enfermera nos dio las buenas noches. En el patio, voces y risas. Pero aquel no era nuestro patio. No eran las risas, las voces que yo conocía. Era una tierra extraña, un mundo desconocido. Pensé dónde estarían mi padre, mi madre, y mi hermana Kirstine en aquellos momentos.

Te comunico que estoy la segunda en la escuela y que me encuentro bien. Quiero que sepas que he decidido que vivamos juntos cuando yo sea mayor y tú estés ciego. Dicen que no podremos reunirnos en mucho tiempo pero no será cosa de muchos años.

Tu hermana que te quiere,
Kirstine.

Escuela de Dronningborg, núm. 2.

Esto era lo último que me había escrito con su hermosa letra redondilla, de gran tamaño, tan fácil de leer. Me sabía de memoria esa carta. Todas sus cartas me las grababa en la memoria por lo menos hasta que llegaba la siguiente, mucho tiempo después.

El reloj de la iglesia de Holmen volvió a dar una hora y también se oían las campanadas de la lejana Raadhus.

—Duérmete en seguida —me dijo mi compañero de cuarto—. Para que luego puedas resistir, has de dormir bien. Es lo único que puedes hacer aquí, dormir. Duerme como una piedra.

Y empezó a gemir pero no tardó en roncar. Y las campanas de la Raadhus seguían sonando a abandono y añoranza. Yo oía perfectamente lo grande que era la ciudad, y qué extraña, y lo poco que se preocupaba de nosotros. La ciudad no me conocía, ni tampoco a mi madre. Ni sabía que yo tenía una hermana con hermosos ojos oscuros, una hermana que a veces me cogía por la muñeca y que me escribía con una letra grande y clarísima. La gente, las calles, y las casas de la ciudad no se preocupaban para nada de nosotros.

Me desperté de madrugada y el cantero estaba levantado. Quería un orinal.

—¿No hay alguien que me ayude? ¿Es que voy a tener que ponerme amoratado de darme tantos golpes?

Le oí frotarse la piel.

—¿Estás despierto, chico?

—Sí.

—Entonces, levántate y ayúdame, ¿quieres? A ti todavía no te pasa nada. Dispones de tus ojos hasta mañana cuando vengan con el cuchillo…

La oscuridad era absoluta pero a mí nada me importaba la oscuridad. En cierto modo, podía uno ver muy bien en la oscuridad. En cambio, con la niebla no se podía ver. La visión neblinosa le hacía a uno perder el sentido de las distancias entre las cosas. En la oscuridad no había dificultad para orientarse.

—Aquí había una silla anoche y aquí una mesa —dije. El cantero me había cogido por un brazo con su mano de granito—. Y por aquí vamos hacia el armario.

—¿Qué demonios quieres que haga yo en el armario? —se

enfadó mi compañero—. Comprenderás que no me voy a orinar en el armario.

Pero yo sabía cómo me orientaba, y al final encontramos el lavabo con el cubo debajo. Regresamos a la cama y en seguida nos dormimos de nuevo.

—Has tenido mala suerte, chico —me dijo el cantero a la mañana siguiente—. Si yo fuera tú, me escaparía. No deberías consentirles que te metieran el cuchillo. Primero te asfixian, luego te abren con el cuchillo y te despiertas antes de que hayan terminado. Yo, en tu lugar, me escaparía porque tu caso no es como el mío. Yo no tengo más remedio que dejarles hacer lo que se les antoje pues son cosas urgentes: polvo de piedra y astillas y cosas que me han de quitar en seguida.

Pero no me escapé y todo ocurrió, poco más o menos, como había dicho aquel hombre. Cuando fueron a buscarme, me despidió moviendo cansadamente una de sus manos de granito.

No autorizaron a mi madre para que presenciara la operación. Pero pudo ver la blanca mesa, las potentes luces y cómo se preparaba el profesor. Luego me lo contó todo. Salió y esperó en el pasillo.

—Una espera interminable —me dijo—. Fue la eternidad más larga que he conocido. —Así lo dijo mi madre.

Por fin había llegado una enfermera para anunciarle que la operación estaba ya terminada. Y que había resultado bien; mejor de lo que el profesor se atrevía a esperar.

—Su chico no se quedará ciego. A juzgar por cómo ha ido la operación, el profesor cree que salvará la vista.

—Gracias —dijo mi madre. Se lo dijo a la enfermera pero pensaba en el profesor, en Laursen, y en Dios. Echaba de menos el sofá verde de nuestra casa. Deseaba estar sola. Aquellas «gracias» eran por el milagro.

Mi madre no se marchó a casa sino que permaneció allí conmigo. Permanecía todo el día junto a mi cama. La enfermera le llevaba un libro para que leyese. Nos lo leía en voz alta a mí y al cantero. Era una novela cuyos personajes tenían nombres imposibles de pronunciar; pero no importaba. Era un buen libro. El cantero se levantaba ya y se pasaba sentado en una silla casi todo el

tiempo. A mí me habían vendado los ojos de modo que no podía ver a mi compañero pero le oía suspirar y frotarse las manos con un ruido áspero, y también oía que estaba sentado. Escuchaba con mucha atención lo que mi madre leía y a última hora hablábamos sobre lo que podría sucederles a los personajes al día siguiente. Nos referíamos a la gente del libro como a personas conocidas y yo recordaba con frecuencia a mi padre con su libro de pastas rojas, el libro que nunca terminaba de leer.

Cuando mi madre se cansaba de leer, hacía punto. Nunca estaba ociosa y si al principio leía todos los días era porque la enfermera le había llevado el libro. Decía que se sentía obligada a leer. Pero después ya le molestaba cada vez más que en la novela sucedieran cosas que su razón no aceptaba.

—Aquí dice que esa mujer se sentaba a la luz de la luna para pensar en sus cosas y dice en qué pensaba. ¿Cómo es posible que nadie pueda saber lo que está pensando una persona para explicarlo con tanto detalle como hacen aquí?

—Seguramente se lo contó luego a alguien —trataba de explicar el cantero— y así llegaron a enterarse los demás. Eso ocurre muchas veces. No sabe uno cómo, pero todo el mundo se entera de los asuntos de uno. Por eso digo yo siempre que lo mejor es callarse.

—Bueno, pero aquí no dice que ella se lo haya contado a nadie —insistía mi madre—. No lo puedo creer.

A última hora de la tarde solía llegar mi tío Antón. Aunque llevaba su chaqueta impresentable, mi madre le había obligado a ponerse corbata. En el bolsillo le asomaba siempre un botellín. Todos podían verlo.

—Es Madeira —decía—. La mejor medicina. Bebe, pequeño — me traía un vaso que había en la repisa del lavabo—. Sabe a nueces y a miel. Salud pura.

Pero no me permitían tomar nueces y miel. Mi madre lo probaba.

—Es una vergüenza —se indignaba mi tío—. ¡Con lo bien que le sentaría, y si se acostumbrase a beberlo llegaría a ser un buen catador! Para saborearlo mejor, hay que cerrar los ojos y no distraer la atención.

Cuando le ofreció un vaso al cantero, le dijo:

—No es que sea una bebida para usted porque usted está

acostumbrado a lo más fuerte. Pero le irá bien para matar el tiempo. Es una cosa estupenda para matar el tiempo.

—Bebes demasiado, Antón —le dijo, como siempre, mi madre.

—Hablando de otra cosa —dijo mi tío— supongo que estarás a gusto en la pensión que te he buscado.

—Lo único que me parece mal es el precio. ¿Cómo se atreven a pedir dos coronas sólo por dormir?

—Es barato, mujer, si tienes en cuenta que por ese precio no sólo cuentas con una cama sino que te libras de Jane.

Ya no me resultaban extrañas las campanadas de los relojes. Un día me quitaron las vendas y pude ver mucho mejor que antes. Mirando por la ventana, distinguía muy bien el Gammel y unas casas amarillentas en cuyas fachadas daba el sol de comienzos de primavera. Y también veía la torre de la iglesia de San Nicolás.

—Tenemos que ponerle gafas oscuras por ahora —dijo el profesor.

Así que estaba ya como mi maestro Christensen. Ya éramos dos con gafas oscuras. Yo no quería ponérmelas pero se me hizo más fácil al pensar que éramos dos. Quizá no se atrevieran a reírse de mí cuando el otro era el maestro Christensen.

Aquellos quince días nos parecían un tiempo inmenso. Los días, y sobre todo las noches, se me habían hecho muy largas —y a mi madre también— pero luego las horas transcurrieron más rápidamente y los últimos días fueron muy llevaderos. Por lo visto, en nuestros días un milagro tardaba unos quince días.

—Debe usted vigilarlo —advirtió el profesor a mi madre—. Fíjese en todos los detalles cuidadosamente. Sí vuelve a tener la visión de niebla o a ver los círculos de colores en torno a las luces de la calle o dolores de cabeza, ha de traérmelo usted inmediatamente. De todos modos, le veré dentro de seis meses.

—Sí —dijo mi madre, y quizá pensara que aquel era un milagro limitado. Pero lo importante es que podíamos irnos a casa, con tal de que me echasen todos los días Pilocarpin en los ojos por la mañana, la tarde y la noche.

—Si sólo necesita eso —dijo mi madre—. Si con eso se va a curar del todo…

—Ya veremos —dijo el profesor—. Pero de todos modos, me lo traerá usted este otoño.

Cuando habíamos partido para Copenhague era de noche y todos dormían ya y cuando regresamos era tan temprano que aún no se había levantado la gente. Así que no nos vieron salir ni llegar. Era como si no hubiésemos hecho el viaje.

—Pruébalo —me dijo Rudolf—. Enséñanos algo que hayas traído de Copenhague para demostrar que estuviste allí.

—Bueno, pero trae esas gafas azules —dijo Lydia—. Y son tan azules que casi parecen negras.

—Eso se lo han puesto para ocultar que es bizco —dijo Rudolf —. Quítatelas para que te veamos bizquear.

Más tarde, cuando se marchó Rudolf y estábamos solos en la entrada del patio, me dijo Lydia:

—No te preocupes por lo que te digan. No lo puedes remediar y mi madre dice que es inútil pasar malos ratos por las cosas que no depende de uno evitarlas.

Pero yo mientras pensaba que aquello no mejoraba las cosas y que me habían prohibido hablar con Lydia porque no me consideraban un amigo conveniente para ella.

Iba por todas partes con mis gafas azules y veía el mundo con una nueva luz: una luz azul.

—Éste se pone esas gafas para darle la coba al maestro Christensen —dijo Marentcius—. ¿O acaso quieres imitar a las muchachas ciegas?

A veces miraba sigilosamente por encima de las gafas, o por los lados, o me las quitaba decididamente y me maravillaba de lo puro y brillante que aparecía todo. Casi deslumbrante. No me cansaba de mirarlo todo sin gafas. Me entretenía contemplando las caras de las muchachas ciegas tras las cristaleras del Hogar Pode. Veía sus bolsas de labor y las madejas grises y los pálidos óvalos de los rostros y oía el extraño instrumento de cuerda cada vez que abrían o cerraban la puerta. Contemplaba los prados y el *fjord* y la blanca estela de humo que dejaba tras de sí el tren del Sur. Veía bien y era un chico igual que los demás. Pero cuando me volvía a poner las gafas azules, desaparecían las cosas lejanas y las próximas se enturbiaban. Sólo veía entonces con claridad lo que tuviese muy cerca. Ya no se me presentaba la «niebla» aunque me pasase mucho tiempo fuera de casa. Y tampoco veía ya los círculos de colores en torno a las lámparas de la calle.

Algunas tardes, después del colegio, solía ir a casa de Valborg y aprendía a tocar en el órgano nuevas canciones. Aunque ella creía que estaba tocando la música que tenía ante mí, en realidad seguía aprendiéndomela de memoria como antes. Aquello no era hacer trampa. No me importaba que Valborg descubriese que yo no era capaz de hacer más de una cosa al mismo tiempo: o sea, tocar el órgano o leer el papel de música. Además, así podía levantar la vista y mirar por la ventana y tocar las flores del jardín convirtiéndolas en música en vez de las notitas negras que habían puesto entre las rayas del papel. Había un olor muy agradable en aquella habitación y los demás hablaban de muchas cosas; por ejemplo, de Beethoven y de las Sinfonías y de un libro que había leído la madre de Valborg… cosas de las que yo nada sabía. Pero lo importante es que me dejaban estar allí tocando el órgano y no se preocupaban de mí. También podía quedarme sentado mientras Valborg y su hermana tocaban a cuatro manos el Septeto, que empecé a aprender a fuerza de oírlo.

La madre de Valborg, que padecía de reuma, usaba un bastón con una contera de goma para no resbalar. Hablaban en voz muy baja para no molestar al padre mientras daba sus clases, trabajaba con sus libros, o dormía. En cambio, la música no le estorbaba. Podía trabajar o dormir perfectamente aunque estuvieran tocando el órgano.

Me pasaba las horas enteras escuchando aquellas conversaciones de las que nada entendía. Nadie me preguntaba nada; y ni siquiera la madre de Valborg, que asistía a las reuniones religiosas de los Amigos, me preguntaba por el milagro.

XII

PERO el domingo teníamos que ir a la iglesia. Además de la misa, había la Escuela Dominical, y las reuniones de la calle Tonnes. Era, pues, iglesia con variaciones desde la mañana a la noche. Como si cubriese el día entero un bajo cielo del que colgasen muchas campanas de bronce continuamente tocando.

Por la mañana íbamos a la iglesia. A mi padre le encantaba oír la música del órgano. Por la tarde, asistíamos a la Escuela Dominical Metodista. Yo solía ir con Marentcius. Leíamos los textos, y Madsen, el empleado del gas, y otro individuo llamado Bentsen, nos los explicaban. En la Escuela Dominical nos enseñaban para que algún día llegásemos a ser buenos. Era como una medicina de efectos retardados. Lástima que luego, camino de casa, aprendiésemos tantas palabrotas y cosas acerca de las chicas. Estos conocimientos procurábamos ponerlos en práctica en seguida, no había que esperar como con las enseñanzas de la Escuela Dominical.

—El Dique es como una calle de Amsterdam —nos dijo el maestro de geografía—. Con el río fluyendo entre las casas, y los puentes, los árboles y la carretera, podéis figuraros que estáis en Amsterdam.

Pasábamos mucho tiempo jugando en el Dique. Marentcius disponía del domingo entero y yo no tenía prisa alguna en volver a casa para ir con mis padres a la calle Tonnes a oír el sermón de turno. Pero precisamente íbamos por mí pues se había producido una especie de milagro y el maestro de obras Laursen había tomado parte en el asunto. Aunque desde luego siempre habíamos asistido a aquellas reuniones, ahora no podíamos faltar ni un solo domingo. Hubiera sido una ingratitud para con Laursen y Dios.

Lo peor de todo era que yo debía llevar mi guitarra de manera

que todo el mundo me veía pasar con la guitarra bajo el brazo, entre mi padre y mi madre. Con un violín, e incluso con una trompeta o un trombón, habría sido muy distinto. Pero, una guitarra… Por ejemplo, de haber llevado un trombón me habría sentido orgulloso pues pertenecería a una banda de música.

—¿Estás aprendiendo para ser una muchachita del Ejército de Salvación, verdad? —me preguntó Rudolf.

Pero sólo se atrevía a decirme estas cosas cuando mis padres no se hallaban presentes. Al vernos salir de casa los domingos por la tarde, nadie me decía nada aunque yo sabía que se reían por lo bajo. Y las chicas también, incluso Lydia. A mi padre le asomaba por el bolsillo de la chaqueta un librito rojo cuyo título era *Alegría de la Salvación*.

Los que se reunían en aquella casa de la calle Tonnes se llamaban Los Amigos y unos a otros, hermano y hermana. Se saludaban así: «¡Aleluya, hermano Laursen!» o «¡Aleluya, hermana Thomsen!» Se daban palmadas en la espalda y se abrazaban diciendo a cada momento «¡Aleluya!» como otros dicen «buenos días» o «¿qué tal?»

No había allí mucha gente, los domingos corrientes: quince o veinte, nunca más. Eran los que vivían en aquella misma casa: los Christensen, la familia del ebanista, los Hoyer y la hermana Thora, una modista de finas manos blancas, y Anna, radiante y transparente debido a su tuberculosis. Y los Nielsen de la calle de la Cruz, y un farmacéutico bajito siempre sonriente. Se llamaba Ludvigs.

—¡Aleluya! ¿Cómo está usted?

—Muy bien, gracias a Dios y que Él sea alabado.

—Dios es bueno.

—Sí, por siempre sea alabado.

El local olía aún a virutas porque hasta hacía poco había sido un taller de carpintería. Olía también a cola. Y a veces había que añadir el olor de las chaquetas húmedas que los Amigos se quitaban y colgaban en la fila de perchas de la entrada. Lo que nunca faltaba era el olor a cola, madera fresca y pinturas. Era un olor que había penetrado en las paredes y no se marchaba de allí.

Los domingos corrientes no iban niños; sólo yo. Me sentaba, tocaba la guitarra con Abeline y todos pensaban que lo hacía por

agradecimiento. No me gustaba tocar la guitarra y no le estaba agradecido a nadie. Con frecuencia se me quedaban doloridas las piernas y me movía inquieto en mi silla. A veces me dormía mientras Laursen testificaba.

Pero cuando llegaron los noruegos —Ullnes y Staff— y cuando Wedell vino de Copenhague, se convocó una reunión especial. Incluso se anunció en los periódicos… «Alegría de Salvación y Café. Cuantos quieran asistir a esta reunión serán bienvenidos».

Los hermanos Ullnes y Staff, de Noruega, y Wedell, de Copenhague, testificarían. Además, habría música.

Fue mucha gente. Vimos muchas caras que no conocíamos: personas de todas clases procedentes incluso de pueblos lejanos. Todos ellos eran hermanos y hermanas, decían «aleluya» a cada momento y daban gracias a Dios y Le alababan.

La religión de esta gente era alegre. No tenían que hablar en voz baja ni poner cara de preocupación. No hacía falta nada especial para formar parte de los Amigos.

—Desde el principio de la eternidad Dios ordenó todas las cosas en Su Mente —dijo Ullnes— y no podemos alterar este orden ni en una pizca.

—¡Aleluya! —gritaban todos entusiasmados y a coro—. ¡Alabado sea Dios!

—Dios ha ordenado que en este momento pase una nube por delante del sol —dijo Staff—, que la hermana Nielsen lleve un sombrero marrón y que el hermano Krautz esté tan cansado que se vea obligado a echar un sueñecito.

—¡Aleluya! —decían todos riendo.

Poco a poco iba penetrando en todos los presentes el amodorramiento propio de una tarde de domingo. Estaban allí sentados con la cabeza inclinada y sin saber qué hacer con las manos. Manos bastas, de trabajadores. Sus párpados eran como persianas flojas que amenazaban caerse de un momento a otro. La mayoría de ellos hubiera preferido quedarse en casa pero eran casados y sus esposas necesitaban tratar a las demás mujeres. Buenas comadres de cara arrugada, unas grandes y como hinchadas y otras huesudas e insignificantes con labios finos y manos nerviosas.

Se cantaba, se testimoniaba ante Dios y se volvía a cantar y todo

el tiempo flotaba en el aire una soñera como si fuese una nube plomiza que bajaba cuando había sermón y volvía a levantarse cuando cantábamos, desapareciendo durante los intermedios cuando la gente podía hablar libremente de las cosas de la vida ordinaria, de las cosas mundanas. Por ejemplo, de enfermedades y muerte, de las bodas en perspectiva y de las mujeres que esperaban un niño. Siempre había estos descansos —incluso en los domingos especiales— hasta que de repente aparecía de nuevo Staff detrás de la mesita con su tapete chillón y una bandeja donde había una garrafa de agua y un vaso; y entonces Staff anunciaba que había llegado el momento de entonar otra canción.

—¡Aleluya! —respondían todos a coro.

La música la poníamos Abeline y yo pero algunas veces había refuerzos: por ejemplo, la hermana Thora, que tocaba la guitarra con una mano tan delicada y blanca como el pétalo de un lirio acuático. Y tenía una hija llamada Nina, una muchacha de labios finos y pequeños ojos rasgados. Nina acudía a estas reuniones extraordinarias y yo tocaba la guitarra para ella aunque no podía imaginárselo. Esta muchacha nada tenía que agradecer. No le había ocurrido milagro alguno. Se sentaba allí porque su madre se lo ordenaba y nada más. Nunca pudo figurarse que yo le estaba dedicando mi música.

Valborg también se encontraba allí. Iba con su madre reumática y le ayudaba a subir y a bajar las escaleras y a sentarse y levantarse. Pero Valborg no era una niña sino una persona mayor, una joven muy seria. La gente le hablaba como se habla a los mayores y ella los escuchaba seriamente y se sentaba mirando fijamente a Staff, que tenía el pelo rizado, un bigotito y grandes dientes muy blancos. Le contemplaba mientras él prestaba testimonio y cuando se sentaba a meditar y a esperar la visita del Espíritu Santo.

—Me permito proponer el número 122 —dijo el farmacéutico que se llamaba Ludvigs riéndose avergonzado de su atrevimiento.

Abeline me tarareaba el aire de aquel salmo al oído y entonces empezábamos a tocar. Primero Ullnes y Staff cantaban solos y luego les respondíamos a coro.

—Ya veo que no te has puesto hoy las gafas azules me dijo la hermana Thora de manera que lo oyó Nina, precisamente la que

menos quería yo que supiera lo de mis gafas. Pero no dio señales de haber oído ni una palabra. Estaba encantadora sentada allí sólo porque se lo habían ordenado.

—Ya hablaremos de ese violín que quieres tener —me dijo Wedell.

Sus ojos eran como los del «perro muerto» del carnicero y no sé cómo pude acordarme en aquellos momentos de mi amigo el perro, al que yo tenía tanto afecto. Me ocurría a veces pero lo recordaba como un perro muerto de verdad y con ojos también muertos.

—Hablaré con tus padres sobre lo del violín —dijo Wedell—. ¿Y por qué no fuiste a verme cuando estuviste en Copenhague?

—Es que mi madre y yo sólo tuvimos tiempo para ocuparnos del milagro —dije—. Además, no sé dónde vive usted.

—Bueno, cuando vayas con más tiempo… —empezó a decirme cuando le interrumpió Ludvigs, que deseaba consultarle algo puramente científico:

—Quiero hacerle una pregunta exclusivamente matemática y científica sobre la posibilidad de probar la existencia de Dios…

En el descanso siguiente, durante el cual tenían que despejar la sala para poner las mesas donde íbamos a tomar el café, salí al patio y luego a la calle. Estuve mirando por la ventana del taller de modista de la hermana Thora. Había en el escaparate un par de sombreros de señora que parecían pájaros asustados y un maniquí sin ropa.

—¿Te permiten estar aquí fuera? —me preguntó Nina que había surgido de pronto a mi lado acompañada por un muchacho llamado Cari-Ole.

—¿Crees que necesito pedir permiso?

—Pero les habrás dicho que salías solo al patio, ¿no?

—Soy ya lo bastante mayor para no decir a mi madre cuando salgo al patio, ¿no te parece?

—No eres mayor para eso ni para nada y aún tienes que estar atado a las faldas de tu mamá.

Me dijo aquello con sus labios tan finos y mirándome con sus ojos rasgados. La encontraba preciosa. Estaba tan linda que me tuve que marchar, pero no sin decirle:

—Eres una tonta y nada más. Sólo una chiquilla tonta.

—Y tú te tragas todo lo que te cuenta Wedell —me replicó—

pero no debes creerte una persona tan extraordinaria y si supieras cómo es de verdad Wedell…

—Es barón y médico y tú en cambio, ¿qué eres, se puede saber?

—¡Médico! —se rio Nina—. Debes saber que ese título se lo ha dado él mismo.

Aquello no me importaba en absoluto; yo le tenía afecto a Wedell lo mismo que al «perro muerto» del carnicero. No podía remediar que ambos me fueran simpáticos de la misma manera y además no veía nada malo en ello.

—Eres una tonta —le dije pensando a la vez que siempre tocaría la guitarra para ella. Si Nina seguía asistiendo a las reuniones de los Amigos, estaba dispuesto a tocar siempre la guitarra con Abeline.

—¿Dónde has estado? —me preguntó mi madre.

—Por ahí fuera.

—¿No tendrás otra vez niebla en los ojos, verdad?

—No.

—Pues parece como si la tuvieras… Dice Wedell que debíamos comprarte un violín.

—Hace ya mucho tiempo que os lo vengo diciendo.

—Anda, desagradecido, ponte ya las gafas —me ordenó mi madre.

Así que me puse las gafas oscuras y todos fueron acercándose para preguntarme cómo estaba. A mí no me decían «aleluya» sino que me hablaban con voz preocupada.

—Es posible que hable con el profesor —dijo Wedell—. Lo conozco.

—No creo que haya necesidad —dijo mi padre—. El profesor ha asegurado que el chico no se volverá ciego. Debemos atenernos a eso. Y, la verdad, hay que reconocer que es un milagro.

—Pero quiere verlo otra vez dentro de unos meses —dijo mi madre—. Me ha encargado que no deje de observarlo por si le noto algo.

—Yo creo que debía tener un violín —dijo Wedell—. Aprenderá con facilidad a tocarlo y entonces olvidarán ustedes todas sus preocupaciones.

—En fin, hermano Wedell, si cree usted que es tan conveniente… —dijo mi padre.

—Pueden ustedes comprar uno por diez coronas —intervine—.

Sin funda, claro.

Y vi que por fin habían decidido comprarme un violín.

Staff había escrito un nuevo libro de canciones. Todos los hermanos y hermanas tenían que comprarlo pues según decía lo había escrito para nosotros. Era un presente que nos enviaba Dios por medio del hermano Staff.

—Pero cuesta dos coronas —dijo mi madre.

—No creo que las viejas canciones estén ya gastadas. Yo las prefiero a las nuevas —opinó mi padre.

—De todos modos, debe usted comprar el nuevo libro, para poder cantar con los demás —le dijo el hermano Hoyer.

Acabamos comprándolo, sobre todo para que yo pudiese tocar esas canciones. Pero yo estaba decidido a cantar cosas muy distintas. Mi propósito era interpretar música «de los papeles que se colocan en un atril». No quería asistir más a aquellas reuniones y me consideraba demasiado mayor para limitarme a acompañar a Abeline a la guitarra. A no ser que Nina siguiera acudiendo y pudiera yo así tener alguien a quien dedicar mi música. No quería oír más «aleluyas» sino el tronar de los aplausos.

Nina se me acerco y me dijo:

—Estás pálido de tanto orgullo como tienes.

Pero se equivocaba pues no sentía orgullo sino la alegría de que iba a disponer de un violín y que podría ir por el mundo tocándolo y que las muchachas me esperarían con flores en el cabello, como me había dicho Stougard. Y quizá fuese Nina una de ellas. Y que entonces hablase la gente cuanto quisiera de enfermedad glandular y de los inescrutables designios de Dios. Que dijesen de mí lo que se les antojara. No me importaría mientras tuviese un violín entre las manos.

—Se está portando muy bien en la escuela —dijo mi madre—. Los maestros dicen que es uno de los primeros en todo menos en escritura. Y la música se le da muy bien. Abeline dice que ya no le puede enseñar nada que él no sepa.

—¿Y de qué le va a servir al pobrecillo todo eso si pierde la vista? —suspiró la hermana Nielsen.

—Nunca se sabe —respondió mi padre—. Hemos de dar gracias a Dios por todo lo que no podemos comprender. Wedell asegura que en todo esto hay un significado que no está a nuestro alcance.

—Ya, Wedell —dijo reticente la hermana Nielsen. Por el tono de la voz se «oía» que su sonrisa era pálida y de persona que se creía superior.

Había decidido no morirme. Había conocido a un chico llamado August, que murió. Fuimos a su entierro mi madre y yo. Estuvimos en la capilla y le vimos en su ataúd antes de que cerrasen la tapa. Estaba hermoso con su pelo negro y suave, la boca y los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho.

—August es feliz —dijo mi madre—. ¿Te gustaría estar en su lugar?

—No —respondí apartándome del ataúd—. No, no. —Y en aquel momento decidí no morirme *nunca*.

Hablaban de mí como si no hubiese habido milagro alguno, como si Wedell no hubiese dicho que Dios tenía hechos sus planes respecto a mí, y como si yo no estuviera allí. Por eso, decidí fastidiarlos y no morirme. Los odiaba a todos ellos y me proponía firmemente no olvidar nunca que debía odiarlos. Y algún día llegaría a ser un músico tan bueno como aquel del cuento, aquel que se puso a tocar en el patio de Erik Ejegod y los enloqueció a todos porque podía ponerlos a todos contentísimos o entristecerlos mortalmente, o enfurecerlos hasta que se lanzasen unos contra otros y se mataran. Y esto sólo con su música. Yo los convertiría en fieras con mi violín.

Y, por supuesto, me convertiría en un gran asesino. La gente leería con horror mis hazañas en los periódicos. Les haría temblar de miedo y no se atreverían a salir a la calle de noche por temor a encontrarse conmigo, que estaría esperándolos con un cuchillo.

—Ese orgullo que tienes te pone pálido. Mejorarías mucho de aspecto si no fueras tan orgulloso —me decía Nina.

Bebían café, cantaban, charlaban, y volvían a cantar. Aquello nunca terminaba. Sentado junto a Abeline, yo fingía tocar la guitarra. Nadie notaba que había dejado de tocar. Ullnes y Staff hablaban por turno, y yo no podía oír ni ver que Staff fuese un poeta; no salían de su boca rosas, estrellas ni lirios. Quizás no lo pudiese ver yo porque me había puesto de nuevo las gafas oscuras y veía el mundo a una luz azul, una luz que no tenía doradas manchas de sol ni colores puros y brillantes, una luz que aplastaba la distancia y emborronaba lo claro y lo oscuro hasta hacerlo

parecer lo mismo. La nube de amodorramiento que flotaba bajo el techo se hacía cada vez más densa y pesada. Nina había vuelto a salir con Cari-Ole. Valborg, tan seria y persona mayor, escuchaba las rosas, los lirios y las estrellas que debían de estar brotando de la boca de Staff pero que yo no captaba. Nadie había allí a quien yo pudiera dedicarle mi música. Y la nube estaba más baja a cada momento; podía uno verla ahora pues era una masa gris e impenetrable, como de sucia lana gris que todo lo iba borrando y se transformaba en náuseas y dolor de cabeza y más náuseas y más dolor de cabeza; una presión en torno al ojo derecho y luego dentro de él como si fuera a saltar de su cuenca. Y cada vez que decían «¡Aleluya!» me parecía que iba a vomitar. Lo que me ponía cada vez peor no era el dolor ni la niebla en los ojos sino tanta «aleluya» y tanto alabar a Dios. Pensé que, después de todo, quizás fuese preferible morirme como August para que mis padres no tuvieran que estar siempre preocupados y tristes por mi culpa, ya que nunca podría ser yo como las demás personas. Mi madre y la hermana Thora me tendieron sobre unas sillas y yo deseaba que, en vez de ellas, hubiera sido Nina. Pero Nina se había ido por ahí con Cari-Ole. Decían que era el café lo que me había puesto malo.

—¡Aleluya! —decía Ullnes—. ¡Todo sucede como Dios lo tiene previsto desde el comienzo de la eternidad!

—Hablaré con el profesor —decía Wedell.

—No te asustes —me consoló la hermana Thora—. Ha sido el café. Nina nunca lo toma.

Pensé que sería mucho mejor morirme para que no estuvieran siempre armando tanto jaleo por mí y ya que me era imposible ser como Nina y Cari-Ole y los demás.

XIII

TUVIMOS un huerto aquella primavera y el verano. Un huerto bastante bueno con patatas, berzas y zanahorias, no con flores ni otras cosas bonitas. Se habló de plantar coliflores, pero mi padre no conocía estas rarezas.

—Cuando yo estaba en Suecia, aún no se habían inventado —decía—. Lo que sí teníamos era perejil.

Mi madre movía la cabeza, pero tampoco ella entendía de esas cosas.

—Podíamos escribir a mi tía Emma —propuso mi padre—. Ella entiende mucho de plantas.

—Ya nos arreglaremos —dijo mamá.

—Lo decía sólo porque así tendría un motivo para escribirle —se disculpó mi padre.

Los días eran muy cortos y había mucha gente en Norremarken, gente nacida y criada en el campo que se había marchado a la ciudad en busca de trabajo y que ahora volvía para cultivar sus pequeñas parcelas de tierra.

Nos íbamos al huerto casi todas las tardes. Siempre había algo que hacer allí.

—¿Qué hacemos con las fresas? —dijo mi padre—. Podríamos tenerlas ya el año que viene.

—Se venderían bien —dijo mi madre.

—Quizás… Pero yo pensaba…

—Ya. Podríamos guardarle al niño media libra.

—Muy bien.

No siempre podía venir mi madre con nosotros. Tenía su trabajo de las bolsas y que hacer la limpieza en casa del abogado. Pero

íbamos sin falta mi padre y yo. Subíamos la senda a través del bosque.

—Mira —me dijo una vez mi padre— aquel es el árbol del que se colgó el tonelero cuando no pudo encontrar ya trabajo.

Era una haya que se elevaba a la izquierda del camino. Parecía una haya como todas las demás, y era difícil distinguirla de las otras que la rodeaban. Pero cuando regresábamos a casa, y ya estaba todo muy oscuro, daba miedo pasar cerca de ese árbol.

—Y aquí fue donde Jacob Hedehus atacó a aquella muchacha, por lo cual lo metieron en la cárcel —dijo mi padre cuando pasamos junto a una estrecha vereda bordeada de zarzamoras—. Creo que fue en un calvero aquí cerca. Aunque es extraño qué podía estar haciendo ahí esa muchacha si no era esperar a que Jacob la atacase… —añadió mi padre.

Tanto cuando íbamos al huerto como a la vuelta, no nos dábamos prisa. Nos sentábamos en todos los bancos que encontrábamos por el camino. Nos sentábamos a escuchar el canto de los pájaros o el silencio.

—Es que no conocemos los nombres de todos los pájaros —me decía mi padre— y aunque los supiésemos, serían pájaros distintos a los de Suecia. Hay aquí muchas cosas diferentes a las de Suecia.

Mientras estábamos sentados, mi padre fumaba su pipa. Aquel día llevábamos una cesta con las primeras patatas que habíamos recogido en el huerto.

—Son unas patatas preciosas —decía mi padre—. Creo que nunca las he visto más bonitas.

Otras veces encontramos a algunos conocidos que se nos acercaban sólo para reírse de mi padre cuando decía *potatis*. Les parecía muy divertido que no le hubieran enseñado a decir patatas.

Jugaban en el campo de fútbol. Estaban allí Rudolf y Marentcius. Me hubiera gustado jugar con ellos. Me parecía muy entretenido jugar al fútbol.

—Si quieres jugar —me dijo Rudolf— has de quitarte esas gafas azules.

—De todos modos, puedes ser juez de línea —propuso Marentcius.

Pero no me agradaba ser juez de línea y además, no podía ver

por dónde iba la pelota. Valborg se había acercado para vernos jugar.

—Lo mejor que harías sería venirte conmigo —me dijo—. Podríamos tocar el órgano de cámara.

A partir de entonces los chicos me decían siempre que me fuese con alguna muchacha a tocar el órgano de cámara.

Y en la escuela, era por el estilo: cada vez que mis compañeros iban a hacer gimnasia, me mandaban a mí que me entretuviese en cualquier cosa aburrida.

Por ejemplo, me decía el instructor de gimnasia: —Coge esa colchoneta y da saltos encima. Puedes hacerlo todo el tiempo que quieras.

Pero a mí lo que me gustaba era hacer algo que fuera peligroso. Mucho más peligroso que todo lo que hacían los demás.

Cuando, por las tardes, jugaban al fútbol, yo pasaba cerca con mi padre y hacía como que no los veía. Un día en que regresábamos con una cesta llena de patatas, nos detuvimos en un café donde había música.

—Si supieras tocar así el violín —dijo mi padre— te compraría uno… De todos modos, te compraré uno dentro de poco.

Se anunciaba una subasta y alguien nos dijo que entre las cosas a subastar había un violín, el cual perteneció a alguien que había muerto: un tal Borresen, que murió en el hospital. Sería un violín barato puesto que era de segunda mano.

Fuimos mamá y yo y cuando salió a subasta el violín mi madre ofreció dos coronas, pero un hombre llamado Martín ofreció más. Era un carretero sobrino de Borresen.

—Si quiere usted el violín de su tío —le dijo mi madre— es inútil que estemos pujando puesto que usted ofrecerá más al final.

—Es que este violín vale mucho —dijo Martin.

—Y ¿cuándo aprendió usted a tocar el violín? —le preguntó alguien.

—Por lo menos vale veinticinco coronas —dijo Martin haciéndose el sordo a aquella pregunta.

Mi madre siguió pujando dispuesta a subir hasta diez coronas, lo que costaba un violín nuevo. Pero Martin ofreció más: llegó a trece coronas.

—Estás haciendo subir el precio para beneficiarte luego tú —le echó alguien en cara.

Era un violín precioso. Ligero, de madera casi dorada, y me permitieron tenerlo en mis manos. Era la primera vez que había tocado un violín y su contacto me hizo temblar. Me temblaban las manos y todo el cuerpo.

—En fin, no sé qué podrá hacer con un violín ese carretero —comentó mi madre, y siguió subiendo las pujas.

—¡Dieciséis y media, dieciséis y media! —repetía el subastador.

—¡Diecisiete! —ofreció Martin.

Pero mi madre subió hasta dieciocho y Martin abandonó la puja por lo cual nos fue adjudicado el violín. Los presentes censuraron a Martin que hubiera hecho subir el precio tanto para beneficiarse él sin tener en cuenta que el violín era «para un pobre chico medio ciego».

—¿Acaso no va a ganar dinero con él? —protestó el carretero—. Irá tocando por los mercados o se quedará en alguna esquina con una escudilla de lata para que la gente le eche monedas. —Pero se marchó en seguida, pues todos le decían cosas desagradables. Antes de desaparecer por la puerta, añadió—: Por veinticinco coronas, habría sido una ganga. Dentro tiene una etiqueta con el nombre Stradivarius. Por veinticinco, resultaría tirado. Y los padres recuperarán muy pronto ese dinero en cuanto pongan al chico a tocar por las esquinas o en los mercados.

—¡Vete de una vez! —le gritó alguien, y Martin se fue.

—Quizá tenga razón —dijo mi madre mientras íbamos camino de casa—. No me gustaría que pudieran decirnos que hemos hecho una mala compra. Dieciocho coronas es mucho dinero. Además, lo que nos cueste enseñarte a tocarlo.

Lo importante es que ya poseía un violín. Desde luego, no tenía más que dos cuerdas pero podía llevármelo, en su funda, cuando iba de paseo. Y lo llevé también a la escuela para que lo viese el cantor Petersen y me dijese qué le parecía.

—Es demasiado grande para ti —me dijo.

No habíamos pensado en que la gente se hiciera los violines a la medida como los trajes.

—Deberías haber empezado con uno de tres cuartos añadió

Petersen. —Pero puedes venir a mi casa. Te ayudaré.

Hacía que todos me vieran con mi violín: en la escuela, en el patio, en todas partes. No me avergonzaba en absoluto que supieran que yo tocaba el violín. No era como la guitarra.

—¿Puede uno hacerse un porvenir con un violín? —preguntó Lydia sin dejar de jugar a la pelota. La arrojaba por detrás haciéndola botar para recogerla luego por debajo de sus piernas—. Rudolf dice que quiere ser empleado de Correos. En eso sí hay un buen porvenir. Pero con un violín…

—Es que yo me dedicaré al teatro —dije.

Una vez había mirado por una ventana abierta y vi a un hombre que tocaba el violín en un escenario.

—Nunca he oído que nadie haya tocado el violín en un teatro —se extrañó Lydia—. Además, en tu casa son muy religiosos.

—Pues yo lo sé. He visto a un hombre que lo tocaba en un teatro. Ni Rudolf ni tú entendéis de estas cosas.

Que se vaya ahora a su casa, pensé, y que se lo cuente a su padre y a su madre la borracha.

—¿Quién lo ha afinado? —me preguntó Petersen.

—Mi padre.

—No es precisamente un entendido.

Era insoportable cuanta preparación me hacía falta para poder aprender a tocar el violín.

En casa, mi padre se sentaba a oírme practicar y mi madre, sin dejar ni por un momento las bolsas de papel, prestaba la misma atención. Y cuando venía Oluf, decía:

—Ya tocas tan bien como el señor Herskind.

Pero Oluf era un «berreador» en la clase de canto y nada sabía de música. Mucho menos de violines. A mí también me habían clasificado como «berreador» pero lo mío era distinto, Oluf no servía para ninguna clase de música. Mi defecto consistía sólo en no obedecer al maestro de canto en el coro.

—Te digo que tocas mejor que el señor Herskind —dijo Oluf otro día y a mí me gustaba oírselo aunque él no entendiese.

—Y eso que asegura la gente que el señor Herskind es el mejor violinista de toda Dinamarca —insistió Oluf días después.

Pero eso no era verdad, pues el mismo Petersen lo tocaba mejor que él y yo mismo, con mis propios ojos, había visto a un hombre

que lo tocaba en un escenario, lo que nunca había hecho el señor Herskind.

La cosa empezó a mejorar mucho cuando pude ya poner un dedo en la cuerda y luego dos, tres, cuatro…

—Sí —dijo mi padre—. Suena muy distinto que la guitarra, no se puede negar. No sé qué dirán en las reuniones de los Amigos cuando toques tu violín acompañando a Abeline.

No me importaba lo que pensara aquella gente y no tenía la menor intención de acompañar a Abeline. En cambio, quería dedicarle mi nueva música a una muchacha llamada Nina. Pero esto sería en un teatro. Me situaría en el centro del escenario y desde allí tocaría para ella.

—Le viene la musicalidad por naturaleza —le decía el cantor Petersen a mi madre—. Debía dedicarse por completo a la música pero no ve lo bastante bien para eso. Hace trampas: se aprende la música de memoria.

—¡Trampas! —se indignó mi madre.

—Sí; en el sentido de que no puede leer las notas y se las aprende antes. Luego hace como si estuviera leyendo en el papel de música. ¿Le ha hablado usted de él al organista?

Nunca habíamos hablado con el organista a quien sólo conocíamos de vista porque vivía en nuestra misma calle y yo solía pararme bajo sus ventanas cuando estaba ensayando.

—Creo que deberían ustedes hablarle. Sería más fácil para este niño que formar parte de una orquesta, pues en ella hay que tener la vista en los dedos y a la vez en el papel de música y en el director, todo ello al mismo tiempo.

Pero no era aquello lo que mi madre se proponía. Su máxima aspiración es que yo aprendiese a tocar algunas de las canciones que cantaban los domingos y que acompañase a Abeline. Todo aquello de que hablaba Petersen: orquestas, directores, órganos de iglesia, no le entraban en la cabeza.

—Aún no tiene doce años —dijo mi madre— y todo eso que propone usted, señor Petersen, cuesta mucho dinero y, además, es un camino peligroso.

—¿Peligroso?

—¿Acaso esos músicos artistas no se emborrachan?

—No creo. Por lo menos, nuestro organista no bebe.

Mi madre estaba nerviosa. No sabía qué decir. O mejor, *sabía* perfectamente a lo que se refería pero era incapaz de expresarlo bien.

—En fin, habrá tiempo sobrado para pensar en todo esto. Ya veremos cómo van las cosas.

Al regresar a casa, me puse a escribirle a mi hermana contándole que tenía un violín y que algún día tocaría en un teatro. También le decía que ayudaba a Peter a vender periódicos y que con ello sacaba una corona al mes y que estaba deseando verla y enseñarle el violín.

—Tienes mala letra —dijo mi padre— y Kirstine no va a entender tu carta a pesar de lo lista que es y de que está en el segundo puesto en la escuela de Dronningborg.

—Me encontré el otro día al señor Christensen, tu maestro —dijo mi madre— y es partidario de que vayamos al Hogar Pode para Ciegas. Cree que debes aprender a leer por el sistema Braille… Ya sabes, lo que enseñan a los ciegos para que puedan leer con los dedos.

—Pero si yo creía que estaba bien ahora… —se asombró mi padre.

—Sí, y adelanta tanto que Christensen quiere que lo pasen a otra escuela mejor. Pero hay el inconveniente de la lectura y la escritura.

—Pues no lo entiendo —dijo mi padre—. Lo más importante es precisamente leer y escribir. ¿Cómo puede adelantar en la escuela si no…? ¿Y si va a aprender el Braille, para qué vamos a llevarlo más al profesor de Copenhague?

—Habrá que pensarlo —concedió mamá—. Pero desde que le echamos en los ojos las gotas que nos mandó el profesor no ha vuelto a tener esa niebla en la vista… Ni se ha quejado de dolores de cabeza, ni ha tenido náuseas… Ya es algo.

Rompí la carta que le estaba escribiendo a mi hermana. ¿Para qué iban a desperdiciar dinero en los sellos si Kirstine no podría entender mi letra? Entonces cogí el violín y me fui al dormitorio. Sentado en el borde de la cama, estuve tocando lo que ya había aprendido.

De todos modos, fue una época feliz. Una tarde se nos presentó mi hermana en bicicleta por el camino de Horsens. El viento le

levantaba las faldas y le agitaba el cabello. La acompañaba una amiga suya del colegio. La encontré tímida y extraña pero tenía los mismos ojos oscuros y aquellos brazos tan redondos con los hoyuelos en los codos. Ya se me había olvidado este detalle. Mi hermana tenía hoyuelos en los codos. Pero no sabíamos qué decirnos.

—Tienes la misma cara —me dijo por fin— y también los ojos.

—Sí —dije sin saber a qué podía referirse Kirstine.

Se había puesto más alta y aún más bonita aunque esto parecía imposible.

—¡Cuánto has crecido, Kirstine! ¡Y qué linda estás! —le decían —. Ya eres casi una mujer.

Aquella chica que venía con ella se llamaba Jenny, y era la quinta en el colegio de Dronningborg. La había llevado para que viese que de verdad tenía un hermano y que éste tocaba el violín.

—Todavía muy poco —dijo mi madre—. No merece la pena hablar de ello. Más adelante, cuando aprenda de veras.

—Pero tiene muy buenas disposiciones —intervino mi padre—. Dicen que está muy bien dotado para el violín aunque no sabemos de dónde puede venirle esa facultad. ¿De quién la habrá sacado?

Nos dejaron en libertad para que entrásemos y saliéramos a nuestro gusto. Nadie nos decía dónde debíamos ir ni lo que teníamos que hacer. Pasábamos algunos ratos en el patio, íbamos a visitar a Stougard, comíamos con él patatas asadas espolvoreadas de sal, y contemplábamos los helados estanques. Mi hermana, tan cortés como siempre, miraba los tres estanques como si fueran océanos, inmensos e insondables océanos, para halagarnos.

—Y esos juncos hacen un ruido suave, como de seda. —Mi hermana decía cosas así de bonitas.

Stougard asentía muy satisfecho. Y, al fondo, el murmullo del bosque era más profundo que el de los juncos, un rumor más serio, porque era de felicidad. Todo respiraba felicidad. Lástima que aquella muchacha desconocida, Jenny, estuviera con nosotros y que no nos dejase ni un momento. Y si por lo menos Kirstine se hubiera quedado a vivir con nosotros para siempre o, como mínimo, un mes, una semana… Pero tenían el propósito de proseguir su excursión en bicicleta para conocer sitios nuevos. Si yo hubiera tenido una bicicleta, las habría acompañado. Kirstine quería que yo

estuviese siempre con ella. Pero una mañana se marcharon hacia el oeste. La chica llamada Jenny tenía un tío en no sé qué pueblo, hacia Henning.

—¿Qué importancia es la de ese señor para que hagan este viaje? —preguntó mi padre.

—A mí también me hubiese gustado que se quedaran más tiempo con nosotros, pero no teníamos derecho a retenerlas —dijo mi madre.

Me consolaba con mi violín. Tocaba pensando en mi hermana.

—¿Eso es nuevo, verdad? —me preguntó mi madre—. ¿Te lo ha enseñado Petersen? Suena distinto.

—Sí, lo estoy aprendiendo.

Luego subí por el camino de Jelling, por donde mi hermana y su amiga se habían marchado unas horas antes pero no pude encontrar huellas suyas. Ni el perfume de su cabello. Había estado con nosotros en nuestras habitaciones, y había pasado en bicicleta por aquel camino y no hacía mucho de esto, pero ya había desaparecido dejando un gran vacío. La única que podía llenar este vacío era la chica a quien llamaban Nina, una muchacha con ojos alargados, labios finos y las manos metidas en los bolsillos de una chaqueta de lana o como le llamen a esa prenda… Aunque, pensándolo bien, el vacío dejado por Kirstine no podía llenarlo nada ni nadie. Podía olvidarla durante un rato cuando algo ocupaba urgentemente mi atención, pero en seguida retornaba. Era algo que esperaba siempre para volver, que nunca se marchaba. Este recuerdo permanecía en algún rincón del alma. Al principio era añoranza, soledad y pena. Luego iría cambiando hasta convertirse en una cicatriz.

Recorrí los caminos por donde había paseado con mi hermana y acabé encontrando a Nina. No sabía qué estaría haciendo allí, ni se lo pregunté. Sólo la conocía de las reuniones de la calle Tonnes pero parecía como si compartiésemos un secreto, como si cada uno de nosotros supiera algo del otro. La acompañé un rato, no mucho. Y ella me dio a entender que no había ido en busca mía.

—No hace falta que me toques —me dijo.

Es que yo la había cogido por la muñeca como solía hacerlo mi hermana conmigo. Pero Nina ni siquiera sacó la mano del bolsillo.

—No me toques. Bueno, voy a reunirme con otra chica aquí en el puente.

Me sentía muy humillado. La vergüenza me paralizaba. Yo iba pensando en Kirstine, indefenso, con mi corazón demasiado vulnerable y, acordándome de mi hermana, le había cogido la muñeca a Nina. Y ella me había hablado como si fuera un leproso. Sin embargo, ¿qué podía yo hacer sino quererla?

Felicidad y tormento, nostalgia y dulzura… ya nada era tan sencillo como antes. El mundo se estaba convirtiendo en un caos.

Un día se presentó el tío Antón inopinadamente. Lo vimos aparecer por la calle haciendo eses.

—¡Dios mío, qué vagabundo! —comentó Lydia después—. Además, creo que venía borracho.

—Eso lo sabrás tú mejor que nadie —le dije intencionadamente —. Pero te advierto que está como siempre.

Llegó con el cuello desabrochado, los puños de la chaqueta deshilachados y los fondillos de los pantalones medio rotos.

—¡Cómo traes los zapatos! —le dijo mi madre.

—¿Y cómo crees que los voy a tener después de haber hecho a pie la mitad del camino desde Copenhague?

—Hueles a *braendevin*.

—No tanto como debía oler. Bueno, ¿tenéis algo de comer?

Mi madre estaba muy inquieta y hacía todo lo posible por ocultarlo. El tío Antón se comportaba con su habitual irresponsabilidad y su jovialidad irrefrenable. Parecía estar jugando a la pelota con la mismísima ley de la gravedad.

—¡Qué ocurrencia, dejar una colocación tan buena —le reprochó mi madre— sólo porque no te daban quince días de permiso, unos días que habrías perdido en las tabernas!

—Te equivocas. Voy a aprovechar este tiempo en mejorarme. Y no pienso regresar hasta que no sea más sensato.

Pero luego, cambió de actitud mi tío. De pronto se puso serio y se le notó el enorme cansancio que traía.

—Bueno, y tú, ¿cómo estás? —me preguntó—. Ven que te vea.

Me estuvo observando con mucho interés la cara y los ojos como si yo hubiera sido una fotografía. Estaba jugando al especialista.

—Me gustaría llevarte conmigo en un largo viaje para que vieras montañas, grandes montañas con mucha nieve, y las Pirámides de Egipto, e hipopótamos, elefantes, cebras y leopardos; y hablaríamos

con negros, malayos y chinos. ¿Qué tal te parecería dar una vuelta al mundo en un barca y desembarcar en una isla de coral con palmeras, volcanes y muchas más cosas?

—¡Estupendo! —me entusiasmé—. ¿Acaso tú has visto ya todo eso, tío Antón?

—Debo confesarte que aún no lo he visto. Pero a mí me sobra tiempo. No pienso morirme por ahora, ni mucho menos.

—Yo tampoco. He decidido no morirme nunca. Nunca.

—¡Muy bien pensado, chico! De todos modos, quiero que veas lo antes posible todas las maravillas del mundo. Y, en realidad, ¿por qué no partimos en seguida?

Lo peor del tío Antón es que nunca se sabía si hablaba en serio. Ahora, asomado a la ventana, estaba viendo pasar los trenes. Oímos la campanilla del paso a nivel.

—Me encontré a tu padre en la carretera. Se ha convertido en un verdadero caballo.

Yo no sabía lo que mi tío quería decir con aquello.

—Sí, porque lo han enganchado a un carro cargado de vigas y cemento. Una carga tan grande que por lo menos haría falta un caballo, y mejor dos. Supongo que tu madre considerará esto como un adelanto.

—Mi padre tiene una colocación fija.

Ese era otro de nuestros motivos de felicidad. Mi padre había logrado un trabajo fijo en la fábrica de maderas y en la de cemento, y tiraba de un carro distribuyendo el material. Todos los sábados traía el dinero a casa: dieciocho coronas en el verano, y quince en el invierno.

Y ahora el tío Antón le llamaba caballo porque lo consideraba un animal de tiro.

—Te advierto muy en serio, Antón —le dijo mi madre— que vas a guardarte esos chistes y tus opiniones socialistas. Estamos satisfechos con lo que tenemos.

—Eso es lo más indignante, que estéis satisfechos. La gente se da por contenta en cuanto dispone de lo imprescindible para no morirse de hambre.

—No consentiré que vengas aquí a sembrar la discordia y el descontento. ¡Estaríamos aviados si todos fueran como tú en este mundo! Afortunadamente, mi marido no bebe y ni siquiera se le ha

ocurrido marcharse por ahí a hacer el vago, como tú.

—No lo hará, no. Sois esclavos de los sillones, de las cucharillas de plata y de unos cuantos cacharros ridículos. Yo, en cambio, no me siento ligado por nada. Soy un hombre libre. Nadie me convertirá en un caballo.

—Por lo pronto, tienes la obligación de comprarte un par de zapatos nuevos para no avergonzamos a tus parientes —dijo mi madre.

Pero mi tío Antón lo tomó a risa y procuró quitarle el enfado diciéndole que aquellas no eran cosas para las mujeres, y que se fuera tranquila a limpiar la casa del abogado mientras él me sacaba a dar un paseo.

Pero ella no quería que me vieran acompañado por el impresentable tío Antón.

—Puedes hacer lo que te dé la real gana… con tu persona, pero no te ocupes de nosotros.

Mi tío empezó a reírse pero en seguida se puso serio:

—Así que no me crees digno de que la gente me vea con tu hijo. Te aseguro que no le haría daño alguno. Pero si me consideras tan indigno, lo mejor que puedo hacer es marcharme por donde ne venido.

Esta vez hablaba en serio. Recogió una cajetilla de tabaco y otras cosas que había puesto sobre la mesa y se las metió en los bolsillos. Luego se ató los cordones de los zapatos y se puso la gorra.

—Me voy —dijo. Y volviéndose a mí—: Ya nos veremos, chico. Tú y yo hemos de vernos otra vez. A ti, en cambio, hermana Lisbeth, sólo te digo adiós.

Le oímos bajar las escaleras, pero el ruido de sus pasos se apagó pronto. Sus zapatos hacían poco ruido. Eran de cuero aunque tenían las suelas agujereadas.

Dejó un gran silencio. Me pregunté adónde iría. ¿A Horsens? ¿Hacia el oeste? ¿O quizás a Copenhague? Aunque también era posible que se hubiera marchado a ver montañas nevadas, pirámides, hipopótamos, chinos y todo aquello de que me había hablado. Aunque no era seguro que le permitieran presentarse ante las Pirámides de Egipto sin corbata y con la ropa deshilachada.

—¿Volverá, verdad? —pregunté a mi madre.

—No. Temo que no vuelva.

—¿Y dónde le darán de comer? ¿Dónde va a dormir esta noche?

Mi madre no me respondió.

—No debías haberle echado.

—No lo eché. Pero no está bien que venga aquí con esas ideas, sembrando el descontento. El que no trabaja no tiene derecho a comer. Está escrito.

Me lo imaginé dando tumbos por la carretera hasta caerse de hambre y frío quedándose tendido, con una sonrisa triste, incapaz de volverse a poner en pie. Quizá se muriese y se convirtiera en un esqueleto, unos huesos blanqueados por el sol y el viento, como dicen que sucede en el desierto del Sahara. «El que no trabaja, no come». Está escrito.

Mi madre se quitó el delantal. No dijo lo que iba a hacer, pero yo sabía que se disponía a salir en busca del tío Antón. «Se ha arrepentido», pensé. Se había arrepentido de haber condenado a su propio hermano, ella que cantaba los salmos y las canciones de la *Alegría de la Salvación*, escritas por Staff, pues su hermano sólo podía estar obrando como Dios había dispuesto desde el comienzo de la eternidad.

Estuvo mucho tiempo fuera buscando al tío Antón, pero volvió sin haberlo encontrado. Había recorrido todas las tabernas de los contornos.

—He dado gracias a Dios por no haber tenido nunca que buscar a tu padre por las tabernas. Nunca hemos tenido que esperar a tu padre en la noche de un sábado.

—Pero ¿dónde está el tío Antón?

—Alguien le vio subir la cuesta de Horsens. Eso significa que vuelve a la casa de nuestros padres, de tus abuelos. Eso es lo que hará por ahora, pero en seguida se volverá a marchar.

La verdad es que dejó un vacío en nuestra existencia.

—Por lo menos, hubiera podido arreglarle un poco la ropa —dijo mi madre—. Además, no he tenido tiempo de darle de comer, y café. Así no me quedaría ahora este remordimiento.

XIV

Un día fuimos al Hogar Pode para Ciegas. Antes de entrar vimos las caras de las muchachas tras los ventanales. Me martilleaba el corazón, no sé por qué. De nada tenía miedo. Conocía aquel sitio de sobra y había visto muchas veces aquellos rostros. Lo conocía todo ello mucho mejor de lo que mi madre suponía.

Tocamos la campanilla. Pronto oiríamos pasos, una mano que buscaría el pestillo y sonaría el instrumento de cuerda al abrirse la puerta. Esta vez sonaría por mí. En efecto, se oyeron los pasos, la mano que andaba en el pestillo, y se abrió la puerta. Vibró el extraño instrumento de cuerda.

—Buenos días. Así, que ya están ustedes aquí.

Lo dijo antes de abrir del todo la puerta, antes de habernos visto. Es que sólo podíamos ser nosotros.

—Sí, Sofie no ha salido —dijo ella—. Y no creo que espere otras visitas.

Tenía los ojos cerrados y me bastaba oír su voz para saber que hablaba con los ojos cerrados. Sonaba como si hablase frente a un muro.

—Visita para Sofie —gritó en una sala oscura.

—Buenos días —dijeron muchas voces a coro y muy alto. Parecían contentas.

—Sofie está arriba, pero iré a buscarla —dijo una de ellas—. Me daré prisa.

Y se dio prisa, pero… despacio. Se notaba que iba lentamente pero con mucha prisa. Avanzaba con una mano hacia delante. Con la otra, palpaba el muro imaginario.

Luego se notaba que las habitaciones no estaban tan oscuras como parecían al entrar, ni tan vacías. En cada una de ellas había

una gran mesa: una mesa grande y oscura con muchas sillas en torno. También había unas estanterías con libros —unos libros muy gordos— y una alacena. Pero ni un solo cuadro en las paredes, ni letreros como los de mi escuela. Sólo la mesa vacía, las sillas, el suelo pelado, las paredes desnudas.

—¿Por qué no se sientan ustedes mientras llega Sofie?

—Sí, ¿por qué no se sientan? —repitieron todas a coro.

Ellas no se habían movido de las sillas. Ni hicieron intención de levantarse ni siquiera movieron la cabeza. Seguían haciendo punto maquinalmente. Algunas de ellas ni siquiera eso; permanecían sentadas, inmóviles, con las manos en el regazo. Parecían estar vigilando sus manos, su labor de punto, su ceguera, para que nadie les quitase aquella felicidad.

La idea de que fuésemos allí había sido de mi maestro Christensen.

—¿Por qué no aprendes el Braille? —me había dicho—. Si lo aprendes, no tendrás que esforzar los ojos para leer. Quizá podamos conseguirte libros del sistema Braille. De todos modos, podrás escribir tus ejercicios por ese sistema. Si lo aprendes, también yo lo aprenderé. Que te lleve tu madre al Hogar Pode. Allí hay una muchacha llamada Sofie que te enseñará. Recuerda el nombre: Sofie; es muy lista. Todas ellas lo son, pero Sofie es la que vale más. Te enseñará a leer y a escribir por el Braille.

Las ciegas empezaron a hablar entre ellas. Parecían irse olvidando poco a poco que estábamos allí.

—¿Qué hora será? ¿Cómo estará hoy el tiempo? —decían.

Algunas tenían voces corrientes, pero las voces de las otras eran infantiles, como de niñas de diez años. Resultaba extraño. Me sorprendía que no supieran la hora que era ni el tiempo que hacía. Podíamos haberles dicho que eran las tres de la tarde y que estaba nublado aunque con el viento que hacía no era probable que lloviese. Pero no podíamos decírselo porque no hablaban con nosotros. Para ellas, como si no existiésemos. Poco antes, cuando entramos en la habitación, existíamos como dos personas desconocidas que habían penetrado repentina e inesperadamente en el mundo de ellas. Pero muy poco tiempo después, habíamos desaparecido. Estábamos allí sentados, quietos y olvidados.

—¿Qué hora será? ¿Qué tiempo hará? ¿Ha oído alguien sonar el

reloj? —decían.

Nadie lo había oído pero en aquel momento dio tres campanadas el reloj de la casa. Las oímos con mucha claridad porque en aquel mismo momento se abrió la puerta del fondo y apareció Sofie acompañada por la muchacha que había ido a buscarla.

Me había figurado que sería una chica de mi edad. El maestro Christensen la llamaba Sofie, sin apellido, como si fuera una niña, pero por lo visto tampoco a las ciegas se les llamaba por el apellido porque esta Sofie podía ser mayor aunque por otra parte también podía ser muy joven. No tenía edad. Su cara era diferente de las otras: tenía arrugas que se le habían grabado en el rostro y se podía leer en ellas. Era una cara gastada, trabajada por las preocupaciones. Tenía los ojos blancos y las pupilas nebulosas. Apenas se distinguían a través de una película blancuzca. Y nunca pestañeaba.

—¿Así que usted es Sofie? —dijo mi madre, y empezó a explicarle el objeto de nuestra visita.

Las demás ciegas interrumpieron su labor. Todas quedaron inmóviles, con las manos en el regazo, escuchando. Se enteraron de que un profesor de Copenhague había dicho que nunca me quedaría ciego. Y de que Christensen, un maestro de escuela, recomendaba que aprendiese a leer y escribir por el sistema Braille para que no me gastara los ojos esforzándolos.

De pronto, todas exclamaron a coro:

—¡Qué bien! ¡Qué emocionante!

—Por supuesto, les pagaremos a ustedes —dijo mi madre a Sofie.

—Me encantará enseñarle a leer y escribir a su hijo por nuestro sistema —dijo Sofie—. A mí no me cobraron absolutamente nada por enseñarme, así que de ningún modo cobraré yo a nadie por lo mismo. Nosotros los ciegos, nos ayudamos unos a otros.

—Es que él no es ciego —protestó mi madre—. Ni mucho menos.

No me pareció muy delicado por parte de mi madre presentarme allí «tan poco ciego», entre todas aquellas muchachas que lo eran del todo. Me sentía avergonzado. Por eso dije que cuando me ponía las gafas oscuras —que en realidad no debía quitarme— veía

poquísimo.

—Sí, se las está quitando siempre —dijo mi madre.

—Hemos sabido de muchas personas que han curado —dijo una que estaba junto a la ventana. Lo dijo como si fuera la conductora del coro, y en seguida salmodiaron todas:

—Hemos sabido de muchas personas que han curado.

Estaban sentadas en sus sitios con unos gorros todos iguales y los mismos delantales. Parecían pájaros. Unos raros pájaros nocturnos.

—Pronto aprenderás a leer —me dijo Sofie—. Pero primero has de entrenarte con los dedos para adquirir sensibilidad. Practicarás sin utilizar nunca los ojos.

—Sí —dije.

—No es tan fácil como puedes pensar.

—No —dijeron las otras—. No es fácil.

—Tenemos un cuento de Hans Andersen, impreso con letras corrientes en relieve. Se llama *El ruiseñor*. ¿Has visto alguna vez un ruiseñor?

Mi madre respondió por mí:

—No, no creo que lo haya visto nunca.

—Sí que he visto muchos ruiseñores. Es un pájaro rojo y verde con las alas y el pecho dorados.

—No, el ruiseñor de Andersen no es así —dijo Sofie—. Es un modesto pajarito gris. Pero es posible que se haya equivocado en esto porque oí una vez cantar a un ruiseñor y tenía la garganta dorada. Ahora que pienso en ello, me gustaría que tuvieras razón.

—Sí, sí, tiene el pecho dorado —dijeron las muchachas a coro—. Se oye que lo tiene dorado.

—Bueno, si nos pudieran prestar ese libro —dijo mi madre—, el niño podría empezar en seguida. No sé si le va a servir de algo, pero su maestro dice que sí, de modo que probaremos.

Sofie se acercó a la estantería. Andaba con más seguridad que las otras. No vacilaba ni adelantaba una mano. Sus dedos recorrieron él estante con naturalidad.

—Aquí está —dijo.

Su mano se había detenido y sacaba un libro muy grande.

—¿No lo está leyendo alguna de vosotras? —preguntó.

—No, no lo estamos leyendo —respondió el coro.

Lo curioso era que siendo un libro tan grande, apenas pesase en

las manos.

—Son letras normales —dijo Sofie— como las de tus otros libros. Pero no debes hacer trampa. No has de utilizar los ojos para leer.

Abrió el libro. Cuando me incliné sobre la mesa donde lo había puesto, vi que decía: «El ruiseñor», cuento de H. C. Andersen.

—Dame la mano —me dijo Sofie.

Se la tendí y me hizo gracia que no me la cogiese.

—Dame la mano —volvió a decir y esta vez me la agarró.

Entonces, llevándome la mano, la hizo pasar por encima de las líneas. Yo era incapaz de distinguir una palabra de otra, ni sabía qué letra era cada una. Sólo sentía que el papel no era liso.

—Necesita un alfabeto, un marco y un punzón —dijo Sofie. Hablaba como una persona normal, a pesar de no tener pupilas—. La próxima vez que vayan ustedes a Copenhague, deben pedir en el Instituto para Ciegos que les den un alfabeto, un marco y un punzón.

—Muy bien —dijo mi madre— si no tiene otro remedio…

—Sí, es preciso.

—Sí, es preciso —repitieron todas a la vez—. Todos han de tener un alfabeto, un marco y un punzón.

Entró una señora en la habitación. Vino por el pasillo donde estaba la escalera que conducía al despacho de L. Pode. Llevaba gafas oscuras y su rostro era pálido y delicado.

—Buenos días —dijo en voz alta y clara.

—Buenos días, madrecita —respondieron todas a coro.

—Son más de las tres, así que debemos cantar, ¿no?

—Sofie tiene visita —dijo una.

—Ah, perdón, ¿hay alguien aquí? No lo había notado.

Ni mi madre ni yo sabíamos cómo saludar.

—Buenos días —repitió, tendiendo esta vez la mano hacia donde estábamos. Mi madre se levantó, y acercándose a ella, le estrechó la mano.

—Es un chico que quizá se quede ciego, aún no se sabe y va a ir al Instituto —explicó una de las muchachas.

—Qué bien, qué bien —dijo la señora—. Pero, de todos modos, no podemos dejar nuestro canto. ¿Qué nos corresponde hoy? —preguntó con voz resonante.

—Le toca hoy a Ingeborg elegir la canción —respondió una.

Y la llamada Ingeborg, después de un silencio de espera, dijo:

—Sí, me toca hoy a mí. Pero quiero pasarle mi turno a Alma. Ha estado esperando una carta de su padre y su hermana y hoy hace exactamente seis meses que le escribieron la última vez… Me gustaría cederle mi turno.

—Gracias, Ingeborg —dijo Alma, que era una de las sentadas más cerca de la ventana—. Eres muy amable. Siempre estás dispuesta a hacer felices a los demás. Siempre tienes algo que dar.

Y empezaron a cantar. Era una canción que yo no conocía, una canción lenta y triste. Pensé que era tan lenta porque así podrían pasar de nota a nota en la oscuridad lo mismo que a tientas buscaban el camino entre las cosas. Había una que las conducía, igual que cuando iban por la calle, precedidas siempre por una conductora. Era como si estuviese diciéndoles todo el tiempo: «No temáis. Seguidme. Ahora vienen tres notas una tras otra como los peldaños de una escalera —uno, dos, tres— y luego un saltito, así…». Cantaba y las demás la seguían con voces puras y claras. Ni por un momento sonaban a voces de personas adultas, cansadas y tristes. No sonaban a gente aburrida. En cada verso había dos lugares en que las cantantes se dividían en tres grupos, apartándose, respondiéndose, y volviéndose a juntar.

Nunca había oído yo una canción tan bonita. Nunca había oído cantar a nadie de aquella manera. Producía una honda nostalgia. «Debe de ser por mi hermana», pensé. Pues, ¿a que otra persona podía echarse de menos de un modo tan profundo? Pero no era por Kirstine. Aunque quizá fuese por ella y por algo más, algo que no tenía nombre.

Las muchachas, que habían interrumpido su labor de punto, se balanceaban suavemente, sentadas. Lo olvidaban todo al cantar; se olvidaban de ellas mismas y de nosotros. No pensaban que se hallaban en el Hogar Pode para Ciegas y quizá no estuviesen allí en aquellos momentos sino en otro mundo cantando para nosotros y quisieran decimos cosas de allí.

—Gracias, Alma —dijo la señora Pode cuando hubieron terminado—. Has elegido bien. Ninguna elige tan bien como tú las canciones.

—Gracias, madrecita —dijo Alma sonriendo con una de esas

pálidas sonrisas que alguien se había olvidado de borrar del todo.

—Aprendimos a cantar en el Instituto —dijo Sofie—. Allí te enseñarán muchas canciones.

Mi madre y yo regresamos a casa con aquel libro tan grande. Su papel era azul. Se me metió en la cabeza que todo lo relacionado con los ciegos era azul. Las gafas, el libro… Azul de ciego marcado por muchos dedos.

En casa intenté leer *El ruiseñor* con los dedos, pero no había manera. Sólo notaba que él papel no era liso como el papel de los demás libros. No entendía las palabras ni conocía las letras al tacto, aunque eran letras iguales a las que yo conocía.

—Entonces es que no está dotado para ser un ciego como los demás —sentenció mi padre—. Dicen que cuando la gente va a perder la vista, puede oír y sentir mejor.

Pero haciendo que diera la luz de lleno sobre el libro, podía ver lo que había impreso en él aunque sin entenderlo. Después fui reconociendo alguna letra o algún signo: por ejemplo, la redondez de una O, un punto… Y ¿para qué me serviría aquello? Nunca llegaría a entender las palabras. Era muy preferible un libro corriente y aún mejor que mi madre leyese en voz alta. Solía hacerlo con frecuencia pues nos habíamos acostumbrado a ello cuando estuve yo en la clínica de Copenhague y mi madre nos leía a mí y al cantero. Ahora nos leía en casa dos veces, como cosa de un cuarto de hora cada vez. Para ello se sentaba junto a la ventana.

—Se siente una casi como una señora, aquí sentada tan tranquila leyendo novelas mientras los demás trabajan. Pero no lo hago por mí —me decía— sino porque te gusta mucho leer y no puedes hacerlo por tus ojos.

Le avergonzaba perder el tiempo leyendo. Si llamaba alguien a la puerta, escondía en seguida el libro detrás de la cortina y se apresuraba a sentarse a la mesa para simular que no había interrumpido su trabajo con las bolsas de papel. Era muy importante que nadie descubriese que ella leía.

—Lo que tienes que aprender es el sistema Braille y no esto —dijo el señor Christensen—. He oído decir que desde hace cincuenta

años han abandonado ya este método de las letras normales.

Pero no tardé en tener lo que «todos» debíamos tener: un alfabeto, un marco y un punzón. Y empecé a aprender con Sofie la verdadera escritura de los ciegos, en el Hogar Pode.

—La A es una tilde arriba, a la derecha —dijo Sofie—. Una tilde pequeñita, así. Es muy fácil. Fácil de escribir y fácil de sentir.

—Sí, la A es fácil —decían las otras—. Se siente muy bien al tacto. Dicen que es como un punto.

Escribí toda una línea de aes. Sacamos del marco el papel y Sofie dejó resbalar un dedo por encima de las tildes. Su mano se movía como un animalito. Tenía una piel muy fina y sensible en las yemas de los dedos.

Estaba sentada junto a mí y sus ojos blancos no pestañeaban ni veían. Pero sus manos se movían como animalillos vivos sobre el papel.

Pasé a la B y a la C.

—Ahora será más difícil —dijo Sofie—. La dificultad continuará hasta que aprendas las diez primeras letras. Después te será fácil.

—Sí, después vuelve a ser fácil —dijo el coro—. Cuando pases de la J, verás qué fácil.

Estaban haciendo punto, cada una en su sitio. De vez en cuando, una de ellas se levantaba y salía. Seguía la pared con una mano manteniendo la otra extendida. Y de vez en cuando volvía alguna de ellas. Pero la mayoría permanecían en su sitio, inmóviles, haciendo punto interminablemente con su lana gris.

Teníamos también un alfabeto cuyas letras iba yo leyendo. Y me era mucho más fácil que con las letras normales de *El ruiseñor*. Reconocía muy bien las tildes.

—¿Quién ha cogido mi bolsa de labor? —preguntó una de las muchachas con voz quejumbrosa—. ¿Quién se la habrá llevado? —y parecía haber perdido la felicidad.

Me produjo una impresión muy extraña pues la bolsa estaba frente a ella. La había movido yo un poco para hacerle sitio a mi codo. Me parecía imposible que no la viera, pues apenas si estaba más lejos que antes.

—¿La has cogido tú, Sofie? —seguía lamentándose.

No, no había sido Sofie, ni nadie. Yo me extrañaba tanto de aquello que seguía allí como un estúpido, sin comprender. Toda una

manada de vivos animalillos empezaron a tantear sobre la mesa en todas las direcciones.

—Aquí está —dijo una—. Estaba justo delante de ti.

—Y, ¿quién la ha puesto ahí? —se quejó la dueña de la bolsa—. ¿Quién me la ha escondido?

Un silencio total invadió la habitación. Todas las manos interrumpieron su labor y quedaron inmóviles en los regazos.

—No la escondí —dije— sino que la moví sólo un poco…

Deseaba justificarme de algún modo por aquello que seguía pareciéndome incomprensible. Pero no encontré palabras con que disculparme.

—Si haces esas cosas, no te querremos aquí —dijo Sofie sin pestañear—. Puedes decirle a tu madre que no te dejaremos volver si nos escondes algo otra vez.

—No, no volverá —dijeron todas.

—Sí, pero es que yo no quise esconder la bolsa —pude decir por fin, aunque tartamudeando.

—Debiste decirle a Betty dónde estaba su bolsa —me reprochó Sofie.

—Sí, debió decírselo —repitió el coro.

—No olvides que algún día estarás ciego tú también —me advirtió Sofie.

—No, no —repliqué con firmeza—. No quiero. El otro día, cuando nos llevamos *El ruiseñor*, quería ser ciego, pero ya no.

—Entonces, ¿para qué has venido aquí a aprender? —me preguntó Sofie—. Además, no eres tú quien ha de decidirlo.

—Lo dijo el profesor de Copenhague.

—Tampoco depende de su voluntad —dijeron las otras, esta vez por su cuenta.

Parecían pájaros de mal agüero cuando dijeron aquello.

—Quiero ayudarte —dijo Sofie— y aquí serás siempre bien recibido; pero has de ser bueno.

—Sí, tiene que ser bueno —repitieron las otras.

Leímos y escribimos un poco más y, mientras, estuve pensando que no era justo que estuvieran ciegas. Sabía ya que las muchachas asiladas en el Hogar Pode para Ciegas eran, claro está, ciegas, pero nunca había comprendido lo que significaba esta palabra. Eran ciegas porque no veían absolutamente nada. Lo que yo no podía

haberme imaginado es que la ceguera les impedía ver una bolsa que tenían al alcance de la mano. Siempre había pensado que la ceguera de ellas era, poco más o menos, lo que me sucedía a mí. Pero había pasado por la habitación un súbito y frío hálito que me hizo comprender. De pronto, vi todo lo que aquello significaba.

Escribí la F y la G y aprendí a leer con los dedos mientras las muchachas hacían punto. Las grises madejas de lana se desenrollaban entre aquellos dedos suaves y se convertían en un infinito tejido gris, un tejido que no tenía forma alguna. Sólo una interminable banda gris.

—Estoy convencida de que vas a leer muy bien —dijo Sofie—. Y tardarás muy poco en aprender.

XV

En una casa del Dique había un hombre que tocaba el violín. Le oí un día en que pasé por allí delante, me quedé parado escuchando y le vi por una ventana paseando por la habitación mientras tocaba. A veces le ponía sordina de modo que apenas se podía oír pero se le veía mover el brazo derecho mientras pulsaba las cuerdas con los dedos de la mano izquierda y se adivinaba un gesto tenso en su rostro. Luego quitaba la cosita que ponía en el puente sobre las cuerdas y el sonido crecía brillante y vibrátil. Parecía como una luz y recordaba el sollozo de un ruiseñor.

—Puedes entrar si quieres —me dijo otro hombre al verme—. Si quieres escuchar mejor, entra. La puerta está abierta.

Me detuve a la entrada vacilante sin decidirme a pasar. Luego el nuevo desconocido se me acercó y abrió del todo la puerta.

—Jacob —dijo—. Aquí está un niño que desearía oírte ensayar. No sé quién es pero ha estado ahí fuera escuchando con mucha atención.

—No quiero que haya aquí nadie mientras estudio —dijo el hombre del violín.

—Bueno, entonces dale una entrada para tu recital.

—¿Por qué he de hacerlo? ¿Acaso eres pobre? —me preguntó.

—Creo que no —respondí— pero me gustaría serlo.

—¿Por qué?

—Porque así me daría usted una entrada para el recital.

—Anda, dásela ya —dijo el otro individuo—. O sí no, dale una tarjeta tuya, así le permitirán la entrada.

Se sacó del bolsillo la cartera y buscó una tarjeta, que me dio. El nombre escrito en ella era Jacob Gade.

—Basta con que la enseñes para que te dejen pasar —dijo el

otro.

Pero Jacob Gade había empezado otra vez a tocar. Se paseaba por la habitación; el arco danzaba sobre las cuerdas y las notas brotaban del violín. Nunca había oído nada semejante. Tenía inmóvil el brazo pero movía el puño derecho con tanta rapidez que su mano parecía una mancha de niebla.

Aquella tarde llegué antes que nadie. Enseñé la tarjeta y me dejaron pasar. Me senté en la primera fila. Detrás de mí tenía todas las sillas vacías. Quería situarme donde pudiera ver bien al violinista. Entró mi amigo el organista y tocó una sola nota en el gran piano que había en el escenario. Detrás, Jacob Gade afinaba su violín. El organista, que se llamaba Brieghel-Müller, seguía pulsando la misma nota. Había un gran espacio vacío entre él y yo. Tan grande y tan vacío que ni siquiera se me ocurrió que pudiésemos hablar a través de él. Por eso, me sorprendió que se pudieran pronunciar unas palabras desde donde él estaba. Me había imaginado que allí sólo podía uno expresarse mediante la música.

—Hola, ya veo que has venido al recital —me dijo el organista —. Además eres el primero.

Si un monumento o una imagen divina hubiera abierto la boca y me hubiese hablado, no me habría quedado más estupefacto. No me salían las palabras de la boca, pues el asombro me había hecho enmudecer.

—¿Crees que sacarás algún provecho? —me preguntó.

Pero yo seguía sin decir ni una palabra y el organista acabó callándose. Salieron los dos y les oí hablar' y reírse detrás de una puerta cerrada.

Luego llegó la gente. Poco a poco, la sala se llenó de público: señoras y caballeros de cuya existencia no tenía yo idea aunque creía conocer a toda la ciudad. Era como si estuviese en otra distinta. Entre toda aquella gente, no conocía absolutamente a nadie. Me encontraba tan solo y abandonado como lo había estado en la clínica de Copenhague. Además, mi fila estaba vacía. Pero por fin entró el violinista acompañado del pianista. Les vi preparar los papeles de música y cruzar miradas entre ellos.

Luego se produjo un silencio total. Jacob Gade estaba allí con su violín bajo la barbilla mirando hacia el público como si quisiera

encontrar a alguien a quien dedicarle su música. Volvió a mirar al pianista —que era el organista conocido mío— y la tensión fue aumentando. Era como si no pudiéramos saber lo que iba a suceder allí. Como si lo mismo pudiera Jacob Gade decidirse por fin a tocar que arrojar de pronto el arco como una flecha para clavarlo en una de las blancas pecheras de la sala. En aquella tensa expectación nadie se atrevía ni a respirar. Por fin sonó un acorde en el piano y de él pareció brotar una nota del violín, brillante y dorada como un rayo tembloroso. El sonido que prevaleció vibrando en el espacio como un eco le producía a uno en el pecho una sensación de llanto, un llanto que no podía ser llorado. Algo que era a la vez deslumbrante y maravilloso; un hilo de oro que se desenrollaba del violín y flotaba brillante en el aire de la sala para desaparecer, volver de nuevo y desvanecerse otra vez. Como el organista había dicho, quizá no pudiera sacar mucho provecho de aquello. Pero allí estaba yo inmóvil, escuchando, mirando y viviendo aquella música hasta sentir un enorme cansancio que pronto se me quitaba para volver de nuevo.

En el descanso se me acercó el cantor Petersen y parecía sorprendido de haberme encontrado allí. Me alabó por haber asistido al recital. Dijo que allí era precisamente donde debía estar yo y que ya se le había ocurrido a él pero que era mucho mejor que hubiese yo ido por mi propia iniciativa.

—Fíjate ahora cómo interpreta a Mendelssohn —dijo—. Será muy interesante.

Me hablaba como si yo fuese un adulto y yo sabía ya lo suficiente de música para seguirle la conversación aunque ignorase quién era Mendelssohn.

Jacob Gade y el organista-pianista aparecieron de nuevo en el escenario para la segunda parte del recital. Todo siguió exactamente como en la primera. Las notas volaban como centellas del violín y Gade hizo aquel truco de mover tan rápidamente la mano derecha que parecía una nubecilla de niebla y el arco danzaba veloz sobre las cuerdas. Me imaginaba que era yo quien sé hallaba allí arriba y que una cierta persona se encontraba entre el público. Me sentía un héroe, un gran conquistador, un mago que, con medios tan sencillos como un violín y un arco, era capaz de subyugar mundos enteros o quizá incluso lograr que un par de ojos femeninos —los ojos de

cierta muchacha— se abriesen mucho de puro asombro y admiración. Quizá llegara a sacarse las manos de los bolsillos de su chaqueta de punto y no se negara ya a que yo le tocase una de sus manos aunque sólo fuese un instante.

Convertí el recital en algo mío. No entendía mucho y se me escapaba seguramente lo principal. Es posible que ni siquiera pudiera decir en verdad que había escuchado todo el recital. Se me perdía con frecuencia el hilo de oro y por último llegué a perderlo definitivamente. Pero tenía la sensación de que algo me arrastraba y me hacía flotar en el espacio sobre un país desconocido, un país de las maravillas donde nada sería imposible.

Cuando volví a casa mi padre estaba sentado leyendo la Biblia y mi madre pegaba las bolsas de papel.

—Tienes que echarte las gotas en los ojos —me dijo mamá— y en seguida te vas a la cama.

Hubiera preferido no echarme las gotas. Era como causarme a propósito la niebla en la vista.

—Parece como si tuvieras fiebre —dijo mi madre.

—Claro, con esas mundanidades, y esas salas de música… —rezongó mi padre—. Quizás hubiera sido preferible que no le hubiéramos comprado el violín.

La lámpara, con su depósito verde y su pantalla de hojalata, daba una luz muy floja. Mi madre seguía con sus bolsas y mi padre con su Biblia y la vida había perdido su brillantez. Ya no se podía soñar. Sólo algunas palabras vulgares —casi un silencio completo— y no había hilos de oro que formasen aquella maravillosa telaraña. Era la pobreza y la monotonía de todos nuestros días.

XVI

HABÍA llegado la fecha en que debíamos ir a Copenhague para que me viera de nuevo el profesor.

—Esperemos que sea la última vez —dijo mi padre.

Mi madre no hizo comentario alguno y por su silencio comprendí que no creía que fuese aquella la última vez. Mi padre nos acompañó a la estación para despedirnos. Era de noche.

—Esperemos que sea la última vez —repitió cuando el tren arrancó.

Se quedó allí solo mientras nosotros avanzábamos en la oscuridad del bosque de Sonder. Nos rodeaba la humedad del otoño. En nuestro coche dormía la gente por los rincones.

En Korsor, unos chicos pregonaban periódicos en la estación. La gente que subió allí era distinta: hablaban mucho y querían saberlo todo de modo que sólo a ratos se podía uno adormilar un poco. Y al despertarse una y otra vez, se oía siempre la misma historia repetida en la misma voz doliente de mi madre a los recién llegados. Mi historia.

Copenhague. Era una mañana fría y gris. Tranvías y coches de caballos. Gente atareada que andaba con mucha prisa y no se disculpaba cuando tropezaba con uno. Nos dirigimos hacia la clínica.

—Ya los veo allá arriba, asomados a las ventanas con las vendas tapándoles los ojos —dijo mi madre.

Al poco tiempo, estábamos con el profesor de la cabeza blanca y las blancas manos. El mismo purgatorio que la otra vez.

—Mira hacia arriba. Abajo. A un lado. Mira este cartel. Mira mis manos. ¿Cuántos dedos?

El profesor no estaba contento conmigo. No le gustaba cómo

iban las cosas. Dijo que tenía que hospitalizarme otra vez. Y todo sucedió exactamente igual. Con la diferencia de que ahora no hubo un resultado alegre y tranquilizador después de la operación. Sólo una esperanza. Una débil esperanza. Pero sin embargo no dejaba de ser una esperanza.

—Puede tardar años —dijo el Profesor—. Muchos años. Y quizá no llegue a suceder. Siempre hay esperanza. ¿A qué se va a dedicar?

—No sé —dijo mi madre—. No hemos pensado en ello. ¿No le convendría ser jardinero? Le gusta andar entre flores. Además, tenemos un jardín; por ahora, un huerto.

—Un jardinero ha de saber distinguir entre las plantas buenas y las malas —dijo el profesor.

—Él lo sabe.

—Sí, ahora sí; pero no sé si dentro de dos años, o cinco, o diez… siempre se plantea este problema con los que no pueden ver lo suficientemente bien para distinguir las cosas como es debido y que sin embargo no son ciegos en el verdadero sentido de la palabra. Por tanto no pueden ingresar en el Instituto. Todavía no se le puede considerar…

Mi madre pensaba y pensaba pero no sacaba nada en claro.

—Wedell… —dijo el profesor— ¿conocen ustedes a Wedell, verdad?, me contó que este chico tiene grandes aptitudes para la música.

—Sí, pero eso es una distracción. Toca un poco para pasar el tiempo cuando no puede jugar con los otros niños o cuando no quiere como le sucede a menudo. Es lo que yo digo: debía hacer lo que hacen los otros. No, lo de la música no puede tomarse en consideración.

—No sé, no sé —dijo el profesor—. Yo de esto no entiendo. Es mejor que hablen ustedes con Wedell. Quizá podrían ustedes ir al Instituto aprovechando que están aquí… Mírame a los ojos —me dijo—. Mira mi frente. Pero fijo, sin mover los ojos. Y ahora, dime cuándo llegas a ver mis manos por los lados.

—¿El Instituto? —se extrañó mi madre—. ¿Cree usted, profesor, que esto del Instituto…?

Mi madre permanecía allí esperando, incapaz de hacer ni decidir nada, superflua, como un cero a la izquierda. De vez en cuando hacía alguna pregunta y esperaba a que el profesor le contestase

entre una prueba y la siguiente a veces se atrevía a expresar asombro, duda o inquietud. Pero no conseguía tranquilizarse como quería. Tenía la sensación de que era en cierto modo culpa suya. Quizá no del todo pero desde luego en gran parte. Si hubiésemos acudido antes, no habría hecho falta…

El profesor no respondía a sus preguntas. Se hallaba absorto observándome.

—Insisto en que deben ustedes hablar con Wedell —dijo por fin con aire ausente—. Es un hombre de mucho mérito. Una persona muy especial. Además vayan ustedes al Instituto de aquí. Les daré un certificado para que lo presenten.

A mí no me parecía aquello tan malo ni comprendía que hubiese motivos para ponerse de mal humor. Lo había pasado muy bien. Conocía a la enfermera, a los demás pacientes y charlaba con ellos. Me asomaba a la ventana por las mañanas por si podía distinguir a mi madre cuando iba a verme. A veces lograba verla. En realidad, mi situación no era peor que la de muchas otras personas. Desde luego, era mejor que la de mis compañeros de clínica que andaban con los ojos vendados o con un parche tapándoles un ojo. Es verdad que me tropezaba con las cosas pero estaba muy acostumbrado a hacerme chichones. Eso para mí no era una novedad.

—Debías tener más cuidado —me decía mi madre—. Podías andar poniendo más atención como las ciegas del Hogar Pode.

Pero yo no servía para eso. Como decía mi padre, no estaba dotado para ser ciego. Y no me lo decía como un reproche sino porque creía que la naturaleza —o Dios— era benévola y estaba seguro de que si una persona tenía que perder su vista, uno de los síntomas era que los demás sentidos se le desarrollaban mucho antes de que eso ocurriese. Y a mí me sucedía lo contrario; no había manera de que pusiera atención al caminar para no tropezarme con las cosas ni mis sentidos se desarrollaban más de lo normal. Así que no era intención de Dios que me ocurriese nada anormal. Mi padre estaba convencido plenamente de que todo lo de este mundo tenía una estrecha conexión. En cambio, mi madre, por su experiencia, era escéptica tanto para la buena suerte como para la mala aunque menos escéptica para la desgracia.

—En fin, veremos a esos del Instituto —dijo— y hablaremos con Wedell.

Sin embargo, al mismo tiempo comprendía que era poco razonable ver siempre el lado malo de las cosas. Desde luego no había habido milagro pero eso no quería decir que no se produjese una mejoría. No es que dejara de apreciar él talento de un profesor tan famoso, no es que dudase de su palabra. Pero quizá pudiera yo recuperar lo que había perdido.

—No —dijo el Profesor, de un modo absoluto y definitivo. Aquel «no» sonó como un martillazo—. Lo que se ha perdido, perdido está. No puede volver.

Mi madre estaba otra vez nerviosa. No conseguía formular las preguntas que traía preparadas desde la noche anterior. Se le habían encogido las preguntas como ella misma estaba encogida y de pronto el Profesor debió de notar su estado de ánimo y la tristeza que la aplanaba día y noche.

—Sí, mal asunto —dijo—. Pero piense usted que hubiera sido mucho peor que se le hubiera muerto su hijo.

—No —dijo mi madre—. La muerte ya sabemos lo que es.

—¿Y qué es?

—La puerta para una nueva vida.

—Jum —hizo el profesor moviendo su cabeza blanca—. Quizá esto otro sea también una puerta para una nueva vida como usted la llama. Otra vida. Una vida diferente de la que usted esperaba y quizá sea mejor.

Fuimos a visitar a Wedell. Vivía en una casa sin nada de particular aunque desde luego era una buena casa con un jardín a la entrada y un portero. Había que llamar a un timbre y luego se subían unas escaleras. Pero yo me había figurado que Wedell no podía vivir como las demás personas. Tenía una canción favorita que hablaba de la Nueva Jerusalén, la ciudad celestial con calles de oro. Seguramente, se me había metido en la cabeza que Wedell vivía en esta nueva Jerusalén y que se hallaría rodeado por lo menos de algún reflejo de ese oro y de esa magnificencia. Pero no disponía más que de un par de habitaciones al final del piso de la baronesa. Una habitación grande muy bien iluminada con ventanas que daban al jardín y al lago y detrás un cuarto oscuro y más pequeño. Tenía allí un órgano de cámara, desmontado en parte. Habían quitado algunas teclas de modo que el teclado parecía una

dentadura con huecos. Sobre la mesa, unos libros muy grandes, uno o dos de los cuales estaban abiertos. También tenía unos ficheros. Más arriba, en un armarito blanco con adornos dorados, reposaba una guitarra sin cuerdas.

Wedell se paseaba por la habitación grande. Llevaba puesta una bata y de la boca le colgaba un cigarro apagado. Por la abertura de la bata se le veían las delgadas piernas. No parecía el mismo allí que en sus giras celebrando fiestas religiosas con los noruegos Staff y Ullnes. Allí le veíamos solo y no rodeado por los fieles. Nadie decía «aleluya» y «alabado sea Dios» sino que era una persona como cualquier otra y se ocupaba en arreglar guitarras y órganos de cámara según su original sistema. Aquella soledad le hacía parecer como desnudo, como si tuviera frío con aquella bata. Era como si tuviera tan poco fuego en su interior que ni siquiera podía encender el cigarro.

—No, no fumo —dijo como si me estuviera leyendo el pensamiento—. No fumo. No hago más que mordisquear un habano para sacarle el sabor. Eso da energía. No necesito encenderlo. Sería demasiado vulgar. —En su casa hablaba de un modo distinto a como lo hacía en nuestras reuniones religiosas. Así podría haber hablado con el farmacéutico Ludvigs, empleando palabras extrañas, pero no cuando deseaba comunicarse con la gente sencilla.

—Es una vulgaridad eso de cortar la punta del cigarro, encenderlo y fumarlo.

Pero no habíamos ido a visitarlo para hablar del modo más distinguido de saborear un habano. Ni siquiera teníamos idea de que existía esa clase de tabaco. Pero lo escuchábamos atentamente porque siempre se había portado muy bien conmigo, llegando incluso a regalarme aquella guitarra.

Mi madre estaba muy cohibida porque todo le resultaba muy diferente a como se lo había imaginado. Por fin le explicó, titubeando mucho, que el Profesor nos había aconsejado que hablásemos con él sobre mi porvenir.

—Síií —dijo Wedell, que contemplaba desde la ventana el agua del lago—. Síií…

Nos volvía la espalda, abstraído, como si esperase alguna señal de Dios en las ramas de los árboles. Pero me daba la impresión de que no había señal de ningún plan divino sobre mí. Además, Wedell

no estaba tan inspirado como de costumbre.

—Quizá sea porque estoy cansado —dijo—. Nos harán un poco de té. Siéntense. Y tú puedes tocar lo que quieras —añadió dirigiéndose a mí.

El té era una absoluta novedad para nosotros. La gente rica bebía té. Los demás, café. Y Wedell era una persona distinta, porque usaba palabras muy escogidas. Era natural que tomase té. No tenía que trabajar; pasaba el tiempo con sus libros e instrumentos musicales, las cosas que e interesaban.

—Me disculparán ustedes, pero estoy muy cansado y voy a echarme un poco —dijo mientras se tendía en un largo sofá.

Mi madre y Wedell hablaron sobre el profesor, el Instituto, y mi futuro, y mi madre lo decía todo con la misma voz doliente. Yo no quería escuchar; estaba cansado de oír siempre lo mismo. Aquellas lamentaciones me pesaban en la cabeza como una masa de plomo.

Entró una doncella con cofia. Llevaba en las manos una bandeja de plata con el servició de té. Había tostadas y mermelada pero la baronesa mandaba preguntar si el doctor quería algo más. El «doctor» era Wedell. «No, gracias», dijo éste, y la doncella se marchó.

Wedell hizo sitio en la mesa, cerrando sus grandes libros, para instalar las cosas del té.

—Era como estar con el Rey —había de comentar mi madre más adelante—. Estoy segura de que en el Palacio Real no son más elegantes.

El té reanimó a Wedell. Seguía con sus extraños ojos mortecinos, pero hablaba más. Parecía haber recuperado la facultad de leer cosas en mi frente.

—La música —dijo—. Estoy convencido de que se podría hacer algo con la música.

Mi madre opinaba que yo no tenía bastante perseverancia con la música. Me gustaba a ratos, pero nada más. No podía comprender por qué le daba Wedell tanta importancia a aquello.

—No olvidemos que existe la intuición —dijo él.

De aquello nada sabía mi madre. Y de pronto, Wedell preguntó si yo tenía facilidad para las matemáticas. Sí, para eso servía mucho. Mis maestros decían que yo tenía una extraordinaria facilidad para las matemáticas. Wedell movió la cabeza

significativamente.

—Tengo la seguridad de que todos los grandes músicos fueron matemáticos en una existencia anterior.

Después, hubo un largo silencio. Wedell creía en la transmigración de las almas. A mi madre aquella idea le produjo una profunda impresión, pero no porque la entendiese sino porque le hacía perder la confianza en Wedell. ¿Cómo va a uno a ponerse en manos de alguien que dice semejante tontería?

—Se trata de la reencarnación.

—¡Oh! —exclamó mi madre, alarmada.

—Sólo hablo de esto porque es como una pequeña flecha que apunta en la misma dirección que otras flechitas.

—Ya, ya… —decía mi madre, que no concedía ningún valor ya a las palabras de Wedell. Pero a mí en cambio, me interesaban mucho.

Oscurecía. Estábamos en diciembre y se hacía pronto de noche. Los tranvías de la calle Osterbro llevaban las luces encendidas y también lo estaban los faroles de la otra orilla del lago.

—Voy a llamar por teléfono al Instituto, para que me digan si pueden ustedes ir ahora mismo. Está muy cerca.

Mi madre quería haber impedido esto, pero Wedell lo había decidido tan repentinamente que ella no pudo reaccionar a tiempo. Wedell estaba ya telefoneando.

—Hice cuanto pude por evitarlo —me dijo mi madre en cuanto salimos de la casa—. Pero, quién sabe, quizá sea lo mejor. Si ha de ser así, iremos en el nombre de Jesús.

Un camino oscuro bordeado por grandes árboles. Hacía viento y olía a tierra mojada, la tierra, la hierba y las flores de los jardines que estaban del lado de allá de las vallas de madera y de los grandes árboles. Una lámpara de gas iluminaba con luz amarillenta un banco vacío y un montoncillo de hojas marchitas. Era el Instituto para Sordomudos y Ciegos. Un buzón para las cartas. Una vereda de entrada. A la derecha, en la oscuridad, sonaban las profundas notas de un órgano. Empujamos una portezuela y entramos. Ante nosotros se elevaba un sombrío muro. En él había dos o tres ventanas iluminadas que aún hacían parecer la casa más grande e imponente y más oscura. Subimos los escalones que daban acceso a la puerta

principal. Lejos sonaban dos pianos, además de aquel órgano y también tocaban unos violines. Nos detuvimos a escuchar, pero nada nos decía la música. Encima de nosotros había una ventana iluminada. Era una ventana desnuda, sin flores, cortinas ni nada, y dentro una habitación aún más pelada que las del Hogar Pode para Ciegas. Por ella se paseaba un hombre, dando vueltas como la manecilla del segundero de un reloj. Del techo colgaba una lámpara de gas que quizá formase en el suelo un círculo de luz y aquel hombre estuviera siguiendo el círculo en sus vueltas. Lo hacía como si llevase ya muchos años dando vueltas y fuera a continuar eternamente. Con la cabeza inclinada y al mismo ritmo; como un reloj o quizá fuese aquel el movimiento continuo. No había necesidad de oír los pasos ni el silbido del gas; era una escena muda. Una visión del tiempo.

Nos decidimos y empujamos la puerta. Aquí no había instrumento de cuerda que vibrase al abrirse la puerta. Este lugar nada tenía de común con el Hogar Pode para Ciegas; absolutamente nada, Largos corredores de hospital. Grandes escaleras a derecha e izquierda. Encima, hacia el centro, una débil luz blanca. Pero no se veía a nadie. Olor a pintura y a alfombras húmedas pero ni un ser viviente. En cambio, sonaba la música por todas partes: lejos, cerca, encima de nuestras cabezas… Estuvimos esperando pero nadie aparecía. Empezábamos a sentir frío.

Entonces nos volvimos y vimos que en una puerta a la derecha de la entrada, había un óvalo de cristal por detrás del cual se asomaba una cabeza cuyos ojos nos miraban hostilmente. Aquel hombre bajó una cortinilla blanca que tapaba el óvalo e inmediatamente abrió la puerta y se acercó a nosotros para preguntarnos qué deseábamos allí a aquellas horas. Mi madre se lo explicó y entonces el hombre se dirigió hacia otra puerta que había enfrente. Llevaba en una mano un gran manojo de llaves.

—Vengan por aquí —dijo el hombre, que hasta entonces no había respondido a mi madre.

Un pequeño despacho con una lámpara de pantalla verde sobre la mesa. Un hombre escribía. Su cabellera blanca le formaba melena por detrás, hasta por encima del cuello de la chaqueta. Nos dijo que nos sentásemos y que tardaría poco. El hombre del manojo de llaves gruñó y se marchó. Me pregunté si nos iría a encerrar con llave pero

no hizo más que encajar la puerta murmurando algo.

Mi madre se sentó en un sillón y como no había más asientos libres, me quedé de pie junto a ella. Me tenía cogida una mano y no me la soltó en todo el tiempo. No sé por qué.

La pluma seguía arañando el papel y en toda la casa sonaba la música. Una de las notas profundas del órgano hizo vibrar la fina madera de nuestra puerta. Cada vez que volvía esa nota, vibraba la puerta.

Por fin, dejó de escribir y cogió un secante. Mientras mantenía el secante sobre lo escrito, carraspeaba para aclararse la garganta. Mi madre le entregó el certificado que le había dado el profesor. El hombre lo leyó, me miró, volvió a leerlo, me miró de nuevo y se aclaró otra vez la garganta.

—Ya comprendo —dijo por fin—. Entonces, ¿tú quieres vivir aquí?

—Sí —le respondí.

Mi madre se sobresaltó. Era como si la hubieran pinchado. Lo noté porque me tenía cogida la mano. No esperaba que yo respondiese que sí. Seguramente esperaba todo lo contrario o por lo menos que me asustara la idea y que me negase a hablar. Se había figurado que sería ella la que tendría que responder.

El empleado volvió a mirar el certificado del profesor y dijo:

—Según esto, la vista de este chico es demasiado buena. Quiero decir demasiado buena para ingresar aquí.

—Oh —exclamé decepcionado. Nunca había oído decir que mi vista fuera demasiado buena.

No, nadie me lo había dicho hasta entonces. Me sentí desilusionado. En mi interior habían brillado unas lucecitas y conforme nos habíamos ido acercando a aquella casa, fueron apagándose una por una y siguieron extinguiéndose mientras esperábamos y hablábamos con aquel nombre. No sé lo que me había imaginado. Y ahora se apagó la última lucecita. Por el contrario, las palabras del hombre encendieron en mi madre las lucecitas de esperanza que en mí se habían apagado. Empezó a alegrársele la cara. Estaba nerviosa, pero contenta.

Empezaron a hablar de cómo me portaba yo en la escuela y cómo me llevaba con los demás niños.

—Pues sí —dijo mi madre—, da buen resultado en la escuela.

Creo que se las arregla muy bien.

Pero nada dijo de las dificultades que habían tenido conmigo. Ni que aprendí a leer y a escribir por el sistema Braille con el maestro Christensen ni que se reían de mí. Seguía teniendo los «ojos de halcón» de que había hablado el especialista de Kolding. En cambio, hablaron de mis libros de aritmética, pero sin que mi madre dijese que me los dejaban utilizar en clase porque no distinguía los números de la pizarra. Insistió en que yo era el primero en matemáticas. También había olvidado mi madre que yo me escondía en los retretes durante el recreo. Lo olvidó porque ya hacía tiempo que había perdido esa costumbre. Ahora me podía quedar en la clase si quería o marcharme a la calle. Pero yo lo recordaba todo y nunca lo olvidaría. Mi madre olvidó de repente que yo no podía jugar con los demás chicos. Que no podía leer los papeles de música y seguir al director al mismo tiempo, como había explicado Petersen. De aquellas explicaciones de mi madre se deducía que yo gozaba de una vista extraordinaria. Lo que sucedida era que mi madre quería creer que yo no tenía nada que hacer en el Instituto para ciegos.

—Todo el mundo piensa en seguida en la música —dijo el director— como si para ello no se necesitasen facultades muy especiales. Son muy pocos los que pueden adelantar verdaderamente y ser algo serio en la música —volvió a aclararse la garganta y repitió—: Todos quieren dedicarse a la música, pero no creo…

Fuera sonó una campanilla. Se podía «oír» que alguien tiraba de un cordoncito y la hacía sonar, Y también se oía que sonaba en pleno viento, el viento frío y húmedo de diciembre. Al instante se calló toda la música de la casa. Nuestra puerta dejó de vibrar. Y se oyeron muchos pasos por los corredores; pasos muy rápidos. Aquella gente no podía ser ciega si andaba con tanta rapidez. Tampoco las voces eran de personas ciegas. No hablaban con los ojos cerrados. No hablaban detrás de un muro de ceguera. Eran voces corrientes, voces de muchachos.

Nos explicó el director que no bastaba con el certificado del profesor. Casos como el mío eran muy complicados. Había niños cuya vista resultaba demasiado buena para ingresar en aquel centro, pero por otra parte demasiado mala para que pudieran labrarse un

porvenir por ahí fuera. Por ejemplo, ¿tenía yo disposición para fabricar pinceles? ¿No? ¿Y cestas? Tampoco. ¿Quizás zapatos?

Mi madre se vio obligada a confesar que yo era muy terco y se me había metido en la cabeza tocar algún instrumento de música o quizá era una idea que me habían metido otras personas.

—Desgraciadamente, no tenemos mucho donde escoger —dijo el director—. Si cuando termine sus estudios en la escuela no hay otro remedio que internarle aquí, no tendrá otra solución que renunciar a esta ilusión de la música. Pinceles, zapatos, cestas —y a la vez que iba pronunciando cada una de estas palabras daba un golpecito en la mesa con el secante—. También, hacer cuerdas, que ya se me olvidaba. ¿No te gustaría hacer cuerdas?

—No —le respondí.

—Tiene muy poca habilidad manual —dijo mi madre inquieta.

—Pues si se dedicara a la música tendría que estar siempre utilizando las manos, ¿no?

—En la escuela dicen que la vista le impide hacer trabajos manuales.

El director se encogió de hombros.

Ahora le tocaba el turno a mi madre de que se le apagaran las lucecitas de esperanza.

—En fin —dijo el director—, ya nos ocuparemos de esto cuando termine en la escuela. Antes no; antes nada podemos hacer. A no ser que ocurriese algo. Escríbanos para entonces y ya veremos.

Quedó callado pero seguía jugando con el secante.

—Por ahora nada podemos hacer —dijo por fin sonriendo y tendiéndole la mano a mi madre—. Si es necesario, ya nos ocuparemos de su hijo. Pero es muy preferible que no haga falta.

Largos y desiertos pasillos. Escaleras. El olor del Instituto. Una ráfaga de viento y de lluvia al abrirse la puerta principal. Otro par de ojos hostiles mirándonos. A la salida, otra vez vimos por la ventana del piso bajo al hombre que se paseaba sin cesar por la habitación como la manecilla del segundero de un reloj.

Regresamos a casa. Sólo faltaba dos días para Navidad.

—Estaba creyendo ya que no volveríais —dijo mi padre— y que me tendría que pasar solo la Navidad.

—Quizás sería preferible que la pasásemos fuera. Hay más

alegría donde hay gente.

No. Era mejor quedarse en casa.

—¿No hay mejoría? —preguntó mi padre.

No. No había mejoría.

—¿Entonces lo contrario?

Sí, más bien lo contrario.

—Pero el director del Instituto opina que su vista es demasiado buena para que ingrese allí.

—¿Y le durará?

—Durarle… no sé.

—Quiero decir si el profesor cree que el chico puede resistir con vista hasta… digamos la próxima Navidad.

—En este mundo, nadie puede asegurar nada —dijo mi madre—, y yo tengo muy poca fe en las promesas.

Mi padre movió la cabeza asintiendo. Tenía algo que hacer en el sótano y también en la azotea. Nada especial.

—Es que estuve haciendo algo…

Pero tenía una expresión misteriosa, un gesto astuto que nunca le habíamos visto.

—¿Has pensado en algo para Navidad? —preguntó mi padre.

—No. En realidad hemos tenido tantos gastos con estas cosas —dijo mi madre—. Además, no sabemos lo que nos reserva el porvenir.

—Hasta ahora, nadie ha sabido lo que le esperaba en el futuro.

Así pasaron la tarde, el día siguiente y otra noche con pequeñas discusiones más bien amistosas entre mis padres y grandes ratos de silencio. Pero no era un silencio oprimente como otras veces.

—Si ésta ha de ser la última Navidad que pase el pequeño antes de perder la luz de sus ojos (tenía siempre cuidado en emplear esta expresión y no la palabra ciego), ¿no deberíamos poner un árbol que él pudiese recordar luego en todas las Navidades de su vida?

En el sótano estaba preparando mi padre el árbol de Navidad.

—Lo traje yo mismo del bosque —explicó mi padre—. Fui una tarde y lo escogí entre por lo menos un centenar. Nadie notará su falta. Lo corté yo mismo bajo la luz de las estrellas.

—¿Pero no ha sido eso un robo? —preguntó mi madre.

—Sí, pero comprarlo hubiera sido demasiado fácil. Desde luego compre los adornos. Los tengo en la buhardilla en varias cajas. Todo

comprado. Pensé que si ésta iba a ser la última Navidad…

Era un cuento de hadas que había imaginado en su soledad. Allí tenía cajas con adornos dorados y plateados, bolitas de colores y una cantidad tal de cosas bonitas que bastarían para adornar el árbol que ponían en el Club. Lo almacenaba en la buhardilla y no se atrevía a tocar nada. El árbol, en el sótano, llegaba hasta el techo y tenía una estrella en lo alto con toda clase de cosas bonitas. Era un gran lujo, algo de una esplendidez increíble.

—Se me ha ocurrido a mí —se enorgullecía mi padre—. Quería que le quedara esta buena impresión en los ojos y que todos los años lo recordase por esta fecha.

Mi padre escuchaba los trenes que pasaban preocupándose de si llegaban del norte o del sur. Y también prestaba mucha atención a los pasos que sonaban en la escalera. Había algo que le inquietaba pero no sabíamos qué era. No lo notamos hasta la visita de mi hermana. No lo supimos hasta que mi hermana apareció en nuestro piso, pues había subido las escaleras con increíble rapidez.

Aquella tarde merecía ser recordada durante mil años aunque yo no había de saber hasta mucho después el motivo. Al principio no hubo más que alegría y fiesta. Yo me hallaba allí sin poder hablar de pura emoción y mi hermana estaba conmigo también callada, pero con sus manos llenas de una gran ternura. No necesitaba palabras para expresar lo inefable.

Entonces mi padre encendió el árbol. Estaba allí, inmóvil, como crecido, iluminado por las innumerables velitas. Se había convertido en un hombre muy grande, en algo así como el padre de las luces y de él parecía brotar toda gloria y esplendor. Generoso. Todopoderoso.

Incluso mi madre abandonó su constante actitud de alerta y permitió que la luz la envolviera.

Dimos vueltas en torno al árbol cantando y yo tuve que sacar el violín y tocar para que Kirstine se convenciera de cuánto había progresado. Desbordaba de admiración.

—Es conmovedor —dijo—. Verdaderamente conmovedor.

Qué palabra; seguramente, la había aprendido en el colegio de Dronningborg.

—Es que cuando tocas el violín —añadió— siento una cosa como si…

—Ahora —dijo mi padre—, vamos a cantar «Oro, Incienso y Mirra».

Aquello era un mundo que se había vuelto loco, lleno de alegría e insensatez. Todo se fundía en una neblina brillante y temblorosa. Sí, el mundo estaba en plena borrachera. Pero nos faltaba espacio. Las paredes estaban demasiado cerca unas de otras. Mi hermana y yo salimos a la calle y mi padre vino con nosotros. Paseamos y oíamos cantar a la gente detrás de sus ventanas. En las calles no había ni un alma. Fuimos al bosque. Allí es donde todos debían haber pasado aquella noche. Los árboles elevaban sus negras siluetas en la noche serena, y respiraban la Navidad.

—De todos modos —dijo mi padre— va a helar. El cielo está lleno de estrellas. Ya está helando.

—Sí —dijo mi hermana, encogida de frío.

Yo también miraba al cielo, pero no veía estrellas. Habían palidecido. Se habían borrado. Solamente cielo. Una inmensa noche oscura sin el menor destello de luz.

—¡Cómo relucen las estrellas esta noche! —exclamó mi padre—. Ahí está la Vía Láctea —y por unos momentos estuve ausente, pensando en no sé qué.

En mi mente veía, como si estuviera efectivamente allí, un cielo tachonado de brillantes estrellas. Lo veía con absoluta claridad como si estuviera leyendo una página de Braille con tildes dorados. Pero si miraba con mis ojos, sólo hallaba la más densa oscuridad: tinieblas profundísimas e impenetrables.

No le concedí a esto mucha importancia. Nada dije de ello a mi padre ni a mi hermana. Pensé, sencillamente, que me bastaría con mirar otra vez con más cuidado, y quizá entonces no se escapasen las estrellas.

Pero ¿podría hacerlo alguna otra vez?

XVII

A principios de año nos llegó una carta de mi abuela sueca, que vivía en Smaland. Tenía setenta años y no podría vivir mucho más. Era una idea que la obsesionaba. «La tierra me llama», nos escribía.

Mi padre estuvo dándole vueltas a la carta y haciendo comentarios sobre su contenido. La llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta y la sacaba todas las tardes para leerla en voz alta y comentarla de nuevo.

«La tierra me llama», decía. Desde hacía mucho tiempo, venía preocupándole lo que ella suponía la inminencia de su muerte. Lo tenía todo dispuesto; había hablado con el pastor y comulgado y había decidido realizar antes de morirse un largo viaje. El maestro de escuela le explicó cómo podría hacerlo más cómodamente y le prometió encargarse de sacarle el billete. El plan era que pudiera detenerse en Växjö para despedirse de Britta Johansson, que vivía en Sandström y a la cual no veía desde hacía sesenta años desde que trabajaron juntas cuando muchachas. ¿Recordaba mi padre a Britta Johansson? No, no era probable. Se quedaría unos días con Britta en Sandström y luego proseguiría su largo viaje.

Todo esto y mucho más nos lo contaba en su extensa carta que mi padre nos leía tantas veces en alta voz.

Un día llegó mi padre a casa después de haber charlado con el sepulturero.

—¿Cómo? ¿Con el sepulturero? —se alarmó mi madre. Tanto se sobresaltó que dejó su trabajo—. ¿Y qué has podido hablar con él?

Mi padre no veía nada tan extraño en aquella conversación. ¿Acaso no decía mi abuela con toda claridad que venía a morir junto a nosotros para lo cual ya el pastor la había puesto a bien con Dios?

—Esta no es una visita como las demás —dijo mi padre—. Viene a morir.

Desde luego, nadie podía discutirlo. Pero de todos modos, eso de tener apalabrado ya al sepulturero…

Mi padre movió la cabeza y añadió:

—Lo hice porque nos ha explicado que viene a morir, aquí, naturalmente no querríamos que se muriese por el camino. Si por lo menos supiéramos cuándo sale para acá…

La carta fue examinada de nuevo con toda atención y no se encontró ningún detalle por el que se pudiera adivinar la fecha de partida. Ni siquiera en el matasellos se veía nada.

—Podíamos escribirle al maestro que la conoce y nos enteraríamos —propuso mi padre—. Si tuviésemos una tarjeta…

La encontramos en casa y mi madre y yo, con gran respeto, estuvimos mirando a mi padre mientras le escribía al maestro preguntándole detalles sobre la marcha de mi abuela y rogándole que nos contestase lo antes posible. Una vez echada la tarjeta al correo, sólo nos quedaba esperar.

—¿No se te habrá ocurrido encargar el ataúd y el entierro? —dijo mi madre en broma.

—No, eso no. Pero pensé que convenía tener dispuesto un lugar para podérselo enseñar a mi madre cuando venga y decirle: Mira lo que te he encontrado. Es un buen sitio y lo han dejado muy barato —así explicaba mi padre sus ideas—. Conozco a mi madre —prosiguió—, sé como es. Y no creo que debas tomar todo esto a broma.

—¿No esperarás que me ponga a llorar?

—No, no es cosa de risa ni de llanto. Es como es.

El maestro sueco respondió antes de lo que esperábamos.

Sólo podía decirnos aproximadamente la fecha en que llegaría, pues mi abuela se había detenido para ver a su amiga Britta. De todos modos, mi padre tenía que ponerse en marcha en seguida.

Fuimos a la estación aquella noche de niebla y de hielo. Pero íbamos muy abrigados. Y mi padre llevaba una maleta nueva de cuero. Habíamos ganado varios premios, en una lotería de objetos prácticos, y se notaba.

—Podía haber venido yo solo —dijo mi padre—. Estoy muy

acostumbrado a recorrer este camino y precisamente a esta hora.

Se refería a las veces en que había tenido que acompañarnos a la estación a mi madre y a mí en nuestros viajes a Copenhague.

—Espero que sabrás arreglártelas tú solo —le decía mi madre— con tanta gente y ese tráfico tan peligroso.

Una vez más le describió con todo detalle el camino que debía tomar desde la estación de Copenhague hasta la casa de mi tía Jane. Mi madre y yo habíamos llegado a conocer Copenhague perfectamente. A veces hablábamos de aquellas calles como si fueran las de nuestra ciudad y como si ésta fuese para nosotros, en cambio, sólo un lugar de destierro pasajero.

Pero mi padre nos dijo que no le mareásemos con tantas indicaciones. De joven había recorrido mucho mundo y había aprendido lo suficiente para defenderse él solito muchos años. A mí me parecía admirable que con la perspectiva de un viaje tan largo, no estuviera nervioso. No parecía que fuera solamente a esperar a una anciana: su propia madre, que venía para morir. Aunque desde luego iba a evitarle que perdiese la vida por el camino. Y hablaba como si no fuera lo normal que se despidiese y esperase a la gente en la estación.

—No es como los animales —dijo mi madre— que van y vienen por sí solos.

—Cuando yo estaba en el servicio, tenía que sacar muchos caballos del tren —dijo mi padre— y también enviaba a muchos a otras ciudades.

Esperábamos sentados en un banco del andén y fue como siempre: gente que se desperezaba y bostezaba, gente que se saludaba, la carretilla de correos…

Mi madre volvió a recordarle el camino:

—Sigues por la calle Farimag hasta el final. Ten en cuenta que es una calle muy larga. Y luego…

—No te preocupes, mujer —la tranquilizó mi padre—. Si no he ido precisamente por esa calle, he recorrido muchas otras. No me perderé. Ya sabré orientarme.

Por fin llegó el tren. Instalamos a mi padre y nos despedimos de él y mi madre le explicó cómo debía tomar el trasbordador en Fredericia:

—Sólo tienes que seguir a la multitud.

Pero mi padre no la escuchaba ya. El tren seguía parado y mi padre, sin embargo, había emprendido ya su viaje como si el tren estuviera en marcha. Estaba asomado a la ventanilla y nosotros abajo en el andén pero él estaba ya en marcha en su interior.

—¿Se está bien ahí dentro? —preguntó mi madre—. ¿Tienes calor? ¿No deberías quitarte el abrigo?

—¿Eh? Ah, no —dijo mi padre distraído.

La máquina expulsaba el vapor con un silbido.

—Bueno, adiós, hasta que os vuelva a ver.

Fue una despedida sin pena alguna. No era como cuando mi madre y yo nos marchábamos y no se sabía lo que podía pasar. Sonó el silbato y el tren se puso en marcha. Mi padre continuaba asomado a la ventanilla pero estaba ya muy lejos. Vimos cómo se alejaban las luces rojas traseras y el último coche se perdió en la oscuridad.

Cruzamos la plaza de la estación. La brisa del este que venía del puerto era aún más penetrante y arrastraba polvillo de nieve que se nos metía por los oídos y se derretía en ellos.

De pronto, vimos a un hombre que apareció envuelto en una pequeña nube de tabaco. Se detuvo y esperó un momento, soplando como un caballo para alejarse la nieve de la cara. Entonces empezó a andar de nuevo tarareando una marcha de ritmo monótono: «Bu-bu-bu-bu-bu…» Unas veces se inclinaba hacia un lado y otras hacia el contrario.

—Date prisa —me dijo mi madre, que me llevaba bien sujeto por la mano—. No te quedes mirando.

—Es el padre de Valborg —le dije.

A veces, cuando estaba yo en casa de Valborg oía a su padre manejando botellas y vasos en la habitación de al lado, detrás de la puerta cerrada. Abría una alacena y cogía vasos y botellas que sonaban al entrechocar. Valborg me decía que su padre estaba haciendo experimentos químicos para sus clases. Pero cuando me quedaba en la casa más tiempo siempre acababa oyéndole pasear por la habitación tarareando aquella misma marcha militar que ahora canturreaba por la calle, la canción que decía que nuestro Dique era como una calle de Amsterdam.

—¡Qué tontería! —me dijo mi madre—. Date prisa y no te vuelvas a mirar.

—Bu-bu-bu-bu-bu —hacía el padre de Valborg detrás de nosotros.

—¡Habráse visto! —se indignó mi madre—. ¿No le dará vergüenza?

Había un piano horizontal en la habitación de la esquina. Y también un órgano de cámara al que llamaban armonio.

—Así que ni siquiera tienes un armonio —dijo el organista.

—No, no lo tengo pero ya hemos pensado en comprarlo.

El único que había pensado en ello era yo.

—Juum… —dijo frotándose las manos. Paseaba por la habitación y de vez en cuando entraba en la de al lado para calentarse las manos en una estufa de porcelana que había allí—. Juum —repitió—. Debes tener un armonio lo antes posible.

El organista me había encontrado a la puerta de nuestro patio y me invitó a acompañarle a su casa.

—El cantor Petersen me ha dicho que tienes muy buen oído.

El organista pulsó un par de notas y me preguntó cuáles eran. Se lo dije; estaba acostumbrado a aquel juego en casa de Valborg. A ella le divertía mucho; en cambio, el organista me tomaba en serio. Dijo:

—Vamos a hacer otra prueba. ¿Entiendes de armonías?

—No, ¿qué es eso de armonía?

—Un cierto número de notas que suenan a la vez. —Y tocó un acorde.

—¿Hay que saber eso antes de empezar a aprender?

—No, no es necesario —dijo— a no ser que fueras a dedicarte a afinador de pianos. Se puede tener esa habilidad y sin embargo no poseer ningún sentido musical.

Lo que yo no entendía es que cuando podía hacer algo de que los demás no eran capaces, no servía para nada.

—¿E imaginación? —me preguntó—. ¿Tienes imaginación?

¿Yo qué sabía? ¿Y qué quería decir con eso? Se sentó al piano, volvió a frotarse las manos y empezó a tocar sin dejar de hacerme preguntas al mismo tiempo. Parecía otro profesor que me hubiera descubierto una nueva enfermedad, una nueva manera de ser diferente.

—Tú siempre andas por ahí solo. En algo pensarás. ¿En qué

piensas en esos momentos?

—En nada. Miro las cosas, me fijo en ellas y…

—¿Y qué? —preguntó dejando de tocar.

—Nada, nada. Sólo juego y hablo con la gente y…

—¿No tienes ensueños de día? ¿No te imaginas cosas como si estuvieras soñando?

Pensé en la historia de José y sus hermanos y cómo habían dicho éstos: «Mirad, ahí viene el soñador. Arrojémosle a un pozo». Yo no quería que me arrojasen a ningún pozo. Y pensé en el sol, en la luna, y las once estrellas que obedecían.

—¿Entonces no tienes esas fantasías? —insistió.

Fuera, la nieve caía como una gasa sobre el cristal de la ventana y el viento se estrellaba contra la esquina de la calle. Era un viento distinto al de nuestra casa; más fuerte e imponente.

Se abrió y cerró una puerta y apareció una señora en la otra habitación. Anduvo en la estufa y tosió.

—¡Qué ruido! —dijo irritado el organista.

—No sabía que estabas componiendo —dijo la mujer del organista—. No me sonaba a eso.

Así que también escribe música, pensé. No creí que nadie que estuviese vivo compusiera música. Valborg me hablaba de Beethoven y también de Mozart, pero esos estaban muertos. Tenía la idea de que los compositores se habían muerto todos.

—Bueno, vamos a continuar. Y tú —añadió dirigiéndose a su mujer— acaba de una vez y vete.

Ella salió dando un portazo que hizo temblar la estufa de porcelana.

—¡Qué vergüenza! —dijo el organista—. Estábamos hablando aquí tan a gusto y… ¿de qué hablábamos?

—De nada.

—¿Nada?… Bueno, ¿quieres que toque para ti? Por ejemplo, podía ser algo de Haydn.

Yo nunca había oído hablar de Haydn.

—Pero es que yo estaba preguntándote algo. —Miraba fijamente el papel de música que tenía sobre el piano—. ¿Qué quería yo preguntarte?

Luego se puso a leer papel de música. Lo leía como si fuera un libro corriente. Estaba abstraído.

—Una sonata —dijo por fin—. ¿Te gustaría oír una pequeña sonata de Haydn?

Empezó a tocar y se balanceaba hacia atrás, adelante, y a los lados. Su gesto era como si sufriese pero se notaba que se sentía feliz. Otras veces tenía una cara de satisfacción y en cambio estaba tocando sombríamente. No había manera de entenderlo.

—Ahora el andante —dijo—. ¿Comprendes esta música?

—No sé. Creo que no.

—¿Qué ves cuando la oyes? ¿Ves caballeros con sus armaduras, sus grandes espadas, y sus escudos?

No, nunca veía esas cosas.

—¿No lees? —me preguntó—. ¿No conoces las novelas de Ingemann?

Pensé que allí podía revelar lo que tanto cuidado poníamos mi madre y yo en ocultar. No, con el organista no era necesario andarse con disimulos y esconder el libro detrás de una cortina cuando venían visitas.

—Mi madre me lee novelas —dije.

—¿De Ingemann?

—No sé.

—¿Es que no sabes cuáles son los autores de las novelas que lees?

—No —dije sin sentir vergüenza alguna. Sin embargo, comprendía que mi descuido era incalificable.

—Bueno, no te preocupes ahora de eso. Pero no olvides que cada libro tiene un autor y que debemos saber quién es. El que te cuenta la historia es su autor. ¿No te gusta siempre saber quién te está hablando? Naturalmente. Y con la música sucede igual. En fin, ahora voy a tocar el *andante*. Puedes pensar en mujeres hermosas, grandes damas que contemplan el torneo, sonríen y hacen señas a los caballeros que llevan sus colores…

Empezó a tocar de nuevo pero yo no podía evocar a esas damas de que él me hablaba ni a los caballeros porque estaba muy ajeno a aquel mundo. Por ejemplo, podía figurarme muy bien a Nina pero no era una dama de las que iban a los torneos, fueran éstos los que fuesen. Y podía imaginarme a un hombre montado a caballo pero sin escudos ni nada de eso. Quizá fuera igual pensar en un jinete ordinario.

Se me fue la atención mirando la nieve. Y escuchaba cómo barría el viento la calle y cómo silbaba por las rendijas.

—Ahora, el *rondó* —dijo el organista—. Es muy alegre.

Escuché el rondó que era como una sarta de cuentas de cristal que no hacían más que rodar. Muchísimas cuentas todas iguales. Pero ya se había terminado.

—Enséñame la mano —me dijo volviéndose hacia mí. Me cogió la mano, me la apretó, me dobló los dedos y los volvió a extender —. Tienes buena mano para el piano —me dijo—. Eso es tan importante como tener buen oído. ¿No te podrían comprar ese armonio? ¿O mejor, un piano? El órgano puedes aprender a tocarlo en la iglesia; en cambio, te haría falta tener en casa un piano.

—No. En casa nunca han hablado de Comprar un piano.

—Podrías estudiar en casa de Berntsen para empezar. Le hablaré de ti. Además, puedes practicar en el órgano de la iglesia.

Aquello era pretender demasiado. Me permitían tocar la guitarra con Abeline o el violín con Petersen pero nunca podría conseguir más. Claro, también tenía la casa de Valborg pero no podía ir con demasiada frecuencia.

—De nada servirá —dije, y mis palabras me sonaron diferentes de las que solía decir. Sonaban a precocidad—. Todos dicen que es inútil que aprenda mucho porque tengo la vista demasiado bien para que me consideren ciego de verdad y, por otra parte, no lo bastante bien para poder…

—Si yo te aseguro que puedes hacer una cosa, no has de discutírmela. Hablaré con tu padre y con tu madre.

Me apresuré a regresar a casa y le conté a mamá mi conversación con el organista. En seguida cogí el violín y estuve haciendo tonterías con él tratando de que el arco saltara sobre las cuerdas con la presteza con que lo hacía Jacob Gade y me figuraba que yo era él. No tardaría en interpretar la mejor música acompañado al piano por el organista delante de numeroso público frente a esos caballeros con armadura y cotas de malla y ante las señoras más distinguidas que me estarían haciendo señas y sonriéndome…

—Debías haberme ayudado a hacer algunas bolsas —me riñó mi madre—, pero, claro, como eso lo puedes hacer, no quieres hacerlo. En cambio, todo eso que nadie sabe si llegará o no a servirte para

algo y que nos cuesta tanto dinero, te entusiasma.

Dejé a un lado el violín y ayudé a mi madre a hacer bolsas de papel. Me había puesto de muy mal humor.

—Ahora sí que eres tú de verdad —dijo mi madre— y me pregunto qué diría el organista si te viera en este momento. Oye, ¿es que ya no te interesa la amistad de Valborg?

Todo me daba igual. Podía quedarme allí, en aquella misma silla vieja y ante la misma desvencijada mesa todos los días de mi vida pegando con engrudo bolsas de papel. No es que no me importase porque estaba muy irritado contra mi madre y contra mí mismo por no servir de nada en este mundo, pero me había propuesto aparentar que no me proponía hacer nada en mi vida más que estarme sentado en mi casa con mi madre hablando del maestro de obras Laursen y de la «hermana» Nielsen y de lo que íbamos a comer aquella noche y al mediodía siguiente. En otros sitios la gente hablaba de sonatas y tocaba piezas de música que sonaban a sartas de cuentas de cristal y hablaban de andantes y rondós y de las novelas de Ingemann. Fingiría que deseaba hacer precisamente lo que estaba haciendo. Pero en modo alguno era a eso a lo que yo aspiraba.

Mi abuela sueca llegó en tren y venía sola. No había visto ni rastro de mi padre. Cuando abrimos la puerta nos la encontramos en el pasillo tan envuelta en chales y cosas en la cabeza que parecía un lío de telas y cintas. Venía un policía con ella, el cual explicó que la había encontrado y la había acompañado hasta nuestra casa. La abuela estaba allí sin querer entrar y no hacía más que preguntar por mi padre pues «tenía que hablar con él»; ¿es que no vivía con nosotros? Parecía una fugitiva sorprendida por el destino. Su desconcierto era enorme. Estaba dispuesta a volverse a marchar si no encontraba al hombre a quien buscaba: su hijo. Traía un gran paquete sujeto con cuerdas y un objeto alargado envuelto en papel gris. El policía nos ayudó a entrar estas cosas. Ella se decidió por fin a entrar en el piso para ver qué hacíamos con sus paquetes. No entendía nada de lo que estaba sucediendo pero no quería perder de vista sus cosas.

Se quedó parada en medio de la salita-comedor, absolutamente desconcertada, a merced del destino. De vez en cuando decía algo o

parecía decirlo pues sólo oíamos unos murmullos. Como un pato salvaje que no puede seguir a la manada por falta de fuerzas para volar más.

—Bueno, yo me marcho —dijo el policía—. Ha sido una suerte que la haya encontrado. La pobre no sabía qué hacer.

—Sí —dijo mi madre—. Muchas gracias.

Queríamos atender a la abuela pero ella no nos lo permitía. No hacía más que protestar y preguntar por mi padre. Tenía que hablarle en seguida.

—Se ha ido a Copenhague. Fue a Copenhague para salirle a usted al encuentro. Para ayudarla y acompañarla hasta aquí.

Mi madre gritaba con todas sus fuerzas pues creía que gritando lograría convencer a la anciana. Pero ésta sólo decía: «Oh, oh».

Daba la impresión de no creernos en absoluto. Sin embargo, consintió por fin que la ayudásemos a quitarse algunas de las prendas en que venía envuelta. Tenía una cara muy arrugada y unos ojillos muy juntos.

Miraba en torno suyo con gran suspicacia:

—Oh, Copenhague —murmuró.

Queríamos que se sentara y lo conseguimos. Se resignó a lo inevitable pero sólo se sentó en el mismo borde de la silla. Se veía que no consideraba aquello como el final de su viaje sino como un lugar de transbordo. Había ido a ver a su hijo y hablar con él, segura de que lo encontraría allí.

—Pero si le digo a usted que volverá —le gritaba mi madre, no sabiendo ya si llorar o reír—. Le repito que está en Copenhague.

—Oh, Copenhague —repetía mi abuela sin alterar su posición. Ni por un momento daba señal alguna de que pensara permanecer con nosotros mucho tiempo. En su carta había dicho con la mayor claridad que venía a morir y yo pensaba que su propósito era marcharse directamente al cementerio.

Se puso las manos en el regazo. Eran unas manos estrechas con dedos largos de costurera y parecían labradas en madera. Sus vestidos y su cuerpo despedían un extraño olor: un olor a humo y a moho.

Miraba sin cesar a todos los rincones con sus ojillos vivos y los detuvo un buen rato en cada una de las fotografías colgadas en la pared. Mi padre de soldado… Una mujer con un tocado puntiagudo.

Un retrato de mi padre y mi madre conmigo en medio… Al ver estos retratos, empezó a deshelarse y acabó sonriendo.

—Sí —dijo. Se levantó y fue señalando una por una a las fotografías—. Sí, sí —repitió.

Luego pasó a la habitación donde dormíamos para buscar su portamantas y los demás paquetes que había traído. Quería convencerse de que seguían allí. Convencida de que no le faltaba ninguno, volvió junto a nosotros y se sentó un poco más dentro de la silla.

Mi padre regresó pero no venía tan animado como se fue. Ahora estaba dispuesto a aceptar los consejos y las indicaciones de quien quisiera ayudarle. Por lo visto, las cosas se le habían torcido en Copenhague. Pero no era extraño; todo tenía una explicación muy natural. Había ido todos los días a esperar el barco y luego se quedaba en el muelle viendo el movimiento del puerto. Siempre preguntaba para que no se le escapase el barco en que había de llegar su madre. Para ello preguntaba a mucha gente si habían visto desembarcar a una señora sueca de edad avanzada.

Desde luego, habían visto no ya a una sola señora sueca sino a muchas. Eso era allí corriente. Pero nadie le dijo que había otro sitio, un sitio llamado Frihavn. Cómo se le iba a ocurrir a él. Así que hubiese continuado en aquel puerto viendo entrar y salir barcos de no haber recibido una carta de mi madre en que le decía que la abuela estaba ya en casa.

Así que nos lo explicó todo detalladamente y no se podía decir que hubiese perdido el viaje pues aprovechó la ocasión para ver bien Copenhague y notó importantes cambios en la ciudad. Habían surgido calles enteras completamente nuevas desde que él estuvo allí por última vez. Ni mi madre ni yo le habíamos hablado de ellas. Y en cuanto a la abuela, al fin y al cabo había llegado sana y salva sin necesidad de que él la acompañase. Así que todo había salido bastante bien. Además, ¿no éramos todos nosotros y no eran todas las cosas de este mundo, lo que Dios quería? ¿Es que un simple gorrión podía caerse al suelo sin que mediase la voluntad de Él? No debíamos habernos preocupado. Allí estaba la abuela tan tranquila en su sillón, dispuesta ya a quedarse y empezando a comprender lo que ocurría en torno suyo y nosotros a comprenderla a ella.

Aquel sillón estaba reservado para la abuela y se lo colocamos junto a la ventana. Se ponía sus lentes de montura de acero y cogía su libro de himnos religiosos con cierres de metal. Desde allí escuchaba la campanilla del paso a nivel. Contemplaba el paso de los trenes ascendentes y descendentes y el cambio de las señales luminosas. Allí no faltaba distracción. En toda su vida había visto tanto tráfico y tanto movimiento de personas y animales. Veía las casas de la calle Freden y distinguía desde nuestra ventana si en el molino estaban trabajando o no. Tenía pues muchas cosas en que ocuparse y no parecía ni mucho menos estar cerca la hora de su muerte. Sólo la notábamos un poco anquilosada del constante calor de la estufa y de no moverse. No estaba acostumbrada a tanta inmovilidad. A veces bajaba hasta el patio y permanecía un rato asomada a la calle con las manos metidas bajo el chal. Le distraía mucho ver pasar la gente. Luego volvía a meterse en el patio, se ponía junto a una cañería y hacía pis. Después se arreglaba la ropa alisándose la falda con mucho cuidado, y sonreía amablemente a los desconocidos que se asombraban al verla.

—Es que está acostumbrada a eso —dijo mi padre— lo ha hecho así toda su vida.

—Pero hombre, es que aquí hay mucha gente —le dijo mi madre —. No vivimos aislados en medio de una selva.

—¿Y qué más da que lo haga ahí o en otra parte? —dijo mi padre.

—Además, se tumba a dormir en el banco. Sale al jardín, por detrás de la cuadra, quita la nieve del banco y se echa tan tranquila.

—Mujer, lo malo sería que no quitase la nieve. Está acostumbrada a dormir a la intemperie, siempre que no hiele. No olvides que aquel país es mucho más grande. No puede compararse con este en nada.

—Pues procura explicarle que aquí vivimos muy en pequeño y que todo se nota mucho más —dijo mi madre—. Por eso me alegraría que se lavase de vez en cuando.

Mi padre se encogió de hombros.

—Ya sabes que sólo ha venido aquí a morirse. De modo que hay que dejarla que haga lo que quiera y no le vamos a pedir ahora que se lave, a estas alturas. Ya tendrá tiempo de sobra de hacerlo en la otra vida.

Estaba sentada leyendo su libro de himnos. Solía leer himnos relacionados con la muerte y la tumba. Muchos de éstos se los sabía de memoria desde la infancia. En nuestra casa, se ponía sus gafas de montura de acero y abría el libro de himnos y los canturreaba o los leía. Salmodiaba sus himnos a la muerte con un ritmo monótono y un tono quejumbroso. Y cuando estaba sola y creía que nadie podría oírla, su lamento sé elevaba y se hacía más intenso. Su salmodia era un temblor, una voz de anciana que se refería a la muerte y a la transitoriedad de todas las cosas de este mundo. Toda la miseria y la maldad de lo terrenal.

Tenía sus rachas negras en que decía que ya le quedaban muy pocos días de vida. Escuchaba las misteriosas señales que le anunciarían su final. La llegada de la primavera la animaba porque los ancianos suelen morir a finales del invierno, a las puertas de la primavera y principalmente al amanecer.

—Ay, ay —exclamaba—. Ay, ay, quizás reciba las señales esta misma noche.

Hacía sus cálculos y disponía de sus bienes. Su capa de terciopelo y las gafas se las dejaba a mi madre. Pero si ésta la hacía volver del jardín o le preguntaba si quería un poco de jabón y agua caliente, cambiaba sus propósitos testamentarios y decía que le dejaba la capa a Kirstine.

—Muy bien —decía mi madre—. Le encantará tenerla y además le debe usted dejar también las gafas.

Respecto al libro de himnos nadie tenía más derecho a él que mi padre. A mí me legaba el reloj de pared. Éste era el extraño objeto alargado que había traído envuelto en papel. Resultó ser un viejo reloj sueco del que no había querido separarse. Su tic-tac la había acompañado en sus buenos tiempos y en los malos y ahora lo teníamos colgado en la salita con lo cual había en casa un nuevo sonido. El péndulo se movía rápidamente detrás de una ventanilla y las campanadas de las horas nos despertaban de noche. Resonaba de un modo tremendo en toda la casa.

La abuela dejaba empaquetadas las cosas que le correspondían a cada uno y se iba a la cama a esperar las señales del Más Allá. Pero a la mañana siguiente, con gran sorpresa suya, se despertaba tan campante. Estaba aún más viva que el día anterior, así que no tenía más remedio que ponerse a hacer algo. Teníamos una máquina de

coser que mi padre había ensamblado con piezas sueltas que fue logrando no sé cómo. Quizás las comprase. No se parecía a ninguna de las máquinas de coser que mi abuela había visto. Pero si no se le pedían grandes alardes de costura ni una velocidad excesiva, y si se tenía cuidado de que la aguja no se rompiese, daba un resultado bastante bueno. Por lo menos, la abuela cosía con ella todo lo que necesitaba en cuanto se acostumbró a las rarezas del aparato.

—Todo tiene su intríngulis —dijo mi padre—. Las máquinas de coser tienen sus rarezas como las personas pero en cuanto se las conoce y se les perdonan sus faltas, todo marcha bastante bien. No sé por qué no voy a poder fabricar ese órgano que necesita el chico —añadió—. Si dispongo de las herramientas necesarias, no me será tan difícil.

Yo no quería un armonio construido por mi padre. Resultaría muy sólido, desde luego, lo mismo que el trineo que no había manera de usarlo y, en definitiva, sólo sería un desperdicio de leña.

Fui a ver a Antón Berntsen, que vivía en la calle Orsted, llevando mis propias ideas sobre lo que debía suceder.

Antón Berntsen me permitió tocar el armonio. Luego fui a visitar otra vez al organista, el cual me hizo preguntas muy raras sobre todo lo de este mundo. De la mayoría de estas cosas no sabía yo absolutamente nada pero a veces respondía de un modo que le asombraba. Mis respuestas no me parecían nada de particular y me sentí molesto cuando llamó a su mujer y le dijo:

—Oye lo que acaba de decir este joven oráculo.

Tocaba en el piano diversas piezas y me las explicaba. Yo escuchaba algunas veces y otras me distraía con el ruido del viento.

—¿Oyes las notas como si vieras colores? —me preguntó—. Escucha, esta es blanca; esta, roja; y esta, azul.

—¿Colores? No, son notas. Tan sólo notas corrientes.

—¿Y no te sugiere esto unas trompetas? Es de los *Maestros Cantores*.

Todo esto me era tan nuevo y tan poco familiar: nuevos nombres, nuevas ideas, cosas que sólo podía comprender a medias o no entender en absoluto…

—Trompetas… —murmuraba yo desconcertado—. Los *Maestros*

Cantores…

Nada hay en el mundo tan insondable, tan ilimitado, como la ignorancia. Descubrí que sabía mucho y que adivinaba más aún y respondía «sí» y «quizá» y «pues, sí, eso creo yo también». Y acabé viendo una nota en blanco, otra azul, una morada, otra roja…

Pero en casa de Antón Berntsen estaba a mis anchas. Podía tocar todos los instrumentos que había allí si lo deseaba. Incluso la *vox angélica*. Practicaba e inventaba algunas cosas y volvía a practicar. Y Antón Berntsen entraba del taller y se quedaba un rato escuchándome. Permanecía allí, pálido, con su aspecto enfermizo, muy delgado y alto, sin hablar apenas. A veces hacía sonar un manojo de llaves en un bolsillo. Parecía tener mucho frío por dentro. Luego subía las escaleras lentamente y le oía abrir una puerta y volverla a cerrar, sus pasos sobre el suelo de arriba y el ruido que hacía la silla que cogía para sentarse. Era un hombre tranquilo, taciturno. Cuando hablaba parecía siempre que estaba contando algo muy triste. Hablaba con cansancio y como con pena. Nunca le vi sonreír.

XVIII

En la escuela no se preocupaban ya de mí. Nadie hablaba con mi madre a espaldas mías ni exigía explicaciones por mis rarezas. Durante los meses de invierno no era fácil seguir las clases de la mañana a la luz incierta de cuatro lámparas de gas, pero nadie me decía nada ni me reñía.

—Estate ahí sentado tranquilamente. Sólo tienes que escuchar y seguir la clase en lo que buenamente puedas —me dijo el nuevo maestro. Lo llamábamos por sus iniciales: C. M.—. Si no puedes seguir alguna parte de las lecciones, no te preocupes. No importa. ¿Por qué te empeñas en escribir con un lápiz ordinario? Debías traer uno grueso azul como los usados por los carpinteros.

No compré un lápiz azul grueso pues mi madre dijo: —No es necesario si no se demuestra que de verdad te conviene—. Y en realidad era peor pues yo veía con más facilidad lo negro que lo azul sobre el papel. Así que no me compraron el lápiz azul.

Pero C. M. me llevó uno y no tuve más remedio que escribir en azul aunque no me gustase.

—Escribe con el lápiz azul y haz los números muy grandes —me dijo.

—Es inútil.

—Bueno, no importa. Escúchame bien: no debes esforzarte la vista. Cuando no puedas, es preferible que te duermas si quieres. Lo único que te pido es que te estés quietecito.

Pero no me dormía. Resolvía los problemas sin mirar, sólo en mi cabeza. Las matemáticas me bullían dentro hasta marearme y para lo único que utilizaba los ojos era para escribir los resultados. Esto lo hacía con el lápiz grande azul ya que el maestro tenía tanto interés en que lo usara.

—Sí, exacto —me decía— aunque no puedo comprender cómo lo has hecho; a no ser que el chico que se sienta a tu lado te lo haya dicho.

—No, lo he resuelto yo solo.

—Bueno, quizá sea así. De todos modos no importa.

Era un hombre bajito, de cabeza redonda, con unos bigotes color cemento y traje gris. Pero tenía algo en el rostro —sus dientes— que le asemejaba a una rata que yo había matado un día. La vendí por diez ore en la fábrica de gas. Recuerdo que su cara se parecía a la de C. M.

Estaba siempre agriado o triste o como si lo hubieran ofendido. Teníamos la impresión de que no le gustaba ser maestro de escuela. No le gustábamos nosotros, ni su trabajó, ni la sociedad en general, ni la vida misma y por eso estaba siempre con un gesto de fastidio. No tenía entre nosotros favoritos ni víctimas. Nada le importaba y yo le importaba menos que ninguno. Pero, por lo menos, nunca había complicaciones por mi causa.

Christensen, el otro maestro, se había proporcionado un alfabeto, un marco y un punzón y escribía en su mesa por el sistema Braille. A mí me parecía que lo hacía con cierta ostentación, sin avergonzarse. Además, hablaba siempre de ello con todo el mundo.

—Estoy viendo que pronto tendremos todos que aprender esa escritura —dijo Marentcius—. Será muy divertido. Es mucho mejor que hacerlo con un lápiz o una pluma.

No decía estas cosas por molestar pues a él lo que le interesaba era ser farmacéutico y pronto ingresaría en otro colegio así es que el sistema Braille le tenía sin cuidado. En los últimos tiempos nos reuníamos más. Estudiaba alemán conmigo. A veces mi madre se sentaba con nosotros, pero no se le daba bien aprender idiomas. Decía que le interesaba mucho saber alemán, pero suponía un esfuerzo excesivo para ella. En cambio, Marentcius adelantaba mucho. No se aplicaba por gusto de acompañarme sino porque deseaba tener una excusa para acercarse a Gertrud, y yo era un pretexto excelente para ello. Pero Gertrud trataba a mucha gente y se pasaba sus buenos ratos en el pasaje, tan oscuro, con muchos chicos. Además, se perdía con uno o con otro por el bosque y en otros sitios donde no pudieran verlos.

Marentcius y yo solíamos hablar de Gertrud y de otras

muchachas: de las chicas en general y de los sellos de correos. Lo peor era que, si bien yo era capaz de ver un sello, es decir, de verlo lo bastante bien para poder decir que era un sello, no podía distinguir si le faltaba una perforación o si tenía alguna otra peculiaridad de esas que dan un valor filatélico y eso era lo que más importaba para ser un buen coleccionista. Para mí era un sello y nada más. En cambio, las muchachas se parecían menos unas a otras y era más fácil distinguirlas y comparar lo que valía una y otra.

—Me gustaría más tocar a una chica que a un sello —dije.

El mérito de un sello de correos consiste en que tenga algún defecto —alguna diferencia— y si uno es incapaz de ver estos defectos y estas diferencias, nunca podrá ser un buen filatélico. Pero las chicas, en lo posible, no han de tener defectos. Y a mis ojos la mayoría de ellas eran perfectas, impecables en el sentido más directo y material de la palabra. Para mí, todo tenía cada vez menos faltas. Yo no podía distinguir las manchas, los arañazos ni cualquier deformación pequeña. Veía casas bonitas, sellos raros y chicas preciosas. Pero Marentcius y yo hablábamos mucho de todo esto.

Mi amigo había empezado a interesarse también por otras cosas: por ejemplo, las flores. Le interesaba la botánica. Y yo fingía que también me gustaba mucho la botánica aunque con esto me ocurría igual que con los sellos y las chicas. Una flor podía ser muy bella pero no me producía ningún placer irla deshaciendo para ver cómo era por dentro. No podía contar sus estambres. Me limitaba a sentarme con una flor en la mano. Unas veces sabía su nombre y otras no pero eso no importaba. Era azul, amarilla o roja, tenía un aroma y resultaba muy agradable tenerla en la mano. Y admiraba a Marentcius por lo mucho que entendía de botánica y por la habilidad con que manipulaba con las flores.

Su madre no me trataba ya con desprecio cuando iba a preguntar por él. Habían pasado los días en que Marentcius nunca tenía tiempo ni ganas de estar conmigo. No, ahora no éramos ya tan niños; ya no jugábamos. Hacíamos cosas serias tanto cuando estábamos juntos como cada uno por su lado. Por ejemplo, era interesante que yo frecuentase la casa del organista y que me tratasen allí con tanta consideración. Y Marentcius, que iba a ser farmacéutico… en fin, podíamos hablar de cosas que le eran casi

incomprensibles a su madre, lo cual le imponía respeto. Cuando yo hablaba de claves o de colores musicales, este respeto se convertía en verdadero asombro.

Pero su padre, que se pasaba el tiempo leyendo junto a la ventana porque se proponía montar no sé qué negocio y tenía que empezar por los rudimentos de aquel asunto, se volvía de vez en cuando hacia nosotros y nos decía con acritud: —¡Tonterías!— Y a veces nos decía aún más cosas desagradables, muy enfadado y como silbando las palabras:

—¡Qué ganas de perder el tiempo con esas idioteces!

Tenía una voz áspera y polvorienta como si se hubiera pasado la vida pesando y vendiendo harina. Pero una vez que se tranquilizaba con cualquiera de aquellos exabruptos, volvía a enfrascarse en su lectura y en la ilusión de su futuro negocio.

Pero cuando estábamos solos, Marentcius y yo —mientras presumíamos de geólogos en un arenal o de botánicos en el bosque— charlábamos casi siempre de chicas. Yo no podía «timarme» con ellas ni podía ver si ellas se timaban conmigo y esto me colocaba en una situación de inferioridad.

—No, hasta ahora ninguna te ha mirado así —me dijo Marentcius—. Si veo que te echan miraditas tiernas ya te lo diré, descuida.

Paseábamos mucho, y a veces nos pasábamos el día entero fuera de casa; encontrábamos piedras raras y plantas extrañas y nos habíamos hecho interiormente más adultos de lo que nos correspondía por nuestra edad. Pero quizá fuera sólo que yo tenía esa impresión, que en realidad era muy superficial. Como me sentía contento de tener una flor en las manos y de llamarla flor, de maravillarme de su perfume y de su extraordinario color azul y de sentir al tacto el terciopelo o la seda de aquellos pétalos, todo esto no podía considerarse como propio de una persona mayor y complicada. Porque yo nunca sabía a qué familia pertenecía la flor, ni cuántos pétalos y estambres tenía y cuál era el cáliz y cuál la corola; nada de esto me interesaba. No me proponía ser un naturalista, ni un químico, como Marentcius, pero siempre lo escuchaba cortésmente lo mismo que él a mí cuando le contaba mis experiencias musicales.

—Debes reconocer —dijo Marentcius— que es raro poder ver

colores con los oídos como te pasa a ti. No me digas que es normal.

Pero en cuanto nos descuidábamos perdíamos la seriedad científica y artística y nos poníamos a hablar de chicas. Marentcius conocía muy detalladamente a Gertrud tal como era por debajo de su ropa.

—Sí, pero ¿cuándo?… Y, ¿cómo? —me asombraba yo.

—Es muy fácil. Basta con esconderse en el landó de Klyver, o llevársela al bosque. Gertrud está tan bien como una mujer mayor… Quiero decir por debajo de la ropa.

Pero si por casualidad nos encontrábamos con ella —sola o con otra chica— o si estaba parada a la entrada de nuestro patio cuando íbamos a mi casa, Marentcius se ponía muy colorado y parecía tan poco seguro ante la chica como yo. Y nada tenía, absolutamente nada, que decirle, aparte de buenos días, o buenas tardes, pero eso no se cuenta. Desde luego, nunca se pusieron de acuerdo para ir de paseo al bosque ni para ocultarse en el landó de Klyver.

—No seas idiota —se indignaba Marentcius—. Esas cosas sólo se le dicen a una chica cuando está uno solo con ella. Si no lo sabes, nunca podrás tener una chica a tu disposición.

Lo sabía de sobra. Pero no hablaba de ello.

Una tras otra, las habitaciones se fueron quedando vacías. Las fotografías eran descolgadas de las paredes. Las sillas, las mesas, el sofá, todo fue desapareciendo. Desarmaron las camas. Nos mudábamos.

Cuando nos preguntaban, decíamos que nos marchábamos a otra parte porque la abuela no acababa de morirse sino que vivía cada día más, contra toda razón, y permanecía con nosotros. Por lo tanto, necesitábamos más espacio. Pero, en realidad, había otros motivos más poderosos; había demasiadas sonrisas que se cortaban cuando alguno de nosotros se acercaba y que renacían en cuanto volvíamos la espalda. La gente se burlaba al ver a mi padre con mi abuela. Y también de mi madre. No hacían más que murmurar de nosotros.

—¿Por qué no podremos ser como las demás personas? —se quejaba mi madre—. ¿Por qué se ocupa tanto la gente de nosotros?

—Es por ti —le decía mi padre—. Se burlan de ti y del chico y de todo eso. Saben más cosas de tu pasado de las que yo mismo he podido saber.

Cuando yo estaba en la habitación, apenas hablaban. El silencio de siempre. Mientras mi madre confeccionaba sus bolsas de papel, la abuela leía o salmodiaba sus himnos de muerte y entierros y mi padre jugueteaba con su caja de fósforos mirando al vacío y fumando la pipa.

—Si por lo menos pudiésemos hacer lo que Alfrida —dijo—. Irnos muy lejos. A América.

—Sí —dijo mamá, levantando los ojos—. Eso nos vendría muy bien. Sí, América.

Le hablé de esto a Marentcius un día.

—A lo mejor nos vamos a América.

—Oh.

Después de unos momentos de silencio, repetí:

—Es muy probable que nos marchemos a América.

—En casa sabemos de muchos que han hecho eso.

No es que le importase mucho, pero se lo contó a Gertrud y a otras personas. Llegó a oídos de mi madre. A partir de entonces no volvieron a hablar delante de mí de lo que yo pudiera ir contando por ahí para empeorar aún más las cosas. Sin embargo, un buen día sucedió algo muy importante y esta vez tenía yo que saberlo: nos mudábamos. Viviríamos cinco o seis casas más allá.

—Y si alguien te pregunta —me advirtió mi madre— dirás que lo hacemos porque la abuela va a seguir viviendo con nosotros y necesitamos más espacio.

Pero nadie me preguntó. Marentcius vino a la nueva casa y me dijo:

—¿De manera que así es América?

No le respondí. Y Gertrud preguntó si nos instalaríamos en un rascacielos cuando llegásemos a Nueva York. Tampoco a ella le repliqué.

—No hubiéramos creído que había tantas cosas en casa —comentó mi madre.

—Sí, ¿para qué sirven tantos cacharros? —dijo mi padre.

—No hay que exagerar. Todo lo que hay aquí lo hemos pagado honradamente.

—¿Y todo lo que yo me he ido encontrando? —dijo mi padre.

Tenía una habilidad extraordinaria para encontrarse cosas de cierto valor. Mi madre me dijo una vez:

—Si esperas lo suficiente, tu padre llegará a casa con un órgano de cámara que alguien haya tirado.

Al principio hacíamos la mudanza con rapidez pero cuando quedaron ya pocas cosas, tardábamos mucho porque mi padre vacilaba sin saber qué llevarse en cada viaje. Permanecía grandes ratos acodado a la ventana viendo pasar los trenes y no se decidía a marcharse del todo al nuevo piso. Los recuerdos le atenazaban y lo miraba todo con anticipada nostalgia. Por mi parte, me sentía ligado a aquella claraboya del dormitorio por la que miraba siempre que me acostaba y al despertarme de noche. A veces aparecía una estrella en uno de los cuatro cristales. Recordaba haber visto por allí una estrella muy brillante. Pero poco a poco las estrellas habían ido palideciendo. Habían perdido sus contornos y haciéndose confusas y pálidas. A partir de una cierta Navidad, no vi ya más cuerpos celestes que el sol y la luna. Pero una vez, en aquella claraboya, hubo una estrella muy brillante…

—Ayúdame a levantar el sofá verde —dijo mi padre. Y le ayudé, pero pesaba tan poco que él habría podido cargar con varios muebles como aquel. Es que era lo último que faltaba por mudar y esta operación revestía cierta solemnidad.

Llevamos el sofá verde por el patio y levantamos la cabeza para mirar la que había sido nuestra casa con los pelados cristales de las ventanas, que también nos miraban, pero sin vernos. Olía a carne —de la carnicería— y a pan reciente —de la panadería— y de la tienda de ultramarinos llegaba un olor a bacalao y a parafina.

Las ventanas habían perdido aquella expresión que solían tener y que las asemejaban a mi padre y a mi madre. Ahora las ventanas se parecían a Sofie, la ciega del Hogar Pode.

Se acabó la distracción de ver pasar los trenes y de observar el cambio de las señales luminosas o las aspas del molino de la colina. Ya no oíamos la campanilla del paso a nivel. Ni siquiera en pleno silencio nocturno. Delante de la casa disponíamos una pizca de huerta donde nada podía crecer por la sombra de dos grandes perales. Pero teníamos unas habitaciones muy espaciosas, que daban a la calle. Nuestras cosas se empequeñecían allí. Era como si su número se hubiese reducido a la mitad. Mamá pensó inmediatamente en la necesidad de comprar una nueva mesa de comedor mucho mayor con cuatro sillas como tenían las personas

que se estimaban. Además, un buen armario para la ropa blanca. Y… ¿qué más?

—Estoy pensando en el órgano de cámara que siempre nos estabas pidiendo… Y en un espejo —añadió.

Nos habíamos mudado, pero las cosas no eran tan fáciles como antes. El patio de esta casa era pequeñísimo. Por eso, seguí yendo al patio de la otra casa y viendo a la misma gente: Rudolf, que tenía ahora demasiada confianza con Lydia; Gertrud, cuyas faldas eran cada vez más largas cubriendo sus lindas piernas, mientras algo le empezaba a brotar bajo su fina blusa. Rudolf y Lydia le decían cosas sobre aquella novedad y ella se enfadaba. Es que a Lydia y a Rudolf les parecía ridículo que le hubiesen crecido tan pronto.

—Sois unos niños —decía Gertrud ruborizándose—. Unos críos.

Anders la estaba mirando siempre. Le fascinaba verla tan cambiada y la seguía a todas partes con las riendas en la mano aunque no le preguntaba si quería jugar con él a los caballos. La seguía como un sonámbulo hasta que ella se paraba en seco y, volviéndose hacia él, lo echaba como si fuera el perro del carnicero.

—¿Por qué sigues viniendo aquí? —me preguntaban a veces Else y Marie—. Estábamos tan contentas de que por fin te hubieses marchado… ¿Por qué no juegas en tu nuevo patio? Ya no vives aquí. No tienes derecho a venir.

Desde luego, tenían razón aunque el patio de mi nueva casa fuera tan estrecho. Pero yo no podía soportar aquella soledad. Además, Marentcius… Marentcius estaba cada día más interesado por lo que se escondía bajo la blusa de Gertrud y le habían regalado una bicicleta. No podía molestarle haciéndole pasear y además… ya no podía encontrar en mi casa a la única persona por la cual renunciaría a su bicicleta.

Marentcius apenas ponía pie en tierra. Siempre pedaleando, no se detenía más que si podía decirle algo a Gertrud y sólo el tiempo suficiente para quedar con ella. Se veían en el bosque y a la hora convenida Marentcius iba a buscarla con la bicicleta y la hacía montar con él. Cuando pasaban a mi lado, ni siquiera me saludaban. Seguramente, creían que yo no los podía reconocer. Pero a mí me sucedía algo muy raro: a veces veía mucho más de lo que nadie podía suponer. Pero la gente ignoraba que yo me valía de ciertos indicios. Por ejemplo, la bicicleta de Marentcius hacía un

ruidillo especial que la distinguía de otras. Y me bastaba oír ese pequeño ruido para ver a Marentcius y también lo que llevaba con él.

Algunas otras veces me encontraba a Marentcius solo. A últimos de aquel verano frenó al llegar junto a mí y se apeó. Estuvimos charlando un rato en el sitio donde desembocaba el camino del bosque. Hablamos de cosas indiferentes y Marentcius estaba preocupado por algo. No me prestaba atención y miraba continuamente a un lado y a otro creyendo que yo no lo notaba, ni podría adivinar el motivo de su inquietud.

Pero Marentcius sabía que Gertrud era un imán para muchos jóvenes, desde el tonto Anders hasta el nuevo dependiente del almacén de ultramarinos. Y también sabía que Gertrud no recataba demasiado sus encantos cuando estaba sola con algún chico. Salía con unos y con otros y a Marentcius, en verdad, lo consideraba sólo como un chiquillo. Gertrud tenía ya catorce años y estaba hecha una mujer.

—He empezado a coleccionar mariposas —me dijo—. Si tuvieses una bicicleta podrías venir conmigo.

Siguió oteando, cada vez más intranquilo.

—¿Tienes un cigarrillo? —me preguntó—. ¿Tú fumas, no?

Allí estábamos, fumando como unos hombrecitos aunque por dentro temblábamos del miedo a que alguien nos sorprendiera. Pero continuábamos, como unos hombrecitos, hablando de mariposas y de otras cosas triviales mientras fumábamos. Por lo visto, los sellos y la arqueología habían dejado de ser temas de interés. En cambio, hablamos mucho de insectos y de cigarrillos, sobre todo de éstos. De chicas, ni una palabra. Y a Gertrud, ni nombrarla.

Pasaban murciélagos por la creciente oscuridad y oíamos el rumor lejano de un partido de fútbol. Una tarde ordinaria de verano con su concierto en el Café del Lindero del Bosque, y eso era lo que yo estaba escuchando. Podía haberle dicho a Marentcius que Gertrud había ido allí con el nuevo dependiente del almacén de ultramarinos y que probablemente estarían sentados ante una de las mesitas del jardín. Pero nada de esto le dije. Seguía mirando a todos lados, azogado. Y el pobre creía que no me daba cuenta.

—Lástima que no tengas una bicicleta —repitió—. Podríamos haber paseado por el bosque. Es muy divertido sorprender a las

parejas de novios. No te oyen hasta que no estás encima.

Se marchó Marentcius y al poco rato me encontré a Stougard que venía cantando un himno que parecía estar en inglés. Cuando Stougard cantaba en inglés, bastante trabajo tenía con mantenerse en pie. En efecto, empezó a hablar solo, tambaleándose.

—Hay que conservar el equilibrio. Tiene mucho mérito…

No me vio. Pero el organista que llegaba también en aquella dirección, se detuvo y me puso una mano en el hombro, llevándome con él.

—No escuches esa música tan mala del Café —me dijo—. Atiende en cambio a este anochecer de verano que parece algo de Schubert… Sí, el *Impromtu*… Escucha… Dadi-di dadi-di, dadi-dí-di-dí… ¿Lo oyes?… Está en la atmósfera… Vamos a casa y lo tocaré al piano.

Un día tuve por fin el armonio. Mi madre había hablado con el organista seriamente preguntándole qué opinaba él.

—Sinceramente, este chico necesita un piano.

—¿Cómo un piano? ¡Pero si tiene ya una guitarra y un violín! Y no me parece que adelante mucho aunque no niego su gran facilidad para mover los dedos ni su buen oído.

—Me gustaría que le comprasen ustedes un piano —insistió el organista—. El órgano y la música de iglesia oscurecen la mente.

Mi madre quedó estupefacta. No comprendía qué podía figurarse el organista que podría hacer yo con un piano. Él le explicó que yo poseía algo llamado talento.

—Así que mi hijo tiene talento —repitió mi madre, abatida, con el mismo tono de pena con que podía haberse referido a alguna enfermedad incurable que me hubiesen descubierto.

—Es una maldición dedicarse a la música si se carece de talento —dijo el organista.

Mi madre nunca había pensado que yo pudiera convertirme en un músico de verdad: un tipo de los que andan tocando el violín o algo así por los bailes y restaurantes o quizá viajando por las ferias, como alguien había predicho. Lo más que llegó a temer es que fuera organista.

—¿Sería mucho esperar que llegara a ser organista? —Si yo había de ser músico, por lo menos que fuese algo respetado por la

gente—. Nosotros no entendemos de estas cosas. Perdóneme usted si le estoy preguntando una tontería.

Pero el organista no respondía nada concreto. Hacía gestos raros, movía mucho las manos y mi madre no se enteraba de nada. Así que se vio obligada a decidir por su cuenta y me compró el armonio.

Todos se asombraban de lo que yo podía sacar de aquel instrumento. Mi padre y mi madre me escuchaban inmóviles, pasmados, preguntándose dónde podría haber aprendido yo aquello. Les había oído hablar de mis facultades a Petersen y a Valborg pero sólo ahora se daban cuenta de lo que éstos querían decir.

—Lo que no puedo comprender es de dónde lo saca —se admiró mi padre—. Una vez intenté tocar el acordeón pero no le saqué nada… y en cuanto a ti…

—Es que debe de haberlo aprendido —dijo mi madre—. Ha estado saliendo mucho por ahí a practicar en una casa y en otra y poco a poco ha aprendido. Ahora el organista quiere que toque también en el órgano grande de la iglesia.

—Sí, pero no ceso de preguntarme de dónde le vendrá al chico esto de la música.

Y no sólo disponía yo de un magnífico instrumento en que estudiar sino que era también un mueble muy bueno al que debíamos sacar brillo y limpiarle sus blancas teclas. Y a los lados tenía unos pequeños candelabros donde se podían encender velas de verdad, y unos adornos muy bonitos… Era un lujo para nuestra casa.

No surgían de él voces de ángeles pero sí una penetrante *vox humana* para quien fuese capaz de oírla. Voces como de personas. A mí nada me decían estas voces pero me esforzaba en tocar cada vez mejor el armonio, día tras día. La abuela seguía salmodiando sus himnos sin atender ni un instante a mi música. Y mi madre, acostumbrada ya, pegaba sus bolsas de papel y no me hacía caso. Pero mi padre continuaba tan fascinado como el primer día. Sentado en un rincón, se pasaba horas y horas escuchándome y pensando.

Se me ocurrió que mi padre era tan melancólico como el rey Saúl y que yo podía ser para él como un David. Pero resultaba que a

fuerza de tocar el armonio y de escucharme él, le estaba hundiendo cada vez más en la melancolía. O quizá no tuviese yo la culpa sino que las notas de aquel instrumento eran demasiado poderosas para sus nervios. Quizá oyese él la *vox humana* del armonio que a mí se me escapaba.

Por eso, decidí salir y empecé a visitar de nuevo a Valborg, a las ciegas del Hogar Pode, a Antón Berntsen y al organista para no alterar así la paz de mi casa. Era preferible que no estuviese yo allí.

Pero mientras, allí seguía el magnífico mueble para que lo admirasen las visitas y algún día podría volverlo a tocar.

Todo estaba como siempre. Parecía que sucedían cosas —mi abuela llegaba para morir, nos mudábamos de casa, yo tenía un armonio— y sin embargo todo se hallaba igual que antes. El mismo silencio. El mismo miedo a algo de que nadie hablaba, algo que nadie se atrevía a nombrar por su nombre. Seguíamos asistiendo a la Escuela Dominical y a las reuniones religiosas de la calle Tonnes, a las que yo sólo iba con la esperanza de encontrar a Nina, pero esta casi nunca aparecía por allí. Empecé a ponerme malhumorado y a no querer acompañar a Abeline con la guitarra. Y mi madre me reñía y me decía que vaya un agradecimiento el mío: vaya una manera de agradecerles lo que habían hecho Dios y ella, y Wedell en Copenhague, y Valborg y todos.

Pero Valborg se había hecho muy mayor y empezaba a hablar como los demás. Sólo hablaba de Dios, y de Staff y de que ella era una novia de Cristo. Se estaba haciendo como su madre. Y la mía, aunque no le gustaban las exageraciones, me decía que era un desagradecido por no ser amable con aquella señora y que Dios me tiraría un día de las orejas y me enseñaría a ser agradecido. Pero añadía que habría de ser mucho mejor —para Dios y para mí— si yo, por mi propia voluntad, me hiciese una persona seria como Valborg, que ya había encontrado su camino.

¿Cómo querían que me hiciese mejor si estaba siempre fastidiado porque no veía a la persona que más me interesaba encontrar? Esa inútil espera, esa inquietud constante, me impedía ser bueno.

—No olvides que la ingratitud acarrea siempre un castigo —me advertía mi madre—. Tienes muchos motivos para dar gracias a Dios.

Yo no estaba de acuerdo pero me callaba. No salía de mi hosquedad y seguía mi camino.

—Alguien me dijo que te han visto fumando por las callejuelas con Marentcius —me reprochó mi madre.

—Pero…

—Si creyese que eso es verdad y si tu padre lo creyese, nos moriríamos de vergüenza.

Lo negué, por supuesto, pensando que nunca más volvería a fumar con Marentcius por las callejuelas para que no se murieran mis padres de vergüenza. Podía ir a casa de nuestro nuevo vecino, un muchachote llamado Sophus, un sitio que olía muy mal. Sophus y su madre se hacían la comida en una lámpara de parafina que despedía un olor infecto. Pero Sophus era un buen muchacho. Mi madre opinaba que era tonto pero decente. Y tenía novelas policíacas y del Oeste y no le importaba leerme en voz alta.

Siempre me las arreglaba para que todos me leyeran aunque mi madre creía que no me convenía. En casa de Sophus fumábamos cigarrillos y decíamos palabrotas como unos hombrecitos, y allí aprendí a jugar a las cartas. Pero me remordía a ratos la conciencia pues pensaba que era tan malo como para poner así en peligro la vida de mis padres que iban a morirse de vergüenza si se enteraban.

Mi abuela reanudó en el nuevo patio su curiosa costumbre de hacer pis, junto a las cañerías y de arreglarse luego la ropa cuidadosamente y con gran calma delante de la gente. Miraba a las ventanas con unos ojillos astutos. Seguramente, me vio algunas veces con Sophus pero no me delató a mis padres. Solía sentarse en el banco que había bajo los dos perales del huertecillo estéril, se sacaba de un bolsillo un paquetito de papel de periódico, observaba unos momentos si la veían desde las ventanas y cuando se convencía de que no había nadie, abría el pequeño envoltorio y tomaba de él unos pedacitos de orín de las cañerías que antes había raspado. Se los metía en la boca y los masticaba con delectación. Se le ponía la boca ennegrecida. Luego se balanceaba en el banco absolutamente feliz y sonreía con beatitud. Creía que nadie conocía este secreto suyo.

Decían que yo estaba creciendo. Pero esto nada tenía de particular puesto que todos los chicos crecíamos. Teníamos las

piernas larguiruchas, las muñecas alargadas, los cuellos delgados y estirados y las espaldas encorvadas. Pero yo crecía con más rapidez que los demás y me había puesto pálido y débil. Me daban hierro para fortalecerme. Mi padre me observaba con intensa atención. Me llevaba aparte y me miraba a los ojos fijamente para decirme luego que esperaba que no me estuviese andando ahí.

—No —le respondí sin saber a qué se refería.

—Si te andas en eso, acabarás con tuberculosis de la espina dorsal y parálisis.

Empecé a entender lo que mi padre quería decir y me entró una gran vergüenza. Y a la vez, sentí un miedo que me dejaba helado. Tenía un miedo tan grande que cuando se me quedaban dormidos un brazo o una pierna por una mala postura creía que me estaba quedando paralítico. Si me dolía un poco la espalda, daba por cierto que empezaba ya mi tuberculosis de la espina dorsal. Y me acordaba de un hombre que andaba con muletas porque tenía inmovilizadas las dos piernas, y de una muchacha a quien sacaban al jardín todos los días y la ponían al sol porque padecía de tuberculosis. Para mí, era ya casi seguro que me esperaba el mismo sino que al hombre de las muletas y a la tísica.

Así que todos estábamos altos y pálidos. Y lo que Gertrud ocultaba debajo de su blusa, se ponía cada día más grande y más difícil de esconder, sobre todo en los días de verano. Y Lydia era ya diferente, salía con jovencitos y se reía de un modo ridículo, imitando a las mujeres mayores, y decía muchas tonterías para hacerse la interesante. Anders, el tonto, era el único que seguía igual. Tenía ya diecisiete o dieciocho años y no podía adaptarse a su edad. Aún quería jugar a los caballos y no abandonaba sus riendas. Entraba en todos los patios y de todas partes le expulsaban. Parecía, por detrás, un elefante. No, Anders no había cambiado.

—Debías cuidarte de él un poco —me dijo su madre—. Es un buen chico y te estaría agradecido toda su vida.

Llevaba un delantal azul a cuadros y nos hablaba a un grupo de muchachos, con voz suplicante:

—Por lo menos no deberíais perseguirlo como si fuera un animal. El pobrecito mío es tan bueno…

—Pero es que debería estar en un manicomio —dijo Rudolf.

Los demás nos sentíamos molestos y no sabíamos adónde mirar.

Pero Rudolf decía todo lo que se le ocurría y no tenía miramientos:

—Todo el mundo dice que Anders debía estar ya encerrado hace mucho tiempo.

—¡Ah, conque sí! —gritó la madre—. ¿Y por qué no han de dejar a mi Anders que viva tranquilo con nosotros, sus padres? —Estaba a punto de llorar. Era una situación muy embarazosa para nosotros. Else y Marie empezaron a hablar de otra cosa y Lydia soltó su nueva risita estúpida.

—Algún día vendrá la policía y se lo llevarán —dijo Rudolf.

Y la madre, inesperadamente, se volvió contra mí:

—Deberías avergonzarte de ti mismo. ¡No vales más que Anders y a ti sí que vendrán a buscarte para llevarte a un sitio que yo sé!

Los otros hacían muecas conteniendo la risa. Yo no veía motivo de diversión en aquello. Y en cuanto a Anders, no me habría importado jugar a los caballos con él de vez en cuando pero ahora, después de la actitud que había tomado la madre conmigo, estaba lista si creía que se lo iba a divertir.

La mujer se extrañó de que yo no le replicase y se marchó.

¿Por qué no veíamos ahora a Gertrud por ninguna parte? ¿Por qué no iba ya a la escuela? ¿Por qué se pasaba todo el tiempo sentada detrás de una ventana y no la dejaban salir ni siquiera al patio?

Era evidente que Gertrud no estaba buena, puesto que no podía salir; pero, indudablemente, no estaba enferma, puesto que no la acostaban. Permanecía allí, tras los visillos, siempre pálida.

La gente vio entrar al médico. La gente vio salir al médico. Nadie logró que hablase. Pero todos vieron que el doctor se fue directamente de la casa de Gertrud a la tienda de ultramarinos y que allí habló con el dependiente en voz baja. Y se vio que el dependiente tenía la cara muy colorada cuando salió.

Empezaron las murmuraciones en las cocinas, en las escaleras, en los pasillos, en las salitas, en plena calle, en todas partes. Todos murmuraban y miraban a la casa de Gertrud.

Cuando se acercaba un niño, se interrumpían bruscamente las murmuraciones. De todos modos, los niños podían coger aquí y allá alguna palabra suelta. Además, lo habíamos adivinado. Quizá lo supimos antes que los adultos. Aquello nos había impresionado

tanto que nos pasamos mucho tiempo dándole vueltas a tan sensacional descubrimiento. Rudolf hablaba de ello con total desparpajo, como si él lo hubiera presenciado todo. Y es que Rudolf había escuchado, había mirado por las cerraduras y se había escondido detrás de un grueso tronco de árbol. Y además, había estado con ella muchas veces.

Marentcius vino a verme, y no llegó en bicicleta. Mi madre lo encontró muy pálido y le preguntó si estaba enfermo. No, no lo estaba.

Sencillamente, quería hablar conmigo, quería que le hablase de música y me propuso que saliésemos juntos como antes. Tenía un plan para que lo pasásemos bien. No, no estaba enfermo; nada le ocurría de particular.

Marentcius contempló mi armonio y me hizo varias preguntas sobre su funcionamiento. Se interesaba un poco más sinceramente que de costumbre por mis cosas pero le noté abstraído.

—Podíamos ir al bosque o mejor quedarnos en mi casa. Te puedo leer —me propuso.

—Dijiste que tenías un plan.

—Ah. Lo había olvidado. No tiene importancia.

Fuimos al bosque para buscar una planta que le faltaba en su colección. Marentcius estaba cada vez más decidido a ser farmacéutico o quizá fuese su madre la decidida.

Parecía que caminábamos con una dirección fija pero en realidad lo único que deseábamos, aunque no hubiésemos hablado de ella, era pasar por donde vivía Gertrud. Ambos pensábamos en eso y sin embargo hablábamos de plantas raras y de experimentos químicos. Marentcius estaba deshecho pero no lo confesaba. Me hablaba de tubos de ensayo y otros aparatos que le habían regalado y que se proponía enseñarme. Hablaba sin cesar hasta que nos internamos en el bosque y de repente rompió a llorar.

—¿Por qué lloras? —me extrañé.

—No estoy llorando —protestó entre sollozos—. ¿Por qué he de llorar? Es que se me ha metido algo en un ojo; pero, claro, tú como no ves… Solamente lloran los idiotas. Y esa chica Lydia ¿qué tal? —me preguntó para desviar la conversación.

Proseguimos el paseo. El otoño llenaba de hojas secas los senderos. La hierba de las colinas se había marchitado.

Marentcius, aunque deshecho por dentro, afrontaba bien la situación. Era valiente; no quería que se dieran cuenta de su estado de ánimo.

—Necesitas hierro —le había dicho mi madre.

Los adultos no conocían más remedio que el hierro. Creían que con eso se curaba todo. Pensaban que nada podía ocurrirnos que el hierro no pudiese curar.

Por las tardes, cuando ya oscurecía y había muy poca gente por las calles, salía Gertrud a la puerta del patio o se acercaba al buzón de la esquina para echar una carta. Si nosotros andábamos por allí, no nos hablaba; ni siquiera nos decía buenas tardes. Y cuando ella aparecía, todo el mundo se callaba. Incluso Rudolf, que nunca se mordía la lengua, nada tenía que decir. Gertrud se ponía a mirar a la gente que pasaba por la calle, apoyada en el quicio del portal, envuelta en un chal y con todo el aire de una mujercita. Y cuando caminaba de prisa hasta el buzón no levantaba los ojos del suelo, por lo cual una vez se tropezó con Stougard. Claro que también él tuvo la culpa porque siempre andaba vacilante por la bebida.

—Ah, eres tú —dijo—. No tienes buen aspecto. Debías haber acudido a mí. Parece mentira que no se les haya ocurrido darte una buena dosis de *schnapps* con litargirio de plata, para lo que te sucede a ti. ¡Esta gente de hoy día ni siquiera es capaz de remediar la situación de una pobre chica como tú! Y ahora supongo que te llevarán a otro sitio.

Sí, a Gertrud la obligarían a marcharse. Un buen día desapareció. Se veía en seguida, por el aspecto de la casa, que Gertrud no estaba ya en ella. Se notaba perfectamente. Todo parecía distinto: el portal, el patio, la escalera…

—No sé lo que es —dije—. Quizá que los sonidos son diferentes.

—Vete a paseo con tus sonidos —se burló Rudolf—. Lo cierto es que Gertrud se ha marchado anoche sin que nadie la viera. Y la policía ha detenido al dependiente de la tienda… Y tú ¿qué haces aquí? No tienes ya derecho a estar entre nosotros porque vives en otro sitio. Anda, vuélvete a tu América.

No era yo el único que volvía al patio sin vivir ya en la casa. Lydia siempre había ido a jugar con nosotros sin corresponderle aquel patio. Pero ahora pasaba de largo. Quizá le habría dicho alguien que no le convenía la amistad con los chicos y las chicas

que vivían allí. Cruzaba a la acera de enfrente y apresuraba el paso como si padeciéramos una enfermedad contagiosa. Pero yo no podía reconocerla por la distancia que había hasta la otra acera. Veía, eso sí, que se acercaba una chica pero no que era Lydia. Yo no podía reconocer ya a la gente que pasaba a la acera de enfrente. A veces ni siquiera a las que se dirigían directamente hacia mí por la misma acera. En un anochecer me dirigí a un hombre desconocido creyendo que era mi padre y le hablé como si lo fuera. Se rio y me dijo que me había equivocado pero que no importaba. Sentí una gran humillación, una honda vergüenza. No sé por qué me avergonzó tanto pero aquello me obsesionó durante mucho tiempo. Consideraba como una gran desgracia no poder reconocer a mi propio padre. Era una terrible sensación de impotencia.

Iba cada vez con más frecuencia al Hogar Pode. Hacía mucho tiempo que había aprendido ya a leer y a escribir por el sistema Braille. Sabía también las contracciones de manera que no necesitaba escribir la palabra entera letra por letra. Me bastaba hacer un pequeño signo. Christensen, en cambio, no sabía hacer las contracciones.

—Tienes que leerme en voz alta lo que escribas —me dijo—. Puedes venir a mi casa los domingos por la tarde.

Aquello me convenía porque así podía evadirme de las reuniones religiosas de los Amigos.

Pero aunque ya no necesitaba acudir al Hogar de las Ciegas entraba y salía en él como si fuera mi casa. Ya no me quedaba fuera para contemplar los rostros de las ciegas tras los ventanales y todas las cosas que antes me parecían tan extrañas e intrigantes ahora me eran familiares. Entraba rápidamente y por regla general la puerta no tenía el pestillo echado de modo que la abría lentamente y así podía oír todas las notas del instrumento de cuerda; y decía buenos días desde el pequeño pasillo para que todas supieran que era yo.

Pero a veces se me olvidaba y entraba sin decir nada.

—¿Quién es? —me preguntaban entonces, alarmadas. Y me decían—. Has de hacer siempre lo que te decimos y anunciar «Soy yo». Todas nosotras lo hacemos. A la vez que se abre la puerta hay que decir «Soy yo».

Me gustaba frecuentar el Hogar de las Ciegas. No me parecían

raras sino sólo diferentes de las demás personas. Me había acostumbrado a ellas y si al principio las encontraba iguales a todas ellas, ya podía notar las diferencias. Ahora las distinguía una de otra como a las personas ordinarias. Se diferenciaban sólo en lo superficial y eran iguales en la ceguera. Iguales en estar sentadas en sus sillas haciendo punto gris eternamente. O cuando se quedaban pensativas con las manos quietas en el halda. Se diferenciaban cuando se «apresuraban lentamente» siguiendo la pared con la mano con mucho cuidado para no tropezar. Pero sus voces eran tan variadas como las de las demás personas aunque más puras y más bellas. Algunas tenían voces de niñas. Aunque fuesen mujeres mayores, hablaban como muchachitas y yo sólo las conocía por sus voces. Lo cual era una buena cosa, pues no podía distinguir las caras. Veía manos y rostros pero no siempre podía decir cómo eran la cara y las manos. Dependía de muchas circunstancias: de que fuese de día o que por el contrario la habitación estuviese oscura, de que me hubiesen echado las gotas recientemente…

—¿Qué nos cuentas hoy? —me preguntaban siempre en cuanto me sentían llegar—. ¿Has visto algo nuevo, algo fuera de lo corriente? —me decían.

Al principio siempre les respondía que no había sucedido nada especial. Pero esto las decepcionaba y las entristecía.

—¿Es posible que no hayas visto nada interesante? ¡Qué vergüenza!

Y me daba lástima notar en sus voces tanta desilusión.

—Inger y Anna estuvieron en el bosque y tampoco vieron nada. Es una lástima que no viniese alguien que hubiera visto algo de interés.

Me sentía obligado a pensar en algo, incluso a inventar cualquier cosa que pudiera distraerlas. Así, decía:

—No, hoy no he visto nada, todo estaba como siempre. Pero cuando estuve en Copenhague la última vez y pasé por una plaza…

—¿Iba tu madre contigo o tú solo?

—Solo. Por Copenhague siempre iba yo solo. Pues como decía, llegué a una plaza donde se disponían a decapitar a un hombre. Estaba de pie en el patíbulo y tenía desabrochada la camisa para que le quedase al aire el cuello. En la plaza había muchas mujeres haciendo punto lo mismo que vosotras aquí.

—¡Qué cosas! ¿Es posible que hayas visto decapitar a un hombre?

—Sí, pero no ha sido aquí ni hoy. Fue en Copenhague hace algún tiempo.

—Por ser tú quien nos lo cuentas —dijo Sofie— hemos de creerte. Pero no deja de ser curioso que Dickens cuente lo mismo no me acuerdo en qué libro.

—Sí, sí —exclamaron las otras—. Lo cuenta Dickens en su *Historia de dos ciudades*. Pero resulta distinto al decir tú que lo has visto y situarlo en Copenhague. ¿Dónde estaba esa plaza?

—Nada sé de Dickens —dije desconcertado.

Así que aprendí a inventar cosas extraordinarias de las que no están en los libros. No quería coincidir con aquel Dickens o con otro por el estilo. E inventaba historias de gente muy rara y animales extraños, animales que no pudieran existir en Dinamarca ni en otro país alguno. Pero decía:

—¡Claro que existen en nuestro país! Basta con que vengáis conmigo al bosque de Norre para que os pueda enseñar cuantos queráis.

—De todos modos, no podremos verlos.

—Los cogeré y os los acercaré para que podáis tocarlos y entonces os convenceréis de que no he mentido.

—¿Serás capaz de hacerlo? ¡Qué bien!

Llené el Hogar de las Ciegas con una inmensa cantidad de mentiras. Les conté formidables historias sobre Stougard y Laursen. Ambos eran personas muy corrientes pero tanto el uno como el otro habían tenido sorprendentes experiencias. Laursen poseía el don de ver señales celestiales: grandes cruces llameantes, signos místicos asombrosos.

—Pero tú no los viste —me decían—. Nunca has visto un signo celestial.

—Claro que no, porque yo no estaba en Esbjerg cuando apareció aquella cruz de fuego que subía hasta el cielo.

—Ah, fue en Esbjerg.

—En cambio, he visto las estrellas del cielo. He visto la Vía Láctea centenares de veces.

—Cuéntanos cómo es la Vía Láctea.

—Parece una página del Braille iluminada, si es que os lo podéis

imaginar.

No, aquello no se lo podía imaginar ninguna ciega.

—¡Que cosa! ¡Una página del Braille iluminada!

Me preguntaron si había visto algo especial y yo para no decepcionarlas decía que no, pero luego les inventaba algo para que se entretuvieran.

—¿No te da miedo cuando tocas el órgano tú solo en la iglesia? ¿Tienes que utilizar también los pies, no?

Les dije que no me daba miedo aunque en verdad siempre tenía la impresión de que alguien me observaba escondido detrás de alguna columna y que se hundía en el suelo en cuanto yo dejaba de tocar y me volvía a mirar. Me producía un gran temor permanecer solo en aquella gran iglesia.

—No, claro, naturalmente que no tengo miedo —dije—. Muchas veces me paso allí horas enteras cuando ya es de noche.

A veces me asustaba tanto que no hacía más que asomarme un momento y me marchaba corriendo.

—Nunca, nunca tengo miedo —repetí.

Permanecía mucho tiempo en las sombrías habitaciones del Hogar con sus mesas oscuras y sus paredes desnudas. Ya no me parecía un lugar tan tétrico. La gente pasaba por fuera y me veía por las ventanas y todos pensarían lo mismo que había pensado yo años antes: que yo era una fotografía entre las demás. Que pensasen lo que quisieran. Mientras yo estuviese dentro, no me importaba. Me escuchaban y era el que nunca temblaba de miedo y que sabía cuanto de extraordinario sucedía en el mundo. Además, tenía una vista formidable. Mis ojos eran tan penetrantes como los de un lince. Las ciegas se quedaban mudas de asombro sólo con que les contase las cosas ordinarias de este mundo: lo que se ve en el cielo, en la tierra y donde quiera que fuese. ¿Dónde podría yo lucirme como allí y no ser el más pequeño y más despreciable de todos?

Pero a veces eran las propias ciegas quienes contaban cosas. Por ejemplo, me hablaban del Instituto de Copenhague, de sus largos pasillos y escaleras y de cómo se llamaban las diferentes habitaciones. Porque aquéllas tenían nombres para poderlas distinguir. Y me hablaban de la gente que había estado allí o que seguía en el Instituto. Personas que yo había de conocer.

—Porque ya no te queda tanto tiempo que esperar —me decían

—. Seis meses o poco más. Y te conviene tener una idea de ellos antes de ingresar allí. Puedes decirles que les enviamos recuerdos todas nosotras. —Hablaban del Instituto de Copenhague para Sordomudos y Ciegos y de la gente que vivía allí como las almas del purgatorio podrían referirse a las personas que aún andan por este mundo.

—¿Recuerdas, Alma —le decía una a otra— cuando te olvidaste de hacer tu cama? ¿Y te acuerdas Anna, cuando te caíste por los escalones de la entrada?

Alma y Anna lo recordaban muy bien.

—¿Quién podría olvidarlo? —decían a la vez.

Y a veces estaba yo con ellas cuando cantaban. Pero ya no me producía ninguna impresión extraña. Había aprendido muchas canciones nuevas que nadie cantaba con tanta pureza en la voz como las ciegas. A nadie conocía que cantase de manera que las armonías surgiesen unas de otras dejando como un eco en el aire, una vibración que permanecía allí mucho tiempo y que aún duraba más en el espíritu del que las oía.

Cantaban, y fuera los castaños amarilleaban. No es que yo pudiera ver ya su color, pero lo sabía. Y esta percepción interna me hacía verlos. Me parecía estar viendo caer las hojas, ladeadas y danzando, hasta el suelo.

A veces me decían que subiera para hablar con L. Pode. Este señor paseaba en torno a su mesa, alto y corpulento, y sus manos eran grandes y suaves. En aquella habitación había una buena alfombra y otras cosas de valor. Olía a humo de cigarros.

—Nos agrada verte por aquí —me decía—. Puedes tocar el piano cuando quieras.

Y la señora Pode, a quien las demás ciegas llamaban «madrecita», estaba sentada largos ratos o paseaba como su marido y acariciaba la superficie de caoba y las teclas del piano con sus blancas manos.

—¡Uf, cuanto polvo tiene! —decía, y soplaba sobre el trozo que había tocado o lo limpiaba con un paño que había detrás del piano. Pero, en realidad, no había polvo. Todo estaba muy limpio en la casa.

—Si no te tratan bien cuando vivas en el Instituto, diles que te quejarás a mí —me aconsejó L. Pode—. Saben que yo conozco al

Director. Pero estoy seguro de que se portarán muy bien contigo.

Les tocaba alguna canción, y lo hacía lo mejor que podía, ya que sabía tocar el armonio, pero no el piano.

—Aprenderás muy pronto —me dijo L. Pode—. Y tienes facultades para ser uno de los mejores pianistas.

En el Hogar Pode nunca me decían «Esto no lo sabes hacer», o «quizá puedas algún día» sino que me creían capaz de hacerlo todo y me infundían una gran confianza en mí mismo. En cierto modo, lograban que viese mejor. Era curioso lo bien que llegaba a ver entre aquellas personas ciegas y esto me duraba mucho tiempo después de dejarlos… hasta que me encontraba con los otros: Marentcius, Rudolf… Con Rudolf era peor; cuando estaba junto a él veía muchísimo peor. Por lo cual evitaba su compañía cada vez más. No sé qué tenía aquel muchacho que me hacía estúpido y ciego. Marentcius era distinto. Por lo menos, no lo hacía con mala intención.

Estudiaba con el pastor. Decía que para confirmarme, tenía que prepararme durante un año.

—Para mí, la confirmación no es una ceremonia vacía —le decía a mi madre.

—Para mí tampoco —replicaba ella.

—No debe ser sólo una disculpa para organizar una fiesta familiar.

—Pero, pastor, ¿quién le ha dicho a usted que vayamos a hacer una fiesta?

—Nada tengo contra eso; lo hace todo el mundo. Pero no ha de olvidarse lo esencial.

—Confirmaremos al chico pero sin fiesta. Necesitaremos el dinero más adelante.

Al pastor se le había metido en la cabeza que yo no podría aprender la Doctrina en menos de un año.

Un día me dijo:

—Te habrás extrañado de que no te haga preguntas como a los demás. Solamente lo he hecho para evitarte malos ratos, por si no podías contestarme, pues sé lo crueles que son los niños.

—Sí.

—De todos modos, si quieres que te pregunte como a los

demás…

—No, más vale que no.

—Eso es lo que yo pienso. Pero no te preocupes por tu confirmación. Aunque tardes más, estarás preparado.

Así que yo escuchaba mientras él preguntaba a los demás, o no escuchaba pues, como decía el maestro C. M., lo mismo daba. El pastor hablaba de los Diez Mandamientos y explicaba las parábolas. Mientras, yo pensaba en otras cosas o dormitaba. Y un día, cuando me desperté, estaba el pastor explicando lo del Buen Samaritano y diciéndoles a los demás niños que fueran amables conmigo. Desde entonces no volví a dormirme. Me dio tanta vergüenza que me habría hundido en el suelo. Me invadió una terrible sensación de impotencia.

Una vez me encontré al pastor cuando entraba en la iglesia para tocar el órgano.

—No quieras hacerlo todo. Sólo debes perfeccionarte en aquello para lo que sirvas —me dijo—. ¿Te ha enseñado el organista cómo has de manejar el órgano? ¿La electricidad y todo lo demás?

—Sí, sí.

Un día, las niñas se enteraron porque el pastor las llevó a la iglesia antes de la confirmación mientras yo estaba practicando.

Desde abajo, me gritó:

—¿Quieres tocar algo para nosotros?

—Bueno, lo que usted quiera.

—Un himno. Queremos cantar un himno.

Le di al órgano el mayor volumen que pude. Quería aplastarlos a fuerza de sonidos, de odio y desesperación.

—Demasiado alto —gritó el pastor cuando terminé. Las chicas contenían la risa y yo me daba cuenta. Era un ruidito como si estuvieran dando golpecitos en una pieza de seda.

—Ten cuidado al bajar la escalerilla. No vayas a tropezar —me advirtió el pastor—. ¿Quieres que suba a ayudarte?

¿Cómo había de ayudarme? Nunca lo había hecho. Jamás me había ayudado nadie a nada. No necesitaba a nadie. Me sentía humillado e impotente.

—No acabo de entenderlo —dijo otro día el pastor a mi madre —. Tiene un carácter difícil. Es muy reservado.

Aquello le produjo mucho efecto a mi madre. Estuvo dándole

vueltas algún tiempo y por fin me dijo:

—Si además de todo, va a resultar que tiene un carácter difícil, estamos listos.

Yo también pensaba en aquello de mi carácter difícil. Pero pensaba con odio, humillación y vergüenza. Sin embargo, nada decía.

—Debes ser bueno —me recomendaba mi madre.

—Sí.

—Si no dominas ese carácter tuyo tan raro, vas a tropezar con dificultades.

—Sí.

—Dificultades para ti y para los demás.

—Sí.

Sólo podía decir «sí». Pero entonces comprendí que mi madre era como los demás. Igual que el pastor. Me propuse seguir diciendo a todo que sí hasta que un día pudiera… ¿Pudiera qué? No lo sabía. Probablemente lo único que podría hacer era seguir humillado e impotente, diciendo a todo que sí.

La abuela, sentada en su silla, leía como siempre sus himnos, los salmodiaba con voz cascada y esperaba a la muerte. La esperaba mirando por la ventana lo mismo que otras personas esperan al cartero. Pero la muerte no llegaba. Tenía la cara y las manos costrosas por la gran aversión que le producía el agua. Olía mucho más a moho que cuando llegó. Las señales no llegaban, pero ella las esperaba con toda calma.

—Ay, ay —gemía—, algo me dice que será hoy. Esta noche.

Pero no era esa noche ni la siguiente, ni la otra… Se despertaba en su cama de campaña todas las mañanas y tosía un poco para comprobar si estaba aún viva. Se maravillaba de no haberse muerto aún y se levantaba. Se ponía las bastas medias de lana, se vestía y se desperezaba, con lo cual le crujían sus huesos tan viejos. Pero estaba viva.

—Ay, ay, todavía sigo en este mundo.

Tomaba su desayuno caliente y se comía los mendrugos de pan que tenía escondidos en el sillón de mimbre. Ademas, siempre sacaba algún dulce rancio de algún hondo bolsillo de sus faldas. Así empezaba para ella el nuevo día. Y otra vez a esperar a la muerte

como si fuese el cartero. Pero nada nuevo sucedía.

Empezó a pensar en la conveniencia de coser algo. Y se preguntaba cómo estaría su amiga Britta Johansson, la de Växjö. ¿Viviría aún?

—Le podríamos escribir —proponía mi madre.

—No, escribirle no —rechazaba la abuela agitando una mano que parecía labrada en madera muy vieja.

—La pobre lleva una vida tan triste y solitaria —decía mi madre, comentando con mi padre las cosas de la abuela.

—¿Triste? ¿Solitaria? —replicaba él—. Quizá esté cansada del movimiento que hay aquí con tanta gente como entra y sale en casa. No, lo único que le ocurre es que se aburre de tanto esperar la muerte.

Mi padre tenía razón; y la abuela se había hecho su plan. Y un día, harta ya de esperar, decidió ir a Växjö para ver a su amiga Britta.

—El domingo podría ir a misa con ella y luego marcharme a mi tierra.

—¡Cómo! ¿Quieres irte? —exclamó mi padre.

—Estaba tan segura de que me iba a morir que por eso vine aquí. Nunca pude pensar que la muerte me haría esperar tanto.

Mi padre se sobresaltó pero en su carácter no cabía poner dificultades a nada. Así, cuando oyó a mi abuela, interrumpió su lectura y se mostró sorprendido, cortésmente sorprendido, pero nada más. Antes he dicho que se sobresaltó al oírla. No, en realidad le parecía una idea sensata.

—Bien, pero antes hemos de escribir al pastor de su pueblo, a quien sea —dijo mi madre.

—No —dijo mi abuela, dejando en el regazo su libro de himnos —. No, eso no.

Había escrito antes de venir con nosotros porque era un sitio donde nunca había estado. Ahora, en cambio, se marchaba a su propio país. Regresaba a su hogar. ¿Para qué iba a escribir? Y nos sonreía con tolerancia como a pobres críos que no entienden las cosas.

—Pero ¿y el dinero? La gente no va de un país a otro alegremente sin contar con dinero.

—Desde luego, hace falta dinero —pero lo dijo de un modo que

revelaba que había pensado ya mucho en ello.

—Ahora hemos tenido muchos gastos con la mudanza, y hemos comprado la cama de campaña —dijo mi madre.

Mi padre pensaba que de todos modos nos habríamos tenido que mudar.

—Allí no podíamos seguir.

La abuela estuvo buscando las tijeras y por fin las encontró. Empezó a descoser unas anticuadas enaguas que siempre llevaba. Luego pensó que vería mejor junto a la otra ventana y se fue a la otra habitación. Al cabo de un rato volvió trayendo varios billetes en la mano, unos billetes muy arrugados de diez coronas. Se veía que los había tenido metidos mucho tiempo en aquel dobladillo de las enaguas por lo arrugados que estaban. Pero no cabía duda de que era dinero. ¿No bastaba con eso o debía descoser aún más?

Según mi padre, sobraba con aquello.

—Con este dinero podrías llegar mucho más lejos.

Eso lo sabía perfectamente mi abuela, y lo tenía muy pensado desde que se convenció de que esperaba a la muerte en vano. Pero no había de viajar ni un paso más de donde estaba su casa.

—Lo que no comprendo —le dijo mi madre— es por qué quiere usted irse mañana mismo. No veo la necesidad de marcharse así, de repente.

—Lo mismo da un día que otro —sentenció mi padre.

—Si salgo mañana podría ir el domingo a misa con Britta —dijo la abuela.

—Eso, si está viva. Pero no lo sabe usted —le advirtió mi madre.

—Desde luego, si no vive, ¿cómo iría a la iglesia con ella? Iré sola y en paz.

Realizó su plan tal como lo había pensado. Regresó a su hogar y allí vivió siete u ocho años. Hasta que sintió otra vez la llamada de la tierra y volvió junto a mi padre, se sentó en el mismo sillón de mimbre, leyó y salmodió el mismo libro de himnos. Estuvo esperando a la muerte otros diez años. Ya se le había agotado la paciencia. Le parecía que ya era una broma de mal gusto a una persona de edad tan avanzada. Ella merecía más respeto.

Cuando la abuela cumplió los noventa y dos años, se marchó otra vez a Suecia. No sólo iba ofendida sino furiosa. Decidió recluirse con Britta en un asilo de ancianas donde podían llevar una

vida agradable. Por fin, a sus noventa y siete años, se le presentó la tan esperada muerte. Pero esto nada tiene que ver con la presente historia.

La abuela no partió al día siguiente como quería. Mi madre se opuso pues quería que la acompañásemos hasta Copenhague ya que me tenía que llevar para que me reconociese el profesor. Y así lo hicimos. Dejamos a mi abuela embarcada. ¿No quería que la acompañásemos hasta la otra orilla para dejarla en el tren? ¡Qué tontería! La otra orilla era Suecia, ¿acaso no lo sabíamos? En la otra orilla podría hablar con la gente y entender perfectamente a todos: policías, maestros de escuela, sacerdotes…

Se acodó en la barandilla envuelta en sus chales y en la vieja capa de terciopelo y la cabeza en varios pañuelos. Y no se apartó de allí hasta que el barco se alejó del muelle.

—¡Adiós! —le gritábamos a través de la franja de agua, mayor a cada momento, entre el muelle y el barco—. ¡Adiós, abuela!

—¡Volveré! —nos decía—. ¡Volveré cuando la tierra me llame otra vez!

Parecía un paquete gris, con tantos envoltorios. Yo la perdí de vista en seguida, pero mi madre seguía agitando a mano. Así desapareció mi abuela rumbo a Suecia.

Por delante de nosotros caminaba un vagabundo. Procedíamos de una pequeña ciudad donde si no conocíamos a todos sus habitantes, teníamos por lo menos la impresión de que todos era conocidos nuestros. Y en ella había un hombre llamado Jacob Hedehus a quien una vez castigaron por una violación. Se había pasado muchos años en la cárcel y ahora se ganaba la vida componiendo cacharros. Daba miedo encontrárselo. Sin embargo, a Jacob Hedehus lo conocíamos; era uno de nuestra pequeña ciudad. Sabíamos todo lo que había hecho y aún más. Aunque impresionara un poco encontrárselo, no podía causarnos horror. En cambio, los tipos sospechosos que encontrábamos en Copenhague nos producían una impresión terrible. Por ejemplo, aquel vagabundo a quien no nos atrevíamos a adelantar y dejar muy atrás.

Por fin, mi madre eligió un lugar donde había más gente para pasar delante de él. Si nos hacía algo, podíamos pedir socorro.

—Ahora —me dijo mi madre—. Adelantémoslo deprisa.

Pero en cuando pasamos junto a él, me agarró por el cuello de la chaqueta.

—¡Qué diablos! Si es mi hermana Lisbeth y el crío —dijo—. ¿Otra vez por aquí?

De modo que era el mismísimo tío Antón, en un estado, tan desastrado que no lo habíamos reconocido aunque nunca estuvo presentable. Su aspecto era como para asustar a sus propios parientes.

—¡Ya veo que os he dado el gran susto!

—Desde luego, estás como para espantar a cualquiera.

—Incluso a plena luz del día.

—Sí —dijo mi madre.

—En cambio, tú eres la misma de siempre y desde pequeño te tuve miedo, cuando empezaba yo a trabajar y tú me cuidabas.

—Has pasado una mala época.

—Sí.

—Pero tu peor enemigo eres tú mismo.

—En efecto —dijo con gran convicción.

Mi madre le preguntó si tenía trabajo. No, no lo tenía.

—Es que estoy de vacaciones.

—Seguramente, por haber trabajado demasiado.

—No, no es por eso. Estoy reuniendo energías para empezar de nuevo. El hermano Ole ha estado aquí y me ha inscrito en la Sociedad de la Templanza.

—¿Quieres comer con nosotros? —le preguntó mi madre.

—No, la clase de comida que necesito no me la podrías dar tú.

—Pero si Ole te ha hecho entrar en la Sociedad de la Templanza…

—Sí, pero afortunadamente, eso no empieza a regir hasta la semana próxima.

—¿Dónde vives?

—En un sitio donde no me dejan llevar desconocidos. Además, no podrías jugarle esa mala pasada a nuestra hermana Jane.

—Eres muy duro con tus hermanas. Y ¿cómo te las habrías arreglado sin Jane?

—¿Crees que podía haber llegado aún más bajo?

—No, pero te repito que la culpa es tuya.

Pensé en Staff y Ullnes, en la eterna voluntad de Dios y en todo

lo que predicaban los domingos en la calle Tonnes.

—Vivo en el Refugio de San Pedro —dijo mi tío Antón—. Y te aseguro que no es un sitio tan acogedor como parece por el nombre. Pero tenemos una ventaja: las puertas se pueden abrir desde dentro.

—No te entiendo —dijo mi madre.

—Nada de particular, pero es algo que se llega a apreciar sobre todo cuando se ha pasado uno algún tiempo sin esa comodidad. Puedes creerme, hermana Lisbeth, las cosas me irán ahora cada vez mejor. Es decir, mejor en vuestro sentido: seré tan sensato, fariseo y criticón como cualquiera de vosotros. Tan respetable y de mente tan estrecha como todos vosotros. Ahora bien, exijo por lo menos un par de meses para adaptarme y has de concederme una semana para empezar en serio a cambiar.

Nos hallábamos en un sitio de mucho tránsito y no debíamos tener miedo, aunque mucha gente se volvía a mirar a mi tío Antón. Pero a mí no me parecía nada extraordinario. Le encontraba igual que siempre.

—¿Y tú, pequeñajo? Estás más guapo cada vez que te veo. En eso sales a tu madre. A cada uno lo suyo. Pero estoy seguro de que serás más sensato que ella.

—Me consideraré satisfecha con tal de que no se parezca a ti en nada —dijo mi madre.

—Quizá lleves razón, hermana Lisbeth, pero no hay probabilidad alguna de que me tenga como modelo. Ya estoy acabado o lo estaré dentro de una semana.

Nos dirigíamos hacia la clínica y mi tío Antón nos acompañó parte del camino. Dijo que estaba citado con alguien, aunque sonaba a disculpa. Lo dijo para que pudiéramos librarnos de él; no quería molestar a mi madre con su presencia. No estaba bien que la vieran por las calles con un tipo andrajoso como él.

—Ya nos veremos cuando vuelvas a Copenhague —me dijo—. Para esas fechas estaré presentable, incluso a gusto de tu madre. Adiós a los dos.

No nos estrechó la mano. Sencillamente, nos volvió la espalda, cruzó la calle y desapareció.

Otra vez en la clínica del profesor. De nuevo a medirme el campo de visión, leer carteles, probarme cristales…

—¿No se le nubla la vista? ¿No ve círculos de color en las luces

de la calle?

Todas las preguntas de siempre en el mismo orden. Y parecía conocer de antemano las respuestas.

—Bueno, muy bien. La enfermedad ha sido detenida. El posible que tenga la vista un poco más débil pero eso no importa y en cierto sentido casi es una ventaja porque ahora han de admitirlo en el Instituto. Creo que has tenido suerte —me dijo poniéndome una mano en el cuello—. Si logramos conservar…

No entendí lo que debíamos conservar.

—Si lo conservamos, tendrás una oportunidad que no habrías tenido si… —con lo que seguí sin entender nada—. Ahora te haré un certificado.

Mi gran esperanza era, desde hacía mucho tiempo, ingresar en el Instituto. Pensaba en ello como en algo que forzosamente tendría que ocurrir. Así, para mí no fueron alivio alguno las palabras del profesor. En cambio, para mi madre constituían un golpe terrible pues se aferraba contra toda evidencia a la esperanza de que no hiciese falta mi reclusión en aquel establecimiento. Confiaba aún en la posibilidad de un milagro. Por mi parte, había pensado tantas veces en estas cosas que ya no me preocupaban ni lo más mínimo.

Por mi gusto, me habría quedado en el Instituto aquel mismo día. Si hubiese dependido de mí, me habría ido directamente allí. Me lo conocía al dedillo por todo lo que me habían contado las ciegas.

Yo conocía a mucha de la gente que vivía allí. ¿Qué sentido podía tener ya regresar a mi casa?

XIX

VOLVIÓ el silencio de antes. No es que durante la estancia de mi abuela se hubiera hablado mucho en mi casa pero la anciana se pasaba el día hablando entre dientes o canturreando sus himnos. Mi padre se sentaba frente a ella y leía la Biblia y el otro libro, el de pastas rojas, que aún no había abandonado. A veces, ojeaba otros libros que caían en sus manos no sé cómo, pero los dejaba en seguida. Sólo le interesaba su novela de siempre porque alguien le había asegurado que todo lo que se decía allí era cierto. En cambio, las cosas que ocurrían en los otros era pura ficción.

Con la marcha de la abuela, volvió el antiguo silencio. Ahorrábamos de todo, incluso las palabras. Ni siquiera yo decía nada, a no ser que mi madre y yo nos quedásemos solos pero tampoco entonces éramos muy locuaces.

Hacía un tiempo muy malo, llovía mucho y había muy poca luz. Mi madre tenía que ayudarme a estudiar y deletreaba como podía las palabras alemanas que ella no entendía. No le cabía en la cabeza que alguien pudiese comprenderlas. Le parecía disparatado que millones de personas hablasen alemán y que ni siquiera se quejasen de semejante martirio. ¿Sería posible que con sólo viajar unos quilómetros hacia el sur, se encontrase gente que sólo hablaba ese idioma? De pronto decía:

—Bueno, para estarse callado, lo mismo da esa lengua que otra cualquiera.

Y entonces se sonreía, con lo cual se convertía aquello en una especie de secreto entre los dos.

Por lo visto, no era yo el único que notaba el silencio.

Y no sólo me ayudaba mi madre a estudiar alemán. También estaban los libros que me prestaban el organista y Valborg. Perdía

tantas horas, de las que necesitaba para su trabajo, que debía quitárselas luego de sueño. Pero esto no constituía para ella un sacrificio. Le había tomado gusto a leer y aprender con tal de que no pensara que estaba faltando a su deber, a su trabajo.

Sin embargo, me decía:

—Esto no lo hago porque me gusta sino para que no se te haga el tiempo tan largo.

Era cierto que el tiempo se me hacía larguísimo. Me faltaban varios meses. Tenía que confirmarme, pasado el invierno. Era como una lenta rueda que giraba crujiendo y que hacía pasar los días poco a poco. Y la rueda giraba tan lentamente que a veces me parecía que estaba parada. En la escuela teníamos un calendario donde cada día de la semana era de un color diferente; pues bien, ahora todos mis días eran grises. De no haber sido por el reloj de la abuela que hacía oír su tic-tac todo el día y que daba las horas, habría tenido que preguntar la hora como las ciegas del Hogar Pode. Yo podía distinguir las manecillas, y además las campanadas eran tan fuertes que se oían perfectamente en toda la casa. Pero a veces pasaba una eternidad desde las campanadas de una hora hasta las siguientes.

—Date un buen paseo —me decía mi madre—. Podías ir en busca de Marentcius. ¿No practicas ya con el organista? A Valborg hace mucho tiempo que no la ves.

La rueda crujía y se paraba. El tiempo se inmovilizaba.

El padre de Marentcius había ya leído lo suficiente para poner una tienda. Por lo menos, los libros servían para eso. Tenía una tienda en un sótano. Era poca cosa pero Marentcius estaba muy ocupado cuidando de ella, aparte de sus «estudios» para farmacéutico, y este porvenir se le acercaba con pasos de gigante. En realidad, aún le faltaba mucho tiempo, pero Marentcius hablaba de ello como si fuera ya cosa del día siguiente. Por supuesto, hablamos de aquello en casa.

—Sí, tienen una tienda —comentaba mi madre— y se explica, pues el padre de Marentcius no se pone a leer el periódico al llegar a casa y aprovecha el tiempo estudiando libros. No lee todo el tiempo la Biblia ni lo pierde con una novela. Ese hombre ha hecho cosas más útiles que fumar en pipa y juguetear con una caja de fósforos.

Silencio. Mi padre leía la Biblia y jugueteaba con una caja de fósforos. Fingía no haber oído ni una palabra, o por lo menos, no darse cuenta de que aquello iba por él. Mucho tiempo después, fue a la cocina, llenó la pipa y salió. Bajó al patio. Cuando volvió, dijo:

—Hubo un tiempo en que no había trabajo fijo, en que todos teníamos que buscar una nueva colocación cada día sin saber si podríamos lograrla. Recuerdo que entonces decíamos: si pudieran ponerse mejor las cosas, un poco mejor, no nos quejaríamos.

Estas palabras no iban dirigidas a nadie. Las tenía ya pensadas cuando cerró la Biblia y fue a la cocina a llenar la pipa. Luego, había bajado al patio antes de pronunciarlas. Después de hablar tanto, era inevitable un largo silencio.

El organista siguió tratándome como a un adulto, como a una persona de gran sensatez. Me hacía muchas preguntas como si mi opinión pudiese contar para alguien. Íbamos a la iglesia y tocábamos el órgano y él estaba muy satisfecho de mis progresos. Incluso me hacía sentar abajo mientras él tocaba para que le dijese qué me había parecido; si creía que resultaba mejor con este o con el otro registro.

¡Si alguien pudiera haberme contemplado entonces! Sobre todo, cierta persona que no me hacía ni el menor caso: Nina. Qué lastima no poderla llevar allí para convencerla de que no era yo tan poco interesante como ella creía: que merecía la pena que se me hiciera caso. Pero no. Aquello era una chiquillada, cosas de niños que habían de mantenerse en secreto para que no se burlaran de uno. Seguramente, en el mundo del organista, donde se me admitía, no se perdía el tiempo pensando en esas tonterías.

—¿No crees que suena mejor así? Parece que con la mezcla queda mejor… —me decía desde arriba.

No, en el mundo del organista no se hablaba de chicas. Aquello eran fantasías mías.

—Has de cultivar la imaginación —me decía el organista—. ¿En qué piensas cuando tocas? ¿Qué ves? ¿En qué sueñas?

—En nada de particular.

—¿No piensas en los murmullos de la primavera? ¿No ves árboles verdes y flores muy bellas? Dime lo que imaginas con la música.

—Nada, nada en absoluto.

—Es una pena que tengas tan vacía la imaginación. Debes pensar en algo y que tu música se dirija a eso.

Entonces me puse a pensar en Nina y le dedicaba mentalmente la música que interpretaba.

—No, no sirve. Quizá tengas razón cuando dices que no puedes pensar en nada. Pero eso lo conseguirás con los años. No tardará mucho. Verás como en cuanto… Bueno, de nada serviría que te lo explicara. Tendrías que sentirlo.

Un día me atreví a decírselo a Nina. Lo hice con grandes precauciones: le expliqué que tocaba el órgano con el organista.

—Ah, bueno. Te utiliza para darle a los fuelles o algo así…

—No, porque es un órgano eléctrico.

—Entonces, eres el encargado de la electricidad.

No me importó que me atribuyera esa misión porque, en realidad, también era una tarea de cierta responsabilidad. El que fuese capaz de cuidarse de la electricidad del órgano, ya no era un inútil.

Pero el organista se preocupaba por mi futuro. Cuando viviese en Copenhague, ¿me llevarían a los conciertos, a la Ópera?

—Es necesario que vayas a la Galería antes de que sea demasiado tarde.

No tenía idea de lo que era la Galería ni quería preguntarlo. Pero me daba la impresión de que el organista tenía una idea muy confusa de lo que yo iba a hacer en Copenhague. Nunca había estado yo en un teatro y sólo había oído aquel recital de violín. Como aquella vez me vio sentado en primera fila, quizá creería que yo podía instalarme siempre en el mejor sitio de los espectáculos.

Lo que iba a hacer en Copenhague era vivir en el Instituto, pero no sabía exactamente qué más haría. De lo que estaba seguro era que no me llevarían a teatros, conciertos y lugares donde costase dinero la entrada. Mi madre me había dicho que quizá pudiera yo disponer de veinticinco ore semanales para gastármelos en lo que quisiera. ¿Me bastaría con eso o sería preferible que le quitase en seguida al organista la ilusión de que me sería posible asistir a conciertos y a la Ópera?

Era mejor frecuentar el Hogar de las Ciegas que la casa del organista, pues allí nadie me hablaba de cosas que no podrían convertirse en realidad. En el Hogar, todos sabían exactamente el

futuro que me esperaba.

—Alguna vez que otra te llevarán al teatro, pero no con frecuencia —me decían las ciegas.

—No, con frecuencia no —repitió una.

—Y si te permiten seguir la carrera de músico, irás a los conciertos.

—Sí, si se lo permiten —añadió otra.

—Pero tendrás allí muchas otras cosas que te distraerán. Algunos juegos. Y es muy entretenido pasear por el jardín con los otros. Y en la fiesta del aniversario del Instituto, hay baile.

—Sí, un baile —coreaban las demás—. Eso, todos los años.

Procuré imaginarme a Sofie y a las demás bailando pero no lo conseguí. Las podía ver andando mientras tanteaban las paredes, o por la calle de dos en dos y de tres en tres, con una en medio para guiar a las otras. También las había visto volver del bosque o del cementerio. Pero ¿bailando?

Hablábamos mucho del Instituto. Luego, al regresar a mi casa, cruzaba por el prado. Había tanta humedad en aquel otoño y principios de invierno que en cuanto se levantaba el pie del suelo, se llenaba de agua la huella. Se oía el glu-glu del agua llenándola. La niebla que venía del *fjord* era niebla de verdad y no aquel humo que me salía antes de la cabeza para cubrir luego el mundo entero.

La sirena de un barco se abría paso a través de la niebla y la lluvia del *fjord*; y detrás de la casa de Stougard, se extendía el bosque inmóvil y silencioso.

—Pronto será invierno de verdad —decía Stougard—. Entonces tendrás otras cosas en qué pensar. Todos tendremos que pensar en otras cosas. ¿Recuerdas cuándo venías aquí a patinar?

A veces encontraba a Lydia, que siempre iba por la acera de enfrente por su gusto o quizá porque le mandaban que cruzase cuando viera llegar a uno de nosotros. Y Anders siempre andaba cerca con sus riendas rojas, tan tonto como siempre y esperando a que alguien quisiera jugar con él a los caballos. Y seguía a Lydia como antes seguía a Gertrud.

—Lydia —decía Anders—, Lydia.

No le pedía que jugase con él a los caballos. No hacía más que llamarla. Era como si deseara decirle algo; confiarle algo de importancia.

Pero si por fin Lydia se volvía y le preguntaba qué quería, Anders se quedaba paralizado, con la boca abierta, incapaz de pronunciar ni una palabra.

—No me sigas —le decía Lydia—. Y no me llames si no tienes algo que decirme.

—No —respondía por fin el tonto.

—Anders, Anders, ven a casa —le decía su madre—. Que te estás mojando.

—Sí.

Y se dirigía lentamente hacia su casa, pero se volvía con frecuencia para ver alejarse a Lydia, hasta que se paraba del todo.

—Anders, querido —le insistía su madre—. Sé bueno y vente a casa. Vas a coger un resfriado ahí fuera. ¿No querrás ponerte malo, verdad?

—No, malo no —decía Anders yéndose por fin con su madre.

Lydia pasaba mucho por la acera de enfrente. Esto podría parecer un detalle sin importancia pero en realidad la tenía. Antes, tanto ella como su familia pasaban siempre por nuestra acera, pero había ocurrido algo y la familia de Lydia no quería tener relación alguna con aquello. De todos modos, esto hizo que Lydia estuviese más amable conmigo cuando nos encontrábamos. Me trataba de un modo más amistoso que antes. Habíamos sido novios ella y yo. Bueno, unos novios inocentes, cosa de niños, y en cierta ocasión me había besado en la mejilla, lo que me compensó del beso desagradable que me había dado su madre la borracha. Pero aquel trato tan amistoso de ahora, era en realidad para ocultar que ya no le gustaba yo. No me había perdonado que hubiera visto de cerca a su madre aunque de sobra sabía yo de qué pie cojeaba. También me había envidiado que tuviese una hermana. A veces, descendía tan bajo como Rudolf mirándome a hurtadillas para ver si mis ojos podían distinguirla. Pero todo esto había pasado ya. Charlábamos como dos buenos amigos, sin segundas intenciones. Ahora sabía yo que le era indiferente y por eso podíamos hablar con naturalidad.

Otra vez Navidad. Me había estado preguntando qué pensaría mi padre, qué diría. El año anterior había comprado muchas cosas, como si fuera rico, porque creyó que aquella era la última Navidad que yo vería. Pero este año no veía menos ni más que el año pasado. Y, por supuesto, conservábamos todos los adornos. Sin

embargo, yo sentía un cierto resquemor de conciencia. Mi padre se había excedido. ¿Se sentiría ahora avergonzado? Pero tomó la cosa muy bien. Yo disfrutaría de nuevo de todo aquello y el gasto, en cierto modo, se reduciría a la mitad puesto que los adornos se utilizarían dos veces. Y si aún conservaba la luz de mis ojos tres o cuatro años más, nos saldría mucho más barato aún. Había actuado con gran desprendimiento y aquello le había producido una gran satisfacción. Ahora Dios bendecía su buena acción y se lo ponía más barato. Para él, todo esto resultaba sencillo y evidente. Tenía que decírselo al maestro de obras Laursen para que lo pusiera como ejemplo en sus charlas religiosas dominicales.

Lo malo fue que Kirstine no vino como yo esperaba. Pero es que se estaba haciendo una mujer… De todos modos, vendría para mi confirmación.

—No puede hacer este viaje cada tres meses —me decía mi madre—. Son más de ciento cincuenta quilómetros.

La Navidad fue de nuevo la Navidad, como siempre, con la diferencia que al día siguiente el organista me hizo tocar el órgano en la iglesia por la tarde.

—Eso está bien —dijo mi padre, que no veía en aquello nada extraordinario—. ¿Para qué, si no, había estudiado yo tanto la música?

A mi madre en cambio le parecía demasiado pronto. No iría a oírme. Pero me esperó en la esquina, destocada, con dos agujas de hacer punto clavadas en el moño. Las había olvidado.

—En el nombre de Jesús —exclamó—. ¿Cómo ha resultado?

No hablé mucho de cómo había tocado. Ni en casa ni con Valborg, que me había escuchado y estaba orgullosa, pues consideraba que tenía alguna parte en mi buen éxito. No me importaba que hablasen de ello, pero de mí no sacaban ni una palabra. Seguía mi camino, contentísimo por dentro.

Pasó el día de Año Nuevo y todo el mes de enero. En el invierno los días no me eran ya tan insoportablemente largos.

Quizás estuviese mi vista peor que un año antes. Debía de estarlo ya que el profesor lo había dicho y lo sabía por sus aparatos de medir la vista. Y, sin embargo, por alguna razón, me las arreglaba mejor. No me tropezaba tanto con las cosas; ya no era frecuente que tuviese chichones en la frente ni la nariz despellejada.

Había aprendido a moverme con cuidado. Las ciegas me enseñaron a andar «con lenta prisa». Pero me las arreglaba muy bien y podía ir a todas partes con cualquiera. Nos dejábamos deslizar, Marentcius y yo, por la pendiente de la colina y luego le ayudaba a subir el trineo hasta arriba. Aprendí que los pies no sólo sirven para andar sino que también es posible sentir con ellos, a través de las botas, el relieve del terreno. Esto me ayudaba mucho, sobre todo en la oscuridad. Y no siempre íbamos solos Marentcius y yo en nuestros paseos. Marentcius tenía mucha habilidad para sacar chicas de donde menos pensaba que las hubiera.

—Allí están timándose con nosotros —me decía—. Quieren venir con nosotros.

Incluso Lydia nos acompañó un par de veces. Olvidaba que no éramos «buena compañía» para ella. Luego la vimos con otros chicos.

—¡Parece mentira con qué idiotas va! —se indignaba Marentcius.

Algunas veces sentíamos lástima de Anders y le dejábamos que viniese con nosotros. Su madre nos esperaba al pie de la colina.

—¡Qué buenos muchachos sois! —nos decía—. Nunca olvidaré que habéis jugado con el pobre Anders. Me voy muy contenta a casa.

Aquella tarde nos estuvimos tanto tiempo que tuvieron que venir a buscarnos. El padre de Lydia andaba por allí.

—¿Han visto ustedes a Lydia? —nos preguntó a un grupo en que estábamos Marentcius y yo. Habíamos decidido no decir mentiras, así que no respondimos. El padre de Lydia siguió llamándola a gritos. Nos desentendimos del asunto.

Pero cuando descendimos otra vez la pendiente, había una multitud abajo rodeando a Anders. Oímos la voz del padre de Lydia, pero no lo que decía. Era evidente que estaba furioso.

—¿Qué sucede? —preguntamos.

—Nada. Que no sé qué chica se había internado en el bosque y ese tonto se fue tras ella y le enseñó algo que el padre de ella no quería que viera.

—A casa inmediatamente —gritaba el padre de Lydia. Se notaba por la voz que estaba mordiendo el cigarro.

—Sí, vete a tu casa con tu madre la borracha —dijo alguien.

Lydia lloraba.

—Ya te daremos tu merecido —le decía a Anders el padre de Lydia arrastrándolo. Anders gimoteaba.

—¡Ya estamos hartos de soportarte, bestia inmunda! Si no te encierran pronto habrá por aquí alguna desgracia, algún crimen. ¡Esta vez no te libras del manicomio, amiguito!

Se alejó tirando de Anders y sin cesar de reñirle a gritos.

—Total, la chica no ha visto nada que ya no conociera —comentó uno.

Pero nadie se rio. Lydia seguía llorando, detrás de su padre y de Anders.

—No, no —gemía Anders, pero las voces se perdieron a lo lejos.

Nos marchamos todos a casa al poco tiempo.

Al día siguiente era lunes de Carnaval y no había clase. Casi todos los chicos iban a disfrazarse. Algunos tenían trajes de indios y a otros les habían cosido campanillas en su ropa. Además, se ponían caretas. A mí nunca me habían permitido llevar una careta.

—Es un pecado desgraciar el rostro que Dios nos da —me dijo mi madre—. ¿Te parece bien hacer por parecerte al diablo?

Lo único que me permitían era ponerme del revés la chaqueta.

—Espero que no aceptes dinero —me advirtió mi padre.

—Ya es demasiado sensato para eso —dijo mamá—. Dentro de dos meses será un hombrecito.

—Además —añadió mi padre—, ¿crees que es propio que un día toques el órgano en la iglesia y al día siguiente andes por las calles como un payaso?

Pero esta escena se repetía todos los años, de modo que no me había, hecho grandes ilusiones. Además, no me importaba gran cosa disfrazarme o no. Los de mi curso eramos ya demasiado mayores para esas tonterías. Así que me quedaría en la puerta de la calle para ver a los que pasaran disfrazados.

Vi lo poco que mis ojos me permitían ya y me acerqué al antiguo patio, el de mi casa anterior. Desde la entrada reconocí a Lydia que cruzaba a la otra acera. Y encontré a Rudolf, disfrazado de mamarracho a pesar de lo mayor que era ya. Me alegré de no haberme disfrazado.

Apareció la madre de Anders, destocada y con las manos ocultas

bajo el delantal de cuadros azules y me preguntó si alguno de nosotros había visto a su hijo.

No, nadie lo había visto.

—Se habrá ido a hacer el idiota a otra parte —dijo Rudolf—; pero si lo vemos, le diremos que se vuelva a casa corriendo.

—Es que anoche le riñó no sé quien —dijo la madre con su voz quebradiza— y temo que esté asustado.

—Ah dijo Rudolf. Nada más.

La mujer siguió preguntándoles a todos los que encontraba. Entraba en los portales y en los patios. Luego torció por la esquina de Langelinje. Al cabo de un rato apareció de nuevo en la calle. Rudolf se había marchado para hacer una colecta de dinero. Yo me marché para ver a Stougard. Pero no lo encontré y me alargué hasta el bosque. Se estaba allí muy agradablemente. La nieve cubría el suelo sin huellas. Y el sol hacía brillar las ramas de los árboles, sobre las cuales pesaba la nieve. Podía ver una parte del paisaje y el resto, probablemente, lo recordaba y me figuraba estarlo viendo. No tenía la seguridad de qué era lo que veía y qué estaba recordando.

En las pendientes, los árboles se habían detenido cuando subían o bajaban. Se habían detenido hundiendo sus pies en la nieve. Esperaban a que llegase la primavera y entonces decidirían entre seguir descendiendo pendiente abajo, o subir. Un lado de los troncos estaba blanco de nieve y el otro lado, gris o negro. Pero a todos ellos los había inmovilizado el hielo. El invierno los había ligado. No podían pasearse de dos en dos ni de tres en tres. Forzosamente, debían tener paciencia y permanecer cada uno en su puesto hasta que la primavera los liberase. Entonces podrían danzar libremente por el bosque. La gran danza de la primavera.

Mi cabeza rebosaba de estas puerilidades mientras yo paseaba por el bosque. Y pensé que si alguien supiera —el organista, o el maestro C. M., Marentcius o cualquier otro— las niñerías que se me ocurrían, me retirarían la estimación que me tenían. Me considerarían como un pobre soñador, un José, y me enviarían con los egipcios. Pero nunca lo sabría nadie. Ni despierto ni dormido se me escaparía mi secreto.

Había mucha gente patinando en el *fjord* aunque yo no podía distinguirla. Sólo veía un brillo dorado de sol en la nieve. Pero podía oír las voces. No me importaba no poder ver a los muchachos

que patinaban ni a la demás gente. Disfrutaba mucho con mi solitario paseo. Cada vez me gustaba más pasear solo.

—Es muy raro —decía mi madre—. Y no debemos ser diferentes a las demás personas. Hay que procurar ser como todos.

—No sé si será cosa de la Naturaleza —replicó mi padre, dejando de darle vueltas a la caja de fósforos—. No sé si la Naturaleza no hará que las personas para quienes es difícil vivir entre las demás, se puedan defender con su soledad.

No me parecía ser tan raro. Me llevaba bastante bien con la gente. Las fantasías de mis solitarios paseos no podían molestarle a nadie puesto que nadie las conocía y a mí me servían de gran consuelo.

Aquel lunes de Carnaval, cuando regresé del bosque me extrañó la calma de nuestra calle. Había grupos por todas partes, pero ya no se veían disfraces ni caretas. Era un silencio forzado o más bien un leve rumor que, en contraste con la algarabía de antes, parecía silencio absoluto.

Algo malo había pasado y esto se notaba sin necesidad de ver los alarmados grupos que cuchicheaban. Flotaba en el aire y estaba escrito en las fachadas de las casas. Y pensé que ya antes de marcharme yo estaba allí escrito y que podríamos haberlo leído. Pero nadie había hecho caso.

—Han encontrado a Anders —me dijo mi madre cuando entré en casa.

—Ah.

—Sí, lo han encontrado en el retrete.

—Ya.

—Se ha colgado con las riendas que siempre llevaba.

—Ah.

Los comentarios de la gente en la calle y en los patios duraron un par de horas y luego fueron apagándose hasta desaparecer del todo. Las voces adquirieron de nuevo el tono normal. Seguíamos hablando de Anders, pero también de otras cosas. Por ejemplo, del dinero que Rudolf había recaudado y de lo que se iba a comprar con él.

La madre de Anders se dirigía hacia la carnicería y pasó junto a nosotros. Aún iba destocada y con el delantal de cuadros azules.

Rudolf le dijo:

—De modo que por fin encontraron a Anders.

La mujer, que traía los ojos enrojecidos del llanto, se detuvo y sollozando dijo:

—Sí, por fin lo hemos encontrado. Alguien lo había asustado. Le metieron un miedo terrible diciéndole que lo encerrarían en seguida en el manicomio. Era tan buen chico, tan cariñoso…

—Hace mucho tiempo que debían haberlo recluido —dijo Rudolf, pero cuando ya se había alejado la madre de Anders.

Fui a ver Stougard. Estaba cantando junto a la lumbre. Nunca se sorprendía de verle a uno llegar. Hablaba o no, según le apeteciera, pero encontraba natural la presencia del que lo visitaba. Como de costumbre, olía a levadura y a cerveza rancia, a patatas asadas y a algo dulce, quizá el *braendevin*.

—Bueno, bueno —dijo—. De modo que por fin ha dado Anders una muestra de sensatez. Ya ves, no era tan tonto como creía la gente. No dejó que lo encerraran.

Me quedé un rato con Stougard, comí una patata asada e hice como que bebía un poco. Me encontraba a gusto. No hablamos más de Anders. El hielo formaba flores en los cristales de la ventana, unas flores que nunca se marchitaban mientras duraba el hielo. Fuera, la helada superficie de los estanques. Hasta allí llegaban los gritos de los muchachos que patinaban en el *fjord*.

Stougard empezaba a ver cosas raras. Bichos que se arrastraban por el suelo.

—Pronto no podré soportar este sitio, con tantos bichos. Por mucho *braendevin* que beba, por muchos himnos que cante, no hay manera de hacer que se metan otra vez en la tierra.

XX

No era en la confirmación propiamente dicha en lo que consistía la diferencia. Lo importante era tener una chaqueta flamante, el chaleco, el cuello blanco y la corbata, los puños, y que tuviese uno la impresión de que todos los días podría vestirse con aquella ropa tan impresionante. Lo emocionante era ver si la gente empezaba a decirle a uno «usted» en vez del «tú» habitual y si se quitaban el sombrero cuando se cruzasen conmigo en la calle en vez de saludarme de cualquier manera.

—Cuando tenga que preguntarte de la Doctrina —me advirtió el pastor— te preguntaré sobre la misericordia. Te lo digo para que te prepares.

—Sí —respondí. Me había preparado durante todo el año. Sólo dije que sí y me pareció que el pastor esperaba que le diese las gracias.

—Te preguntaré algo del Buen Samaritano —añadió.

—Ah.

Le llevaba cinco coronas por su trabajo. Miró el arrugado billete en la palma de su manaza, donde todos podían verlo. Lo estuvo mirando mucho tiempo, demasiado, con la mano extendida.

—Me he pasado un año entero preparándote —dijo.

—Sí —y me marché.

Pero nada de aquello importaba. Lo bueno era que mi hermana había venido. Pensé en este acontecimiento y en todo lo que vendría después.

Había llegado una carta de Copenhague con una lista de lo que me tenían que preparar para el Instituto: dos trajes, un abrigo, dos pares de botas, tres camisas, seis pañuelos… Una larga lista y la comunicación de que debía presentarme allí en los primeros días de

mayo. Otra eternidad. Seis o siete semanas, unos cuarenta y cinco días. Pero allí estaba la carta del sobre azul y decía que me esperaban.

Empezamos con los preparativos. Camisas, calcetines y pañuelos se apilaban en un cajón previamente vaciado para este fin. Ya se hablaba abiertamente de mi viaje. Incluso mi madre no apartaba esta idea como algo en que habíamos pensado pero de lo que no estábamos seguros.

—Hemos pensado que sería lo mejor para el caso de que… —solía decir—. El profesor de Copenhague cree que sí, pero pueden ocurrir tantas cosas. No perdemos la esperanza.

Ahora, gracias a Dios, ya no confiaba en que pudiese ocurrir algo. Mi ingreso en el Instituto de Copenhague era un hecho. «En el mes de mayo», decía mi madre.

—A principios de mayo —la corregí.

—Bueno, a principios.

Era una eternidad lo que aún debía esperar.

Por fin, llegó el día de mi confirmación. Había venido mi hermana. Y también el tío Antón. Venía muy bien vestido, con ropa nueva y fumando un cigarro en boquilla.

Estaba irreconocible pero aceptable.

—Aquí me tenéis tal como queríais —dijo—. Pero no creáis que me vais a encontrar más simpático por eso. Al contrario.

Fuimos todos a la iglesia y mi hermana se sentó detrás de mí.

—Tienes un par de hijos muy guapos —dijo mi tío Antón y aunque se suponía que no debíamos oírlo, lo oímos.

Estaba sentado en una silla, en la nave central. No podía controlar mis pensamientos pero de vez en cuando mi hermana me tocaba en un hombro y entonces podía concentrarme en la música y en las palabras del pastor. A veces, Kirstine me murmuraba algo pero no podía oírla y no me atrevía a volver la cabeza. Y mi madre la mandaba callar. Kirstine estaba altísima, infinitamente adulta e infinitamente joven.

Había en ella una notable mezcla de seriedad y jovialidad. Cuando los demás estaban de broma ella se quedaba seria, profundamente seria, casi melancólica. Y, por otra parte, no podía reprimir sus ganas de alborotar cuando los demás se ponían serios. Yo padecía la misma debilidad y por eso no me atrevía a volver la

cabeza ni a prestar atención a lo que me murmuraba.

Llegó el momento de las preguntas sobre la Doctrina. El pastor empezó a examinarnos para ver si sabíamos lo suficiente para que pudiese confirmarnos. Cuando se me acercó me repitió en voz baja que me iba a hablar de la misericordia.

—Sí —dije.

—Vamos a ver: la parábola del hombre que bajó de Jerusalén camino de Jericó…

—Sí —dije, acordándome muy bien de todo, como siempre. Recordaba perfectamente el día en que el pastor había hablado de aquella parábola—. Sí —repetí, con la intención de no decir ni una palabra más. El pastor, con la esperanza de que yo siguiera, me iba diciendo, diciendo… Y yo seguía callado. De modo que él lo dijo todo. Sin embargo, yo tenía mis ideas sobre el Buen Samaritano. Pero me obstinaba en no decirlo, lo cual era muy propio de mí. Sentía que mi madre estaba retorciéndose de decepción detrás de mí, pensando que el pastor había tenido razón al decir que yo necesitaba más de un año para saberme la Doctrina y me di cuenta de que mi hermana tenía muchas ganas de broma y que el tío Antón pensaba que todo aquello no importaba ni una pizca. Y que mi padre concedía muy poca trascendencia a estas cosas. Quizá no pudiera comprender cómo podía yo haber perdido de tal modo la memoria. Pero podía encontrarme disculpa ya que él mismo nunca había soportado que lo examinaran. Además, en cuanto tenía alguna duda, le bastaba con mirarlo en la Biblia.

No estaba muy seguro de que mi padre pensase todo esto pero sí de lo que pensaban los demás.

—Me has decepcionado —dijo mi madre— pero trataré de olvidarlo. Y espero que los demás lo olviden también, sobre todo el pastor. En fin, con tal de que el pollo no se haya puesto duro…

Regresamos a casa y allí había regalos e invitados y afortunadamente mi hermana fue el centro de la reunión a la vez que yo. Era como si también ella se hubiera confirmado a pesar de estar tan tremendamente crecida. Pero no pudimos hablarnos. Con tanta gente a que atender no podíamos salir corriendo y ocultamos. Las personas que acaban de confirmarse no pueden hacer chiquilladas; han de controlarse y dar muestras de sensatez. Así, no pudimos hablar tranquilamente hasta la noche cuando ya se

acercaba la hora de su partida.

—Estaba segura de que podría acompañarte a Copenhague —me dijo cogiéndome por la muñeca como siempre había hecho, de un modo que me dejaba extrañamente débil—. Estaba segura y ahora resulta que no me permiten ir. Dicen que no está bien que vaya sola a una ciudad tan grande. Ya les he explicado que no estaría sola sino con vosotros, pero de todos modos no me dejan.

Y me dijo muchas más cosas. Pero yo no la escuchaba. Sólo sentía una gran desesperanza, algo así como un rencor que me invadía.

—Pero cuando hayas aprendido todo lo que van a enseñarte —me dijo Kirstine—, cuando hayan pasado todos estos años, llegará un día en que seras una persona mayor y nadie podrá prohibirnos nada.

Pero yo no la escuchaba. Sólo sentía su mano en mi muñeca y la oleada de negra desesperación me ahogaba. De la habitación de al lado nos llegaban muchas voces. Voces desconocidas que hablaban a la vez.

—Ya verás, cuando hayas terminado con todo aquello —me insistió mi hermana besándome en la frente— lo pasaremos estupendamente.

Terminaba el curso en la escuela y esto me alegraba, pues algunas de las asignaturas me resultaban insoportables: por ejemplo, los trabajos manuales y el dibujo. Otras cosas las hacía en cambio demasiado bien porque había permanecido en el mismo puesto durante dos años. Mi trabajo con el maestro Christensen se había convertido, por otros motivos, en una especie de enseñanza privada que lindaba con la literatura. Aparte de eso, tenía que esperar a que los demás se pusieran a mi altura. No debía adelantarme a los otros. Es como si la escuela no pudiera pasar del techo y yo tuviera ya la cabeza contra él desde hacía mucho tiempo. Se había hablado de que me enviarían a otra escuela que por lo menos le permitiera a uno ser farmacéutico o incluso más. Pero ¿de qué iba a servirme? Una sola voz propuso esta idea insensata y su atrevimiento la llenó de ridículo; ¿para qué necesitaba yo más estudios?

—Sigue las lecciones si puedes —solía decir C. M—. o échate a

dormir si lo prefieres. Lo mismo da.

Al final de curso se celebraron una especie de exámenes de matemáticas. No es que merezca la pena hablar de ello y si lo menciono es precisamente porque no vale la pena. Nos fueron preguntando por turno. Y C. M. que siempre me había propuesto dormir o escribir con un grueso e inútil lápiz azul, hizo el tremendo chiste de preguntarme todo lo que los demás no sabían contestar, No es que me importase. Podía preguntarme lo que quisiera…

—Ya ven ustedes lo mal organizado que está el mundo —dijo el maestro—. Los demás necesitaréis estos conocimientos y no los tenéis; en cambio este chico, a quien no le hace faltar saber nada, lo sabe todo.

Esto dijo con una agria sonrisa de sus dientes de rata, una sonrisa silenciosa como la de una rata.

—Adiós a todos —dijo—. Sé muy bien que no me echaréis de menos. Yo tampoco os echaré de menos a vosotros. Estamos en paz.

Habíamos terminado con la escuela. Salimos corriendo y bajando de prisa las escaleras y nos lanzamos a la calle, a la vida, con nuestra carga de conocimientos.

La escuela había terminado para nosotros.

Uno o dos nos detuvimos, vacilamos y volvimos la cabeza para mirar. Allí estaba la escuela, un edificio, de lo más ordinario construido por manos humanas. Al principio nos había parecido una montaña que llegaba hasta las estrellas, una montaña del conocimiento del bien y del mal, sobre todo del bien. Algunos de nosotros, en nuestros esfuerzos por escalarla y hallar un asidero, nos habíamos partido la cabeza y las piernas. No todos habían encontrado la ayuda de los que estaban obligados a prestarla. Muchos cayeron y, mutilados, prosiguieron solos su camino.

Allí nos detuvimos unos momentos reflexionando. Nos habían dicho adiós definitivamente. No nos echarían de menos. Ni siquiera nos recordarían.

El viento de abril —viento del este— barría el *fjord*. Era un viento que calaba hasta los huesos. Habíamos salido del calor de la clase y la libertad y la vida nos recibían enseñándonos sus afilados dientes. Sentíamos frío por fuera y por dentro. Temblábamos y cada uno se fue a su casa.

Adiós a todos… y adiós a mí.

Seguía uno el mismo camino todos los días, año tras año, pensando que nunca terminaría. Los castaños, el Hogar Pode para ciegas, el cementerio…

¿Debía despedirme de Sofie y de las otras? No, aún quedaban unos cuantos días.

Entonces, Antón Berntsen. Sí, podía ir a visitarlo.

—He venido para decirle adiós.

—Oh, no sabía que te ibas a ningún sitio.

Claro que me iba y tenía pensadas muchas cosas que decirle a Antón Berntsen. Pero ahora estábamos callados los dos.

—Bueno, bueno, de modo que te vas —dijo con cierta indiferencia.

Hacía sonar el llavero en el bolsillo del pantalón y se paseaba quitando el polvo de una superficie de caoba perfectamente limpia y brillante. Sorbía el aire a través de los dientes y así daba la impresión de que tenía frío.

—Pero nos volveremos a ver —dijo y cogió un libro que estaba sobre uno de los armonios—. Este libro lo ha escrito Gustaf Fröding —y repitió—: Gustaf Fröding [1].

—Oh —dije sin comprender la relación que pudiera tener aquello conmigo.

—Recuerda ese nombre.

—Eso es fácil.

—Algún día leerás este libro.

—¿Acaso trata de la fabricación de órganos? —pregunté.

Antón Berntsen no sonrió; pero se le animó un poco el rostro.

—No, de eso no, aunque también puede considerarse que se refiere a los órganos puesto que lo abarca todo —dijo y otra vez le sonaba la voz como si estuviera muy triste.

No sabíamos qué más decir.

—¿Te gustaría quedarte aquí un rato tocando? —me propuso.

—No. He de irme a casa, pues pronto me marcharé a Copenhague.

—Bueno, entonces adiós —dijo—. Y cuando vuelvas no dejes de visitarme.

Tenía que despedirme de mucha gente. Por lo pronto de Marentcius, su padre y su madre en la nueva tienda del sótano. Los

tres se hallaban detrás del mostrador aunque no había clientes. Sin duda Marentcius soñaba ya que era farmacéutico y que en vez de harina y jabón, vendía polvos curativos y preciados ungüentos. Y su padre estaba allí tan taciturno como siempre, con los ojos cansados de haber leído tanto de contabilidad. ¿Pero dónde estaban los clientes?

También me despedí de Valborg, que me había ayudado como una hermana en todo lo referente a la educación y a la música.

Sobre todo, debía despedirme de mi propia infancia. Había llegado el momento de decirle adiós para siempre. Y tenía la tonta idea de que mi infancia vivía en el bosque. Me la encontraría a la vuelta de un recodo del sendero en alguno de esos lugares que estaban ocultos por la vegetación en el verano pero no ahora.

Adiós a aquel árbol y a aquel otro. Y aquí era donde se colgó aquel hombre. El viento zarandeaba las ramas desnudas y era como, si sacudiese unos esqueletos. Pero también había sol. Adiós a aquella vereda. Y aquí fue donde encontré una vez a una muchacha llamada Nina que me dijo que no la tocase. Adiós, Nina, a la parte de ti que haya quedado en el viento y en la luz entre los árboles. Adiós hasta que volvamos a encontrarnos.

Y allí estaba el banco donde solía sentarse mi padre y el caminito por donde se iba hasta el sitio donde un torvo individuo llamado Jacob Hedehus había, violado una vez a una joven, por lo cual fue encarcelado. Seguí aquel camino hasta llegar a un lugar donde había unas hayas. La hierba había empezado a verdear por allí y el sol brillaba.

Me senté a escuchar el canto de los pájaros. Pero también oía calma, el gran silencio. Ya en la calma y al sol —aquel sol tan bueno de los primeros días— me llegó de pronto otro sonido más delicado. Era como un ruido de seda crujiente. Como si saltasen de rama en rama unas chispas. Era el sol que partía la cáscara de los capullos de las jóvenes hayas.

Adiós, infancia mía. Adiós, niñez mía.

Decidí visitar a Stougard para despedirme de él. Esta vez no haría trampas: bebería un gran trago de su botella. Hablaríamos de algún tema interesante. En compañía de alguna gente se hace uno más estúpido de lo que es; en la de otros individuos, se hace uno más listo. Stougard era de estos últimos. Quería despedirme de él

pero no pude hacerlo. Dos hombres se lo estaban llevando casi a rastras. Pataleaba, gritaba, lanzaba alaridos, Stougard se había vuelto violento. Se lo llevaban al hospital para encerrarlo en una celda que era ya su lugar apropiado.

¡Qué se le va a hacer, Stougard! ¡Adiós. Adiós y gracias!

Los castaños me esperaban agitando sus verdes manos de hojas, deseosos de ir conmigo al barco lo mismo que me habían acompañado todos los días. Allí estaban con sus verdes coronas, con un juego de sombras entre lo verde. Y cada uno de ellos me pasaba al otro.

—Nos vamos ya, en el nombre de Jesús —dijo mi madre.

Mi padre cargaba con las maletas, una en cada mano. Pesaban mucho, pues tenía que llevarme muchas cosas.

Era un sábado por la tarde y había mucha animación por todas partes. Nadie se fijaba en los que iban a embarcarse. Ya volverían, y si no, ¿qué importaba?

—Bueno, después de todo —dijo mi padre— no es como si te hubiésemos llevado al cementerio. No tardaremos mucho en verte otra vez.

Claro, en las vacaciones. Dentro de un par de meses darán en el Instituto las vacaciones como en la escuela.

Vacaciones, pensé, vacaciones. Me marcho del todo; no he pensado en absoluto que puedan existir ya para mí vacaciones.

Los castaños me acompañaban. Me siguieron sin fallar, como siempre hicieron.

—Allí está el Hogar Pode para Ciegas —dijo mi padre. Como si fuera una novedad.

—¿Le dijiste adiós a Sofie y le diste las gracias por todo? —me preguntó mi padre—. Se han portado muy bien contigo.

Sí. Había cumplido con mi deber.

—Hubo un tiempo en que me pregunté —añadió mi padre— si no bastaría con lo que te había enseñado Sofie para que pudieras quedarte con nosotros.

Eso dijo mi padre mientras me llevaba las maletas.

—Y ahí esta la escuela —señaló.

—La escuela, el Hogar Pode… —se burló mi madre—. Como si no estuviéramos hartos de verlo.

—No lo dije por eso. No he querido decir nada especial con ello. Lo dije y nada más.

Pero yo solamente los oía a medias. Me había adelantado mucho a ellos. Me encontraba ya en el barco. Ya habíamos zarpado. Estaba en Copenhague. Mucho más allá. Corría a toda prisa por el futuro y mi padre creía que podía hacerme volver, retener el tiempo con palabritas, pobres palabras triviales sobre cosas demasiado familiares. Creía que podía asir lo intangible: el pasado que quizá no supo asir cuando aún era presente porque mi padre era demasiado lento en sus reacciones. ¿Era aquello lo que pensaba?

Ahora me llevaba el equipaje y en él todo mi pasado y mi presente y quería ayudarme en mi futuro lo mejor que pudiera. Pero a veces, cuando creía que me adelantaba demasiado, suponía que me podría retener diciendo esto o lo otro; cosas muy conocidas, cosas triviales que aquel día empezaba a ver de modo distinto. Pero yo las veía como siempre, tan familiares y triviales como hasta entonces. Adelante, adelante.

—Bueno, aquí está el barco y esta es la pasarela —anunció—. Pasa tú primero. ¿O quieres que pase yo antes?

Eran cosas obvias pero con un matiz que les daba una profunda significación.

—Pondré las maletas aquí —dijo.

La gente entraba y salía; mucha gente, y de repente apareció Lydia, a la que habían educado para que desconfiase de las malas compañías. Allí estaba Lydia porque deseaba despedirse de mí y había ido sólo con ese propósito. Yo no la esperaba; nunca me atreví a imaginarlo. Pero hubo una vez, en un pasado muy lejano en que fuimos niños entre los demás niños, un par de brazos redondeados, unos ojos violetas, ojos que se oscurecían cuando ella se enfadaba. ¿Cómo olvidarlo?

Luego nos estrechamos la mano mi padre y yo. ¿Lo habíamos hecho alguna vez? Nunca nos tocábamos si podíamos evitarlo. Decíamos algo o nos quedábamos callados. Pero esta vez nos estrechamos la mano sin saber qué decir, aparte de vaguedades como esta: —Bueno, adiós, entonces ya sabes… que tengas buen viaje… y en fin…

Lydia había desaparecido tan repentinamente como se presentó y mi padre bajaba ya por la pasarela. La estaban quitando ya. De

pronto, el muelle quedó vacío. Mi padre se marchaba. Sentí una pequeña punzada. Se había librado de mí.

El barco tardó bastante tiempo en maniobrar para separarse del muelle, virar y salir del puerto. Grandes cascos grises y negros. Mástiles y cabos. Carbón y forraje, cal y trigo. Allí estaba «La Cabaña», una casa blanca cuadrada con un tejado rojo: era un restaurante donde empezaban a poner las mesas.

—Allí está padre —dijo mi madre—. No, allí no, al otro lado.

Sí, se hallaba en el lugar más elevado y parecía pequeño, no delgado y alto, sólo una mancha. Pero vi que le daba el sol en la cara; y sus manos también con sol, las manazas que tenía siempre sobre la mesa, grises como yeso cuando leía a la luz de la lámpara de la cocina con su pantalla de hoja de lata.

—¡Adiós, padre! —le grité—. Y me sonó a grito de angustia.

Tenía la mano levantada; la agitaba para despedirme.

El sol quedaba a popa, la dorada luz del sol y el atardecer, que deslumbraba. Pero ya no miré hacia atrás. Estaba dispuesto a no llorar el llanto que me llenaba el pecho. Miraría sólo hacia adelante. Los bosques del sur y los bosques del norte tenían un color marrón claro con tantos capullos que se abrirían mañana o al día siguiente. Al cabo de una semana todos los árboles estarían verdes.

El sol doraba el agua que teníamos delante y doraba también los bosques marrones y florecientes. La costa estaba aún tan cerca que de vez en cuando podía ver casas. Y luego nuevos bosques, unos bosques por los que nunca había paseado y por los cuales quizá nunca podría pasear.

Pero la costa se fue retirando. Primero un lado y luego otro. Se abrieron por fin como un par de brazos que me hubieran tenido preso. Se abrieron y me liberaron.

—En fin, en nombre de Jesús… —dijo mi madre—, creo que empieza a hacer frío.

Nos seguían las gaviotas.

Notas

[1] *Gustaf Fröding* (1860-1911) el mejor poeta del neo-romanticismo sueco de fines del siglo XIX. < <